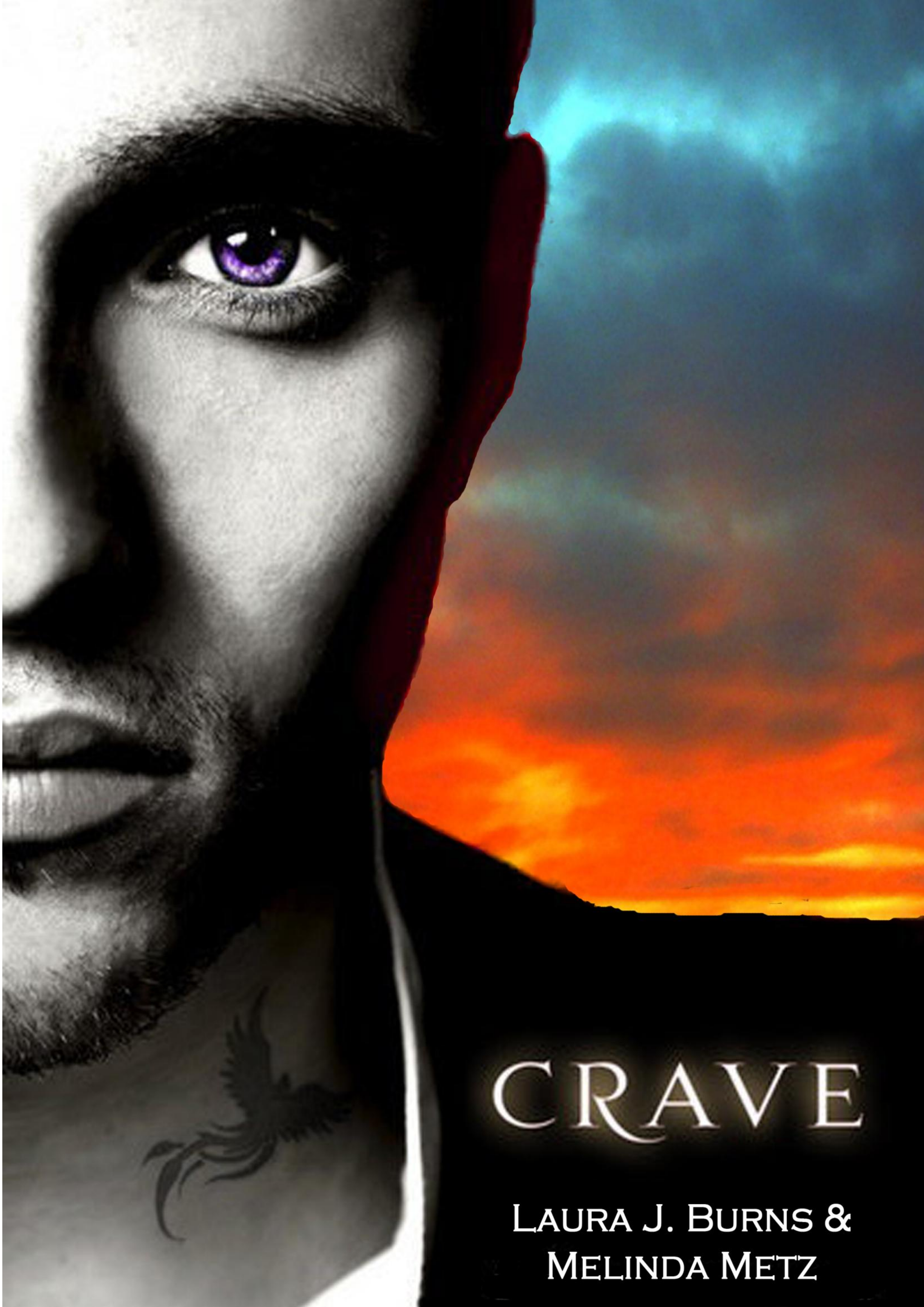
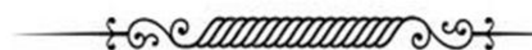

CRAVE
Laura J. Burns &
Melinda Metz

Índice









Shay y Gabriel son polos opuestos. Ella tiene una enfermedad terminal y sabe que pronto morirá. Él es un vampiro que vivirá eternamente. Él odia a los de su especie. Ella le tiene miedo.

Pero Shay necesita la sangre de Gabriel para sobrevivir. Y Gabriel necesita de la pasión de Shay por la vida para descubrir la suya propia. ¿Los opuestos se atraen? Con certeza es verdad para ellos dos.



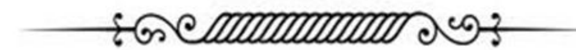


Primera parte:

Sueños



Capítulo 1



Traducido por flochi

Corregido por Majo

ESPECIAL [SPEH-SHIAL]: Que se distingue por alguna cualidad inusual; siendo de alguna manera superior.

Lo que realmente quiere decir es: significa que eres la niña con la que nadie quiere saltar la soga en el recreo porque si te caes y raspas la rodilla, tendrías que faltar tres días a la escuela. Significa que eres la chica que nadie quiso en el desfile de sexto grado porque tus brazos y piernas estaban siempre cubiertos de moretones. Significa que eres esa niña de la que los profesores daban una charla al comienzo de cada año escolar, una aburrida y molesta charla diciendo que tenías que ser tratada como una especie de figura de frágil cristal.

Significa que eres rara.

Pero nadie lo puede decir. Nadie puede burlarse de ti, o intimidarte, o escribir notas desagradables de ti. Porque eres especial.

Así que en vez de eso, te tratan como una mascota, un perro o algo por el estilo. Te invitan a todas las fiestas de cumpleaños. Eres elegida presidente en todos los clubes. Siempre consigues un asiento en la cafetería. A las personas les gusta ser vistas contigo —los hace sentir santos y generosos. Además de hacerse notar por los profesores, los padres y los potenciales ligues. Deben ser buenas personas si son agradables con la Chica Enferma, ¿no?

—¡Shay! ¡Qué te pasa, amiga?

Shay McGuire cerró de golpe su diario. *Caso puntual*, pensó mientras se daba la vuelta hacia Olivia. Olivia Willett era la mejor amiga de Shay. En la cabeza de Shay, esa frase siempre tenía comillas a su alrededor. "Mejor amiga". Con la que pasaba el mayor tiempo. Con quien compartes todos tus sueños secretos. La persona que estaba allí pase lo que pase.

Shay puso sus ojos en blanco mentalmente. Olivia no había escuchado ni una sola palabra que haya dicho Shay desde séptimo grado. Sin duda, ella pensaba que lo sabía todo sobre Shay: y efectivamente sabía todo sobre el raro trastorno sanguíneo con el que Shay había nacido, la enfermedad con un diagnóstico que cambiaba cada vez que Shay veía a un nuevo especialista. Por lo que a Olivia

concernía, eso era lo que Shay era. Enferma. Ni creativa o tenaz o adicta a la mala televisión de realitys shows. Tan solo enferma. Como si la enfermedad hubiera robado a Shay del tipo de vida interior que todos los demás tenían. Que Olivia tenía.

—Creo que la frase *qué pasa, amiga* fue oficialmente quitada hace como quince años —le dijo Shay, recostándose en la silla de la cafetería. Alrededor de ella, el lugar se estaba quedando vacío. El segundo timbre sonaría en dos minutos, indicando el comienzo del próximo período.

—Lo sé. —Olivia se encogió de hombres, su perfecto cabello rubio rojizo deslizándose a lo largo de su perfecto y casi muy delgado hombro—. Estoy siendo retro.

Shay movió lentamente su brazo sobre su diario, esperando que Olivia no pensara en preguntarle lo que había estado escribiendo.

—Vienes conmigo. Reservé la sala grande de estudio en la biblioteca para ti, Kaz y yo —la informó Olivia.

Shay casi se rió por su preocupación. Como si Olivia fuera a preguntarle por su diario. Como si incluso se le ocurriera que Shay podría guardarle secretos.

—Suena como una fiesta —dijo escuetamente.

—Bonetto dijo que podríamos saltarnos la clase y pasar el tiempo ayudándote a preparar para el examen del viernes —explicó Olivia—. Ya que has faltado tantos días a clase este mes.

Traducción: quiero pasar una hora con la lengua de mi novio en la garganta, así que engañé al Sr. Bonetto para que nos dejara junto con Kaz salir de clase bajo la excusa que ayudamos a la pobrecita. Oh, y ¿no soy la mejor persona?

—Estupendo —respondió Shay. No es como si quisiera escuchar particularmente al Sr. Bonetto divagar durante una hora. Biología era una broma, incluso biología avanzada. Ella había aprendido más sobre biología desde que tuvo diez que incluso lo que sabía Bonetto hasta ahora. Eso es lo que crecer en hospitales te hacía.

Shay apartó un mechón suelto de su oscura y larga cabellera de sus ojos, respiró profundamente y se puso de pie con lentitud. Recogió su pila de libros, haciendo una mueca por el peso.

—¿Estás bien? —preguntó Olivia automáticamente.

—Sí. —No se encontraba bien. Era tan débil como un bebé. Pero no quería ayuda de nadie. En el instante en que llegara al punto de necesitar ayuda, sería solo unas cuantas horas antes de sufrir un colapso total. Antes de un reposo prolongado en cama. Antes de la siguiente transfusión. Y tan solo estaban en el día miércoles. Por lo general, podía pasar una semana en la escuela por lo menos. Cuando era más joven, incluso era más tiempo, a veces tres semanas seguidas.



Pero ahora…

Se está volviendo peor, susurró una voz en su interior. Sabía que era verdad. Nadie lo decía en voz alta. Su madre y su padrastro seguían actuando como si la cura estuviera a solo unos cuantos días de ser encontrada. Pero no había cura. Y ella estaba empeorando.

Olivia iba adelante en dirección a la biblioteca, pasando una uña con una perfecta manicura a lo largo de la pared que mostraba las aguas oscuras del río por la que su ciudad, Blanck River, Massachusetts, fue nombrada.

—¿Escuchaste de Jacey? —preguntó Olivia.

Shay negó con la cabeza, enviando una tormenta de mareo a través de su cuerpo.

—No te lo creerás. Dejó que Brian usara film transparente como protección. Y la chica está en la sociedad de honor. ¿Cuán estúpido es eso? —Olivia resopló.

—Bastante estúpido —dijo Shay. Tuvo que concentrarse para que las palabras salieran. Su cerebro se sentía como si estuviera cubierto de escarcha.

—Lo sé. Obviamente se salió. Y ahora ella está en el baño entre cada clase hacienda pis sobre una prueba de embarazo —recalcó. Su voz sonaba alejada, distorsionada por el sonido de traqueteo en la cabeza de Shay. Bajó la mirada hacia las baldosas del pasillo, dispuesta a poner un pie adelante. Luego el otro. No tenía sentido pensar en la distancia que había hasta la biblioteca.

—Ahí está mi mujer. —La voz de Kaz la sobresaltó. Shay alzó de golpe la cabeza, y la sala dio vueltas a su alrededor. Kaz y Olivia se estaban besando. Era una buena excusa para dejar de caminar.

Para el momento en que pudo recuperar el aliento, ellos habían terminado. Kaz estaba sonriéndole.

—¡Shay Stadium! —coreó, sosteniendo su mano en alto para chocar sus palmas.

—Idiota, ese apodo no tiene nada de sentido —se quejó Olivia.

—No me molesta. —Shay convocó toda su fuerza y chocó su palma contra la de él. Su otro brazo se torció por soportar todo el peso de sus libros.

Kaz agarró su libro de biología antes que se cayera, sus ojos oscuros inmediatamente estuvieron serios.

—¿Estás bien?

Shay asintió.

—Necesita sentarse —dijo Olivia—. Vamos a la biblioteca.

Sin una palabra, Kaz tomó los otros libros de Shay. Olivia envolvió su brazo alrededor de Shay y siguieron caminando. Ella no podía mantener una

conversación, pero a ellos pareció no importarle. Estaban ocupados hablando de la fiesta de cumpleaños de Kaz ese fin de semana. Él era el primero de los amigos de Shay en cumplir dieciocho. Ella quería estar allí.

Ella *estaría* ahí, decidió. La transfusión de sangre tendría que esperar. No necesitaba reposo; necesitaba una fiesta… y una cerveza… y un chico que no tuviera miedo de besarla. Quizás le pidiera a Kaz que invite algunos chicos que no fueran a Black River High.

Tengo que ser fuerte, Shay se removió del brazo de Olivia y se paró por sí misma, dejando que la corriente de alumnos la empujara en el pasillo. Estaba deseando el mareo para calmarse. Su padrastro, Martin, siempre le decía que una actitud positiva era la mejor medicina. Y él debería saberlo, tenía como seis títulos diferentes de medicina.

—Shay, ¿qué estás haciendo? —Olivia sonaba molesta.

—Lo siento… pensé que había escuchado mi celular —mintió Shay—. Supongo que no. Vamos. —Pegó una sonrisa en su rostro y empezó a dirigirse a la biblioteca. La puerta estaba a tan solo seis metros. Podía lograrlo, y lo haría sin la ayuda de Olivia.

Un pie adelante. Luego el otro.

—Necesito… —Shay no pudo terminar el pensamiento. Fue demasiado tarde. Había esperado demasiado. Debería saberlo. A estas alturas debería saberlo.

El suelo se inclinó bajo sus pies. Sus rodillas se torcieron. Y todo el mundo se puso blanco a su alrededor.

Shay apoyó la cabeza contra el frío vidrio de la ventana del asiento de pasajeros de la Range Rover, fingiendo que la hilera de casas suburbanas por las que pasaban eran las más interesantes que había visto. *No intentes hablarme*, rogó silenciosamente a su padrastro. *Estoy muy ocupada en este momento. Mirando unas casas idénticas.*

Pero el Dr. Martin Kuffner no era fácil de engañar. Había lidiado con chicos enfermos desde antes que Shay naciera, y sabía cómo manejarlos, como siempre decía su madre.

—¿Cómo te estabas sintiendo esta mañana antes de la escuela? —le preguntó Martin de manera casual.

Me emocioné al ver a Chris Briglia porque ayer me guiñó un ojo y su nuevo corte de cabello lo hace ver increíblemente sexy, pensó Shay. Pero su padrastro no quería escuchar eso. Quería sus estadísticas vitales. Quería hechos, números, datos: ¿el latido de su corazón fue un poco más rápido, o tuvo uno de esos dolores de cabeza que empezaba detrás de sus ojos, o su temperatura se había elevado en una fracción de segundo?



—Estuve bien, creo —murmuró.



—*¿Crees?* Tienes que saberlo, Shay. Siempre tienes que estar pendiente de ello. Cada dos horas, tienes que hacerte un auto-chequeo —le dijo Martin.

Dios, odiaba esto. Odiaba tener que analizar el funcionamiento de su cuerpo a cada segundo. Shay dejó escapar un suspiro que se sintió como si hubiera empezado en la punta de los dedos de los pies. Martin se acercó y le apretó el hombro. Ella se obligó a mirarlo.

—No siempre será de esta manera, cariño —dijo él.

No, muy pronto voy a estar muerta. Shay no pudo detener el pensamiento antes que se colara en su cerebro. *¿Y realmente importa? Solo estoy medio viva ahora. Voy a la escuela; descanso; hago mi tarea; miro la TV, voy a la cama. Y eso en un buen día, cuando me estoy sintiendo básicamente bien. Bien en lo que respecta a Shay.*

—Créeme —continuo Martin—. Voy a ajustar un poco tu siguiente transfusión. Voy a intentar algo nuevo. Podría ser lo que funcione para ti.

—Mmm-hmm —murmuró Shay. Tenía miedo de que si empezara a hablar, podría empezar a chillar. Y nadie necesitaba eso. Las Chicas Enfermas se supone que son fuertes, una inspiración para todos.

Y en su mayoría Shay lo era. O al menos lograba representar un acto bastante bueno. No tenía mucha elección. Su valentía era el pegamento que mantenía unida a toda su familia. La vida de su madre era prácticamente sobre la enfermedad de Shay como la de Shay lo era, ser una madre soltera con un bebé enfermo no le había dejado tiempo para hacer nada más con su vida. Y la carrera de Martin se trataba sobre Shay completamente en este momento. Había dejado de escribir artículos sobre su especialidad, la leucemia. Había dejado de investigar salvo la enfermedad de Shay. Se había jugado su reputación profesional por ella. Si no lograba encontrar una cura, sería un fracaso. Y fallar era algo que Martin no permitiría.

—¿Lo echas de menos? —preguntó ella súbitamente.

Le lanzó una mirada confundida.

—¿Extrañar qué?

—Tu vida. Tu status de súper-doctor. Todo eso. —Nunca se le había ocurrido antes preguntarle eso—. Quiero decir, estabas en *Oprah* y todo. Eras el Sr. Portavoz de la Leucemia.

Martin se mantuvo quieto por un instante. ¿Lo había ofendido?

—Lo lamento… —empezó Shay.

—No lo sientas. Es una pregunta justa. —La voz de Martin fue plana y calma, de la manera en que era siempre. Su voz para tratar con los pacientes, que es como siempre había pensado Shay que era—. ¿Estás pensando que necesitas otro doctor?



—No. —*Definitivamente, no*. Había visto otros doctores. Demasiados. Su mamá la había arrastrado por todo el país hasta que finalmente encontró a Martin, la única persona que realmente pareció escuchar. La única persona que no trató de forzar a su trastorno sanguíneo para entrar en algún diagnóstico popular y simple, independientemente de si realmente coincidía sus síntomas. Martin fue el único que estaba dispuesto a admitir que no tenía idea sobre lo que estaba mal con Shay, que su enfermedad era única, única en su especie. *Quizás soy especial, después de todo*, pensó.

—No lo extraño —le dijo Martin—. Estaré de regreso bastante pronto.

Shay arqueó una ceja, y Martin sonrió.

—Luego de que haya aislado un tratamiento para tu trastorno, quise decir —dijo—. Hay mucha gente trabajando en leucemia. No hay nadie ayudándote.

—Tú me ayudas —respondió—. Siempre lo has hecho. —Y no solo como su médico. Martin había sido como un hada madrina de Disney: 1,90 metros, 105 kilos de hombre que usa dinero en vez de una varita mágica. Tan pronto como él y su madre se casaron, ¡poof!, un pequeño apartamento se convirtió en McMansion. ¡Poof!, un destartalado Toyota Corolla con una disquetera rota se convirtió en un completamente cargado sedán Mercedes Clase S.

Shay se preguntó si eso fue lo que había hecho que su madre su enamorara de él. No, el dinero, a su mamá no le importaba cosas como esas. Pero mamá a definitivamente le encantaba lo que el dinero le trajo a Shay: absolutamente cualquier cosa que pudiera ayudarla a luchar contra su enfermedad, desde productos orgánicos a una piscina. Y realmente le encantaba que Shay ahora tuviera a un brillante doctor como su médico personal.

Martin era un tipo fantástico y todo. Era algo así como muy serio, trabajo todo el tiempo. De vez en cuando intentaba un estúpido juego de palabras. Pero nadie, na-die[1], más que él pensaba que esos juegos eran graciosos. ¿Su madre habría terminado con alguien completamente diferente si Shay no hubiera estado tan enferma? ¿Habría hallado a alguien más cercano a su edad? ¿O a alguien un poco más… divertido? Shay no tenía idea si su padrastro era como su verdadero padre. Nunca había conocido al sujeto. Mamá no hablaba de él, y cuando Shay había intentado obligarla, el dolor evidente de su madre siempre la hizo retroceder.

—¿Eres lo bastante fuerte como para ir al lugar de los batidos? —preguntó Martin—. Podrías serte útil algo de glucosa y calorías antes de tu transfusión.

—¿Me vas a hacer una hoy? —Shay lo había sabido en el instante en que golpeó el suelo de la escuela. Demonios, lo había sabido media hora antes de eso. Pero seguía esperando que todo fuera una casualidad. Su última trasfusión había sido hace tan solo una semana.

—Creo que sería lo mejor, ¿tú no? —contestó Martin.

[1] **Na-die:** Juego de palabras Die es morir es inglés.

Como si esa fuera una verdadera pregunta.

—Supongo que sí.

—Entonces… ¿batidos?

—No, gracias. Agarraré un jugo o algo de la nevera —respondió Shay. Sabía que Jamba Juice estaría repleto de chicos que salían de escuela. Odiaba la idea de sentarse en la Range Rover mientras su padrastro entraba, todos mirándola desde el interior y fingiendo no hacerlo. O, incluso peor, entrar allí con el brazo de Martin a su alrededor, ayudándola a apoyarse.

Martin asintió, y unos cuantos minutos más tarde estuvieron doblando en el callejón donde vivían. Apretó el abridor de la puerta del garaje en el momento justo para que él entrara sin un toque de vacilación. La madre de Shay estaba en la puerta del auto un segundo después, estudiando su rostro con ojos asustados.

—Sabía que no debería haberte dejado ir a la escuela —dijo apresurada—. Luces pálida.

—Estoy bien, mamá. —Shay intentó que la impaciencia que sentía no se colara en su voz. A veces la abrumadora preocupación de su madre hacía sentir a Shay como si todo el aire estuviera siendo succionado de sus pulmones. Había empeorado en los tres años desde que mamá y Martin se habían casado. El nivel de preocupación de su madre no se había elevado. Eso era imposible. Pero antes de casarse con Martin, su mamá tuvo que trabajar como un perro para pagar incluso los mínimos gastos médicos de Shay, por no mencionar cosas como la renta y la comida. Había estado agotada la mayor parte del tiempo. Ahora ella no trabajaba. Podía dedicar toda su energía al cuidado de Shay.

Era como tener una asistente personal, una enfermera y una niñera todo a la vez. Al principio, Shay había estado emocionada de tener a mamá cerca tanto tiempo. Pero esos días se sintieron como una carga. Prácticamente el único momento que podía tener un pensamiento privado era cuando estaba escribiendo en su diario.

—¿Por qué no le traes a Shay un jugo mientras subimos las escaleras? —sugirió Martin—. ¿Tenemos alguna granada?

Era la favorita de Shay. Sabía que ellos estaban preocupados, pero mantuvo la boca cerrada.

—No… —Su madre pareció un poco asustada—. Compraré algunas en el mercado.

—Mamá, no tienes que… —comenzó shay.

—Que disparate. Es un viaje de cinco minutos. Todos esos antioxidantes te mejorarán. —Su mamá sacó las llaves del Mercedes de su bolsillo y abrió la puerta. En unos segundos ya no estuvo.

Martin salió del coche y se movió al lado de Shay antes de que ella tuviera su puerta abierta. Retrocedió cuando Shay giró sus pies en el suelo, dejándola salir por sí misma. Lo bueno de Martin era que siempre sabía cuándo ella no quería que estuvieran encima. Mamá siempre estaba encima de ella, pasara lo que pasara.

Se dirigió a su habitación. Martin la siguió unos cuantos pasos detrás de ella, dándole algo de espacio. Se sentó en la cama. Una cama de hospital. El mismo acolchado rosa flamenco podría estar en las camas de la mitad de los adolescentes de América, pero no ocultaba las barras de metal.

—Estírate, y empezaremos en un minuto —instruyó Martin.

Shay se recostó obedientemente y miró fijamente el techo. Había nuevas fotos pegadas allí. Obra de su mamá. Siempre hacía pequeñas cosas como esas para Shay. Incluso había puesto uno de los nuevos anuncios de ropa interior de Calvin Klein. *Mamá realmente es mi mejor amiga*, pensó. *Ella es la única que lo sabe absolutamente todo sobre mí.*

La conocía demasiado, en realidad. Shay había pasado tanto tiempo en su casa que a veces sentía como si su madre la conociera mejor que ella misma. Era lindo, algo. Pero sin dudas eso contribuía al fenómeno succionador-del-aire-de-sus-pulmones.

Piensa en el chico de la foto, se dijo para sí. Era el ritual desde que tenía catorce, aunque en ese entonces ella había estado buscando posters de la celebridad de la que estaba enamorada en ese momento. Ya no funcionaba tan bien. Se sentía un poco patético fantasear sobre un individuo imaginario.

Quizás debería pensar en Chris Briglia, pensó.

—¿Lista? —preguntó Martin.

Shay ni siquiera lo había escuchado regresar, empujando la intravenosa junto a su cama.

—Sí, lista. —Shay giró su cabeza a un lado. A pesar de todos esos años, no le gustaba ver la aguja penetrar en su piel.

Shay miró el tubo delgado serpenteando desde la bolsa en la intravenosa a la aguja en su brazo. La sangre parecía la misma de siempre, de un rico y profundo rojo. Pero la sensación de la sangre al entrar en ella, no se parecía a nada que Shay haya experimentado antes. Su corazón latió con fuerza, como si instara a la nueva sangre a atravesar su cuerpo. Quiso sentirlo en todas partes. Sus mejillas se sonrojaron a medida que el líquido caliente golpeaba los capilares de su rostro.

La habitación se arremolinó a su alrededor, y Shay saboreó la sangre en su lengua. Ligeramente salada, casi dulce. Quiso más. Mordió profundo con sus colmillos, succionando el néctar.



Colmillos. Espera. ¿Qué? Los pensamientos de Shay eran extraños, extraños y equivocados, como si alguien se los estuviera gritando desde lejos.

Bajo sus manos, el Donador se estremeció, queriendo escapar, pero sin fuerza. Shay era demasiado potente para él. Y ella no había terminado de beber, no aún. La sangre, caliente y sedosa, se deslizó por su garganta, y con ella, toda la emoción que el Donador había experimentado en su vida. Shay lo acercó.

No… Esa no soy yo… no…

Amor, miedo, celos, odio, enojo y pasión se precipitaron a través de ella distorsionando sus propios, ya vagos, pensamientos. Cada neurona en su cuerpo se encendió. Pudo sentir las moléculas individuales de sangre saltando a través de sus venas. Y la emoción… quiso reír, llorar, y gritar todo a la vez.

Deslizó sus manos a lo largo del cuerpo del Donador. Necesitaba sentir la piel. Necesitaba tocar. Sus dedos estaban vivos con la sensación; la suave piel del cuello del Donador, contrastando con la piel callosa de su codo.

Los aromas eran distintos y casi intoxicantes en su intensidad: sudor penetrante mezclado con el olor de la suciedad debajo de las uñas del Donador, grasa de cordero por la comida que el joven había cenado hace varias horas, y el olor afrutado del vino que había acompañado a la comida. Cerca crecía una parcela de tomillo y más lejos un bosque de cedro, y sus penetrantes esencias flotaban por la brisa.

Sin embargo, todo lo que Shay experimentaba era secundario a la calidez y el sabor de la sangre. La comida y el vino de la cena del Donador se reflejaban en el sabor. Sabía salado, también, así como a hierro y otros minerales que no podía identificar.

—¡Suficiente Gabriel! ¡Suficiente! —ordenó alguien.

Automáticamente, Shay miró a la dirección de donde había venido la voz. Vio a un hombre de cabello cano en la cima de la colina, sosteniendo en alto una antorcha. Incluso sin el fuego, podría haberlo visto claramente. Las estrellas eran tan brillantes que pudo ver cada hoja en el árbol de roble a su izquierda, cada piedra en el suelo, cada línea en el rostro de Ernst.

¿Ernst? El pensamiento de Shay fue fugaz, confuso. *Pero nunca he visto a ese hombre antes.* Sin embargo, a la vez le resultaba tan familiar para ella como su madre, Olivia o Martin.

—Suéltalo. Casi lo dejas seco —gritó Ernst. Shay obedientemente, pero reacia, liberó al Donador. El joven se desplomó en el suelo, su cabello rojo formando rayas en su muy pálido rostro.

¿Qué hice? ¿Qué fue…?

Shay miró fijamente al chico inconsciente, extremadamente consciente de la sangre que goteaba por las esquinas de su boca. Deslizó la lengua y la lamió. Más. Quería más.

—Gabriel, ven. Ahora.

Una vez más, Shay obedeció. Corrió por la calle tras Ernst, los músculos de sus piernas contrayéndose y relajándose con cada larga zancada. Era rápida. Dios, era rápida, los motores de su corazón y pulmones podían latir y bombear eternamente.

Era increíble. Podía sentir al viento golpear contra sus mejillas, soplando a través de su cabello corto.

Pero su cabello era largo. Y lo tenía sujetado en una trenza francesa.

Shay ignoró el pensamiento. Fue fácil. No tenía nada que ver con ella. Todo lo que importaba era el fuerte y constante golpeteo de su corazón, el impacto de sus pies en la tierra, las brillantes estrellas sobre su cabeza y la sangre… la sangre fresca corriendo a través de ella.

Excepto que estoy dentro; no hay estrellas ahí. Y no puedo correr de esa manera. Mi cuerpo no lo soportaría.

—Todo listo —anunció Martin.

Shay parpadeó mientras él deslizaba la aguja fuera de su vena, luego adhirió con cinta adhesiva una pequeña bola de algodón sobre la herida.

—¿Shay? ¿Estás bien? —Los ojos de Martin se entrecerraron mientras la estudiaba.



—Sí. Estoy bien, realmente. Me siento bien —contestó Shay con lentitud. ¿Cuándo fue la última vez que se había sentido bien? ¿Alguna vez? Su cuerpo todavía se sentía de la misma manera que en la visión. Eso es lo que fue… una visión. ¿O se había quedado dormida? ¿Fue un sueño? Fuera lo que sea, había afectado a su cuerpo entero, cada uno de sus sentidos.

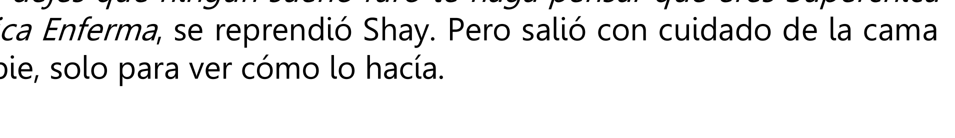
Martin colocó dos dedos sobre su muñeca, luego miró su reloj mientras comprobaba el pulso. Shay levantó las cejas, haciendo una pregunta silenciosa.

—Excelente —dijo Martin—. Esta tarde tienes el pulso de un corredor de maratón. —Así que sus resultados coincidían con lo que estaba sintiendo. Se sentía como una corredora de maratón en este momento, salvo por la parte de yacer en una cama de hospital.

La liberó, entonces empezó a empujar la intravenosa fuera de la habitación. Ellos lo mantenían en el armario del pasillo. Mantenerlo en la habitación de Shay era un recordatorio demasiado grande, para todos, de cómo era su vida.

—Tu mamá vendrá con el jugo.

Por la manera en que Shay se sentía, ir por un jugo a la cocina no sería ningún problema. *No dejes que ningún sueño raro te haga pensar que eres Superchica en vez de Chica Enferma*, se reprendió Shay. Pero salió con cuidado de la cama y se puso de pie, solo para ver cómo lo hacía.



Y lo hizo bien. Sin mareos. Sin palpitaciones. Sin extremidades frías. Se dirigió al pasillo, lista para apoyarse contra la pared si hacía falta. Pero no lo hizo. Sus piernas no temblaron al caminar. Sus rodillas no se hicieron de gelatina.

Ninguna transfusión la había hecho sentir así. Martin dijo que lo estaba afinando, pero aun así… era más como si la fuerza y el poder que había sentido en esa extraña y sorprendente visión se hubiera quedado con ella cuando despertó. Despertó. ¿Eso había sucedido? Porque entonces lo que ella había visto había sido un sueño, no una visión. Pero un sueño no podía tener sabores y aromas que eran tan pero tan reales. Al menos ningún sueño que haya tenido Shay alguna vez.

Quizás un nuevo componente en la transfusión le había dado una alucinación. Quizás había sido alguna especie de viaje inducido por las drogas. O…

—Shay, regresa a la cama —exclamó su madre desde la cocina, prácticamente tirando la botella de jugo cuando descubrió a Shay.

—Estoy bien. Tomaré el jugo. —Shay abrió el gabinete y se puso en puntas de pie para alcanzar un vaso.

—No creo que eso sea una buena… —empezó su madre.

—¡Mamá, por favor! —espetó Shay—. Sabes que me gusta hacer las cosas por mí misma cuando puedo —agregó con más gentileza.

Su madre asintió. Puso la botella de jugo sobre la encimera y se dirigió a la sala.

Shay deseó que hubiera algo más excitante en lo que usar su fuerza, de donde quiera que haya venido. Algo mucho mejor que —whoa, detente allí, tigre— servirse un vaso de jugo.

Algo como… la fiesta de Kaz.

Vertió el jugo y abrió la puerta del refrigerador. El aire frío abanicó su rostro enrojecido. Empujó la botella en el estante superior, pero sus ojos pasaron directamente a la parte inferior. ¿Debería? ¿Podía?

Sí. No había ninguna fiesta a la que pudiera ir ahora mismo. Ningún chico al que besar. Pero podía tener una cerveza. Su primera cerveza en toda su vida. ¿Cuán loco era eso? Tenía diecisiete años, por Dios Santo.

Envolvió sus dedos alrededor de una botella de Duvel, la cerveza de Amsterdam por la que Martin había ido. Él era el mejor-en-todo-, incluso aunque a veces Shay pensaba que se trataba más sobre el estatus que sobre lo que realmente disfrutaba. Agarró la botella y quitó la tapa. Entonces dudó.

Auto-chequeo, pensó. *Tengo que hacerlo. Solo para estar seguros.*

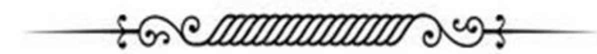
Se tomó el pulso. Normal. No, asegúrate que sea lento y bajo. Sin sudor en el labio superior. Presionó una mano contra su frente. Nada de fiebre. Sin náuseas. Dentro de su pecho, su corazón latía calmo y estable.

No tenía idea de cuánto duraría esta increíble sensación. Tenía que apresurarse.

Shay sonrió. Entonces tomó un trago de cerveza. Un largo trago. Sabía bien.

Sabía millones de veces mejor que el jugo de Granada.

Capítulo 2



Traducido por Mari NC, otravaga, Areli97, Lalaemk

Corregido por Naty

—¡Fin de semana! —gritó Kaz, prácticamente arrojándose en el asiento de la cafetería frente a Shay.

—No hasta dentro de tres horas —dijo ella.

—Sí, tengo que soportar educación física antes de ser oficialmente feliz de que sea viernes —se quejó Olivia—. Odio sudar por ninguna buena razón.

—Es una buena razón. ¡Sano para la vida! —dijo Shay, antes de que Kaz pudiera hacer la obvia broma sucia. La caricatura de la manzana que aparecía en cada póster del salón de clases acerca de comer bien y hacer ejercicio siempre decía: "¡*Saludable para la vida*!" Esa manzana había estado con ellos desde el primer grado, y Shay siempre había sentido que se estaba burlando de ella.

—Fácil para ti decirlo, nunca tienes que ir a gimnasia —dijo Olivia.

—Liv. Jesús. —Kaz sacudió su cabeza, y Olivia parecía afectada.

—No quiero decir que es divertido para ti ni nada —agregó en un apuro.

—Relájate —dijo Shay—. Tienes permitido ser perra conmigo. No voy a ser marcada de por vida. —Le dio un mordisco al sándwich de pavo que su madre todavía le enviaba a la escuela todos los días—. De hecho, tal vez iré contigo hoy. —Hasta ahora, la energía de su transfusión no se había desvanecido.

—¿A gimnasia? —Olivia frunció el ceño—. ¿Por qué?

—Me siento fuerte. —Shay agarró una de las papas fritas de Kaz y se la metió en su boca. Ella nunca comía nada frito. Nunca comía nada que supiera bien, era más como eso. Los auto-chequeos de Martin incluían chequeo de alimentos, también. Hierro, proteínas, hierro, proteínas, era como su mantra.

—El profesor de gimnasia ni siquiera sabe quién eres —dijo Olivia.

—¿Y? No pueden impedirme ir.



—Sí, pero, ¿por qué lo harías? Pasar el rato en la sala de estudio no puede ser tan malo. —Había un filo en la voz de Olivia que estaba empezando a irritar a Shay. Como si pasar el rato en la sala de estudio fueran unas vacaciones, no un castigo. Como si la vida de Shay fuera de alguna manera mejor que la de los demás sólo porque ella no tenía que ir a la estúpida clase de gimnasia.

—¿Tienes algunos pantalones que puedas prestarme? —preguntó.

—Shay, no es en serio —sonaba disgustada—. Sólo porque te sientes fuerte no significa que debas actuar como una idiota. Hace dos días colapsaste caminando por el pasillo. No duraras un minuto en educación física.

Bien. Alguien más tendrá ropa para prestarme, pensó Shay. Nadie nunca le dijo que no cuando pedía un favor. Y ahora que Olivia estaba actuando como su mamá al respecto, Shay estaba decidida a ir a educación física.

—¿Estás listo para la fiesta? —preguntó, dirigiéndose a Kaz.

—En su mayoría. Todavía estoy tratando de averiguar cómo contrabandear alcohol. Mi mamá prometió permanecer arriba, pero sé que va a hacer chequeos de cerveza. —Kaz acercó su bandeja para que ella pudiera agarrar otra fritura.

—Tendremos que vaciar el jugo de naranja o algo —dijo Shay—. O, espera, ¿qué pasa acerca de una sandía llena de vodka? Leí acerca de eso una vez.

—¡Genial! Ni siquiera pensé en eso —sonrió Kaz—. ¡Me encanta la fruta vodka!

Shay le devolvió la sonrisa, pero se sentía estúpida. Había leído sobre la fruta vodka, pero por supuesto Kaz —y Olivia, y probablemente todos los demás en la escuela— habían tenido en realidad fruta vodka antes.

—Martin tiene una botella de vodka con infusión de tocino en el congelador. Puedo hurtarlo —ofreció.

—¿Infusión de tocino? —Olivia arrugó su nariz.

—Lo recibió como un regalo de cumpleaños de uno de los investigadores con el que suele trabajar. Los científicos producen algunas rarezas en el laboratorio, al parecer —explicó Shay.

—No creo que el tocino y la sandía vayan a saber muy bien juntos —bromeó Kaz—. ¿Pero realmente vendrás a mi fiesta?

—Por supuesto. No voy a perderme tu decimoctavo cumpleaños —dijo.

—Shay, la fiesta ni siquiera comienza hasta las nueve. Vas a estar en la cama — señaló Olivia.

—¿Sabes qué, Liv? En realidad no tengo una hora de acostarme —espetó Shay. Ella no suele usar el apodo de su amiga. Era demasiado irónico, la chica terminal con la amiga llamada Liv—. Voy a estar allí —agregó con firmeza.

La cara de Olivia ya estaba cambiando, su ceño frunciéndose en preocupación, sus ojos muy abiertos, su boca abriéndose para pedir disculpas. Shay se levantó tan rápido que su bolsa de almuerzo se vino abajo por el movimiento.

—Shay…

—No quiero escucharlo —murmuró. Agarró su bolsa térmica, con su saludable almuerzo sin comer, y la tiró a la basura al salir de la cafetería. *No quiero escucharlo* de nuevo, mentalmente se corrigió. La preocupación, la vergüenza, las palabras lo-siento-mucho-yo-no-quise-ofenderte que nunca fueron realmente nada más que Olivia cubriendo su culo después de que se había resbalado y realmente había tratado a Shay como un ser humano.

Estaba tranquilo el pasillo, el período no terminaría dentro de otros diez minutos. Shay se giró hacia la biblioteca, sin saber a dónde ir. Nunca había salido sin nadie antes y estaba un poco sorprendida de que Olivia no hubiera venido corriendo detrás de ella.

—¡Hola, Shay! —llamó el monitor de pasillo, el Sr. Roque.

—Hola. —Ella no tenía que darle una excusa para pasear durante horas de clase. Él no se atrevería a cuestionar a la enferma. *Es extraño*, pensó Shay. *¿Por qué todos asumen que estar enfermo significa ser bueno?* Para todo lo que Roque sabía, ella se dirigía a comenzar un incendio o hacer estallar un poco oxígeno en el baño.

En cambio, fue a la biblioteca justo como había planeado. Era patético, pero cierto: No tenía idea de qué tipo de problemas había en los qué meterse o cómo meterse en ellos.

—¿Sintiéndote bien, Shay? —preguntó la señora Boutry, la bibliotecaria.

—Me siento muy bien, en realidad —dijo ella—. Mi nuevo tratamiento es increíble.

—Oh. —La señora Boutry no parecía saber qué hacer con esa información—. Bueno… ¡fantástico!

Shay jugó su gran sonrisa.

—¡Lo sé!

Dejó caer su bolso en una de las mesas de estudio y se dirigió por el pasillo de no ficción, más allá de todos los viejos ejemplares de libros sobre el antiguo Egipto —una obsesión de ella desde hace dos años— más allá de la selección aleatoria de las biografías… a los estantes de ciencia.

¿Era ciencia, tener visiones extrañas durante una transfusión? ¿O era ciencia ficción? Shay nunca había tenido una visión antes de esa transfusión el miércoles, por lo que tal vez fue sólo una casualidad. Sacó un libro sobre las experiencias cercanas a la muerte, esas personas siempre parecían tener visiones, ¿verdad?

—¿Shay? —La voz de la señora Boutry era aguda ahora, asustada. Shay se giró para encontrar a la bibliotecaria detrás de ella en el pasillo.

—¿Sí? —preguntó, confundida. Y luego lo entendió: la señora Boutry estaba mirando el libro en sus manos—. ¡Oh! En realidad estoy buscando algo acerca de las visiones, um, visiones psicosomáticas, creo —dijo rápidamente.

—¿Disculpa? —La señora Boutry parpadeó en confusión.

—Visiones inducidas por medicamentos, elevada imaginación, ese tipo de cosas… —Las palabras de Shay se fueron apagando. Ella nunca iba a convencer a esta mujer de que no estaba mirando los libros de muerte porque iba a morir pronto. Shay lanzó un suspiro. Claramente, una visita al psicólogo de la escuela estaría en su futuro—. Tuve una reacción rara a mi último tratamiento —dijo.

Afortunadamente, la campana sonó antes de la señora Boutry pudiera preguntar si había dado lugar a una experiencia cercana a la muerte. Shay empujó el libro de vuelta en la estantería y se acercó a la bibliotecaria.

—Me tengo que ir. No puedo llegar tarde a gimnasia —murmuró.

Shay no se molestó en ir a la sala de estudio para decirle al maestro. Era oficialmente su período de educación física, por tanto, ¿qué si ella ni una sola vez había puesto un pie en una clase de gimnasia? Estaba yendo.

Pero el pasillo era extraño. Nunca había estado en el vestuario de las chicas, y las únicas veces que había estado en el gimnasio en sí era para reuniones de ánimo, lo que, teniendo en cuenta lo poco convincente que era el equipo de fútbol de Black River, no suceden muy a menudo. El corazón de Shay empezó a latir mientras bajó por el pasillo pequeño que conducía a las habitaciones de atletismo, y tuvo que leer los signos en cada puerta —sala de pesas, estudio de ejercicio, la piscina— antes de encontrar el vestuario. Shay respiró hondo y abrió la puerta.

No estaba segura de lo que esperaba, pero Olivia se había quejado sobre el vestuario desde la escuela media. En aquel entonces, había sonado como chicas gastando todo el tiempo comparando el tamaño de sus senos y burlándose de niñas gordas. Ahora Olivia por lo general se quejaba sobre la falta de una buena iluminación y el hecho de que los casilleros eran demasiado pequeños y sus ropas siempre terminaban arrugándose. Lo que ella nunca había mencionado era el olor.

Shay se quedó sin aliento por la sorpresa. Toda la enorme sala estaba caliente y olía dulzón, alguna combinación de sudor, productos, y perfume. Ella se echó a reír. Por alguna razón, había pensado que sólo los vestidores de los chicos serían apestosos.

—¿Shay? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Mindy Ryman, ni siquiera parecía importarle que estaba allí de pie en su ropa interior.

—Estoy en esta clase —le dijo Shay, forzándose a no mirar al sostén de Mindy. No era normal estar hablando con sus amigos cuando estaban medio

desnudos. ¿O tal vez lo era? En el hospital, la gente siempre andaba con las batas cayéndose, pero eso era diferente. Esos cuerpos eran viejos, o enfermos, o súper flacos. Aquí, todo el mundo era normal, y no parecían preocupados por dejar todo al descubierto.

—¿Desde cuándo? —Mindy agarró una vieja camiseta de su casillero y empezó a ponérsela—. Quiero decir, pensé que tenías una nota permanente de un médico para educación física.

—La tengo, por lo general —admitió Shay—. Pero me siento bien esta semana. Como, realmente bien.

Desde el rabillo del ojo, notó a Olivia en uno de los otros bancos de los casilleros. Shay giró de forma que su espalda estuviera hacia su mejor amiga.

—Escucha, Mindy, ¿tienes algunos pantalones que puedas prestarme? No tengo ropa de gimnasia.

—Oh. Claro. —Mindy se asomó en su casillero, el cual *era* muy muy pequeño, vio Shay, y frunció el ceño—. Todo lo que tengo es un par extra de pantalones cortos.

—Está bien, puedo usar pantalones cortos. Es mejor que jeans, ¿no? —dijo Shay.

Mindy se mordió el labio.

—No, toma mis pantalones. Voy a usar los pantalones cortos. Está frío afuera.

—¿Bueno, no vas a tener frío en pantalones cortos? —dijo Shay—. Soy una abusadora. No deberías tener que sufrir.

—Sí, pero… —Mindy no terminó la frase. No tenía que hacerlo. Shay entendió. Mindy estaba preocupada por ella.

—Gracias, Min. —Shay tomó los pantalones, y luego miró a su alrededor, desconcertada.

—El casillero del final siempre está vacío —le dijo Mindy—. Sin embargo no tiene candado de combinación. Puedes poner tu billetera en mi casillero.

—Gracias. —Shay fue hacia el casillero vacío y metió sus libros adentro, tratando de ignorar el creciente sentimiento de vergüenza. No sabía cómo hacer la primera cosa en esta clase. ¿Quién sabía que tenías que traer tu propio candado? Shay alcanzó el botón de sus pantalones vaqueros, y se detuvo. Se sentía extraño estar desvistiéndose delante de todo el mundo. Le echó un vistazo a Mindy, y la estaba mirando.

Eso es porque estoy grotescamente delgada de estar enferma, no porque sea raro cambiarse la ropa, se dijo a sí misma Shay. Se sacó los pantalones vaqueros y se metió de un tirón los pantalones de chándal de Mindy. Gracias a Dios que se le había ocurrido ponerse sus Chucks hoy. No eran exactamente zapatos de correr, pero eran mejores que un par de botas o algo. No tenía una camiseta de

gimnasio, pero ¿y qué si su ropa habitual se sudaba? Había sólo una clase más después de Educación Física.

Le tomó menos de un minuto a Olivia notarla.

—Shay, ¿estás hablando en serio? ¿Sólo porque dije que no? —El tono de su voz era una réplica exacta del de la mamá de Shay.

—No, Olivia, porque me siento bien y quiero hacer algo normal para variar —chasqueó Shay, volviéndose hacia su amiga—. Lamento si eso estremece tu mundo. —Le tendió su billetera a Mindy, y la tomó con las cejas levantadas.

Olivia se quedó ahí parada con las manos en las caderas igual que una desaprobadora maestra de escuela dominical. Shay deseaba —desesperadamente deseaba— que pudiera salir furiosamente hacia el gimnasio y dejar a Olivia atrás. Pero no tenía ni idea de dónde estaba la puerta que comunicaba los vestuarios con el gimnasio.

—Por aquí, Shay. —Mindy cerró de golpe el candado con combinación de su casillero y gesticuló hacia la derecha.

—Gracias. —Shay fue con ella, fingiendo que no notaba los ojos en blanco de Olivia.

—Creo que es genial. Hacerte cargo de tu vida —dijo Mindy mientras ellas caminaban.

—Sí, estoy aprovechando el día —respondió Shay—. Yendo a Educación Física. ¡Cuidado!

Mindy se echó a reír. Olivia, que las seguía, no lo hizo.

Dentro del gimnasio, un grupo de chicos estaban pasando el rato, algunos de ellos lanzando aros. ¿Educación Física era mixta? Shay ni siquiera sabía.

—Srta. McGuire, ¿puedo ayudarla? —preguntó la profesora de gimnasia tan pronto como las divisó. Shay sabía a ciencia cierta que ellas nunca antes se habían visto, pero obviamente todos los profesores debían saber quién era.

—Shay está viniendo a clase hoy. ¡Ella se siente bien! —canturreó Mindy, asumiendo el papel de embajadora de la chica enferma ya que a Olivia claramente no le gustaba la idea.

La profesora se mostró escéptica.

—Mi padrastro me hizo hacer cerca de cincuenta auto-chequeos un día. Puedo decirle mi ritmo cardíaco actual si quiere —dijo Shay, resistiendo la tentación de mencionar las credenciales del famoso/brillante doctor Martin—. O usted puede aceptar mi palabra de que me siento fantástica.

—Está bien. Pero tómeselo con calma —dijo la profesora—. Todo el mundo afuera. Quiero kilómetro y medio alrededor de la pista, y si tardan más de veinte minutos, van a hacerlo de nuevo.

Las demás chicas caminaron arrastrando los pies hasta las puertas dobles que conducían hacia los campos de juego, así que Shay fue con ellas.

—Eso fue fácil —dijo, sorprendida. Había estado esperando un sermón sobre la responsabilidad legal de la escuela de mantenerla saludable.

—A la Sra. Mead no le importa una mierda —le dijo Mindy—. Ha estado haciendo el mínimo esfuerzo por años.

—Es por eso que pasamos la mitad del tiempo trotando —intervino Lai-wan Huang, uniéndose a ellas—. Así ella puede sentarse sobre su trasero y leer el periódico.

—No necesitas trotar —dijo Olivia—. Sólo camina rápido y puedes hacer un kilómetro y medio en veinte minutos.

Shay no le respondió o la miró siquiera. Mindy y Lai-wan estaban siendo totalmente geniales, y Shay se dio cuenta que varias de las demás chicas lanzaban miradas en su dirección y sonreían. ¿Por qué su mejor amiga no podía ser así, en vez de estar diciéndole constantemente lo que no debe hacer?

La pista iba alrededor del campo de fútbol americano, el cual estaba en la cima de una pequeña colina. Estaba más frío ahí arriba, y la temprana brisa de octubre se había adelantado. Mindy se estremeció.

—Me gustaría que me hubieses dejado usar los pantalones cortos —le dijo Shay.

—Está bien. Sólo tengo que correr —dijo Mindy—. Créeme, entraré en calor en nada de tiempo. —Ella despegó en un trote, levantando terrones pequeños de tierra bajo sus zapatos.

—Son cuatro vueltas alrededor. Eso es kilómetro y medio —dijo Lai-wan—. Caminaré con ustedes si quieren.

Shay le dio un vistazo a Olivia, quien todavía estaba justo a su lado. ¿Acaso todo el mundo las veía como un paquete?

—Voy a correr —dijo Shay.

—Nunca en tu vida has corrido —señaló Olivia.

En mi sueño corrí el otro día, pensó Shay. Se sentía tan fuerte ahora como lo había hecho entonces. Sin esperar por una respuesta, comenzó a descender por la pista, los músculos en sus piernas impulsándose con fuerza, trabajando justo como se suponía que debían. Justo como lo habían hecho en su visión.

¡*Estoy haciéndolo! ¡En realidad estoy corriendo!* El relicario que siempre llevaba —la única cosa que tenía de su padre— rebotaba arriba y abajo en el pecho de Shay. Su larga coleta se balanceaba en el viento, golpeando contra su mejilla, y se rió en voz alta. ¿Quién necesitaba una visión cuando había esto? Sus propios pies golpeando en la tierra, su propio corazón y pulmones funcionando perfectamente.

—¡Shay! —La voz de Olivia estaba aterrorizada, pero también estaba bastante lejos detrás de ella. Shay aumentó la velocidad, empujando sus piernas más rápido, bombeando sus brazos. Nunca se había sentido tan poderosa. El golpeteo de su corazón era fuerte en sus oídos…

Fuerte en todas partes en su cuerpo.

—No —susurró Shay, desacelerando su ritmo. La sensación de golpeteo no desapareció. Su corazón estaba latiendo demasiado rápido, demasiado fuerte. Podía sentirlo en cada punto de pulso, palpitando en su cuello, en sus muñecas, en sus sienes—. No.

—Oh Dios mío, ¿en qué estás pensando? —Olivia llegó hasta ella corriendo y le agarró el brazo—. ¿Estás bien?

—¿Shay? ¿Estás bien? —Mindy estaba sin aliento mientras se apresuraba a regresar hacia ellas.

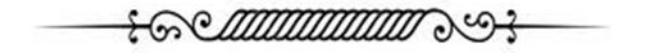
—Estoy bien —mintió Shay. No estaba bien. Estaba enferma, como siempre lo había estado, como siempre lo estaría—. Sólo un poco cansada.

—Volvamos al gimnasio —Olivia sonaba exasperada.

Shay siguió adelante, permitiéndose apoyarse un poco en Olivia.

—Pudiste haberte matado —dijo Olivia.

—Pero no lo hice —respondió Shay. *Hace una semana, podría haberlo hecho. Pero después de esa transfusión, corrí… ¡corrí!… y sigo aquí*—. No lo hice.



—Se te fue la mano —dijo la madre de Shay, frunciendo el ceño a través de las judías verdes.

—Estoy bien, sólo estoy cansada —protestó Shay—. Ni siquiera tuve que irme de la escuela antes de tiempo.

Su madre sacudió la cabeza. Estaba claro que pensaba que entendía el cuerpo de Shay mejor de lo que ella lo hacía.

—¿Qué te hizo pensar que podías correr? —preguntó Martin—. ¿Estabas sintiéndote tan bien o fue algún tipo de situación de presión de grupo? —Las preguntas eran en la desinteresada y reflexiva voz de médico de Martin. No en la decepcionada voz de padre regañón que mamá estaba usando.

Supongo que hay algunas cosas buenas acerca de no tener dos verdaderos padres, pensó Shay. Ella en realidad no consideraba a Martin como su padre. Tal vez nadie que consiguiera un padrastro cuando tenía catorce años lo hacía. Martin había sido un doctor impresionante. Había prestado atención a cada cosa que Shay decía, y nunca había salido corriendo de la habitación porque su localizador sonaba. Y la mayoría de las veces, los sentimientos de Shay por Martin eran los mismos de cuando había sido su paciente. Sospechaba que él también la veía todavía más como una paciente que como una hija. Mamá no había querido volver a oír sobre eso, pero Shay no lo veía como algo malo.

—Por favor. La presión de grupo era sentarse en la sala de estudios como siempre —dijo. Su madre sacudió la cabeza de nuevo.

Martin se sirvió una segunda ración de ensalada, la mitad de ella aterrizando en el mantel en vez de en su plato. Sus grandes manos eran sorprendentemente torpes cuando no estaba efectuando algún tipo de procedimiento médico.

—Sólo la punta del iceberg —bromeó mientras limpiaba la lechuga derramada con la servilleta.

Él nunca parecía captar los juegos de palabras. Shay le dio su usual sonrisa falsa, pero su madre todavía estaba ocupada examinando a Shay a través de ojos entrecerrados.

—¿Qué quieres que diga, mamá? —peguntó—. Nadie me pidió que fuese al gimnasio, y nadie me pidió correr. Sólo lo quise hacer.



—¿Entonces te sentías así de fuerte? —dijo Martin antes de que su madre pudiera responder—. ¿Tanto que pensaste que podías hacer algo que nunca antes has hecho?

—Sí. —Shay encontró sus ojos, y una sonrisa se extendió por su rostro—. Sí, lo hice.

—¿Fue sólo una oleada repentina, una especie de mejoría? ¿O has estado sintiéndote de esta forma desde el nuevo tratamiento del miércoles? —preguntó Martin, lanzándole una rápida mirada a su madre, quien todavía no había apartado los ojos de Shay.

—Me he sentido genial desde el tratamiento —dijo Shay—. ¿Qué le hiciste a esa sangre de todas formas?

—No te has sentido genial desde entonces. Ahora estás exhausta —señaló su madre. De nuevo con el yo-sé-cómo-te-sientes-tú-no.

—Emma, estás exagerando las cosas. Está sentada a la mesa, está comiendo y bebiendo —dijo Martin.

—Y tiene bolsas bajo los ojos.

—Siempre tengo bolsas —dijo Shay—. Pero estoy cansada, Martin. ¿Tal vez debería tener otra transfusión? Del nuevo tipo.



—¡Acabas de tener una! —protestó su mamá.

—Por lo general la tienes en unos cuantos días más. —Martin se masticó el labio, pensando—. Esto puede significar que esta nueva versión actúa más rápido. Te sientes mucho mejor, pero los efectos son de corta duración.

—Porque a ella se le fue la mano. —La mamá de Shay le envió una mirada inductora de culpa—. No podemos decir cuánto habría durado el efecto si sólo Shay se hubiese comportado.

—¿Comportado? —repitió Shay incrédulamente—. Disculpa, ¿soy una mala chica porque decidí ir a correr?

—Sabes a lo que me refiero —dijo su madre. Fulminó con la mirada a Martin—. No necesita otra transfusión aún. Sólo necesita descansar mucho este fin de semana para recuperarse por correr.

—Todavía estoy aquí sentada —dijo Shay. Los adolescentes normales de diecisiete años podían hablar con sus médicos por sí mismos. ¿Por qué mamá insistía en traducir por Shay?

—No te ves súper agotada para mí. No te desmayaste. Tienes más energía de la que tenías antes de la última transfusión —dijo Martin pensativamente, en realidad hablándole *a* Shay—. No estoy seguro si ya es momento para otra. ¿Realmente sientes que la necesitas?

¿Necesitarla? No, pensó Shay. Pero la quería. Tenían razón en que no se había sentido tan terrible como a veces lo hacía. Pero se sentía enferma, y débil, y normal, su propia patética versión de normal. Ella quería sentirse fuerte de nuevo, como lo había hecho por los dos últimos días. Quería sentirse normal bajo los estándares de los demás.

—Es sólo que no quiero estar demasiado cansada para ir a la fiesta de Kaz mañana en la noche —dijo.

Su madre se rió, un sonido grave y afilado como un ladrido.

—No vas a ir a una fiesta.

—Es su cumpleaños número dieciocho. Es un gran acontecimiento —dijo Shay.

—No me importa, estás demasiado cansada para ir. —Su madre tomó un sorbo de vino—. No puedes poner en riesgo tu salud por una fiesta tonta.

—¿No me escuchaste? Está cumpliendo dieciocho. No es una fiesta tonta — espetó Shay.

Su madre suspiró. —Le puedes enviar un regalo.

—Oh por Dios. —Shay empujó su silla de la mesa—. No es una fiesta de cumpleaños del segundo grado, mamá. No me interesa acerca de conseguirle un regalo. Me interesa tener un buen rato en un lugar donde cada persona de la escuela también tendrá un buen rato.

—Cariño, créeme, desmayarte en medio de una fiesta no es un buen rato.

—Por eso es que quiero otra transfusión —gritó Shay.

—Emma, tú sabes qué tan importante es socializar cuando eres un adolescente… —empezó Martin, sonando como si estuviera dando una conferencia de antropología.

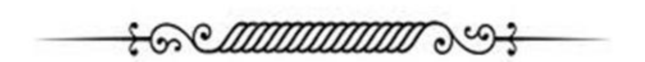
—¡Sé que tan importante es mantenerse viva para Shay! —lo cortó su madre. Sus ojos se ampliaron, y su mano voló a su boca. Ella nunca decía cosas como ésa, nunca implicaba que la enfermedad era fatal. Shay se dio cuenta que debería enloquecer por el desliz de su mamá, pero en su lugar se sintió aliviada. Era refrescante escuchar la verdad para variar.

—Mamá, si no puedo siquiera correr por la pista en la escuela y no puedo ir a una fiesta con mis amigos, no estoy realmente viva ahora —dijo—. ¿Por qué no puedo simplemente tener otra transfusión y vivir del modo que quiero?

—No —dijo su madre, su mirada yendo entre Martin y Shay—. Es sólo demasiado pronto.

Las manos de Shay se apretaron en torno a su servilleta. Su madre realmente necesitaba darse cuenta que Shay era lo suficientemente grande para entender su propio cuerpo y hacer sus propias decisiones sobre lo que podía y no podía hacer.

Porque iba a tomar sus propias decisiones, le gustara o no a mamá.



Martin la sacudió para despertarla a las ocho de la mañana.

—Tú mamá fue por panecillos —dijo.

Shay frotó sus ojos y trató de procesar eso. Los panecillos estaban bien y todo, pero no era realmente su asunto. Los sábados eran para huevos revueltos con queso.

—¿Por qué?

—Ella se sentía como algo diferente. —Martin tomó el pulso de Shay mientras hablaba—. Más débil que anoche.

—Siempre lo está. —Shay se incorporó, temblando en el frío aire de otoño—. ¿Podemos prender la calefacción?

Martin se veía sorprendido.

—No ha estado lo suficientemente frío todavía. Pero claro, la prenderé. Yo, um, pensé que quizás te gustaría tener otra transfusión primero.

Shay lo miró fijamente.

—Mamá dijo que no.

—Está preocupada porque los efectos de la última desaparecieron tan rápidamente. —Martin se encogió de hombros—. Estoy más interesado en cuanto mejor te sentiste durante ese tiempo.

—Maternidad contra doctorado —dijo Shay. *Asfixia*[2] era más lo que parecía.

Él sonrió.

—La batalla eterna.

—El Sr. Bonetto dice que no puedes decir nada de un experimento hecho sólo una vez —dijo Shay—. Tienes que hacerlo una y otra vez antes de que tengas algún resultado significativo.

—Exacto. Así que esta vez, vamos a tratar este nuevo tipo de transfusión y tomaremos más notas. —Martin la miró directo a los ojos—. Y no distorsionarás el resultado al mostrar un comportamiento más allá de lo mundano.

—No correr —tradujo Shay su plática científica—. Lo tengo.

—Sólo puedo decir cuan bien está funcionando si mantienes tus actividades al mismo nivel básico en el que siempre están —dijo Martin—. ¿Lo prometes?

—Prometo no correr —le dijo Shay.

Martin salió al pasillo para conseguir el soporte de la IV, y Shay se recostó contra sus almohadas. El hombre mayormente desnudo de Calvin Klein la observaba desde el techo, pero simplemente parecía insípido. No necesitaba que le apartara su mente de la transfusión. Quería su mente *en* esto ahora. No podía esperar por la fuerza.

—Por favor deja que funcione de nuevo —susurró, al Dios en Ropa Interior o al verdadero Dios o a cualquier otro que estuviera escuchando—. No me importa si sólo dura un día, por favor deja que funcione.

—¿Lista? —Martin volvió, con emoción en sus ojos. Estaba tan esperanzado como Shay; podía verlo. Bueno, si encontraba un modo de tratarla, haría que toda su investigación valiera la pena. Significaría que tuvo razón de dejar su posición en el Centro de Cáncer Anderson en Houston. Significaría que realmente había salvado su vida.

—Este es un gran asunto, ¿huh? —le preguntó—. Es la primera cosa que alguna vez me ha hecho sentir bien.

[2] **Asfixia:** Se hace un juego de palabras que se pierde con la traducción, entre Mothering: Maternidad, y Smothering: Asfixia.

—Es sólo un pequeño paso. Te quiero sin transfusiones completamente y que todavía te sientas bien —dijo, pero le dio una sonrisa—. Diría que si continúa funcionando, significaría que finalmente estamos yendo en la dirección correcta.

La examinó por un momento, buscando por un punto sin moretones en su muy delgado brazo. No quedaban muchos, cada transfusión deja un moretón, y ella las ha estado teniendo cada vez más seguido. Las feas manchas tomaban una eternidad en sanar. Sabía que pronto tendrían que moverse a otras partes de su cuerpo, pero por ahora Martin parecía satisfecho. Le limpió la piel con alcohol, luego deslizó la aguja en su brazo.

Esta vez Shay observó.

La sangre, espesa y roja, se deslizaba por el tubo… demasiado lento. Shay quiso que avanzara más rápido, que entrara en su sistema.

Y finalmente, ahí estaba.

El corazón de Shay pareció brincar, como si hubiera sido descargada con un desfibrilador… y luego calidez se extendió a través de ella cuando su corazón envió la sangre nueva a toda velocidad por todas las arterias, a cada pulgada de su cuerpo.

No necesitó la calefacción prendida después de todo, pensó Shay mientras sus párpados revolotearon cerrados. El sol era tan caliente, golpeando en su cara, calentando cada pulgada de su piel mientras se estiraba en el acantilado sobre el océano. Tan caliente. Ella podía verlo incluso a través de sus párpados, un color anaranjado brillante que la hizo pensar en el árbol de caqui cerca del orfanato.

¿Qué orfanato? se preguntó Shay, pero era un pensamiento vago. Podía imaginarse el árbol, justo al lado del camino que llevaba a las colinas. No sabía el nombre de las colinas, pero difícilmente importaba, no cuando el sol era tan cálido.

—¿Te estás durmiendo? —llamó Sam desde la cueva en frente al risco.

¿Quién es Sam? preguntó el pensamiento de Shay, a la deriva desde algún lugar lejano.

—Quizás lo haga. —Era difícil mantenerse despierta en el calor de la tarde, con el sol en su cuerpo como un manto—. ¿Ahora siempre sentiré frío?

—No —dijo Sam.

—Es difícil imaginar la vida sin el sol. —Ella abrió los ojos, parpadeando en la deslumbrante luz, e incorporándose lentamente.

—Aún tenemos el fuego. Y envolturas. —La voz de Sam sonaba divertida, incluso a través de la distancia—. Y nunca se vuelve demasiado frío aquí, como sabes.

—Muy diferente a Alemania. Ernst pasó casi un siglo ahí, temblando todo el tiempo. —Shay rió, el sonido profundo y fuerte. Se puso de pie y saltó a través de los cinco metros de césped que separaba el borde del acantilado de la cueva.

—Él podría haber llegado al sur antes, si estaba tan frío —Sam estuvo de acuerdo con una risa entre dientes.

Dentro de la cueva, estaba casi negro. Liquen colgaba de la entrada desde arriba; la hierba alta lo escondía desde abajo. Era una profunda grieta en el antiguo acantilado, y el deslumbrante sol de Grecia no llegaba adentro. Aun así, Sam se sentó acurrucado tan lejos como era posible, bañado en una oscuridad tan completa que Shay tuvo que entrecerrar los ojos para verlo del todo.

—El fuego no es la luz del sol. —Shay se movió de nuevo hacia la entrada de la cueva. Podía ver el mar a lo lejos, el reflejo del sol bailando en la superficie aguamarina—. Será diferente.

—*Tú* serás diferente, *Gabriel*. Tus sentidos estarán intensificados. Tú, más que nadie, apreciarás eso. —El tono de Sam era serio ahora.

—Pero el sol…

—Pagamos un precio por nuestra fuerza —dijo Sam—. No es algo para tomarse a la ligera, Gabriel. Sabes lo que pasaría si buscas el sol después de pasar por el ritual.

—Me convertiría en cenizas. —Shay dijo las palabras, pero no las acababa de creer.

—Lo vi suceder. La compañera original de Ernst, Gret, se cansó de su larga vida. —La voz de Sam ahora estaba llena de tristeza—. Ella se había ido cuando nos despertamos del sueño de la muerte del día, y cuando la buscamos afuera no quedaba nada. Sólo una pila de cenizas como arena negra.

Shay —Gabriel— estaba en silencio, tratando de imaginarlo. Era tan inimaginable como la vida sin el sol.

—Gabriel, ¿estás seguro que estás listo? —preguntó Sam amablemente—. El ritual no necesita ser esta noche.

—Ernst ha sido paciente. Tengo casi veinte años.

—Hablas de Lysander —adivinó Sam—. Se convirtió a los diecisiete.

—Siento que he decepcionado a Ernst. —Shay sintió el peso de la preocupación en su propio pecho, el amor y respeto por Ernst, la poderosa sensación de duda.

—No lo has decepcionado. Él te ama. Todos te amamos. —La voz de Sam era calmada, reconfortante—. Nadie se une a la familia hasta que es correcto en sus corazones. Tú y Lysander son diferentes. Sander siempre ha estado precipitándose hacia adelante, queriendo ir a la siguiente cosa, cualquiera que fuera. Pero tú, experimentas las cosas muy profundamente, Gabriel. Ha sido de

esa forma desde que eras un niño pequeño. Todavía puedo verte en la playa, sosteniendo una caracola de mar en tu mano, trazando todas las curvas, oliéndolas, sosteniéndola en tu oído, incluso lamiéndola un poco.

Gabriel y Sam rieron juntos ante el recuerdo.

—Tú y Sander, ambos quieren experimentar todo, pero tú siempre has ido más profundo —dijo Sam—. No estoy sorprendido que no hayas sido objeto de la transformación todavía. No esperaba que lo fueras, hasta que sintieras que has comprendido plenamente y disfrutado las partes del mundo a las que te entregarás.

—El sol —dijo Gabriel. Inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que la calidez del sol acariciara su rostro—. Es difícil imaginar tener suficiente de él alguna vez.

—No hay prisa —le dijo Sam.

Shay se volteó y miró a través de la oscuridad, estudiando el rostro de Sam. Estaba cansado, podía verlo. Más allá que cansado. El sueño de la muerte debía estar tirando de él, pero se estaba forzando a sí mismo a permanecer despierto contra cualquier instinto, sólo estar ahí para Gabriel. Era difícil tan siquiera imaginar lo que este esfuerzo le estaba costando a Sam. Él debería estar dormido durante el día, no jugar a la niñera con una joven ambivalente.

—Es el momento. Estoy lista —Shay respiró profundamente, llenando sus pulmones con el aire de mar salado—. Esta noche me uno a mi familia.

—Entonces te dejaré que te despidas del sol —Sam hizo un gesto hacia la entrada de la cueva—. Ve fuera a la luz mientras puedas. Esperaré.

—Deberías dormir.

—Me he despertado por este tiempo; puedo lograr pasar el resto del día— Sam sonrió débilmente—. Esperaré.

La calidez del sol se sentía como un imán, atrayendo a Shay. Desde la entrada de la cueva, hasta el acantilado. Y luego abajo, bajo el tortuoso camino de la cima del acantilado de la playa. Tan pronto como sus pies —*los pies de él*— golpearon la arena, comenzó a correr. En línea recta hacia el horizonte, directo hacia el surf. Él nadó, sus brazos ágiles y poderosos, deslizándose a través del mar mientras seguía el dorado-rojo rastro que el sol había dejaba en la superficie del agua. Difícilmente le tomó esfuerzo. Su pulso se mantuvo lento, sus latidos regulares.

Tan fuerte, y él ni siquiera lo sabe. El propio pensamiento de Shay susurró en su cabeza. Gabriel se volteó —flotando— fresco, agua sedosa contra la piel bañada del sol, un pez agitándose de vez en cuando contra él.

De ahora en adelante, él nadaría sólo en la oscuridad. De por vida —o por diez vidas— no volvería a ver el sol en el agua otra vez.

La tristeza de esa comprensión casi lo destrozó. Lentamente, a regañadientes, nadó hacia la orilla, sin querer saber si la sal en sus labios era por el agua o por sus propias lágrimas. Arrastrándose a la playa, la arena se sentía caliente bajo sus pies… pero el sol se estaba hundiendo ahora, su calor comenzaba a desvanecerse. El cambio era casi imperceptible, pero Gabriel lo sintió. Shay lo sintió.

Ésta es la última vez que veré la puesta del sol.

Shay levantó su mano —la mano de él— y sintió lágrimas en la suave piel de la mejilla de él. El sol descendió rápidamente hacia el horizonte, creciendo segundo a segundo, hasta que era una tremenda bola de fuego, en color rojo profundo.

—Al igual que la sangre —susurró Shay.

¿La sangre sería suficiente para reemplazar al sol? La forma en que la familia hablaba de eso —cálido, dando vida—, sonaba maravilloso. Pero Gabriel había crecido en las islas bañadas por el sol de Grecia. ¿Podría algo tomar alguna vez el lugar de la belleza frente a él? Desde abajo el cielo entero parecía iluminado, formando líneas de rosa y morado brumoso rompiéndose a través de las nubes que brillaban de color naranja.

Más rápido ahora, el sol se ponía, pareciendo ocultarse bajo el mar. Enviando su reflejo rubí en un millón de luces que bailaban locamente en el agua oscura… y entonces, se había ido.

Gabriel parpadeó. Las líneas rosas y moradas todavía llenaban el cielo, pero estaban desvaneciéndose. El crepúsculo había llegado. Se sentía como si una lanza estuviera atravesándole el corazón.

Shay abrió la boca, su mano moviéndose a su corazón. En algún lugar, Martin tomó su mano, sintió el pulso en su muñeca. Pero no era real, no comparado con el dolor inconsolable que la abrumaba, que abrumaba a Gabriel.

Él se desplomó sobre la arena, llorando. Nunca vería las glorias de la mañana floreciendo otra vez, nunca escucharía las canciones de las aves cuando despertara, o ver el rocío de la mañana en el césped. ¿Cómo podría algo tomar el lugar del día?

—Esto no es el final, Gabriel. —Los brazos de Sam estaban a su alrededor, la voz fuerte de Sam en su oído—. El ritual no es un final, sino un comienzo. Has vivido con la familia casi toda tu vida, y aun así no has sabido todo lo que nosotros sabemos o sentido lo que nosotros sentimos. Pero ahora tú podrás. Dices adiós a la luz, pero comenzarás de nuevo en la oscuridad. —Sam corrió su dedo sobre el tatuaje estilizado del fénix en el lado de su cuello. Pronto, Gabriel tendría un tatuaje a juego, un símbolo de su renacimiento a una nueva vida. Pero el fénix también había perdido su antigua vida.

—Ya no estás cansado —dijo Gabriel, sorprendido por el poder en la voz de Sam.



—El sol es el que socava mi fuerza. Pero el sol se ha ido.

Era verdad. La playa ahora estaba oscura, el agua era un negro más profundo que el cielo. Sam debía haber bajado de la cueva mientras Gabriel lloraba. Y de repente él entendió por qué Sam se había forzado a sí mismo a permanecer despierto para estar ahí en la última puesta de sol de Gabriel.

—Sabías que te necesitaría —dijo Shay con la boca de Gabriel—. Sabías que sería débil.

—Sabía que necesitarías a un hermano que te ayudara —dijo Sam—. Y después del ritual, eso es lo que seremos. Hermanos.

—Eso es lo que he querido desde que era una niña. —Shay se puso de pie, lista para seguir a Sam. Ansiosa por su nuevo comienzo.

—¡Shay! ¡Recuéstate otra vez! —La voz de Martin rompió sus pensamientos, duros y ásperos. Él deslizo la aguja de su brazo, y Shay gritó.

—Pero el ritual —gimió—. Quiero verlo.

—Estabas parándote en medio de la transfusión —gentilmente Martin facilitó sus hombros contra las almohadas, sus grandes brazos sosteniéndola sin esfuerzo, aunque la fuerza y energía estaban pulsando a través de su cuerpo—. ¿Qué estabas pensando?

—Estaba… estaba soñando —dijo, todavía en shock al ver su dormitorio y su padrastro. La playa, los acantilados… se habían sentido tan reales.

—¿Todavía te sientes cansada? —La frente de Martin se arrugó conforme la estudiaba—. También te quedaste dormida la última vez.

—No. Me siento muy bien —dijo, estirando sus brazos hacia arriba. La visión se había ido, pero la salud y vitalidad que había sentido en ella todavía estaban ahí.

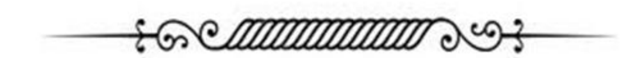
—Bueno, hazme un favor y quédate en cama por un rato. Tu madre quería que descansaras hoy, y si la transfusión te está poniendo adormilada, no te lastimará ir despacio. —Martin recogió sus suministros y se dirigió hacia la puerta, empujando su suporte de IV.

—Dile a mamá que me traiga algunos bagels —dijo. Pero cuando él se había ido, ella buscó sobre la mesa al lado de su cama y tomó su diario. Martin tal vez quería que durmiera, pero eso no iba a suceder. La sangre en sus venas se sentía como un tipo de bebida energética, o al menos como ella suponía que se sentía. Podía correr alrededor de la pista de la escuela en este momento sin romper a sudar; estaba segura de ello.

¿Martin puso esteroides en esta nueva sangre o qué? Era como sangre y una droga, todo al mismo tiempo. Me preguntaba lo que le que le haría a las personas normales, no enfermas. ¿Volverlas superhéroes? J, si esto sigue funcionando tal vez esto resulte ser el corazón artificial de Martin o una vacuna contra la polio, esta oportunidad de la

inmortalidad, como él la llama. Él quiere ser uno de esos doctores que ha hecho una gran contribución que nunca será olvidada. Y yo, personalmente, ¡nunca voy a olvidar esto! Ni siquiera me importa que le haya hecho a la sangre. Sólo la amo. Y amo los sueños que me da. O visiones. Lo que sea. Hubo otra mientras tenía la transfusión. Se sentía como si en realidad estuviera ahí, en el cuerpo de este chico. Sabía todo lo que él sabía, como si estuviéramos en Grecia y que él realmente amaba a su amigo Sam. Cuando movía mi brazo, era su brazo. Y mis pensamientos eran sus pensamientos. Espera, eso no está bien. Sus pensamientos eran mis pensamientos; sus emociones eran mis emociones. Era increíble, incluso la tristeza. No creo que alguna vez haya sentido algo tan poderoso en toda mi vida. Y ahora estoy sentada aquí en mi patética cama de hospital, toda por mí misma, ¿y qué tengo para sentir? No es como si pudiera hacer todo acerca de hacer mi tarea. Sólo en ese sueño, hice más de lo que he hecho en toda mi vida. Subí una montaña, y corrí, y nadé en el océano. Bueno, supongo que corro en el gimnasio. Así que puedo quitar eso. Pero he estado viva por diecisiete años, y todo lo que he hecho es sobrevivir. No es realmente vivir. No es experimentar la vida de la forma en que la gente de mi sueño habla, no he entendido completamente y disfrutado las partes del mundo a las que tengo que renunciar cuando finalmente esté muy enferma. Quiero correr otra vez, por más de 6 metros. Quiero probar cosas que no he probado, y no sólo la cerveza de Martin. Ni siquiera sé qué, sólo… todo. Quiero sentir todo tan profundamente como en el sueño. ¡Estoy yendo a la fiesta de Kaz esta noche! No me importa lo que diga mamá; bajaré por el árbol junto a mi ventana si tengo que hacerlo. Dios, ¡me siento tan bien! Como si pudiera hacer cualquier cosa, sin ni siquiera tomar un descanso. ¿Así será ser normal? No puedo recordarlo. Siempre digo que no puedo recordar, pero la verdad es que nunca he sabido. Sólo porque no necesitara transfusiones de sangre todo el tiempo cuando era pequeña, no significa que estuviera saludable entonces. Ni siquiera podía subirme al columpio en el patio de Olivia sin desmayarme. Pero todavía, ¿así es cómo se siente? ¿Todo el mundo se siente de esta manera? ¿Tan fuerte? Nunca supe que esto sería tan bueno. Sólo ahora parece estúpido preocuparse por las cosas de las que la gente se preocupa, como calificaciones, o novios, o ser castigado, o lo que sea. No me podría preocupar menos acerca de esa basura, ¡no cuando estoy tan saludable! Si esto es normal, la gente da DEMASIDO por sentado. ¿Y qué si mamá se molesta por que vaya con Kaz? ¿Y qué si el idiota del Sr. Bonetto se sintió insultado por que lo corrigiera por su mala pronunciación de desoxirribonucleico ayer? (No es que pudiera hacer algo al respecto. Cuando la Chica Enferma te dice algo por ser estúpido, sabes dos cosas: 1. Eres estúpido, porque la Chica Enferma sabe todo acerca del ADN. Y 2. No puedes reprenderla, porque sólo los malvados imperdonables gritan a las niñas enfermas.) Estoy lo suficientemente sana para escaparme, y estoy lo suficientemente sana para hablarle a un maestro, ¡estoy lo suficientemente sana para recibir mi castigo! Eso es todo. Me prometí a mí misma que voy a experimentar todo lo que pueda antes de ser forzada a decir adiós. No quiero usar toda esta maravillosa salud sólo para permanecer viva. Quiero usarla para vivir, para tomar todo dentro como lo hice en el sueño. Honestamente, no creo que haya estado durmiendo. Nunca tuve un sueño como ése, donde se sintiera todo completamente verdadero y real. Y donde recordara cada uno de los detalles después. Y aparte, no creo que me haya quedado dormida. Pero mayormente, no creo que haya sido un sueño porque estaba con la misma persona con la que había estado en mi última transfusión. Gabriel. Su nombre es Gabriel. Y creo que él es un vampiro.

Capítulo 3



Traducción SOS por Zeth, Corazón de Tinta, Whiteshadow

Corregido por Naty

—Me llamarás al momento en que te sientas cansada. —La madre de Shay apretaba ansiosamente el volante con las uñas, uno de los hábitos que más odiaba Shay.

—No me voy a sentir cansada. Estoy bien —dijo Shay por centésima vez.

—Y asegúrate que Olivia cuide de ti. Pídele a ella que me llame si estás demasiado enferma.

—Dios, mamá —estalló—. Olivia no es mi doctora. Soy perfectamente capaz de hacer una llamada. Pero no lo necesitaré, porque estoy bien. ¿Qué parte de eso no entiendes?

—Lo qué no entiendo es por qué insistes en esforzarte tanto —respondió su madre—. Cariño sé que parece muy importante ahora…

—Ni siquiera me des ese sermón. —Shay tomó la manija de la puerta. Habían estado aparcadas fuera de la casa de Kaz por cinco minutos, teniendo esta conversación, mientras la música resonaba desde el interior y la gente entraba y salía.

—Sé que los amigos y las fiestas parecen ser un gran asunto, pero desde un panorama amplio, la escuela secundaria no es tan importante —continuó su madre, sin inmutarse—. Una vez que Martin encuentre el tratamiento adecuado para ti y tengamos la enfermedad bajo control, tendrás toda tu vida para socializar.

—La razón por la cual las fiestas son un gran asunto para mí, es que nunca he podido ir a una. Y, no, sentarse en el sofá por veinte minutos y luego irse no cuenta como si en realidad fuese a una fiesta, y eso es todo lo que he hecho. —Shay agitó su cabeza—. ¿No lo entiendes? Quizá esta *es* toda mi vida. No sé si hay futuro. Siempre quieres que sea paciente, esperar a que esté mejor antes de



hacer *cualquier cosa*. Bueno, estoy harta de esperar. —Ella quería ser como Gabriel, exprimir hasta la última gota de cada experiencia. Incluso si Gabriel no existía, incluso si era el producto de algunas neuronas aleatorias quemándose en su cerebro, ella quería su pasión por el mundo.

—Cariño si estás deprimida por la enfermedad…

—Voy a ir —Shay abrió la puerta—, haré que alguien me lleve a casa. No pases toda la noche mirando al teléfono.

—Pero me llamarás…

—No. Mamá, me quedaré tan tarde como yo quiera, y luego alguien me llevará a casa. Es lo que los estudiantes de último año hacen. Todo el mundo conduce, y todo el mundo tiene un auto, excepto yo. —Shay salió del Mercedes y alisó la blusa y los vaqueros que finalmente había escogido.

—Por favor, Shay. —Su voz se apagó. Shay se agachó y miró por la ventana del auto. La expresión de su madre era confusa y temerosa, y el estómago de Shay dio un pequeño vuelco. Mamá no estaba tratando de ser un dolor en el trasero, sólo estaba aterrada de que su pequeña bebé enferma se alejara de su vista.

—Mamá créeme. Estoy bien. —Ella sonrió—. Ve y ten una cita con Martin o algo así.

Aunque fuese algo difícil de imaginar. Su madre y Martin nunca habían pasado por esa cosa tradicional de las citas. No habrían podido, mamá nunca dejaba la cabecera de la cama de Shay por mucho tiempo. Quizás habrían ido a cenar un par de veces, pero la mayor parte del tiempo habían estado con Shay. Sólo habían tenido un fin de semana de luna de miel. Su madre no había querido alejarse de Shay por más tiempo, aun cuando Martin había contratado la mejor atención de enfermería de veinticuatro horas al día que pudo.

Shay cerró la puerta del auto y se giró antes de que hubiese más ruegos. No podía soportar la ansiedad paternal. Era demasiado aparte de la enfermedad, y Shay no iba a pensar en la enfermedad esta noche. Caminando por la entrada de Kaz, Shay pensó que podría volar si lo deseaba. Su cuerpo era fuerte, su corazón latía como una máquina, y todos sus sentidos eran agudos. Esa clase de sentimiento tenía que ser usado.

Esta noche era para disfrutar ese torrente de energía que la había llenado desde la transfusión.

Esta noche era la primera noche de su vida por cuenta propia, sin su madre, y sin su enfermedad. No le importaba si la mañana nunca llegaba.

—¡Oh Dios mío, es Shay! —Lai-wan chilló tan pronto entró por la puerta. Rodeó con sus brazos a Shay como si fueran mejores amigas, y casi retrocedió ante el olor a alcohol en su aliento.

—Hola, Lai-wan —dijo, alejando a la chica.

—No puedo creer que lo hayas logrado. ¿Tienes que irte temprano? —preguntó Lai-wan—. En serio lucías mal ayer en el gimnasio.

—No, me siento mejor —dijo Shay—. ¿Dónde está Kaz?

—En la cocina. —Lai-wan se congeló de repente, ladeando su cabeza como si estuviese sumida en el pensamiento—. ¡Oh Dios mío, amo esta canción! —gritó, su voz un par de octavas más alta de lo usual. Dejó salir un agudo "wuuu" tirando sus brazos hacia el aire, y se dirigió a la sala, bailando en todo el camino.

Casi diez personas respondieron con sus propios "wuuu", y todo el mundo empezó a bailar en todo el centro de la alfombra de buen gusto de Kaz.

Shay observó con el corazón encogido.

—¿Por qué la cara triste? —preguntó Chris Brigila, apareciendo al lado de Shay.

Su estómago inmediatamente explotó en mariposas, pero se las arregló para no tartamudear al hablar.

—Pensé que las fiestas eran divertidas, pero de alguna manera el coeficiente intelectual de Lai-wan parece haber caído cincuenta puntos. Y no puedo bailar. Quizá no debí haber venido después de todo. Demasiado para su decisión de vivir como Gabriel.

Chris se echó a reír.

—Simplemente no has bebido lo suficiente. Nadie puede bailar cuando está sobrio.

—Muchos ni siquiera pueden bailar ni siquiera ebrios —dijo mirando a la multitud en la sala de estar.

Él rió de nuevo, y Shay sintió que sus mejillas se calentaban. Nunca había flirteado con alguien, ¿por qué molestarse, cuando probablemente terminaría desmayándose debido al estrés de hacerlo? Pero Chris parecía feliz de verla, y sus ojos recorrían de arriba abajo sus piernas y analizaban su trasero. Shay sintió rubor. Desde las nuevas transfusiones, su piel lucía mejor, menos amarillenta. Sus labios y mejillas tenían más color, y sus ojos azules en realidad lucían expresivos en vez de cansados y enrojecidos. Se había preguntado si era sólo su imaginación, pero quizá no.

—Luces diferente —dijo Chris.

—¿Es eso bueno?

—Definitivamente. —Asintió hacia la cocina—. ¿Quieres emborracharte y bailar?

—Sí —dijo ella—, en serio lo quiero.

—Espera… ¿Puedes? —preguntó, su sonrisa vacilando—. Quiero decir…

—¿Sabes qué? Nunca me he emborrachado. No tengo idea de que pasará —le dijo Shay.

Pudo ver por su expresión que estaba de nuevo en el modo *Shay-es-una-delicada flor-que no debe-ser tocada*. Maldita sea. Ella quería más coqueteo.

—Entonces no deberías beber —dijo él.

—Probablemente no. —Le guiñó un ojo mientras se dirigía hacia la cocina, tratando de recordarle que ella era la chica cuyo culo le gustaba—. Pero voy a hacerlo.

No miró por encima del hombro para ver si la estaba siguiendo, a pesar de que quería. Olivia siempre dijo que nunca debías comprobar lo que un hombre estaba haciendo, porque les hace sentir demasiado importantes. Y Olivia había estado saliendo desde el octavo grado, por lo que debía saber.

Sin embargo, cuando llegó a la cocina y Chris no estaba tras ella, Shay sintió una punzada de decepción. Sin embargo, el pequeño grupo de personas reunido alrededor del centro de la isla sonrieron. Jacey Hadel se movió para dar espacio a Shay cerca del cumpleañero.

—¡Lo lograste! —exclamó Kaz, su rostro se iluminó cuando la vio—. Olivia salió por más papas y esas cosas.

—Eso está bien, puedo sobrevivir sin ella. Feliz cumpleaños —dijo Shay, de puntillas para abrazarlo—. Lo siento, no traje ningún vodka, hubo un completo servicio maternal de taxi.

—No te preocupes, tomé tu idea de la sandía. Tenían que sentarse durante la noche de todos modos. —Kaz hizo un gesto a un enorme plato de trozos de sandía—. Esa es la segunda. La gente empezó temprano.

—Lo sé, los he olido —bromeó Shay. Cogió un trozo de sandía y se lo metió en la boca. Sabía como a medicina para el resfriado.

—¿Puedes hacer eso? —preguntó Jacey.

—Por supuesto. La fruta es buena para mí —dijo Shay.

—Pero tiene una graduación de ochenta —interrumpió Anthony Ativa, frunciendo el ceño—. El vodka se transfiere a la sandía…

—Shay no es una idiota, Ativa —lo interrumpió Kaz—. Estaba bromeando.

La boca de Anthony se abrió y cerró, como un pez. Shay se echó a reír.

—Tengo una enfermedad, no un mal sentido del humor. Sé cómo hacer una broma.

—No dejes que Olivia te vea —le dijo Kaz—. Se llevaría la sandía y castigaría a todos por dejarte beber.

Shay puso los ojos en blanco.

—Ella es tan mala como mi madre.

—Peor que mi madre —dijo Kaz—. Mi madre se ha retirado arriba y cerró la puerta. Dice que no va a venir abajo a menos que alguien llame a la policía.

Shay cogió otro pedazo de sandía.

—Ni siquiera puedo imaginar eso. Mi mamá viene de Mundo Bizarro de la tuya. No estaría sorprendida de encontrarla escondida entre los arbustos del exterior.

Kaz se echó a reír.

—Es simplemente porque estás enferma.

—No por ello es menos molesto. —Shay nunca había hablado honestamente con Olivia de esto. Liv venía de la escuela de mamá-y-Martin de pretender que la enfermedad de Shay no la definía, pero aun suponiendo que no tenía personalidad más allá de su enfermedad. Kaz totalmente sabía que la enfermedad de Shay la definía, y nunca pretendió que eso no apestaba—. Ya sabes, tú eres mi favorito de todos los novios de Olivia —le dijo.

Kaz se atragantó con la Coca-Cola.

—Lo siento, supongo que no debo ser tan franca. —Shay se rió. El vodka pateaba dentro, lo sabía. Su piel se sentía caliente, e incluso el bombeo sano de la sangre través de sus venas parecían calentarse.

—Soy el único novio que importa —dijo Kaz.

—Bueno, has sobrevivido más que los demás —dijo Shay—. Tal vez te conservará.

—Por lo menos hasta la universidad. Todas las apuestas están cerradas. —Kaz parecía un poco triste cuando lo dijo.

—No pienses en eso, está a casi un año de distancia —le dijo Shay—. Serás más feliz si vives el presente.

—Profundo. —Kaz tomó un pedazo de sandía y lo arrojó por el aire a Anthony, quién logró atraparlo en la boca, golpeando un plato de galletas en el proceso.

—No es profundo —dijo Shay—. Simplemente no creo en el futuro lejano.

Kaz la miró, sus ojos oscuros tristes.

—Pero pareces mejor ahora. Quiero decir, ¡mírate!

—Lo sé, me veo tan caliente —dijo Shay, riendo de nuevo.

—Sí, lo haces. —Kaz levantó la mano para chocar los cinco, y ella los chocó sin apenas darse cuenta del esfuerzo.

—Las dos últimas piezas. —Shay asintió hacia el tazón.

Kaz los agarró en su mano grande, y luego le dio una a Shay.

—Beber con Shay el día de mi cumpleaños… el comienzo de un buen año —dijo, sosteniendo su pedazo goteante de sandía en un brindis.

—Técnicamente estás comiendo, pero salud —dijo Shay, chocando su pieza con la suya. Ambos empujaron la sandía en sus bocas y se echaron a reír.

—Bien, ahora le toca a todo el mundo —dijo Kaz—. Lai-wan tiene una botella de ron para echar a las Coca-Colas.

—Y Briglia tiene una botella de vodka en su chaqueta —dijo Jacey.

—Estoy consiguiendo algo de eso —dijo Shay—. He oído que no se deben mezclar alcoholes. —También quería una excusa para hablar con Chris, pero no mencionó esa parte.

Había más gritos de "*whoo*" en el salón cuando volvió a entrar, al parecer el baile no era divertido sin ello. Todo el mundo se reía, sin embargo, y el baile se veía mejor de lo que lo había hecho antes. Shay caminó hacia Chris Briglia cerca de la ventana, moviendo los hombros, pero no los pies.

—¿Qué es ese movimiento? —preguntó, caminando hasta él.

Sus mejillas enrojecieron.

—¿O sólo es que no confías en bailar? —conjeturó Shay.

—Te lo dije, nadie puede bailar sobrio. Supongo que no estoy lo suficientemente borracho todavía.

—He oído que tenías vodka en el bolsillo —dijo Shay—. Así que no tienes excusa.

Chris se encogió de hombros. Sacó un frasco de plata y tomó un trago. Shay lo agarró antes de que pudiera ponerlo de nuevo en su chaqueta.

—Vaya —dijo Chris cuando lo puso en los labios.

Shay tomó un trago de vodka, tanto como podía caber en su boca y trató desesperadamente de no toser. Le quemaba como fuego encendido en la boca. Chris agarró el frasco de regreso y la miró, frunció el ceño.

—Oh, no te preocupes —balbuceó tan pronto como pudo hablar.

—Si te desmayas, me echarán la culpa —dijo—. Así que, sí, estoy preocupado.

—Wow. No eres tan rudo como pensé que eras —se burló Shay, y luego se llevó la mano a la boca. Había esperado la vaga sensación de vértigo al estar borracha, pero no esperaba realmente que la hiciera decir lo que le venía a la cabeza.

—Soy cojonudo —murmuró Chris, insultado—. Sólo que no soy el estúpido que recibe la niña enferma borracha.

La Chica Enferma. Las palabras resonaron en la mente de Shay. *La Chica Enferma*. No era la chica caliente, o la chica divertida, o la chica interesante. Sólo la enferma, incluso con estos jeans ajustados, incluso con esta increíble fuerza pulsando a través de sus venas.

¿Todos los chicos eran así? Shay tenía casi tanta experiencia en el ámbito del romance como una criatura promedio de seis años de edad. Y siempre habían sido ella y su mamá, ni siquiera un hermano que le dijera cómo trabajaba el cerebro masculino.

Si su verdadero padre hubiera estado alrededor, ¿habría sido capaz de darle su consejo sobre cómo tratar con los chicos, chicos estúpidos, y cobardes? Martin ciertamente no podría darle consejos sobre situaciones sociales, y su madre ni siquiera creía que Shay debiera tener una vida social.

No vale la pena pensar en el Sr. Golpea-y-Huye, Shay se dijo a sí misma. Cada vez que mencionaba a su padre, su madre o bien parecía que estaba a punto de llorar o a punto de reventar. Así que probablemente él no hubiera sido demasiado bueno con los consejos de todos modos. Tal vez sólo podía hacer lo que él había hecho, y librarse de aquella infernal situación.

Shay se encogió de hombros, yendo por algo casual. Se negaba a dejar que Chris viera que sus palabras la habían afectado.

—Está bien. La Chica Enferma encontrara a alguien más con quien embriagarse —dijo Shay—. No debe ser demasiado difícil. Como has dicho, luzco diferente esta noche, en el buen sentido.

—Shay… —comenzó él, pero no se quedó a escuchar. Le dio la espalda y se metió entre los bailarines en el centro de la habitación.

Shay echó los brazos en el aire y soltó un "whoo", porque ¿por qué no? Lai-wan y dos de las otras chicas respondieron con entusiasmo, y todo el mundo comenzó su baile a un nivel superior. Shay movía sus caderas tan rápido como podía, imitando a los demás. Nunca había bailado antes. Nunca tuvo la energía. Por un instante fugaz, se preguntó si se veía estúpida, pero la felicidad cálida del alcohol dominó toda duda. Moviendo sus caderas se sentía sexy, no tonta. La música se esparcía por todo su cuerpo, y sus hombros parecían balancearse por su cuenta. Shay cerró los ojos y se dejó llevar.

Su medallón se deslizó fuera de la camisa, y por una vez, no lo volvió a meter de inmediato. Su madre no estaba allí para desquiciarse con el recuerdo del padre de Shay, el medallón era muy bonito y de plata, con diminutos diamantes circulares, y un par de pájaros grabados en el medio, con un sol y una luna detrás de ellos.

—Estoy muy emocionada de que estés aquí —la voz de Jacey interrumpió su ensoñación—. Tú nunca te diviertes.

—¡Gracias! —Shay abrió los ojos y lanzó impulsivamente su brazo alrededor de Jacey—. Todo el mundo está tan deprimido.

—Bueno, Kaz está contento de que estés aquí. —Jacey agarró las manos de Shay y bailaron juntas durante unos segundos.

—Kaz es genial —estuvo de acuerdo Shay—. Pero te garantizo que en el instante que Olivia regrese, va a lanzar un ataque.

Jacey rió.

—Olivia estaba más preocupada por ti ayer que la Sra. Mead —agregó Lai-wan—. Pero pensé que ustedes eran las mejores amigas. ¿No le dijiste que ibas a venir?

—Como cien veces —dijo Shay—. No me creyó.

—Chris Briglia se fija en tu trasero —murmuró Jacey, acercándose a Shay. Ella asintió con la cabeza hacia Chris, todavía haciendo un seudo-baile cerca de la ventana—. Él esta, como, hipnotizado.

—Él puede *besar* mi trasero —dijo Shay—. Ya lo superé.

Lai-Wan y Jacey se rieron, Shay meneó su trasero un poco más, sólo para beneficio de Chris.

—En serio, él se puso como una vieja maestra de escuela cuando le dije que iba a beber —continuó—. Como si ni siquiera tuviera permitido hacer lo que quiero.

—Patético —comentó Lai-wan—. Es tu vida.

—Ahora lo es. —Shay levantó sus brazos en el aire y cerró los ojos otra vez, dejando que la música, la buena sangre y el vodka se mezclaran en una vibración deliciosa caliente que zumbaba a través de ella con cada latido de su corazón.

—¡Shay Stadium! —Kaz estaba cerca ahora, bailando. No estaba segura de cuando había llegado hasta allí. Shay miró a su alrededor, y parecía como si alguien hubiera encendido las luces. Más personas llenaron la pista de baile, cada uno oscilando juntos como un solo organismo.

—¿Todas las fiestas son como esta? —le preguntó a Kaz

—No, las mías son mejor que todas los demás —dijo.

Shay rodó los ojos.

—Por supuesto.

—Música para besuquearse —gritó alguien, y "*What About Now*" comenzó a sonar, consiguiendo una mezcla de aplausos y vitoreos de la multitud.

Lai-Wan y Jacey siguieron bailando como si la música no hubiese cambiado aún. Algunas personas fueron a buscar comida, algunos hicieron exagerados bailes lentos, y otros fueron corriendo a estar allí abrazados y balanceándose. Shay frunció el ceño.

—Baile lento —le dijo Kaz—. Igual que el baile regular, sólo... más lento...

Habló con una voz distorsionada, como si estuviera en cámara lenta, y Shay se rió. Kaz la agarró por la cintura y coloca sus brazos alrededor de su cuello.

—De este modo —dijo.

—Es totalmente incómodo —le dijo Shay. Kaz era tan alto que incluso con zapatos de tacón alto, no podía llegar a los hombros sin tener que estirarse.

—Lo siento. —Tomó sus manos y las movió hacia abajo hasta que ella estuvo casi agarrándose de sus bíceps—. También puedes hacerlo de esta manera.

—¿Y esto se supone que es sexy? —rió Shay—. Se siente más como que estoy sujetándome de ti en caso de que esté a punto de caer borracha.

—Ésa es una razón —coincidió Kaz—. Aunque si soy yo el que cae, voy a llevarte conmigo.

Shay soltó una risita.

—Bueno, eso apesta —dijo—. Todo este tiempo pensé que era romántico el baile lento. Tenía la esperanza de llegar a experimentar eso, pero en su lugar tú le estas quitando la magia al asunto.

—Oh, lo siento, déjame arreglar eso. —Kaz apretó los brazos alrededor de su cintura, los senos de Shay presionando contra su amplio pecho. Él la miró, la sonrisa burlona desapareció de su rostro—. Se trata de la actitud —murmuró.

Shay asintió, sorprendida. Tenía razón, el estado de ánimo había cambiado instantáneamente. De repente, era consciente de los músculos debajo de su camiseta y el movimiento de sus caderas contra ella. De repente su respiración era más rápida a pesar de que su cuerpo se movía más lento. Ella miró a Kaz, y su rostro estaba más cerca de lo que nunca lo había visto. Él era precioso. Shay siempre había sabido eso en algún nivel, pero de alguna manera nunca antes lo había registrado.

—Gracias —susurró.

Kaz se encogió de hombros.

—Me alegro de ayudar. Quiero que te diviertas.

—Lo estoy haciendo. —Shay se relajó y dejó que él guiara su cuerpo al ritmo de la música—. No sé cuánto tiempo voy a sentirme bien. Tengo que hacer todo lo que pueda antes de colapsar otra vez.

—Así que... ¿bebiendo y bailando? —preguntó.

—No es tan emocionante como robar un banco, supongo —bromeó Shay—. Pero incluso las cosas más aburridas son nuevas para mí.

—Tampoco he robado un banco —comentó.

Shay sonrió, apoyando la mejilla en su pecho.

—Después de mi próxima transfusión podemos probar eso.

—Trato hecho —dijo Kaz—. ¿Alguna otra cosa en la agenda para esta noche? Estas bastante borracha.

—Lo estoy. —La habitación estaba girando lentamente, junto con ella y Kaz. Se sentía fantástico—. Y soy una excelente bailarina.

—Bueno, no hay mucho más para hacer en una fiesta que eso —dijo Kaz.

—Tenía la esperanza de poder ligar esta noche —murmuró Shay ausente—. Pensé que los chicos siempre se aprovechaban de las chicas borrachas.

—Tienen miedo de ti —dijo Kaz.

—No bromees. He estado enamorada de Chris Briglia durante un año, y él básicamente me dijo que me perdiera —dijo Shay—. Fui en realidad lo suficientemente estúpida como para pensar que podría ser mi primer beso.

—¿Nunca has sido besada? —Kaz sonaba horrorizado.

—Nop. —Shay sintió un rubor ascender sigilosamente por el cuello hasta las orejas. ¿Había realmente admitido que le gustaba Chris, en voz alta?

Sin embargo, Kaz se centró en lo del beso.

—¿Nunca? ¿Cómo es eso posible?

—Los chicos piensan que van a hacerme daño —dijo Shay—. Ellos no ven a una chica, ven un pequeño y frágil alien.

—Yo veo a una chica. —Las manos de Kaz de se deslizaron por debajo de la cintura—. Una chica con los más increíbles ojos azules, azules como cielo de verano. Eres hermosa, sobre todo esta noche. Tengo que besarte.

Él estaba casi tocando su trasero. La respiración de Shay atrapada en su garganta, y no podía concentrarse en nada aparte de sus manos.

—Me gustaría darte un beso, también —dijo.

Kaz se inclinó, su aliento caliente sobre su cara. La habitación estaba todavía girando lentamente alrededor de ellos. Shay se apoyó en él, separando los labios, deslizando sus brazos alrededor de su espalda. La boca de Kaz estaba a una pulgada de la suya, y sus manos estaban sólidamente en su trasero. Shay se puso de puntillas y apretó los labios contra los suyos.

Su boca era cálida, sus labios suaves. Sintió una sacudida de sorpresa, de alguna manera no esperaba unos labios suaves. El cuerpo de Kaz estaba tenso bajo sus dedos, y Shay vagamente sabía que ella estaba muy tensa, esperando algo.

A continuación, la lengua de Kaz empujó sus labios separándolos, y el corazón le dio un *golpe gigante*. Su lengua se entrelazó con la suya, y Shay se encontró presionándose cerca de él, abrazándolo fuerte, moviendo la boca contra la suya.

La canción terminó, y fue como si un hechizo se hubiera roto. Shay y Kaz se apartaron el uno del otro.

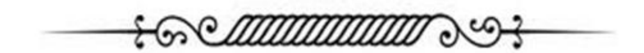
—Uh —dijo Kaz, un poco horrorizado.

—Sí. —Shay se sentía tan horrorizada como parecía.

—¿Qué *demonios*? —La voz de Olivia era chillona, más parecida a un chirrido que a una voz.

Se puso en pie a un metro y medio de distancia, sosteniendo una bolsa de supermercado, mirando hacia atrás y adelante entre ellos con furia en sus ojos. Ella había visto todo.

Capítulo 4



Traducido por Lorenaa, Merlie y Akanet

Corregido por Micca.F

Desearía poder saltearme biología. He estado evitando a Olivia y a Kaz toda la mañana. Si solo pudiese saltarme la clase de Bonetto, no les tendría que hacer frente hasta mañana. (Sí, porque totalmente lo habrán superado en un día más). Ya es suficiente la manera en la que hoy todo el mundo sigue mirándome —la mitad de ellos parecen horrorizados y la otra mitad actúan como si fuera una estrella de rock.

Quizás si sigo escribiendo hasta que suene la campana, no me molestarán. Olivia ni siquiera conoce este diario —pensarán que estoy haciendo la tarea o algo. O le podría decir al Sr. Bonetto que no me encuentro bien e ir a la enfermería.

Pero ella me enviaría a casa y tendría que hacer como que estoy enferma aunque me siga encontrando bien. No tan perfecta como lo hacía el sábado, pero mejor de lo que suelo estar. Y el vodka ni siquiera hace que los efectos de la transfusión desaparezcan más rápido. ¡Es como si mi cuerpo pudiera hacer cualquier cosa cuando tengo esta sangre!

¿Qué se supone que le voy a decir a Olivia? Kaz y yo le dijimos que los dos estábamos perdidos y que solo estábamos bromeando. Pero eso no es totalmente cierto. La mayoría, pero no del todo, y de todos modos no haría a Liv sentirse mejor.

No es como que quiero robarle el novio —Kaz es un gran tonto y estábamos borrachos. Si Olivia no nos hubiese visto, apuesto a que nos hubiésemos estado riendo de eso en un par de minutos. La verdad es que para ella no fue ninguna amenaza. Pero está enfadada conmigo. Más enfadada conmigo que con él.



Quiero decir, ¡ella después me abandonó completamente! Sabía que había estado bebiendo y no me dio lecciones sobre mi salud o me gritó por ser irresponsable, ¡o incluso me llevó a casa! Fue asombroso. Se enfadó, salió corriendo, y todos los demás estaban escandalizados y hasta algunas chicas me dieron la espalda. Mindy Ryman me dijo que estaba fuera de control. Jacey y Lai-wan no podían parar de reírse. ¡Y Chris Briglia terminó llevándome! Como si él no quisiera ser el que me había emborrachado, pero feliz de ser el único que está de mi lado después de que haya actuado como una borracha idiota. Esta mañana incluso estaba esperando en mi taquilla para ver si me encontraba bien. Él dice que todo el mundo actúa raro en las fiestas, por lo que encajo. Mi teoría: que ya no sabe qué pensar de mí, y parece que eso le gusta. ¡Heee! Raro.

Pero la cosa es, que no necesité a Olivia. Me manejé bien sin ella, y no la necesité siendo toda una madre gallina conmigo. Actuó como si fuera una chica normal besando a su novio —y todo el mundo actuó como si fuera normal, también. No, la chica enferma besó al chico. Simplemente, ODM, Shay se besuqueó con el novio de Olivia.

¿Perra? Supongo. ¡Pero normal!

¿Así que tengo que ir a arrastrarme a Olivia? Se lo merece. Ella se merece la mejor disculpa con la que pueda salir. Pero si me da el tratamiento del silencio por el resto del año, quizás sea un buen descanso.

—Pensé que aun estarías escondiéndote —espetó Olivia, dejando sus libros en la mesa del laboratorio con un fuerte sonido.

Shay suspiró y cerró su diario. —Pensé que aún seguirías sin hablarme.

—Estoy esperando una explicación —dijo, golpeando sus uñas perfectas sobre la mesa. Shay miró alrededor de la habitación. Faltaba un minuto para que sonara la campana, así que la mayoría de la gente ya estaba aquí, y la mayoría las estaba mirando.

—¿Dónde está Kaz? —preguntó Shay.

—No es de tu incumbencia.

—Bien, ¿por qué no estás enfadada con él?

—¡Lo estoy! Pero él no es mi mejor amiga —dijo Olivia—. Tú lo eres. O eso se supone. Simplemente, ¿en qué demonios estabas pensando?

—No estaba pensando. Me sentía muy bien y quería divertirme —dijo Shay—. Estaba borracha y Kaz también, eso es todo lo que es. Un momento borracho de la fiesta. —Ésta definitivamente no era la mejor disculpa que podía tener. No era una disculpa en absoluto. Pero Olivia estaba tan altanera que Shay no podía decir "lo siento". Incluso aunque lo hacía.

—Ni siquiera debiste beber. Podría matarte, por todo lo que sabes.

Shay rodó sus ojos. —Sí, ¿cómo me atreví a intentar algo normal?

—Besuquearse con el novio de tu mejor amiga no es algo normal —dijo Olivia—. Has estado actuando como una freak, Shay.

—Estoy actuando como yo misma de una vez —discutió. ¿*Era* ella misma cuando por fin se sintió lo suficientemente fuerte? ¿Era ella la chica que se besuqueaba con el novio de su amiga?

Un momento de borrachera en la fiesta, pensó. Y, sí, esa era ella. La chica que había disfrutado —y luego se había arrepentido— de un beso borracho.

—¡Tú no eres así! Presionándote a beber, ¿emborrachándote? Eso es prácticamente un comportamiento suicida para ti. Estas siendo idiota. —Olivia cruzó sus brazos y frunció el ceño—. Debo decirle a tu madre lo que hiciste.

—Bien, ve a decirle como si tuviera cinco años —gritó.

—No vale la pena —le gritó Olivia de vuelta—. Si vas a actuar como una perra, quizás no debería ni molestarme en preocuparme por ti.

—Gracias a Dios. Nadie te ha pedido que te preocupes por mí —espetó Shay—. Y, ¿adivina qué? Quizás soy una perra o una freak, o cualquier cosa que quieras llamarme. Tú nunca lo sabrás.

—¿Qué se supone que significa eso? —exclamó.

—No sabes nada sobre mí. Todo lo que sabes es sobre recuentos sanguíneos, frecuencia cardiaca y si me veo pálida. Nunca siquiera se te ha ocurrido que tengo opiniones y sentimiento reales —dijo Shay—. O que quizás quiero hacer cosas como correr alrededor del circuito…

—O besar el novio de alguien —le cortó Olivia.

—¡Sí! —gritó—. Ni siquiera me has preguntado nunca qué chico me gusta. Nunca ha entrado en tu mente que soy una chica normal, con pensamientos de chicas normales.

—¡Ir detrás de Kaz no es normal! Dios.

—Bien, entonces deja de ser mi amiga —dijo Shay—. Tu solo quieres a la chica enferma que no es competencia para ti. Al momento que he empezado a actuar como yo misma, me has llamado perra.

—¡Eso es suficiente! —La voz del Sr. Bonetto resonó a través de la habitación.

Shay saltó sorprendida. No había escuchado el sonido de la campana, pero la habitación estaba llena y el profesor las estaba mirando. Olivia inmediatamente se volvió roja brillante, y Shay esperó a que sus propias mejillas se calentaran.

Pero luego vio a Kaz, que había tomado la mesa más lejana a ellas y ni siquiera la miraba a los ojos. *Qué cobarde*, pensó. *Es el único en esta clase que no está enganchado a este espectáculo de amiga contra amiga*.

Y de repente todo le pareció gracioso. La manera en la que Brian Kiley la miraba de reojo, la forma en la que los ojos de Rupa Magge estaban abiertos tres tallas más de lo normal… Incluso la forma en la que la vena estaba apareciendo en la frente del Sr. Bonetto. Era simplemente una gran farsa. Shay estalló en risas.

Los ojos de Olivia regresaron a su rostro, y Shay se cubrió la boca. Pero no podía parar.

—¿Cómo te atreves? —susurró, con la voz temblando.

Eso solo la hizo reír más alto. *"¿Cómo te atreves?" ¿Quién aun decía eso?*

—Esto no es gracioso, señorita McGuire —dijo Bonetto en su voz de profesor.

—En cierto modo lo es —dijo Shay—. Quiero decir, no lo es. Pero solo he estado sana una semana y mira todo el caos.

El Sr. Bonetto la miró, desconcertado.

—Solo estoy diciendo, que es algo gracioso —continuó. Quizás no debió hacerlo, pero lo hizo.

—Molestar a tus compañeros no es gracioso —dijo—. Cámbiense a otra mesa, las dos.

—Ella debería cambiarse —murmuró Olivia.

—Yo estaba aquí primero —le dijo Shay—. Además, estoy demasiado débil y enferma para moverme. No debería presionarme a mí misma.

—Ambas, muévanse. ¡Ahora! —gritó Bonetto.

—Bien. —Shay se levantó y cogió sus libros—. Iré a trabajar sola. Sabía que tenía que haberme saltado esta estúpida clase.

—¿Perdone? —dijo el Sr. Bonetto.

—Este laboratorio es una pérdida de tiempo —le dijo—. Lo podría hacer durmiendo.

—Controla tu actitud, Shay —le avisó.

—¿O qué? —preguntó—. No puedes hacerme nada. Estoy demasiado débil.

—Te puedo enviar al director —le espetó Bonetto.

Shay simplemente le miró en estado de shock. Como todos los demás.

—¡Ve! —gritó él.

Su cerebro se nubló, Shay cogió sus libros y se dirigió hacia la puerta. Brian aún la miraba de reojo y Rupa parecía a punto de desmayarse por la impresión. Pero Kaz no deslizó sus ojos de la mesa y tampoco lo hizo Olivia.

Caminó tan despacio como podía a través de los pasillos sonoros. Para el momento que llegó a la oficina del director, se sentía más como para llorar que para reír. Sus manos temblaban cuando abrió la puerta, y la simpática mirada de la secretaria la hizo temblar.

—Adelante, Shay —dijo el director Brewer. Obviamente Bonetto lo había llamado para avisarle que iba a venir.

Se hundió en el sillón raspado y tomó una profunda respiración. Se dio cuenta que la escena de biología le había absorbido toda la fuerza de sus extremidades, aunque en el momento no lo notó.

—Tu madre está en camino —le dijo el director.

—Oh, Dios —dijo, enterrando su cara en sus manos—. ¿La ha llamado?

—Nunca antes has estado ni en detención. Obviamente hay algo mal —dijo—. ¿Qué ha pasado?

—Ni siquiera estoy segura —dijo ella—. Estaba en una pelea con mi amiga, y no sabía que la clase había empezado. Entonces el Sr. Bonetto me gritó… y simplemente me perdí.

El director Brewer se sentó en el borde de su mesa, mordiendo pensativamente su labio.

—Estaba actuando como una perra —le dijo—. Eso fue lo que dijo Olivia, y tiene razón. Pero nunca había hecho nada como eso, y fue algo divertido de una forma rara. Así que seguí haciéndolo.

Podía decirlo por su expresión que no lo entendía. Ella ni siquiera estaba segura de entenderse a sí misma.

—Tu madre mencionó un nuevo tratamiento para tu enfermedad —dijo—. Escuché acerca de algunos medicamentos que causan cambios emocionales como efectos secundarios.

—No es una medicación —respondió—. Es solo sangre, pero mi padrastro hizo algo… —Se dio cuenta que ni siquiera sabía qué había hecho Martin. Por todo lo que sabía él le había dado un subidón de sangre—. De todos modos, no se siente como cambios de humor. Se siente como si despertara por primera vez.

—Oh. Bien… —carraspeó—. Si este comportamiento es resultado de tu tratamiento, por supuesto que es algo en lo que podemos trabajar.

—Acabo de decir que no era resultado de eso —dijo—. No de la manera que piensa. O si lo es, es un buen resultado. Pienso por mí misma, tomo riesgos y experimento cosas.

—Shay, lo que acaba de pasar no es bueno. Pienso que tal vez esta medicina… o sangre especializada…. Pienso que te está confundiendo.

—¿Por qué todos lo atribuyen a mi enfermedad?—explotó—. ¿Es imposible que crean que soy simplemente una mocosa?

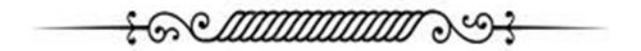
El director Brewer se incorporó y caminó hacia la barra para poder sentarse en su gran silla. Era evidente que no sabía qué hacer con ella. Y no lo culpaba. Se tumbo en el sofá. Por supuesto que iba a culpar a la enfermedad por lo que había pasado. Era todo lo que él había visto. Era todo lo que nadie había visto. ¿Qué terrible sería, si ella antes que nadie, se culpara a sí misma en vez de su sangre mala?

—La reacción es bastante común entre chicos con enfermedades crónicas —dijo el director—. Es solo que siempre habías sido tan ecuánime… Pero supongo que estás justificada.

Cansada. He estado cansada antes, y no temperamentalmente, pensó*. No estaba reaccionando. Estoy actuando. Solo haciendo cosas. Experimentando la vida.*

—Lamento haberle gritado al Sr. Bonetto —murmuró.

—Estoy seguro de que te perdonará. Todos entienden lo difícil que debe ser.



—Pero, ¿por qué le gritaste a tu profesor? —demandó su madre. Ella había llegado a la escuela casi sin aliento, como si hubiera corrido en todo el trayecto hacía acá. Pero después no había querido hacer nada más que Shay se tomara el pulso y llamar histéricamente a la oficina de Martin sobre su mal comportamiento.

Ahora que estaban sentadas en la mesa de la cocina, con un vaso gigante de jugo en frente de Shay, había empezado el interrogatorio.

—Bonetto me gritó, así que le grité de vuelta. —Se encogió de hombros—. No pensé que fuera a hacer algo al respecto.

Usualmente le gustaba llegar a casa solo con su madre para que por lo menos la vida la dejara de asfixiar. Así era hasta que Martín apareció: solo Shay y su madre. No se había sentido triste por no tener un padre cerca, ya que nunca hubo uno. Estaba feliz de que su madre se casara y Martin era genial. Pero aún no se sentía exactamente como un hogar. Se sentía más como si fuera la afortunada de estar con ellos.

Ahora una casa donde fuera la afortunada podría sentirse bien. Martin podía diluir un poco de tensión con su pensamiento lógico del tipo objetivo.

—Bueno, ¿por qué te grito? —Su madre frunció el ceño y supo lo que venía. Mamá demandaría hablar con el Sr. Bonetto por reprimir a chicos enfermos.

—Mamá, me lo merecía. Olivia y yo estábamos gritándonos y no paré cuando lo dijo.

Su madre alzó las cejas.

—¿Qué? ¡Pero ustedes, chicas, han sido amigas por siempre!

—Pensé que estabas enojada conmigo por la escuela, no sobre Olivia.

Shay tomó el jugo, pero el vaso se sentía demasiado como para levantarlo. Mejor sentarse por el momento.

—¿Qué ha estado pasándote últimamente? Peleas con tu mejor amiga, le gritas a un profesor. —Su madre estaba tan ocupada paseándose por el cuarto que no se dio cuenta de lo cansada que estaba Shay—. Esto no es propio de ti.

—Te oyes igual que Olivia —murmuró.

—Es el nuevo tratamiento —dijo su madre—. Te está haciendo actuar como una demente.

—Me hace sentir mejor. Me deja ser yo misma. Puedo hacer cosas que antes no podía.

—¿Como enviarte a la dirección?

Shay suspiró, tratando de ignorar la manera en que el cuarto se encogía hasta que solo pudo ver la mesa. Era la visión del túnel que siempre tenía antes de colapsar.

—No sé cómo ser normal —dijo—. Nunca fui lo suficientemente fuerte para hacer lo que quería o decir lo que pensaba. Así, cuando me sentí mejor, traté de hacerlo. Nunca esperé que llegara a ser un desastre.

—Shay, eres normal. —Su madre comenzó, pero sacudió la cabeza, lo que le provocó que el mareo se extendiera por todo su cuerpo.

—No soy normal, estoy enferma. Eso es todo lo que esperan, la Shay enferma. Nadie sabe qué hacer cuando no actúo toda débil, siendo la víctima, y... —murmuró.

La boca de su madre se movía de nuevo, pero las palabras se perdían en el precipitar de la sangre en sus oídos. Trató de sentarse, pero no funcionaba.

Su madre la atrapó antes de que se golpeara contra el suelo.

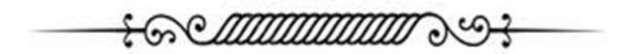
—No me gusta lo que te están haciendo estas transfusiones nuevas —susurró su madre, sus ojos llenándose con miedo.

—A mi sí —susurró de vuelta.

—Vamos arriba, después llamaré otra vez a Martin. —Su madre la alzó poniéndola de pie y la llevó hacia las escaleras—. Tal vez solo necesites una transfusión regular al día.

No respondió. Estaba demasiado cansada como para argumentar. Además, Martin le daría el nuevo tratamiento. Él quería información y ella otra vez quería sentirse normal.

Era un ganar —ganar.



—Tu madre piensa que el nuevo tratamiento te está haciendo agresiva —dijo Martin una media hora después mientras estudiaba su brazo—. ¿Te sientes agresiva?

—No, solo me siento fuerte. —Shay hizo una mueca mientras presionaba ligeramente contra su vena—. Eso fue un poco brusco. Fuerte y agresivo no son lo mismo, ¿o sí?

—No lo creo. Pero es posible que tu comportamiento sea causa de los tratamientos. —Martin se enfocó en una pequeña mancha en su brazo—. Tenemos que mantener un registro de cualquier tipo de efecto secundario.

—¿Estás reduciendo la dosis? ¿Voy a enfermarme de rabia? —preguntó. Martin rió a carcajadas, cosa que nunca antes le había oído hacer. Fue algo tan inesperado que disfrutó con eso.

—No soy psicólogo, pero he estado con bastantes niños enfermos a lo largo de mi carrera. ¿Quieres oír mi teoría? —preguntó—. Pienso que las hormonas son impredecibles, e incluso los mejores chicos reaccionan. Si nunca has estado enferma, discutir con tus amigos y ser suspendida del colegio no hará que las campanas de alarma se activen.

—¿Así que soy hormonal? —preguntó.

Martin se encogió de hombros.

—No pienso que para mí sea un buen trato. Rabia causada por esteroides... Bueno, me dirás si comienzas a arrojar escritorios hacia tus amigos durante estudios sociales.

Asintió, aunque el esfuerzo la hostigaba.

—Lo haré. —Se recostó, su mano vagando hacia el medallón en su cuello, la manera en la que siempre lo hacía cuando estaba cansada. Si Martin se había dado cuenta, no había dicho nada.

—Por todo lo que sé, mi padre era agresivo —murmuró—. Tal vez ese es el por qué mamá está toda loca respecto a esto. Piensa que me estoy volviendo como él.

Los ojos de Martin volaron hacía su cara. Dudó por unos breves segundos y luego volvió su mirada a su brazo.

—Pienso que está abrumada por ti y solo por ti.

—¿Así que no sabes? —preguntó—. ¿Nunca te ha hablado de él? Porque a mi no querrá decírmelo.

—Dijo que la había abandonado. —Martin se sentó de nuevo y suspiro—. Para ser honesto, Shay, forcé a tu madre a que me dijera todo lo que sabía sobre él. Se me había ocurrido que el desorden en tu sangre puede ser hereditario.

—Bueno, sí. —Shay dejó de juguetear con el medallón—. Pero siempre pensé que eso había pasado, sino, habríamos oído hablar de él antes. Nadie ha visto una enfermedad tan particular, ni siquiera tú.

—No obstante, tu padre tiene un historial médico que podría ser de importancia. Tu madre sabía eso. Si ella lo pudiera tener lo podría rastrear en el mismo instante en el que supo que estabas enferma. Ella haría todo por ti, incluso pasar la pena de verlo otra vez. Pero está bastante segura de que ha desaparecido por completo.

—Habría sido buena con él con tal de que hubiese dejado el historial detrás —dijo Shay.

—Contraté a un detective privado, pero nunca encontró nada —le dijo—. Lo siento.

Cerró sus ojos. Ella no podría traer a su padre. ¿Era un estafador? ¿Le habría dado a mi madre un nombre falso?

—No tienes por qué pedir perdón. No es como si lo hubiera perdido, tu no extrañas algo que nunca conociste.

Verdad, la pequeña voz dentro de Shay contestó*. Entonces, ¿por qué cada día usas el medallón?*

Ignoró a la pequeña vocecita. El medallón ni siquiera era suyo. Su padre se lo había dado a su mamá cuando aún salían. Antes de que se fuera. Y después de un día, cuando Shay tenía once años, ella había caído en la cuenta de que nunca había tenido un padre, y su madre le había dado el medallón para calmarla. Había estado en el hospital por dos semanas, y al día siguiente la habían dejado ir a casa. Así que todo el tiempo había comenzado a usar el medallón. Solo lo tenía. Fin de la historia.

—Estamos haciendo un progreso, incluso sin esa información. Mi investigación me llevó a una mutación —dijo Martin, le dio golpecitos en el brazo, como si eso sirviera para calmarla—. ¿Estás lista para la transfusión?

Asintió. Se sentía ida. Sentía todo.

—Aquí parece bien. —Martin presionó ligeramente sobre un punto a una pulgada de su muñeca. Dolía, pero no tanto. Cuando se cansaba, todo dolía.

Cerró sus ojos mientras la limpiaba con alcohol, e inmediatamente la fatiga la engulló.

Cuando la sangre me alcance, despertaré, pensó. Incluso sin verlo pudo decir cuándo llegó a sus venas. Sentía el calor moderado, la fuerza…

—Cinco flores más para la cadena —dijo Elena—. Así será lo suficiente larga para ir alrededor de nosotros dos.

Shay abrió los ojos por la sorpresa ante la voz infantil. Elena se sentó en el polvo bajo la sombra profunda del árbol de caqui, con una sonrisa en su rostro y un montón de anémonas en su regazo. Sus pétalos de color azul-púrpura se hacían eco con el azul de sus ojos, lo que más le gustaba a Gabriel acerca de ella. Nunca había visto a nadie con los ojos azules a excepción de Elena.

—No las tuerzo tan bien como tu —dijo Shay con la voz de Gabriel. Pero fue diferente a la de antes, más fina y más joven.

—Señora dice que los chicos tienen manos para la caza y las chicas para las flores —dijo Elena. Se inclinó sobre su cadena de anémonas, sus dedos regordetes trabajando duro para trenzar los tallos en la creciente oscuridad. Estaría oscuro pronto, y ellos tendrían que ir a la cama.

Shay bajó la mirada a sus propias manos, las manos de Gabriel. Eran muy pequeñas, todavía un poco regordetas con grasa de bebé, al igual que las de Elena. ¿Tenía cuatro años? ¿Cinco?

—Cuando llegue el otoño, tendremos que mudarnos de la guardería —dijo Gabriel, alcanzando una flor—. Estaré sólo con niños.

—Niños mayores. —Sonrió Elena, y Gabriel sonrió con ella. Él siempre lo hacía. Era su mejor amiga—. Quiero estar con las niñas mayores.

Esto significaba que eran grandes ahora, que eran demasiado viejos para la guardería con los bebés, Gabriel lo sabía. No es que hubiera ningún bebé. Sólo Gabriel, Elena, Lysander, y Philo. Philo era el más joven, y tenía tres años. La Señora fue feliz cuando no llegaron nuevos bebés. Dijo que esa era una bendición.

—Te echaré de menos —dijo Shay, con los ojos llenos de lágrimas. Sus ojos.

Elena se dio cuenta y echó sus brazos alrededor de él.

—Todavía jugaremos todos los días —prometió—. Y recogeremos los frutos como siempre lo hacemos.

—¡Niños! ¡A la cama! —La voz de la Señora era fuerte y dominante, como de costumbre. Elena hizo una mueca, no pudieron terminar la cadena de flores. Pero no tenía sentido el desobedecer. La Señora los encontraría y los llevaría a la cama si tenía que hacerlo.

Estaba oscuro en la guardería, y Philo ya estaba dormido. Gabriel se acostó en su cama al lado de la de Elena, y ambos se rieron mientras Lysander comenzó a cantar. Cantaba todas las noches, canciones sin sentido para hacerse dormir.

Los gritos sonaban lejos.



El canto de Lysander vaciló por un momento, y luego continuó.

—Oí algo —susurró Elena.

—Fue el viento —le dijo Gabriel.

Pero el siguiente grito fue más fuerte. Voces roncas gritando. Una mujer pidiendo clemencia, sollozando. ¿Podría esa ser la Señora? La sangre de Gabriel se le heló. Señora nunca lloraba.

—Tengo miedo. —Ahora Elena también estaba llorando. Lysander había dejado de cantar. Afuera, los perros estaban ladrando y pasos resonaban en las habitaciones de los niños mayores.

Gabriel se paró en su cama y miró por encima de la repisa de la ventana. El fuego ardía en el patio central, y había gente... hombres y mujeres adultos, personas que no deberían estar aquí.

—¡No a los niños! Por el amor de Dios, no a los niños —sollozaba la voz de la Señora. Ahora Gabriel la vio, en el borde de la luz del fuego. Un hombre alto la tenía agarrada contra él, fijando sus brazos hacia abajo mientras ella luchaba y gritaba. Se inclinó hacia la garganta de la Señora... y la mordió.

Gabriel se dejó caer sobre su cama, su respiración acelerándose. Elena se echó en sus brazos, temblando de miedo.

—¿Tu edad, niña? Tu edad —gritó una voz áspera desde la habitación de al lado.

—Nueve. —Era Melina, se dio cuenta Gabriel. Ella dormía en el dormitorio de las niñas.

—Demasiado vieja —dijo otra voz adulta—. Encuentra a los jóvenes.

Melina gritó, pero sólo por un breve segundo. Gabriel vio la imagen del hombre mordiendo a Señora. ¿Había alguien también mordido a Melina?

—Corran. —Agarró la mano de Elena y la arrastró fuera de la cama, hacia la puerta que conducía a la habitación de la Señora. Los gritos venían de dormitorio de las niñas, en el otro lado de la guardería—. ¡Corran! —les gritó a Lysander y Philo.

Elena estaba sollozando mientras huían por la puerta. La habitación de la Ama parecía vacía sin su amorosa presencia. Antes, siempre había sido un lugar de seguridad, pero Gabriel sabía que no podían permanecer allí.

Arrastró a Elena detrás de él, fuera de la puerta hacia el jardín, más allá del árbol de caqui, por el camino hacia la cima de la colina.

—¿Dónde está Lysander? —dijo Elena—. ¿Philo?

Gabriel miró detrás de ellos. Los otros dos no estaban allí.

—Tenemos que cuidar de los bebés. —Elena estaba alejándose de nuevo en dirección al orfanato.

—¡No! —Gabriel no podía soportar la idea de que Elena fuera herida, al igual que la Ama y Melina—. Yo iré. Tú escóndete. —La empujó hacia abajo detrás de un arbusto—. No te encontrarán.

Sus ojos azules estaban muy abiertos por el miedo. Gabriel giró y echó a correr de vuelta por el camino, hasta que unos fuertes brazos lo agarraron, levantándolo del suelo.

—¡Suéltame! —Se retorcía contra el pecho del hombre, retorciéndose alrededor hasta que encontró de donde agarrarse, luego hundió sus dientes en el tieso antebrazo, rompiendo la piel, probando la sangre.

Con un grito, el hombre lo soltó. Gabriel golpeó el suelo polvoriento corriendo... pero sólo dio dos pasos antes de que el hombre lo tuviera otra vez.

Elena gritó, y Gabriel movió rápidamente su cabeza hacia el sonido. El arbusto donde la había dejado estaba crujiendo. No debía salir de su escondite. No debía dejar que este hombre la viera.

—¡No! —gritó tan fuerte como pudo—. ¡No lo hagas!

El arbusto dejó de moverse, pero no podía estar seguro de que Elena sabía que estaba hablando con ella. Se relajó en los brazos del hombre. Tal vez si se dejaba llevar, el hombre no se daría cuenta de los arbustos crujientes, no recordaría el grito de la niña.

—Bien —dijo el hombre, sosteniendo a Gabriel lejos de sí mismo para que pudieran verse las caras. Gabriel lo miró a los ojos, decidido a no mostrar miedo. El hombre lo sostuvo con fuerza, pero con suavidad—. ¿No más pelea?

Gabriel negó con su cabeza, deseando que pudieran simplemente irse, sólo salir de aquí así Elena estaría a salvo.

No pudo evitarlo, le echó una mirada al lugar donde la había dejado. Todavía se estaba escondiendo, pero podía verla a través de las ramas, con los ojos clavados en los suyos. Ella estaba llorando.

El hombre giró para mirar a donde Gabriel lo había hecho, y contuvo el aliento. ¡No! ¿Cómo podía haber sido tan desconsiderado? Si Elena fuera encontrada, sería culpa suya. Ahora se quedó inmóvil aterrorizada, pero Gabriel aún podía distinguir su forma.

—La noche es oscura, chico —dijo el hombre en voz baja—. Ni siquiera yo puedo ver todo.

Se apartó de Elena y se llevó a Gabriel por el camino, de vuelta a la luz del fuego del orfanato. Se quedó mirando el escondite de Elena hasta que el arbusto no era más que un punto de negrura en la distancia. Los gritos se

habían terminado y hasta los perros habían dejado de ladrar. En el patio el sonido más fuerte era el crepitar del fuego.

—Dos niños pequeños están con Gwen —dijo el hombre alto que había mordido a la Señora. El estómago le dio una sacudida cuando la vio tendida sin vida a los pies del hombre—. El resto eran demasiado viejos.

—Éste luchó como un guerrero, pero es joven —dijo el hombre que lo llevaba.

—¿Viste a otros? —preguntó el hombre.

—No, Ernst. —Sabía que estaba mintiendo. Este hombre había visto a Elena, estaba seguro de ello—. Sin embargo, tres niños son suficientes.

Ernst extendió la mano y tomó su rostro en su mano. El pulso de Gabriel golpeó con terror. ¿Lo mordería ahora? Sin embargo, Ernst se limitó a asentir.

—Es joven. Tráelo, Sam.

A medida que seguían a Ernst hacia un pequeño grupo de personas esperando en la oscuridad, empezó a llorar. Shay sentía los sollozos que la estremecían en su propio cuerpo, sentía la angustia de Gabriel como si fuera la suya propia.

La Señora era la única madre que había conocido alguna vez, y ahora yacía en el suelo. El miedo recorrió su pequeño cuerpo, y el cuerpo de Shay. Los otros adultos en el orfanato, el maestro, el peón, eran bultos oscuros en el suelo mientras Sam se alejaba de los edificios.

—Sólo se ve aterrador, chico —murmuró—. Lo entenderás con el tiempo.

—¿Están todos muertos? —sollozó Gabriel—. ¿Los chicos y chicas mayores?

—Nadie está muerto —dijo—. Se despertarán con el sol, y te buscarán. Pero no te encontrarán.

—Él mordió a la Señora. Ella se ve muerta. —No pudo contener las lágrimas, incluso cuando vio a Philo en los brazos de una mujer regordeta, Lysander siendo levantado hacia un caballo frente a Ernst. Había seis atacantes. Seis caballos. Se moverían rápido.

—Necesitábamos fuerza, y lo sacamos de tu gente al beber de ellos —le dijo Sam—. Pero eso es todo. No tomamos la vida de los Donadores.

—Nos están tomando, también —dijo.

Sam sonrió, un poco triste. —Sí. Tomamos la fuerza y la juventud. Dime tu nombre, muchacho.

—Gabriel —dijo Shay.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó su mamá.

Parpadeó, confundida, por un momento la cara de su madre fusionándose con la cara de Sam mientras Martin tomaba la aguja de su brazo.

Shay se quedó sin aliento, poniéndose rápidamente en posición vertical.

—¡No!

—Está bien, Shay, estabas soñando —dijo su madre, tomando su mano—. Esta no fue una transfusión regular, ¿no? —dijo entre dientes a Martin.

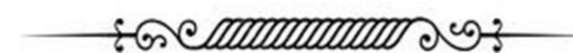
—Las regulares no son… —comenzó.

Pero su madre ya había vuelto su atención a Shay.

—Estás bien.

No, no lo estoy, pensó Shay. *Quiero más*.

Capítulo 5



Traducido por Zulex, Aaris y Caami

Corregido por flochi

—Mamá, acabo de leer un artículo sobre este grandioso CD de meditación. Un científico y un budista trabajaron en esto juntos. Utiliza una gran cantidad de nueva información sobre la programación neurolingüística —dijo Shay. Se sentó en la mesa de la cocina mientras su madre enjuagaba los platos de la comida.

—Suena interesante —dijo mamá, exactamente como Shay había pensado que lo haría. Su madre se enganchaba en casi cualquier cosa que implicara el uso de la mente para ayudar al cuerpo.

—Sí —estuvo de acuerdo Shay—. Estaba pensando que tal vez podría intentarlo. Tal vez lo ordené por Amazon.

—Correré hacia *Luz e Iluminación* —ofreció su madre, tal y como Shay había pensado que haría. Su madre quería hacer posible cualquier cosa que pudiera mejorar la salud de Shay. También adoraba la nueva tienda de libros New Age—. ¿Cómo se llama?

—*Science of the Ages*. Hay algunos subtítulos sobre la combinación de la sabiduría ancestral y la investigación vanguardista —respondió Shay, un poco avergonzada por la facilidad con que la mentira había salido disparada de su lengua. En cuanto a lo que Shay sabia, no había ningún CD con ese título. Lo que significaba que su madre estaría fuera por un tiempo largo, tratando de encontrar algo que no existía.

Ella se fue tan pronto el ultimo plato fue guardado. Shay esperó hasta que vio el coche salir del garaje, luego trotó en el lugar hasta que tuvo un poco de sudor en marcha y su pulso estuvo elevado, lo cual no tomó mucho tiempo.

Aquí va, pensó mientras se dirigía al estudio de Martin. Engañar a Martin no era tan fácil como engañar a su mamá, pero tenía que hacer que funcionara. Esta noche era demasiado importante. Shay dio un golpe rápido, luego entró. Ella se dejo caer en la silla más cercana. Martin se sorprendió de tener un visitante.

—¿Cómo va? —preguntó.



—Regular —Shay respondió—. ¿Tú?

—Estoy más interesado en ti en este momento —dijo Martin—. Te ves un poco apagada.

—Por favor, no te conviertas en mi madre —dijo Shay. Quería llevar a Martin a la idea de una transfusión, sin tener una pista de que la idea era realmente suya. No era como si estuviera mintiendo. Estaba débil. El correr hasta que su pulso fuese acelerado fue simplemente una medida de precaución, para estar absolutamente segura de que Martin dijera sí a una transfusión el día de hoy.

Se puso de pie y se acercó a ella. Colocó dos dedos sobre su muñeca y miró su reloj.

—Un poco rápido —comentó. Sus ojos se movieron sobre su rostro y Shay supo que notó las gotas de sudor a lo largo de la línea del cabello. Martin se daba cuenta de casi todo, siempre, como una especie de máquina que almacena datos para su posterior evaluación. Una parte de él era siempre el análisis, la interpretación y la investigación.

Dilo, dilo rogó en silencio. *Dilo, dilo*.

—Una transfusión el lunes y luego otra de nuevo el jueves —dijo lentamente—. Sé que es mucho esta semana ya. Pero creo que podría ser el momento para otra.

Su tono era vacilante, como si estuviera dando malas noticias. Y en cierto modo lo era. Shay sabía lo que estaba pensando: la nueva sangre funcionó mejor, pero no duraba mucho tiempo. Tal vez no era la sangre nueva. Tal vez fue solo su cuerpo. Tal vez nada pudiera funcionar tanto tiempo. Incluso los efectos de la vieja sangre habían comenzado a desgastarse con mayor rapidez.

Martin nunca dijo nada de eso en voz alta, y tampoco su mamá. ¿Qué había que decir? ¿Qué Shay se estaba muriendo? Todos ellos ya lo sabían.

—Probablemente podríamos esperar hasta mañana —añadió Martin.

—Podemos acabar esto de una vez ahora —dijo Shay, tratando de parecer triste. Tratando de sonar como si ella no hubiera planeado el asunto—. *Podría* utilizar algo más de energía.

—Vete a la cama. Voy a buscar el equipo de transfusión —dijo Martin.

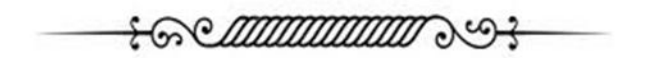
Y entonces, definitivamente tendré la fuerza suficiente para esta noche, pensó Shay. Porque esta noche, iba al muelle.

Todos en la escuela iban al muelle cada fin de semana, incluso cuando hacía un frio increíble en invierno. Shay no estaba realmente segura de la razón, o de que ocurría allí, solo sabía que era la única que nunca había ido. Y ella iba a ir, aunque fuera lo último que hiciera.

Pero no podía decirle a su madre sobre eso. Y aunque Martin había empezado a meterse en su caso, de no forzarse demasiado a sí misma. Su preocupación no

era la misma de mamá, aunque, Martin parecía más preocupado por el tiempo que se le acababa para ayudarla, para encontrar la manera de sacar provecho de este nuevo tratamiento de sangre. Mientras más exhausta estaba Shay, más rápido la fuerza de las transfusiones desaparecía. Necesitaba más tiempo para investigar. Shay simpatizaba, pero eso no la iba a detener de vivir su vida mientras ella pudiera.

Y después de que Martin le diera la transfusión, sería capaz de vivir a plenitud.



—¿Por qué tienes tanta prisa? —preguntó Millie—. ¿Cita caliente?

Shay negó con la cabeza, *Gabriel* sacudió su cabeza, y empujó hacia abajo los sentimientos de culpa y tristeza que lo llenaron esas palabras. Millie estaba bromeando, por supuesto, pero sus palabras le recordaron su última conversación con Sam. Fue hace años, pero el recuerdo era tan doloroso como si hubiera sido ayer. El precio de una vida larga era que los años parecían horas.

Pero, ¿por qué estaba triste? Se preguntó Shay. *¿Le paso algo a Sam?* Sus pensamientos fueron fugaces, desaparecían tan pronto como llegaban. Mientras la sangre corría en sus venas a través del tubo de transfusión, Shay no tenía control.

—No puedo llegar tarde. Me voy a reunir con la gente universitaria de Duke esta noche —dijo Gabriel, tratando de igualar el tono de la conversación de Millie.

—Por supuesto… ¿Cómo podría olvidarlo? Ernst me ha estado sermoneando sobre permanecer fuera de la vista y cómo actuar si uno de ellos tropieza con nosotros. —Millie metió un mechón de su cabello rizado detrás de las orejas y se puso otra vez sus gafas de visión nocturna en el rostro. Luego se las quitó—. ¿Por qué traemos estas cosas?

—En caso de que algún excursionista perdido se encuentre con nosotros, o el estado envíe un regulador para comprobar nuestro trabajo —respondió Gabriel—. No podemos ser demasiado cuidadosos.

—Veo veinte veces mejor sin ellos —se quejó Millie, pero su rápida sonrisa le dijo que ella entendía. Cuando se trataba de que los seres humanos descubrieran la verdadera naturaleza de la familia, todas las precauciones debían ser tomadas.

Gabriel hizo caso omiso de sus propias gafas y miro a través de la oscuridad de la caverna. La luz del sol no había llegado a este lugar en miles de años, pero podía ver con claridad cada estalactita, cada roca, piedra y gota de agua.

Los murciélagos estaban durmiendo. Hibernaban. El sonido de sus lentos latidos cardíacos tranquilizó a Gabriel. A veces deseaba poder hacer eso, hibernar durante meses, cuando sus recuerdos se volvían demasiado difíciles de soportar… de Grecia, de su familia y de Sam.

—Creo que debería ser un insulto que Ernst nunca me elija para enfrentarme a los seres humanos —dijo Millie, señalándolo cuando volvió a la realidad—. Ni siquiera puedo recordar la última vez que hable con uno.

—No es un insulto. Es un halago que haga ahorrártelo —Gabriel replicó—. Ernst considera que es una lata hacerme interactuar con ellos. Le gustaría evitarnos a todos el contacto con la gente.

—Entonces, ¿por qué hace que te reúnas con ellos? —preguntó Millie—. No lo entiendo.

—Cero contactos es muy sospechoso —respondió Gabriel—. Como un montón de científicos obsesionados con los murciélagos, las personas se encuentran bien con nosotros resguardándonos la mayor parte del tiempo. Pero si nunca hemos tenido contacto con el exterior, podría causar demasiada especulación.

—Supongo. —Millie parecía dudosa.

—Y necesitamos hacer dinero. Es casi imposible hacer eso sin al menos algún tipo de interacción con los seres humanos —dijo Gabriel.

—Bueno… es imposible hacerlo *legalmente* —bromeó Millie.

¿Qué está pasando? Se preguntó Shay, su mente trataba de entender. Gafas de visión nocturna, Duke, y una niña vampiro vestida con pantalones vaqueros… era demasiado extraño. Por primera vez, Shay sentía su propia mente tratando de empujarse en la visión.

Gabriel saltó repentinamente, elevándose en un solo movimiento desde el suelo de la cueva a la cima de una torre de roca de seis metros en el aire. La corriente de aire chocó contra su rostro, la breve sensación de ingravidez… lo hicieron sonreír. Hizo sonreír a Shay. Ella estaba aferrada a la roca ahora, a treinta o sesenta centímetros por debajo de los murciélagos. Sus pensamientos se desvanecieron cuando ella logró ver sus rostros arrugados, buscando signos del síndrome de nariz blanca que se estaba esparciendo a través de la población de murciélagos de América.

Millie había saltado junto a ella, en silencio en el aire fresco de la cueva.

—No hay signos del hongo en estos pequeños murciélagos —murmuró Millie, estudiando las caras de los animales dormidos—. Hay otra colonia en la cima. Vamos a necesitar equipo de escalada para llegar a ellos… si estamos preocupados por los excursionistas. Una subida de seis metros podemos explicarla. No una de seiscientos metros.

—No hay tiempo esta noche, tengo que volver al laboratorio. Enviaremos a Richard y a Luis mañana. —Gabriel se volteó lejos de los murciélagos y soltó la

roca. La bajada fue incluso mejor que la subida como volar. No se molestó en preparar el terreno. Sabía que la fuerza de sus piernas absorbería el impacto.

Shay jadeó de placer junto con Gabriel. Caer en el aire sin absolutamente ningún miedo… ¡fue emocionante! Pero*, ¿eran mis sentimientos* o de él? se preguntó. Esta visión se sentía tan extraña, tan diferente de las otras, que había una sensación de confusión en la mente de Shay. ¿O era la mente de Gabriel?

Está más cerrado de lo habitual, dijo el pensamiento de Shay. Pero entonces Gabriel respiró profundamente, y una docena de diferentes olores llenó su nariz. Los pensamientos de Shay desaparecieron, fundiéndose con las sensaciones que Gabriel estaba experimentando.

La entrada a la caverna era una caminata de diez minutos desde aquí, siguiendo un sendero que ellos habían marcado hace quince años, cuando la familia llegó a Tennessee. Los olores procedentes del exterior de la cueva eran muy familiares a Gabriel, pino, arcilla arenosa, aceite, cornejo, algas del lago y sin embargo, de alguna manera siempre fascinante.

—¿Qué vas a decirle a la gente de Duke? —preguntó Millie, aterrizando a su lado.

—Es sólo la actualización trimestral de nuestra investigación. Quieren saber que su dinero no se está desperdiciando. —Gabriel se encogió de hombros. Él no era como Sam. A él no le *gustaba* interactuar con los seres humanos. Pero podía manejarlo. Los científicos de la universidad eran apasionados por el proyecto de murciélagos, interesados en las aplicaciones del sonar. No era difícil hablar con ellos. Y siempre y cuando se hubiera alimentado recientemente, el olor de su sangre no le molestaba.

—Yo podría hacer eso. Estoy completamente segura de que podría. Dile a Ernst que me dé la tarea —persuadió Millie—. Sé que no te gusta hacerlo.

—Eres joven. Es más fácil para mí resistir la tentación de su sangre.

Gabriel era lo bastante antiguo ahora que podía pasar semanas enteras sin alimentarse. Millie había renunciado al sol hace menos de un siglo. Aún necesitaba sangre humana al menos una vez a la semana. Tal vez esa era otra razón por la que Ernst confiaba sólo en Gabriel con los científicos. El resto de su nueva familia era aún tan joven que podía perder el control, hacer algo… *inhumano*… y poner a toda la familia en peligro.

Shay se estremeció ante el miedo que se disparó a través de Gabriel con sólo pensar en los humanos. No quería que Millie viera lo asustado que estaba por esta reunión, por cada reunión con sus colegas universitarios. Siempre era Gabriel, solo, el que lo hacía.

Ernst odiaba demasiado a los humanos para confiar en sí mismo cerca de ellos. Podía controlar su hambre, pero no su cruda furia. No podía resignarse a tener una conversación civilizada. Y para otros miembros de la familia, como Millie, era una tentación ser demasiado amistosos, demasiado curiosos sobre el

mundo exterior. Gabriel era el portavoz perfecto. Odiaba a los humanos tanto como lo hacía Ernst, pero podía controlarse lo suficiente para presentar la fachada de un agradable colega. Y nunca estaría tentado a acercarse demasiado.

Conocía las consecuencias.

Otra oleada de culpa, caliente y nauseabunda, inundó a Gabriel. *Sam*... Shay capturó un destello de la cara de Sam, pero Gabriel alejó el pensamiento. ¿Había sido su pensamiento o el de ella? No podía decirlo.

—¿Cuántas personas van a venir? —preguntó Millie—. Me gusta saber de quién me estoy escondiendo.

—No es esconderse; es simplemente quedarse en cuartos privados —dijo Shay con la boca de Gabriel. En la instalación de vivienda, estaba sólo la familia. La mayoría del tiempo, estaba sólo la familia en los laboratorios, también. Todo lo que ellos necesitaban era el uno al otro. La única vez que aún se aventuraban a la ciudad era si necesitaban alimentarse y el cargamento de sangre que habían pedido a través de Internet llegaba tarde.

—Dile hola al mundo por mí. —Millie sonó triste, así que Gabriel deslizó un brazo alrededor de sus hombros.

—No te estás perdiendo nada. Sólo voy a dar una visita por el laboratorio, responder algunas preguntas —le dijo Gabriel. Ella suspiró—. No eras uno de nosotros todavía cuando sucedió. No lo entiendes —continuó—. Pero el aislamiento es necesario para nuestra seguridad.

—Confío en ti y en Ernst —dijo—. Es sólo que me vuelvo claustrofóbica a veces, totalmente sola aquí arriba. Luis dice que algunas familias viven en ciudades.

—Él no sabe más que nosotros. Creció en nuestra familia. —Gabriel podía decir por la atracción de la luna por encima que se estaba haciendo tarde—. Necesito darme prisa, Mils. —Le dio un apretón a sus hombros y salió a la oscuridad.

El camino estaba marcado, pero Gabriel no lo necesitaba. Conocía los recodos y vueltas de estas cavernas de memoria. Eran su mundo entero ahora. Estaba corriendo rápido, saltando sobre las rocas más grandes, casi volando. La caminata de diez minutos llevaría alrededor de dos minutos de esta forma, y era divertido. Mantenía su sangre bombeando para correr.

Divertido. El pulso latiendo veloz, el aire corriendo más allá de mi piel. Es divertido, susurró el pensamiento de Shay.

Afuera, la luna se elevaba. Los científicos estarían allí a las ocho en punto. Gabriel entró en el pabellón, donde Ernst estaba esperando.

—Estarán aquí pronto, puedo olerlos —dijo Ernst—. Aquí está el papeleo, números de las colonias enfermas, información actualizada sobre los resultados. —Le tendió a Gabriel una carpeta repleta de gráficos y papeles.

—Ernst... dentro de un año o así, tendré que volver a la escuela. La fecha de mi doctorado no coincide ya con mi rostro —dijo Gabriel—. Aunque, como todos sabemos, yo era un erudito que se saltó la mayor parte de la escuela secundaria.

Ernst suspiró. Odiaba movilizar a la familia, establecer nuevas identidades. Pero era necesario cada pocas décadas, para evitar ser detectados por los humanos.

—Es diferente para ti. Eres esquivo, con una reputación de excentricidad. Nadie ha visto ni siquiera una foto tuya en años —continuó Gabriel, eligiendo sus palabras cuidadosamente—. Podemos seguir adelante con *tus* títulos durante otros diez años, ya que ninguno de los humanos te ve, probablemente estarán dispuestos a hacer una teleconferencia en lugar de venir en persona. Si decimos que el famoso Dr. Ernst Geiger estará en la llamada...

—No. —La palabra fue como un furioso ladrido—. Necesitamos a los humanos, hijo mío, pero no estoy listo para interactuar con ellos, ni siquiera a ese grado —añadió, suavizando su voz—. No puedo soportar montar un espectáculo, de la forma en que lo haces tú cuando los científicos insisten en visitar esto.

La alarma sonó desde el edificio del laboratorio, señalando que la gente de Duke estaba en la puerta. Ernst se dio la vuelta y desapareció en sus habitaciones privadas, y Gabriel se dirigió hacia el pasillo que conectaba el pabellón con el laboratorio principal. Por costumbre, se detuvo en el espejo, sólo para asegurarse de que se veía suficientemente normal para los humanos.

Su pelo era un desastre, y había una mancha de suciedad en una mejilla...

—Todo listo —la voz de Martin sonó áspera.

Shay jadeó, atrapando la aguja mientras él la apartaba. Martin le frunció el ceño a su mano, aferrándose a él como una garra.

—Necesito más —susurró. *Sólo lo suficiente para averiguar lo que va a pasar con Gabriel.*

—No, es suficiente. —Martin se alejó de ella—. Creo que todavía estás medio dormida. No estoy seguro aún de por qué este tratamiento te hace estar tan cansada al principio. Te quedas siempre dormida.

Shay se dejó caer hacia atrás contra las almohadas mientras él dejaba la habitación. Se sentía aturdida. La sangre la había dejado fuerte, como siempre lo hacía. Pero el sueño esta vez... fue extraño.

Gabriel con ropas modernas, con gente diferente, en América. Había parecido un mundo diferente de las visiones anteriores.

Shay cogió el diario de su mesita de noche.

¡Lo vi! ¡Vi a Gabriel! Quiero decir, en la visión estaba viéndome a mí misma, porque en la visión yo era Gabriel. Pero recuerdo cómo se veía. Y guau. En serio, guau. Tiene

este increíble pelo, oscuro, rizado y espeso. Y sus ojos son casi del mismo color, este rico marrón oscuro, una especie de color castaño. Sueno como una idiota. Pero es hermoso.

Vale, esto es escalofriante.

Es escalofriante, ¿verdad? Estaba mirándome en el espejo, a mí misma, pero al mismo tiempo estaba pensando, "¡Maldita sea, es ardiente!" Así es como es en esas visiones, o sueños, o alucinaciones. Lo que sea que sean. Soy Gabriel, estoy en su cuerpo, siento lo que él siente, y veo lo que él ve. Pero en algún nivel también soy yo misma, más o menos. Es como si estuviera viéndome desde algún lugar en el fondo, y no puedo decir nada o hacer nada, o incluso realmente pensar mis propios pensamientos demasiado. Pero entonces, cuando se ha acabado y la transfusión está hecha, lo recuerdo todo y puedo hacer mis propios juicios. Así que no es como si estuviera atraída por mí misma. Pero aun así. Extraño.

Sé que debería estar preocupada porque estoy viendo cosas. Debería decirle a Martin lo que sucede cada vez que tengo una transfusión de esta nueva sangre, porque es, obviamente, un efecto secundario. Nunca he tenido visiones o sueños durante mis tratamientos antes. Pero parece, no sé, privado.

Y no quiero traer a colación algo que hará a Martin, o a mi madre, decidir que mis nuevas transfusiones deben detenerse y ser reevaluadas. Tengo que tener mis visiones. Hay tanto que quiero saber sobre Gabriel. Tanto que no entiendo.

Como Sam.

En esta última visión, Sam se había ido. No sé lo que pasó, pero me di cuenta que él ya no era parte de la vida de Gabriel. Fuese lo que fuese, hizo a Gabriel sentir un dolor abrumador y culpa. ¿Tal vez tuvieron una pelea? ¿Los vampiros hacen eso? Parece tan mundano. ¡Pero aún quiero saber! Es como si cada visión me diera un pedazo diferente de un rompecabezas. ¿Es Sam el buen amigo que estaba allí para apoyar la decisión de Gabriel de unirse a la familia vampiro? ¿O es el aterrador hombre que secuestró a Gabriel cuando era pequeño? (A pesar de que parecía gentil, incluso en esa visión. Pero, ¿WTF? ¿Cómo puede alguien hacerle eso a un niño?)

Y lo mismo con Ernst. A veces da miedo, como cuando atacó el orfanato y cuando habló acerca de cuánto odiaba a los humanos. Pero luego, cuando tuve una visión durante mi transfusión de este jueves, Ernst fue tan compasivo con una pequeña niña humana.

En ese, Gabriel y Ernst eran ellos mismos, viendo una casa por la noche. No sé cuándo fue, pero el aire estaba lo suficientemente frío como para poder ver mi aliento. Es decir, Gabriel podía ver su respiración. ¿Así que tal vez ya se habían ido de Grecia? De todos modos, alguien en la casa había muerto de influenza. El padre. Y Ernst pensaba que la madre podría morir también. Si lo hacía, iban a entrar y tomar a la pequeña que vivía allí. La harían parte de su familia, como lo habían hecho con Gabriel cuando era pequeño. Ernst me aterrorizaba en esa visión, cuando atacó el orfanato de Gabriel. Pero esta vez, él estaba increíblemente reflexivo. Seguía diciendo que esperaba que la madre viviera, que no quisiera que la niña experimentara una pérdida irreparable. Perder ambos padres, semejante tragedia.

Lo que es gracioso es que Gabriel no pudo conseguirlo. Nunca había conocido a sus propios padres, así que no lloró por ellos. No dejaba de pensar como Ernst era básicamente su padre, y cómo amaba a Ernst y cómo odiaría tener que perderlo. Esa era la única manera en que podía relacionarse con esa idea.

Es como me siento acerca de mi padre. Nunca lo conocí, por lo que nunca hubo nada sobre lo que sentirme triste. Sé que mi madre lo odia. Ella nunca lo dijo, pero yo pude decirlo siempre. Su boca se ciñe cada vez que ella siquiera lo menciona y nunca quiere hablar de él. Él la dejó, la abandonó, y a mí, supongo. Así que entiendo que lo odie por eso. Pero yo no lo hago. Debes conocer a alguien para sentir algo por ellos, y no conozco a mi padre.

Eso es lo que le dijo Gabriel, a Ernst. Que nunca había conocido a sus padres. Luego preguntó si eso significaba que realmente no se conocía a él.

Pero Ernst se limitó a sonreír. Dijo que incluso si su mente consciente no tiene recuerdos de sus padres, su alma se aferra a ellos. Su cuerpo sabe quiénes eran; el conocimiento está escrito en tus propias venas. Quiénes eran es lo que eres, así que no hay necesidad de hacerte problemas. Eso es lo que le dijo a Gabriel, y éste pensó que era tan hermoso.

Creo que es hermoso también. Tal vez mi alma conoce a mi padre, en la forma en que mi mente consciente conoce a mi madre. Siempre he pensado que todo lo que tengo de mi papá es el medallón que le dio a mi mamá y tal vez mi enfermedad. Pero ahora creo que Ernst tenía razón. Creo que mi papá está dentro de mí, todas sus piezas, en todas partes.

Eso lo hace más fácil. Podría morir sin siquiera haberlo conocido. Probablemente lo haré. Pero eso no significa que no lo conozco en mi alma.

Ver, a Ernst era muy frio esa noche.

Supongo que si observas la vida de alguien durante cientos años, a veces son bonitas y otras dan miedo, pero eso hace a este tipo de visiones difíciles de rastrear, sobre todo porque estoy viendo todos estos trocitos fuera de orden.

Cuando Gabriel era joven, en Grecia, la ropa era extraña y los lugares eran simples. Pasados de moda. No sé cuándo fue que Sam lo sacó del orfanato, pero definitivamente fue hace mucho tiempo. Pero entonces hoy, tuve una visión de Gabriel usando ropa normal, viviendo en Tennessee, usando tecnología moderna.

No tengo idea si lo que sea que pasó entre él y Sam tuvo lugar cientos de años atrás, o apenas la semana pasada. Los vampiros son inmortales, por lo menos en las películas ¿Cuánto tiempo estuvo vivo Gabriel?

Bueno, sé que no está realmente vivo, pero aun así… quiero saber más. Quiero saber cómo encaja el rompecabezas junto.

Estoy segura que voy a tener otra visión, otra transfusión, en pocos días. Muy pronto, la tendré todos los días, y luego cada hora y luego ninguna en absoluto.

Voy a estar muriendo.

¿Puede ser eso lo que estás visiones son? ¿La manera de mi cerebro de lidiar con la muerte? Tal vez mis neuronas están disparando como locas, y me dan algo interesante para pensar, para distraerme así no me vuelvo loca.

O tal vez sea metafísico: son recuerdos de otra vida, una vida pasada. Tal vez fui Gabriel una vez. Cuando te estás muriendo, tiene sentido poder comenzar a recordar tus vidas pasadas, ¿no?

O tal vez las visiones son sólo una manera de hacerme feliz antes del final. Porque en ellas, soy fuerte. Gabriel es tan vivo y vibrante. Su vida, y me propongo experimentarla, es más fuerte que cualquier cosa que jamás haya conocido. Los latidos de su corazón, su resistencia, la fuerza de sus músculos, la salud de su cuerpo es como un sueño hecho realidad para mí. Cada uno de mis sentidos arranca a un nivel de locura. Cuando soy Gabriel, no tengo que pensar en mi cuerpo en absoluto. Sólo lo utilizo, sólo vivo en él. No me preocupo por la cantidad de fuerza que mi cuerpo tiene en reserva y nunca me defrauda.

El punto es, no me importa lo que la visión o los sueños son, y no quiero a Martin tratando de hacer que desaparezcan como si fueran un efecto secundario molesto. Porque los adoro. Porque por las visiones, estoy pasando el mejor momento de mi vida.

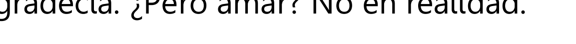
(Y la vida real tampoco está mal. Cuando estoy en el punto álgido de la transfusión, puedo hacer cualquier cosa. Ayer escapé de clases y fui a Dairy Queen con Chris Briglia. ¡Otro sueño hecho realidad! Y Lai-wan es como mi nueva mejor amiga, que es muy gracioso porque ella es totalmente un bicho raro. Es divertido, sin importar cuáles sean las consecuencias. ¿Por qué debería importarme? Si no voy a estar aquí por mucho tiempo, no hay ninguna consecuencia. Estoy segura de que Olivia estará allí esta noche en el muelle. Estoy segura de que todavía me dará el tratamiento de silencio. Pero no me importa. La vida es demasiado corta como para preocuparse. Mi vida es demasiado corta.)

Shay dejó de escribir. Se estaba haciendo algo pesado, y no había querido llegar allí. Había querido escribir sobre Ernst, de cuánto lo quería Gabriel, entonces se había desviado.

La relación de Gabriel con Ernst había estado haciéndole pensar en su propia familia últimamente. Ernst era esencialmente el padrastro de Gabriel. Había criado a Gabriel después de haberlo sacado del orfanato. Le había enseñado a beber sangre. Y Gabriel lo adoraba, de la manera en que Shay adoraba a su madre.

Martin es mi padrastro, pensó con inquietud. *Pero no lo quiero de esa manera*.

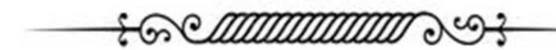
Shay suspiró. Estaba agradecida con Martin. Eso es lo que siempre sintió. Gratitud. La vida era más fácil desde que lo habían encontrado, porque ella y mamá no estaban viajando en busca de más nuevos médicos. Porque mamá no tenía que trabajar en tres empleos para mantenerse al día con los mínimos en las facturas médicas de Shay. Martin se hizo cargo de ellas, de ambas.


Y ella se lo agradecía. ¿Pero amar? No en realidad.

—Tal vez mis visiones son mi psiquiatra interior —murmuró. Tal vez ella había creado a Gabriel como una manera de resolver todos sus problemas propios: su padre desaparecido, su padrastro, incluso su propia debilidad y la manera en que la fuerza de esta nueva sangre era como una adicción para ella. Echó un vistazo a su diario. Las vidas pasadas, la psicología barata, cerebros químicos volviéndose locos… ¿siquiera importa lo que las visiones eran?

Shay abandonó su diario a un lado y se levantó. Basta de vivir en sueños. Esta noche viviría de verdad.

Capítulo 6



Traducido por Liseth Johanna, Naty, flochi y Vanehz

Corregido por amiarivega

—¿Vienen a comer, chicos? —preguntó Lai-wan, apoyándose en sus codos. Dejó salir una ola de humo en el aire nocturno.

Miró a Olivia, acurrucada en los brazos de Kaz en el lado apartados del muelle. Podía oír la música apresurándose, pero era invisible en la oscuridad.

—Sólo está asustado —dijo Brian Kiley desde el otro lado de Lai-wan—. Si yo fuera atrapado besando a otra chica, también estaría asustado.

—¡Escuché eso! —gritó Jacey desde los juncos junto al río, en donde ella estaba haciendo pis o vomitando quién sabía qué—. Será mejor que no beses a nadie más.

—¿Lo ves? —dijo Brian.

Lai-wan rió tontamente.

—Estaba hablando de Olivia —dijo ella—. Pensé que ustedes eran prácticamente hermanas.

—Nop —dijo Shay—. Ella es más como mi chaperona de por vida y ya no quiero una.

A su lado, Chris Briglie encendió la pipa en donde todos estaban pasando, dado una gran calada.

—Eso es muy obvio, Shay —resolló él.

—En serio. Eres la chica adrenalina últimamente. —Lai-wan se estiró por la pipa—. Pero todavía nada, ¿huh?

—No necesito drogas —dijo Shay—. ¡Me drogo con la vida!

Las otras tres rompieron en una carcajada drogada que sólo era mitad real y Shay sonrió ampliamente. Había estado bromeando, pero de hecho era cierto. Estar colocada no podía ser mejor que sentir la salud y el poder de la sangre

latiendo a través de ella ahora. De cualquier manera, niebla en su mente no era lo que quería. Quería estar al tanto, sentir cada centímetro de cada experiencia y recordar siempre cada segundo. Quizá estos chicos podían permitirse gastar su tiempo flotando en un haz de droga, pero ella no.

Lai-wan se inclinó hacia atrás, estirándose en el muelle de madera. Éste se extendía desde la calle más cercana, a través de los matorrales de la orilla y al menos treinta pies cerca del Río Negro. No había nada más. Ninguna casa cerca, ni tiendas ni restaurantes. Ni siquiera botes atados al borde del muelle.

—No entiendo —dijo Shay—. ¿Qué es lo importante con este lugar?

Jacey vino de vuelta a su lugar a mitad de camino del muelle, sus pisadas haciendo que todas las tablillas de madrea se sacudieran.

—Es divertido —dijo ella.

—Sin padres —añadió Brian, mientras Jacey se sentaba en su regazo y tomaba la pipa de él.

—Y muchas estrellas. —Lai-wan sonaba soñadora, mirando al cielo con una sonrisa tontarrona.

—¿Eso es? —Shay sintió una puñalada de decepción. Había estado escuchando hablar del muelle por años. La gente hablaba de él como si fuera Las Vegas o algo así; cosas que sucedían en el muelle, pero nadie decía exactamente qué. Y los más jóvenes no estaban permitidos aquí. Nada de perdedores, *geeks* o niños sin autos, o amigos sin autos, tampoco. Era un lugar genial para gente genial. Shay había estado esperando… bueno, no lo sabía. Pero no sólo sentarse en la madera húmeda, viendo a la gente besuquearse.

—¿Por qué, exactamente, es esto divertido?

—Um, porque estamos colocados. —Brian extendió la pipa hacia Shay.

Ella sacudió la cabeza de nuevo.

—Olivia y Kaz no.

—Tampoco yo. No mucho —dijo Chris—. No tienes que estarlo; todavía la puedes pasar bien. —Se acercó a Shay, su mano rozando el costado de su muslo. Shay la dejó permanecer ahí, pero sintió ganas de reír. Prácticamente se le había lanzado encima a Chris durante la fiesta de Kaz y él había estado demasiado temeroso de ella para hacer algo al respecto. Pero ahora que ella sólo lo trataba como cualquier otro chico, estaba coqueteando.

—Entonces, ¿eso es? ¿La gente sólo viene aquí y pasa el rato? —preguntó Shay—. Sonaba más glamoroso cuando jamás lo había visto.

—Bueno, siempre está la isla —dijo Chris.

—Eso es un montón de basura —respondió Brian—. Un mito total.

—¿Qué cosa? —preguntó Shay.

—Se supone que la gente nada hasta la isla en medio del río —dijo Lai-wan—. ¿Conoces esa pequeña porción de tierra que ves cuando tomas el puente de la Ruta 5?

—Supongo. —Shay no podía recordar alguna vez notar una isla en el río, pero entonces, ella ni siquiera podía recordar mirar tampoco. ¿Qué más se había perdido por no ver? Cuando era Gabriel, lo notaba todo.

—Hay todo tipo de historias sobre niños que nadaron desde el muelle —dijo Chris—. Nadas a la isla y cavas tu nombre en una enorme roca para probar que lo hiciste.

—Escuché que John Fox lo hizo hace tres años —dijo Jacey—. ¿Lo recuerdan? Era de último año cuando nosotros éramos de primero.

—Era caliente —dijo Shay. Ella nunca lo había saludado, pero lo recordaba mucho.

—Estaba en el equipo de natación —señaló Brian—. Si lo hizo, fue por eso. Pero lo dudo. ¿Saben cuán rápida es la corriente?

—Mi hermana dice que sólo es una leyenda urbana —estuvo de acuerdo Lai-wan—. Y que me mataría si yo siquiera lo intentaba.

—Eso por el chico que se ahogó. —Era la primera cosa que Olivia había dicho en toda la noche y Shay saltó, sorprendida de ver a su mejor amiga uniéndose al grupo—. En los noventa, algún estudiante de segundo intentó llegar a la isla y fue barrido por la corriente.

—Imposible. *Esa* es una leyenda urbana —respondió Chris—. Si alguien de hecho muriera, destrozarían el muelle y pondrían un alambre de púas.

—¿El río realmente es tan rápido? ¿Qué tan lejos llega? —preguntó Shay.

Brian se encogió de hombros.

—Lo suficientemente lejos para que apenas puedas verlo desde el final del muelle.

—Quiero intentarlo. —Shay se levantó.

Todos se quedaron boquiabiertos ante ella.

—¿Puedes siquiera nadar? —preguntó Lai-wan.

—Por supuesto. —Shay ignoró el escalofrío de preocupación que se abría paso por su columna. Había tomado clases de natación como una forma de ejercitarse sin sobre-esforzarse. Mantenía su corazón fuerte; eso era lo que mamá siempre decía. Pero eso era en una piscina, siempre. Shay nunca había nadado en un lago siquiera o en el océano, o en cualquier otro lugar libre de cloro.

Pero Gabriel sí, pensó, recordando el sabor salado del océano en Grecia. Él había podido nadar a través de las olas sin ningún esfuerzo y eso fue incluso antes de que él renunciara al sol. ¿Cuán rápido podía nadar una vez que era un vampiro? ¿Tan rápido como lo había hecho en su última visión?

—Shay, no vamos a tener esta pelea otra vez. —Olivia sonaba cansada—. Incluso si no fueras tú, nadie te dejaría ir a la isla. La gente normal no lo intenta, así que definitivamente no puedes.

Así que el la ley del hielo había terminado. Desafortunadamente, Olivia había recuperado el rol de segunda madre de Shay. Y justo ahora, Shay ni siquiera quería a la primera. Su madre se convertía más en un aerodeslizador cada día.

—Dado que soy tan anormal, puede que sea la que lo logre —dijo Shay—. Mis nuevos tratamientos como de ir a velocidad o algo así. Soy más fuerte que nunca. Lo voy a hacer.

Se dirigió hacia el río, la noche oscureciéndose a su alrededor mientras el muelle dejaba tierra e iba al agua. Shay lo olió, un aroma arenoso, y escuchó los sonidos de las olas golpeando contra los soportes bajo ella. Las pisadas de sus amigos no estaban muy lejos.

—Estás siendo una idiota —prácticamente gritó Olivia.

—Shay, todos lo que intentan esto terminan volviéndose —le dijo Chris, llegando hasta el lado de Shay—. De hecho, es peligroso. Y el agua está muy fría.

—Entonces nadaré rápido —dijo ella—. Vamos, ¿no tienen curiosidad? Quiero ver si el nombre de alguien realmente está en esa roca.

Habían alcanzado el final del muelle y Shay echó un vistazo en la oscuridad. No tenía la visión nocturna de Gabriel. No podía ver nada.

—Es derecho —dijo Brian—, pero no puedes llegar si no puedes ver por dónde nadas.

—Ahí. —Shay sonrió cuando sus ojos se ajustaron a la oscuridad sobre el agua. No era tan claro como la vista de Gabriel, pero podía ver la cima de un árbol, negro contra el cielo—. Lo veo.

—Yo no —murmuró Kaz, mirando sobre el río.

—Oh, Dios mío, voy a traer una linterna de mi auto. —Jacey partió corriendo hacia la orilla. Shay se sentó al final del muelle, colgando sus piernas sobre el borde, y se quitó las zapatillas.

—¿Debería llamar a la policía? —preguntó Kaz. No sabía si él estaba preguntándole a ella o a Olivia, o sólo al universo.

—Chicos, se están asustando porque están gastados. ¿Qué tan difícil puede ser realmente? Apuesto que es mucho menos tenebroso durante el día —dijo Shay.

—Si llegas ahí, serás famosa —dijo reverentemente Lai-wan—. *Todos* lo sabrán.

—Eso vale la pena —dijo Shay. Valía la pena cualquier peligro. Valía la pena ahogarse. Valía la pena intentar. Valdría la pena ir a divertirse y tratar algo nuevo en lugar de yacer en una cama esperando que su propia sangre la traicionara—. ¿Nadie viene? Sistema de apoyo de amigos, ya saben.

—Soy tu amigo —dijo Chris, sorprendiéndola.

Ella le sonrió ampliamente, completamente perdonándolo por la fiesta de Kaz.

—¡Gracias!

—Si estás segura… —empezó Chris.

—Vamos. —Shay se lanzó del muelle antes de que pudiera pensarlo más, antes de que Chris se acobardara y antes de que Olivia pudiera agarrarla. Escuchó unos cuantos jadeos y a Olivia gritando, y luego el agua negra se cerró sobre su cabeza.

Congela.

Shay salió por aire, manteniéndose a flote y lamentando ya sus pantalones, que se sentían como cemento húmedo atrapado en sus piernas. Estaba frío. Más que frío.

—Estoy dentro —gritó. Tenía que moverse o se hundiría. Pateando tan fuerte como pudo, se volvió hacia la orilla opuesta y empezó a nadar.

Dos segundos después hubo un *splash* tras ella. Shay no se detuvo. Quizá era Kaz y Olivia viniendo a arrastrarla de vuelta. Quizá era Chris. De cualquier manera, iba a ir. Una rápida mirada al cielo le mostró el árbol al que estaba apuntando.

—Jesús, la corriente es fuerte. —Chris nadó a su lado, sus dientes castañeteando.

—Sí. —Shay intentó ignorar el insistente jalar del agua. Tenía que nadar a la izquierda para poder seguir derecho. Era difícil mantener el camino de donde estaba la isla. Era por eso que las personas no podían hacerlo, se dio cuenta. Si no podían ver ese árbol, no sabían a dónde dirigirse. La corriente los empujaba a un lado y probablemente nadaban más allá de la isla.

—Por aquí —chisporroteó ella—. Empuja a la izquierda.

Chris sólo gruñó, nadando por todo lo que valía la pena.

Shay bombeó sus brazos, pateando tan duro como podía, impulsándose a sí misma a través del agua. Sus músculos hacían exactamente lo que ella quería, su corazón latiendo tan constante como un tambor. Como el de Gabriel.

¿Qué pasa si mi fuerza se va, como lo hizo en la pista?

La idea hizo que el agua se sintiera incluso más fría. Por un momento, Shay podía imaginarse hundiéndose, hundiéndose, hundiéndose, sus músculos demasiado débiles para traerla de vuelta a la superficie.

—Estoy muy cansado —jadeó Chris a su lado—. Tenemos que volver.

—No, estamos cerca —dijo—. Lo veo. —Ella lo hacía, una oscuridad más profunda avecinándose sobre el agua agitada. Seis metros más y estarían allí.

El cuerpo de Shay no estaba mostrando ningún signo de fatiga. Su miedo era sólo eso, miedo. Pero Chris se estaba frenando. Shay se estiró por él y agarró su mano.

—Estamos casi allí y podemos descansar —exclamó.

Él asintió, con sus ojos asustados.

Shay lo dejó ir y nadó hacia delante, con suaves e incluso magníficos movimientos, disfrutando el empuje de la corriente contra su cuerpo. Mantuvo su mirada fija en el árbol en la oscuridad, esperando que Chris pudiera seguirla. En unos poco segundos sintió su brazo chocar con algo duro y fangoso, una piedra. Shay sintió una ráfaga de alivio. Pasó la mano a través de la piedra hasta que encontró la cima, luego se subió a sí misma en ella.

—¡Chris! —llamó—. ¡Dame tu mano!

Inclinándose sobra el agua, lo agarró y lo sostuvo hasta que él pudo hacer su camino hasta la roca. Juntos se arrastraron a través de ella y sobre una estrecha franja de tierra, rocosa y árida a excepción de un árbol torcido que Shay había visto.

—¡Lo hicimos! —Shay soltó un chillido, gritando para que pudieran oírla de vuelta en la orilla. Pero si ellos respondieron, sus voces se perdieron en el sonido del correr del río.

—¿Dónde está la piedra? —Se arrastró por el duro suelo, buscando una piedra.

—Por acá —dijo Chris. Se dejó caer en el suelo junto a ella, jadeando—. Ésta puede ser la cosa más estúpida que he hecho.

—Vale la pena, ¿cierto? Que gran emoción. ¡Whoo-hoo! —exclamó Shay.

—Whoo-hoo —hizo eco Chris, sin mucho entusiasmo.

Shay se acercó a él, temblando en el aire de la noche. Había una gran roca sobresaliendo del agua en el lado opuesto de la isla. Pasó sus dedos sobre ella, palpando por gravados.

—Aquí —dijo ella. Se acercó más, mirando en el lugar donde sentía una muesca—. Iniciales.

—¿John Fox? —preguntó Chris.

—No sé. Está muy oscuro. —Shay frunció el ceño—. ¿Cómo siquiera se supone que tallamos? ¿Tienes un cuchillo?

—Podríamos usar una roca más pequeña —dijo—. O podríamos sólo decir a todos que lo hicimos. No lo van a comprobar.

—Debilucho —su burló de él.

—Lo sabes —respondió Chris. Shay se echó a su lado, sonriendo.

¿Qué Chica Enferma? pensó. *¡Soy famosa! Cualquiera que puede llegar a la legendaria isla, no puede ser sólo una chica enferma.*

—¡Mira las estrellas! —instó Shay—. Son un millón de veces más brillantes en este lado. ¡O quizás sólo lucen de esa forma porque estoy tan entusiasmada!

—No puedo creer que tengamos que nadar de regreso —se quejó Chris. Shay no creyó siquiera que hubiera visto al cielo.

Shay se levantó sobre su codo y se inclinó sobre él.

—No va a ser tan malo. Podemos dejar que la corriente nos lleve hacia abajo si queremos, todavía golpearemos la costa. Podemos caminar de vuelta al muelle.

Chris se rió entre dientes.

—No había pensado en eso.

—No puedo creer que vinieras conmigo —dijo ella.

—No puedo creer que lo hicieras en absoluto —le dijo—. No eres quien pensé.

—No soy la Chica Enferma —murmuró—. Nunca lo fui, en el interior.

—No Chica Enferma en absoluto —dijo Chris, tirando la cara de ella abajo hacia la suya. La besó, con sus labios fríos por el agua. Pero cuando abrió su boca estaba cálida. Shay se relajó en el beso mientras él movía sus manos por la espalda, en su pelo.

Gabriel habría mirado las estrellas, pensó Shay ausentemente.

Abrió sus ojos, sorprendida. Ése no era un pensamiento que necesitaba estar teniendo justo ahora. Éste era un beso real. No como Kaz. Éste fue sólo un experimento con un amigo, un borracho experimento. Ésta era una real sesión de besos con un chico que le había gustado por años. A solas, en la oscuridad, con adrenalina bombeando a través de ellos.

¿Entonces por qué estoy aburrida? se preguntó Shay.

Chris la abrazó con fuerza, sus cuerpos calentándose el uno al otro contra el frío. Él estaba tan lindo como siempre y estaba finalmente actuando de la forma que ella quería… pero simplemente no le importaba. Su cabello rubio era corto y recto bajo sus dedos, no grueso y rizado de la forma que era el pelo de

Gabriel. Sus brazos alrededor de ella eran musculosos, pero no esbeltos como los de Gabriel.

Gabriel. Shay contuvo su respiración, asombrada. No era Chris Briglia lo que quería. Era Gabriel. Gabriel, quien no empezaría a preocuparse por nadar de regreso antes que hubiera incluso tomado en el disfrute de estar en esta isla. Gabriel, quien absolutamente habría mirado las estrellas.

Gabriel, quien no existe.

—Aún digo que nos pudimos haber quedado allí más tiempo —se quejó Chris mientras se abrían camino a lo largo de la rivera, rumbo al muelle—. ¿De qué tenías miedo?

—Creo que está bastante claro que no tengo miedo de nada —le dijo Shay. Sabía que estaba hablando sobre cuán abruptamente ella había dejado de besarlo, pero no tenía ganas de hablar con él. ¿Qué diría? *¿Perdón, pero he decidido que estoy más atraída hacia mi amigo vampiro imaginario de lo que lo estoy por ti?*

—¡Allí están! —El grito de Jacey vino flotando en el viento. Shay había visto el delgado haz de luz de una linterna tan pronto como se había arrastrado a tierra, pero todavía había tomado veinte minutos caminar de regreso río arriba hasta el muelle. Ahora Jacey estaba alumbrando sobre ellos.

Chris levantó su mano para bloquearla.

—¡Apunta esa cosa a otro lugar!

Lai-wan trepó hasta el muelle y corrió hacia ellos, arrojando sus brazos alrededor de Shay.

—Oh mi Dios, ¡estás bien! ¿Lo hiciste? ¿Lo hicieron allí chicos?

—Sí —dijo Shay.

—Pero no tallamos nuestros nombres en la roca. Shay estaba apurada por volver —se quejó Chris.

—Cierto, y además allí no había con qué tallar. La próxima vez recordaré llevar un cuchillo de bolsillo —dijo Shay, molesta.

—No hay *próxima vez.* —Olivia estaba en el muelle por encima de ellos, de brazos cruzados—. Ustedes chicos son afortunados de no estar muertos.

—¿Realmente lo hicieron? —preguntó Brian.

Shay le disparó a Chris una mirada y él finalmente sonrió.

—Lo hicimos —dijo—. ¡Hicimos la isla!

—¡Legendario! —exclamó Lai-wan—. ¿Qué se siente allí?

—El agua está congelada y la corriente es realmente rápida —dijo Shay, dejando que Brian la levantara hasta el muelle desde la orilla del río. Chris subió detrás de ella—. Era aterrador y emocionante, y definitivamente algo para experimentar.

—Y la isla es diminuta. Es como cuatro piedras y un árbol —informó Chris.

—Con una buena vista de las estrellas. ¿Alguno tiene una manta? —Los dientes de Shay castañeaban mientras hablaba. Tenía tan alta la adrenalina desde que saltaron de vuelta en el río que no había notado el frío. Pero ahora la ropa mojada se sentía como si se estuvieran congelando en el lugar, encerrando su cuerpo en hielo.

—Aquí. —Kaz se sacó su chaqueta y se la entregó a ella.

—Podemos ir a sentarnos en mi auto —ofreció Jacey—. Encenderé la calefacción.

—Esto es ridículo —explotó Olivia—. Shay necesita ir a casa y envolverse en almohadillas térmicas o algo. Es probable que tenga hipotermia encima de su enfermedad sanguínea y ustedes chicos están todos actuando como si fuera genial.

—Es genial —insistió Shay, aunque su cabeza estaba empezando a doler. El nado de ida no había sido malo, pero el de vuelta había utilizado claramente mucha de su nueva fuerza sanguínea—. Estoy poniendo esto en la lista de cosas que nunca pensé que pudiera hacer.

—Oh sí, ¿qué dirías? —dijo sarcásticamente Olivia—. ¿Actué como una idiota por arriesgar mi vida?

—¿Por qué siquiera te importa? —gritó Shay—. Joder, déjame tener unos pocos momentos de diversión, ¿lo harás?

—No —dijo Olivia—. Si eso quiere decir ver como te matas, no voy a hacer eso.

—Bien. No mires. —Shay le dio la espalda a su supuesta mejor amiga y le tomó la mano a Jacey—. Creo que deberíamos ir a sentarnos en tu auto.

—Estupendo. —Jacey sacó las llaves de su bolsillo y bajó del muelle. Shay la siguió sin mirar a Olivia. Pero cuando llegaran allí, le pediría a Jacey que la llevara a su casa. Olivia era un bullicio asesino, pero era también una especie de justicia. Shay no podía parar de temblar y si no se calentaba pronto no creía que su cuerpo se recuperaría.

Además, no importaría si ella se fuera ahora. Todavía era una leyenda viviente.

—¿Puedes trepar y colarte por tu ventana? —preguntó Jacey, estudiando la casa de Shay desde su lugar de estacionamiento en la acera—. No hay forma de que tus padres se pierdan el hecho de que estás empapada.

—No puedo —dijo Shay. No podía físicamente, se sentía demasiado débil, demasiado cerca de la Shay normal. Pero Jacey no era Olivia, no conocía los

límites de la fuerza de Shay y no reconocía los signos de debilidad. Quizás Jacey pensaba que eso significaba que no había forma de trepar al segundo piso—. Pero mi padrastro está solo. Mi madre iba a alguna reunión de Vigilancia Vecinal.

—Los hombres nunca notan nada —dijo Jacey con un encogimiento de hombros—. Sólo corre a tu habitación y dile que estás teniendo problemas femeninos.

—Buen plan. —Shay ocultó su sonrisa. Si intentaba la excusa de problemas femeninos con Martin, probablemente él moriría de vergüenza, aunque fuera doctor—. Gracias por traerme.

Para el momento en que entró a la casa, Shay se sentía como un témpano. El frío era tan completo que sus entrañas estaban entumecidas.

—Shay, ¿estás bien? —preguntó Martin, levantando la vista de la revista médica que estaba leyendo.

—¿Cuándo llega mamá a casa? —susurró, abrazándose a sí misma para detener el temblor.

Martin se levantó al instante.

—No por otra media hora. —Tomó el brazo de Shay la dirigió hacia las escaleras, ayudándola a subir a su habitación.

—Me siento débil —masculló ella.

—Iré por los suministros de la intravenosa. Ponte algo seco. —Martin cerró la puerta detrás de él. Shay se tropezó con la cómoda y sacó el sweater más caliente y un par de pantalones. Le tomó una eternidad cambiarse porque sus dedos estaban muy fríos, pero finalmente estuvo seca y el temblor se había detenido. Para cuando Martin volvió, ella se encontraba en la cama debajo del confortable acolchado de flamenco.

—Dos transfusiones en un día es empujar demasiado, Shay —dijo Martin suavemente.

Shay asintió. Era lo más cercano a gritarle que Martin alguna vez llegaría, lo supo. Había una tácita regla entre ellos de que él no podía reprenderla, sermonearla o culparla. Ese era un trabajo que le correspondía a su verdadero padre: mamá.

—No se debe a que los efectos se pasen súper rápido. Yo… los consumí —dijo Shay.

—Entonces, ¿eso entra en mi investigación como una anomalía? —preguntó Martin.

—Sí —prometió Shay. *Traducción: abusé de este nuevo tratamiento y prometo no hacerlo de nuevo.*

Martin limpió una mancha en el dorso de su mano. Shay odiaba tener agujas allí, pero sus brazos parecían alfileteros en este momento. Apretó los dientes, cerró los ojos y esperó por la sangre. Por la visión.

Cuando sienta la fuerza de Gabriel, todo estará bien, pensó. *Olvidaré el frío, y la debilidad, y estaré saludable nuevamente por un tiempo.*

Pero solo hubo oscuridad. Ella podía ver en la oscuridad, Gabriel podía. Pero él no sabía dónde se encontraba, y los diversos gabinetes y mostradores que era capaz de distinguir no le daban ninguna pista de lo que parecía el lugar.

Además, todo lo que podía ver era una parte del techo y una pared. Yacía tumbado sobre la espalda y algo sujetaba su cuerpo hacia abajo. O bien él había sido paralizado. No podía saberlo, no podía sentir ni los brazos ni las piernas. Ni siquiera podía girar la cabeza. Yacía ahí, con el rostro hacia la derecha, sus ojos enfocados en esa única pared. Una puerta en el medio.

Por lo que sabía, había alguien detrás de él, preparándose para atacar, y él no era capaz de verlo. Estaba indefenso, impotente. ¿Fue de esta manera cómo había sido para su familia?

Su pulso era fuerte en sus oídos, como un tambor. Su corazón golpeó con fuerza contra su pecho. Era capaz de sentir tanto. Sintió miedo.

La puerta se abrió, derramando un rayo de luz fría en la habitación. No del sol. Fluorescente. Una figura oscura recortada en la puerta, una pintura en la pared detrás de él. La puesta del sol sobre el agua.

Gabriel sintió una punzada de amarga ira. Puesta de sol. Si tan sólo pudiera moverse, atacaría. Se alimentaría y no se detendría. Él…

—¡Nunca más! —gritó la madre de Shay quitando la aguja de su mano. Shay gritó por el dolor, la respiración apresurándose fuera de ella—. ¿Cómo te atreves a hacer esto sin siquiera decirme?

—Estaba al borde del colapso —replicó Martin.

La mente de Shay estaba tambaleándose debido a la repentina realidad que acababa de estrellarse sobre ella… y la extrañeza de la visión.

—¿Qué está pasando? —susurró ella.

—¡Estos tratamientos están arruinándote! —gritó su madre—. ¿Qué crees que estabas haciendo en ese río, jovencita?

—Olivia me llamó al celular —continuó su madre—. Me dijo lo que hiciste esta noche.

—La voy a matar —exclamó Shay.

—¡Te matarás! —Su madre se dio la vuelta hacia Martin—. Shay nunca habría siquiera pensado arriesgarse de esta manera antes de que empezáramos con los tratamientos.

—¿Qué hiciste? —le preguntó él a Shay—. ¿Saltaste en el agua?

—Ella y un chico estúpido nadaron hasta una isla en medio del Black River —dijo su mamá—. En un desafío.

—Nadie me desafió; yo quise. —Shay intentó sentarse más lejos. Quiso levantarse de la cama, pero sus piernas se sentían pesadas. No había tenido suficiente sangre.

—¿Nadaste ida y vuelta? ¿No hay una corriente muy rápida? —Martin sonó emocionado—. ¿Cuánto tiempo estuviste en el agua? ¿Te hiciste auto-chequeo cuando saliste?

—No —dijo Shay—. Me sentí bien. Fue el frío lo que me molestó y luego empecé a sentirme débil.

—¿Pero fuiste capaz de nadar sin complicaciones? —presionó él.

—¡Ya basta! —gritó su madre—. Esto no es bueno, Martin. Es un comportamiento imprudente y peligroso. La sangre la está volviendo psicótica.

—Dios, mamá, estoy acá. Puedo escucharte. —Shay obligó a sus piernas a salir de la cama y ponerse de pie. Era más fuerte que antes, pero no tan fuerte como acostumbraba luego de una transfusión. Y su cabeza todavía estaba brumosa debido a la visión. Gabriel se había sentido más como Shay que como él mismo. Tan débil…

—Está funcionando, Emma. Es lo primero que ha afectado su deterioro —estaba diciendo Martin—. No hay ninguna coincidencia…

—La agresividad va a matarla más rápido que la enfermedad. —Su mamá estaba llorando mientras le gritaba a Martin. Shay lo veía todo con un extraño zumbido en su cabeza. No podía procesar nada. Era como si todavía estuviera atascada en esa habitación oscura con Gabriel.

—Tenías que esperar algunos efectos secundarios. Con el tiempo, puedo intentar aislar el específico…

—¡Silencio! —dijo Shay, cortando a Martin en la mitad de la oración—. ¡Ambos! Todavía estoy muy débil. Necesito terminar la transfusión.

—No. —El tono de su madre fue más resuelto del que Shay nunca escuchó—. No más de esa sangre. Te está convirtiendo en una extraña.

—Me está dejando ser quien quiero —dijo Shay.

—Te he conocido desde que naciste. No eres una chica que toma riesgos innecesarios y se pone en peligro —contestó su mamá.

—Entonces no me conoces como piensas —espetó Shay.

—Ni una más de esas transfusiones, eso es todo —insistió su madre, mirando a Martin tanto como a Shay.

—Entonces supongo que tendré que morir —dijo Shay.

Su madre se acercó a ella, pero Shay la esquivó. En el baño estaría sola. Podía cerrar dejándolos fuera. Se fue airada al interior y cerró la puerta. Cuando ella apretó el botón para trabar la puerta, Martin y su mamá estaban peleando nuevamente.

—… Más tiempo, o esto ha sido todo para nada —estaba diciendo Martin.

—La sangre está contaminada. La está convirtiendo…

Shay encendió el grifo de la tina, ahogando sus voces. Se hundió en el piso de baldosas frías y bajó la cabeza a sus manos, intentando pensar. Necesitaba sangre. Ellos podrían pelear toda la noche, pero a ella no le importaba. Si tan solo pudiera hacerlos salir de su habitación, podría darse ella misma una transfusión. Sabía cómo, tras todos esos años.

—Martin no dejará el equipo en mi habitación —murmuró—. Y aunque lo hiciera, mamá definitivamente lo notaría y lo sacaría de allí.

Pero sin sangre, incluso la fuerza que tenía ahora desaparecería. Ella se sentía muy bien, pero no era suficiente. No era a lo que se había acostumbrado en estas últimas dos semanas. Y esa visión… Gabriel tan temeroso… tenía que ver el resto. ¿Qué le estaba pasando a él? Era la primera vez que lo había visto tan débil. Como ella.

¿Qué significaba? Sus visiones por lo general eran inspiradoras, interesantes. No de temor. No sombrías. ¿Qué significaba esto que era? Si Gabriel estaba débil, ¿significaba eso que su mente había aceptado su enfermedad? ¿Ahora estaba muriendo?

Shay se alzó de golpe hasta el fregadero y se miró en el espejo. Su largo cabello oscuro era un desastre debido al agua. Sus ojos azul claro parecían casi de azul eléctrico contra su pálida piel. Pero no estaba mareada y falta de aire, y sus manos no estaban temblando. Estaba mejor de lo que se había sentido en la vida. Y si su mamá se salía con la suya, esta sería la última vez que Shay se sentiría así.

No es suficiente.

Amaría la fuerza de los nuevos tratamientos. No estaba lista para dejar ir esa sensación. No estaba lista para morir. Todavía no.

Quizás si termino de ver la visión, Gabriel se pondría mejor, pensó*. Quizás esa persona estaba llegando a ayudarlo*. Recordó la figura oscura en la puerta, la pintura de la puesta de sol detrás de él.

—La puesta del sol sobre el agua. —Shay sacudió la cabeza. Parecía tan injusto, casi como si estuviera allí para recordarle a Gabriel la última puesta de sol. No le extrañaba que estuviera enojado. Pero había algo más. Frunció el ceño ante el pensamiento. La pintura la había visto antes. Visto muchas veces, de hecho. Era una acuarela que colgaba en la oficina de Martin.

La comprensión la sorprendió.

—Gracias subconsciente —susurró Shay. Las visiones nunca le habían dado un claro mensaje antes, pero no había ninguna duda al respecto ahora. La oficina de Martin... donde mantenía sus suministros médicos. Donde guardaba la sangre con que solía tratarla. Nunca tenía más que unas cuantas bolsas en la casa y a veces Martin iba a la oficina antes de una transfusión para conseguir más.

Si su mamá no dejaba a Martin darle una transfusión aquí, iría al laboratorio y se la daría ella misma.

Shay cerró la canilla. Afuera de la puerta estaba todo en silencio. Su mamá y Martin debieron haber mudado su discusión abajo, probablemente pensando que Shay estaba tomando un baño para calmarse.

Abrió lentamente la puerta del baño y entró en puntas de pie a su habitación vacía, cerrando la puerta del baño tras ella. Ellos no volverían a verificarla en diez minutos más o menos. Tiempo suficiente para salir.

Martin siempre dejaba las llaves de su auto en el encendido una vez que estaba en casa, así no las perdería. Volvía a su madre loca, ya que su mamá era de la clase de persona que revisa cada puerta y cada ventana. Pero Martin pensaba que si alguien irrumpía en la casa, probablemente no iba tras el auto. Y la casa tenía alarma, después de todo.

Probablemente nunca pensó que sería alguien de adentro de la casa quien tomaría el auto.

Shay empujó la ventana hasta abrirla, lentamente, estremeciéndose ante cada chirrido y golpe que hacía. Pero a juzgar por el sonido de las voces provenientes de abajo, se imaginó que nadie escucharía un par de ruidos extraños.

Salir con cuidado sobre el alero fue simple. Superar la chimenea de ladrillo era un poco más difícil. El techo se inclinaba en un ángulo pronunciado allí y una o dos veces sus pies se resbalaron, amenazando con enviarla volando sobre el borde. Pero finalmente fue capaz de agarrarse a los ladrillos. Se movió lentamente alrededor, abrazando la chimenea para apoyarse. En el costado alejado había una rama que crecía a treinta centímetros del techo.

La rama del árbol estaba casi desnuda ahora, sólo unas cuantas hojas amarillentas colgaban de ella. Shay cerró los ojos por un segundo, tratando de calmar sus nervios. Tendría que dejarse ir de la chimenea y luego agarrar la rama, y si la perdía probablemente caería.

Es eso o renunciar a volverte a sentir saludable otra vez, pensó.

Shay se estiró más cerca del borde del techo, colgando de la chimenea como soporte. *Gabriel simplemente se soltó de aquella torre de roca,* pensó, recordando su visión. Sin miedo. Solo se dejó ir y saltó.

Estiró su mano derecha… más cerca a la rama… más cerca… y finamente se soltó de la chimenea y saltó.

Un breve segundo de caer a través del aire y entonces estaba a horcajadas en la rama del árbol. Rápidamente se agarró con su otra mano, entonces levantó sus piernas y descendió de la rama. ¿La gente realmente hacía cosas como ésta todo el tiempo? Sus amigos hablaban acerca de escaparse de sus casas siempre que eran castigados. Ésta parecía una forma demasiado problemática.

Cuando Gabriel lo hizo, fue divertido. Pero para Shay había sido un poco aterrador.

Se permitió sólo unos segundos para tomar aliento, entonces osciló a lo largo de la rama hacia el tronco del árbol y descendió. Tuvo que agacharse bajo la ventana de la sala de estar de modo que su mamá y Martin no pudieran verla; no es que estuvieran mirando. Por lo que podía decir, estaban teniendo la discusión más grande de todo su matrimonio. Lo hizo hasta el garaje, presionando el código de la alarma en el teclado, y abrió la puerta.

Dentro, el Range Rover de Martin. Shay rápidamente ajustó el asiento y los espejos, y echó un vistazo a la palanca de cambios y las pantallas. Sabía cómo conducir, porque había insistido en tomar las clases de manejo con Olivia. Era una de esas cosas que supuestamente las chicas enfermas simplemente optaban por no optar, como el gimnasio o la vida amorosa. Pero Shay no podía conformarse con ser la única que no supiera cuál pedal era el del gas y cuál el freno. Incluso había obtenido su permiso de conducir, porque sólo se tomaba el examen escrito para ese.

Pero nunca su licencia, porque siempre había estado demasiado débil para tomar el examen. Nunca estaría segura de que repentinamente se desmayara mientras conducía con el examinador.

Estaba rompiendo las reglas todo el tiempo estos días; sin embargo, si tenía que romper la ley por conducir, ¿cuál era la diferencia?

—Okey, reversa. —Shay encendió el auto y puso los cambios tan rápido como pudo. Su mamá y Martin debieron oír el motor y quería haberse ido antes de que vinieran corriendo hacia afuera. Presionó el gas y arrancó hacia atrás por el camino de entrada, arreglándoselas para detenerse en la calle con un patinazo. Con su corazón palpitando fuertemente, Shay miró hacia atrás de la casa. No había nadie allí.

No es el inicio más suave, pensó. *Debe ser porque sólo me las arreglé para tomar la mitad de las clases de manejo.* Puso el cambio en MANEJAR y presionó el gas más suavemente esta vez. El auto se sintió tan pesado como había esperado. De alguna forma pensó que sería más como un videojuego.

La oficina de Martin estaba cerca de cinco millas de distancia, pero podía llegar ahí sin ir por ninguna avenida principal. Tomaría bastante tiempo, pero la última cosa que necesitaba era estar en algún accidente justo ahora.

Después de un momento, Shay se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Se rió entre dientes. Nadar hacia la isla, salir a escondidas, robar el auto de Martin… era mucho vivir para un día.

Quizás su madre estaba en lo cierto acerca de que todo esto estaba fuera de su carácter, pero sólo porque tenía un montón de vida por vivir. Usualmente no sería una ladrona de autos. Pero necesitaba la sangre. Podía disculparse una vez que se sintiera fuerte. Y quizás debía de dejar de tomar tantas oportunidades para probarle a su mamá que esos tratamientos no la estaban volviendo loca.

Quizás entonces podía mantenerse tomando más transfusiones. Más fuerza. Más visiones de Gabriel.

Shay giró el auto en el estacionamiento de la oficina de Martin. Era sólo un edificio bajo de ladrillo con una yarda alrededor. Solía ser sólo un centro de pruebas de diagnóstico o algo así. Era demasiado grande para Martin, pero había comprado todo el edificio de todas formas. Auto grande, casa grande, oficina grande.

El lugar era oscuro, apagó el auto y exhaló un suspiro de alivio. Sus manos estaban agarrando el volante como garras, amasando el cuero del mismo modo que su mamá lo hacía.

— Estoy bien. El auto está bien —dijo en voz alta, temblando—. Martin no va a asesinarme si devuelvo el auto en una pieza.

Shay forzó sus manos a soltar el timón y salió del auto. Ni siquiera se dio cuenta, hasta que llegó a la puerta de la oficina, que el lugar estaba cerrado. Tenía el anillo de llaves de Martin, pero eso no ayudaría. La puerta tenía un bloqueo electrónico que necesitaba una clave de acceso.

Oh, mi Dios, soy una idiota. Pensó Shay, mirando fijamente la puerta de vidrio. Podía ver la sala de espera dentro y las puertas de los laboratorios tan cerca. La sangre que necesitaba estaba justo ahí y no podía alcanzarla.

Quizás podía probar con la clave. ¿El nombre de su madre? ¿Su propio nombre? Martin actuaba todo humilde, pero sabía que tenía un ego saludable. Tenía cuartos enteros llenos de premios para probarlo y nadie tenía que ir a *Oprah* a menos que tuvieran una opinión bastante alta de ellos mismos.

Tentativamente se estiró y tipeó MARTIN en el tablero. Destelló en rojo, dándole un desaprobador bip, y quedándose bloqueado

¿Qué más? ¿EMMA? ¿SHAY? La idea de eso le pareció absurda. Martin había reunido a su familia, se había casado con su madre… pero no eran lo suficientemente importantes en su vida para ser su clave de acceso. Shay bajó su mano. No sabía cómo, pero estaba absolutamente segura de que sus nombres no funcionarían.

—¿PREMIO NOBEL? —susurró. Eso tenía más sentido. Si incluso tuviera que elegir entre su familia y la ciencia, la ciencia ganaría—. ¿CURA DEL CÁNCER? ¿LA CURA DE SHAY?

Desesperadamente tipeó CURA y obtuvo el mismo bip rojo.

El bloqueo probablemente le dejaba algunos intentos más antes de activar una alarma.

Al diablo, pensó Shay. No había llegado tan lejos por nada. Regresó al Range Rover y cogió una llanta de hierro. No estaba en el pico después de su transfusión, pero estaba lo suficientemente fuerte para aplastar a través de esta puerta. Podía usar toda la fuerza que tenía. Más sangre estaba esperando por ella adentro.

Shay levantó la llanta de hierro alto y la chocó contra el vidrio; otra y otra vez, y otra vez hasta que hizo un agujero lo suficientemente grande para que se deslizara a través de él. Gracias a Dios este lugar estaba tan alejado de los otros edificios y cualquier otra persona que pudiera oírla.

Estaba oscuro en la sala de espera, la única luz venía del signo de SALIDA sobre la puerta. Shay se estiró por el interruptor de la luz, pero se detuvo antes de encenderlo. Era tarde en la noche. No quería atraer cualquier atención sobre sí misma o sobre la puerta destrozada. Además, podía ver lo suficientemente bien.

La sangre estará en el congelador, pensó. Recordando un cuarto que estaba lleno básicamente con refrigeradores. Era uno de los cuartos más pequeños, no el gran laboratorio. Shay sabía que la primera puerta a lo largo del vestíbulo era la oficina personal de Martin. Aparte de eso, no estaba segura. No había estado aquí desde hace mucho y nunca había prestado mucha atención. No tenía interés en oír los detalles de su investigación. Ya sabía más de lo que nunca había querido acerca de la sangre y las muchas cosas que podían ir mal con ella.

La única cosa que quería saber era cómo tomar esa nueva sangre en sus venas.

Había dos laboratorios, que recordara. Además del cuarto de congelación y el cuarto de exámenes. Quizás otro cuarto de suministros. Se quedó parada en el vestíbulo por un momento, tratando de recordar cuál era el cuarto de congelamiento. La sangre debía estar ahí, pero los suplementos de IV debían estar en algún otro lugar. Martin ni siquiera los guardaría en el cuarto de exámenes otra vez, desde que nunca veía pacientes. Debían estar en algún armario de suplementos. Shay echó un vistazo alrededor mientras pensaba. Sus ojos se estaban ajustando a la oscuridad aquí y la luz que venía de las farolas de la calle brillaba a través de las estrechas ventanas que se alineaban en lo alto del vestíbulo. Las acuarelas colgaban entre las puertas.

Los ojos de Shay automáticamente fueron a la pintura del ocaso. Ocaso sobre el agua. Los colores eran invisibles en la oscuridad, pero podía ver las líneas que formaban las nubes. Normalmente eran rosas y naranjas, pero ahora sólo se veían como sombras de gris.

Una extraña sensación de hormigueo crepitó hacia arriba por la parte trasera de su cuello, como si alguien estuviera mirándola. Caminó más cerca de la pintura. Gabriel podía ver los colores en la noche, lo sabía de sus visiones. Había visto



ésta en color, incluso creía que estaba en la oscuridad. Lo había visto a través del umbral…

El cuerpo entero de Shay se sintió adormecido, incluso antes de girarse.

Se movió lentamente, casi asustada de ver la puerta justo detrás de ella. Junto a la pintura. Justo donde la puerta estaba en su visión de Gabriel.

El corazón de Shay golpeó contra sus costillas, pero difícilmente lo notó. Fuerza, debilidad… ni siquiera estaba segura de lo que sentía. En su mayoría sólo miedo.

Su mano alcanzó el mango de la puerta y la miró como si ni siquiera lo controlara. Estaba bloqueada, por supuesto. Pero no había un teclado. Había un lector para una tarjeta de seguridad. Y en el llavero de Martin no había estado…

Shay sacó la tarjeta llave del bolsillo. Una pequeña tarjeta de plástico, cerca del tamaño de esas de programas de bonos de la tienda de comestibles colgando de ella. Pasó la tarjeta y el bloqueo hizo clic. Shay agarró el mango con dedos temblorosos y abrió la puerta de un tirón.

La oscuridad adentro era más profunda que en el pasillo. No había ventanas que dejaran entrar algo de luz. Pero Shay podía ver la mesa. Era una mesa de examen común, pero había algo equivocado en ella.

Cadenas.

Su cerebro no podía procesar eso. Las cadenas se extendían desde la mesa de examen hasta los aros de metal en el suelo. ¿Para qué necesitaría Martin cadenas en la mesa?

La bilis se elevó a la garganta de Shay, y repentinamente se dio cuenta de lo difícil y rápido que su corazón latía. El vello en sus brazos se levantó mientras tanteaba por el interruptor de la luz y lo encendía.

Las luces del techo volvieron a la vida, esparciendo un brillo blanco y frío sobre el cuarto.

Sobre la mesa.

Y sobre el hombre que yacía ahí, encadenado en el lugar.

Shay no quería mirar. No quería saber. Pero realmente ya lo sabía.

Con pasos vacilantes, se movió más cerca, lo suficientemente cerca para verlo.

Cabello grueso, oscuro y rizado. La piel de bronce rojizo. Ojos tan oscuros como su cabello, alguna clase de color castaño… mirando justo detrás de ella.

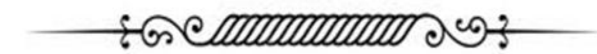
—Gabriel —susurró Shay.

Parte dos

Realidad



Capítulo 7



Traducción SOS por Shadowy, Corazón de Tinta y Aaris

Corregido por CrisChocoLover

El olor era nuevo. No es la esencia del hombre humano o la mujer que había estado allí el día que Gabriel fue capturado. Movió bruscamente la cabeza hacia la puerta. Demasiado rápido. El movimiento envió una ola de vértigo a través de él. Estaba debilitándose más cada día. El hombre le trajo sangre, pero no la suficiente para compensar toda la sangre que drenó de su cuerpo.

Gabriel parpadeó, y la figura en la puerta se hizo más clara. Una chica humana. Joven. Una expresión de horror en su rostro. ¿Qué otra cosa podría sentir un humano al verle?

En la silenciosa habitación podía oír el latido del corazón de la chica, tan rápido como el de un conejo. Esperaba que se girara y echara el cerrojo, pero en vez de eso, dio unos pasos hacia él, vaciló pero luego se movió hasta el borde de la mesa de exámenes en la que se encontraba encadenado. Miró fijamente hacia abajo, a él. Sus ojos azules estaban muy abiertos.

—Gabriel.

El cerebro de Gabriel se sentía tan débil como su cuerpo. Ella no debería saber su nombre, ¿debería hacerlo? No, era imposible. No se lo había dicho a sus captores; ni siquiera en los primeros e-mails que lo habían atraído a ellos. Así que esta humana no debería saberlo tampoco.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Con dedos temblorosos, la chica humana tocó la cadena envuelta alrededor de su pecho— ¿Por qué... por qué estás encadenado?

Parecía como si hubiera compasión en la pregunta, en su tono, pero eso era imposible. Tenía que ser algún tipo de táctica. ¿Era su olor parte de ello? Tomó una respiración profunda, llenando sus pulmones con él. Era como si el olor de la chica hubiera sido diseñado para invitarlo. Era casi enloquecedor, casi doloroso en su perfección.

Ella sacudió la cabeza.



—Siento como si me hubiera caído en la madriguera del conejo. ¿Eres real?[3]

Gabriel se sintió mareado por su cercanía. La irresistible esencia de ella actuaba como una droga en sus sentidos debilitados. Algo en el olor era tan familiar…

—Eres real y estás en la oficina de Martin. —Su tono de voz había cambiado. Se mordió el labio, pensando.

Gabriel miró fijamente su boca, fascinado por su juventud, el rubor de la sangre añadiéndoles un perfecto color rosa.

—¿Por qué? ¿Está tratándote? ¿Estás enfermo?

Martin. Ese debe ser el nombre de su captor, el hombre humano.

—Te vi aquí. Estabas paralizado, no podías mover… —Su mirada se centró en las gruesas cadenas por un momento. Entonces le miró directamente con horror en sus ojos—. Estabas asustado.

Gabriel no podía entender sus palabras. ¿Cómo lo había visto? ¿Había una cámara en algún lugar de esta habitación, grabando esta tortura? ¿Ese Martin tenía personas observando sus experimentos?

La chica se dio la vuelta, mirando frenéticamente alrededor de la habitación, a los suministro IV (los soportes, las bolsas, el tubo). De repente, ella tomó la mano de Gabriel, encadenada a su lado. Sus dedos, fríos y delgados, se detuvieron en la intravenosa que el hombre le había puesto. Era más fácil recolectar su sangre de esa manera.

—No… —su voz se apagó, sus ojos azules nublándose con preocupación y confusión.

Dios, la quería. Estaba tan débil, y el olor de su sangre era tan fuerte. Gabriel tomo otra respiración y olió un nuevo olor mezclado con el de ella.

El hombre. Martin.

Estaba cerca, muy cerca del edificio. ¿Había traído él a esta chica? ¿Qué tipo de juego estaban jugando con él? Gabriel estudió su cara (barbilla puntiaguda, ojos de un claro, azul pálido; labios que parecían tan suaves como pétalos de rosa) intentando entender lo que estaba sucediendo. Vio dolor, ira y miedo en su expresión, pero no engaño.

Gabriel oyó la puerta principal abrirse, deslizándose sobre lo que sonaba como fragmentos de vidrio. La chica también lo oyó y se sobresaltó. El olor de su miedo se intensificó. Había tenido miedo de él, pero ahora estaba aterrada. ¿Tenía miedo de su captor? Si ella era…

—Ayúdame. —Su voz salió irregular por falta de uso—. Por favor —rogó él, aunque iba en contra de todo su ser pedir ayuda a un humano.

---

[3] Hace referencia a Alicia en el país de las Maravillas.

La chica buscó a tientas con el anillo de llaves en su mano. Encontró la llave más pequeña y la introdujo en la cerradura que contenía las cadenas apretadas a su alrededor. Funcionó. Gabriel luchó para empujar las cadenas lejos. Estaba tan débil. El hombre estaba tan cerca.

La chica agarró uno de los extremos sueltos de la cadena y empezó a desenvolverlo. Cuando sus brazos y manos estuvieron libres, Gabriel fue capaz de deslizarse él mismo arriba sobre la mesa, liberando sus piernas de la cadena. Se puso en pie. El suelo giró bajo sus pies y sus rodillas se doblaron. Por un momento, Gabriel pensó que caería o se desmayaría y toda oportunidad de escapar estaría perdida, pero la chica cogió su brazo y lo estabilizó.

Tenía que salir antes de que Martin lo alcanzara. Gabriel no estaba lo suficientemente fuerte para luchar, incluso contra un humano ahora mismo. Se tambaleó hacia la puerta y la abrió de golpe. Martin estaba en el extremo de la sala. Sostenía un cuchillo en su mano.

No había ninguna ventana en la habitación donde había estado cautivo. No había ninguna puerta en el otro extremo de la sala. Las ventanas en la parte superior del pasillo eran demasiado pequeñas para pasar a través de ellas.

No hay salida.

Martín se acercó, cauteloso, pero listo para usar el cuchillo.

—Martín, ¿qué estás haciendo? —exclamó la chica. Gabriel no se había dado cuenta de que estaba siguiéndole. Estaba a su lado, su mano una pulgada lejos de su brazo como si pensara que podría caer.

—Shay, aléjate de él —dijo Martin en esa voz fría, distante suya—. No sabes lo que es.

¿Así que su captor quería proteger a la chica? Eso significaba que él se preocupaba por ella, que significaba algo para él. Que no le haría daño.

Gabriel cogió a la chica por el brazo y tiró de ella hacia delante de él.

—Voy a matarla si no sueltas el cuchillo y me dejas salir de aquí. —Martin se detuvo dónde estaba, pero no soltó el cuchillo—. Estoy débil, puedes verlo. Pero tengo fuerza suficiente para romperle el cuello —gruñó Gabriel.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de la chica, y el olor de su miedo se intensificó. Gabriel trató de ignorarlo, tirándola con más fuerza contra él.

—Martin, haz lo que pide —exclamó—. Por favor.

El hombre avanzó otro paso, levantando el cuchillo. Gabriel jadeó o tal vez fue la chica. Era difícil saber dónde terminaba uno y empezaba el otro, con ella tan cerca de él y su olor en su cabeza. Estaba tan débil…

—Martin, detente —gimió la chica.



Pero él no iba a detenerse. Gabriel podía decirlo por la mirada fría en los ojos del hombre. A Martin no le importaba si la chica salía herida. Él estaba concentrado en Gabriel.

—¡Martin! —Esa fue la mujer, gritando cuando irrumpió por la puerta principal destrozada—. Oh, Dios mío. Suelta el cuchillo. ¡Haz lo que dice!

—Te dije que esperaras en el coche —gritó el hombre.

—Oí a Shay —contestó la mujer, sus ojos desorbitados. Su miedo era tan fuerte que su olor dominaba todos lo demás. Martin podría no preocuparse de la chica, pero la mujer sí lo hacía.

Gabriel apretó con más fuerza, clavando sus uñas en la carne del brazo de la chica hasta que esta gritó. *Es necesario*, se dijo a sí mismo.

—¡Martin! —gritó la mujer de nuevo.

Con un gruñido, el hombre dejó caer el cuchillo.

—Lánzalo lejos —ordenó Gabriel.

El hombre obedeció, enviando el cuchillo que se deslizó por el pasillo.

—Ahora de cara a la pared, y colocar las manos en ella.

El hombre obedeció de nuevo, disparando una mirada de furia por encima del hombro.

—¡Tú también! —dijo Gabriel a la mujer. Ella de inmediato dio la vuelta y colocó las manos en la pared, lágrimas corriendo por sus mejillas—. Bien. Quédense ahí. Justo ahí —repitió cuando empezó a caminar por el pasillo.

Atrajo a la chica junto a él por seguridad. Ella no se resistió. Le permitió que la llevara más allá del hombre y la mujer sin decir una palabra de protesta.

—Shay... —lloró la mujer.

Gabriel tiró a su rehén a través del cristal roto de la puerta. Cuando el aire frío de la noche lo golpeó, estaba abrumado por su frescura y por los cientos de aromas que lo golpearon. Su prisión había estado con temperatura controlada y antiséptica. Pero él no tenía tiempo para saborear ni siquiera un aliento.

—¿Cuál es tu coche? —Exigió.

—El Range Rover —respondió la chica.

Gabriel arrancó las llaves de sus dedos. Apretó el botón para liberar las puertas mientras la empujaba hacia el vehículo. La chica abrió la puerta antes que él. Él medio la ayudó, medio la empujó dentro, para luego trepar sobre ella y llegar así al asiento del conductor. Le llevó dos intentos meter la llave en el contacto.

Tanto tiempo gastado casi inmóvil en esa mesa había destruido su coordinación. Cuando el motor ronroneó, Gabriel aceleró a través del

estacionamiento. Hizo una pausa por un segundo en la entrada, y luego salió a la calle desierta. El viaje era tan suave, que era casi como volar. ¡Era libre!

—¡Lo hicimos! —exclamó la chica, su voz llena de alegría y triunfo.

Era como si sus emociones fueran compatibles con las suyas, pero eso era imposible.

—Gracias a Dios, mi madre entró en ese momento. No pensé que Martín fuera a dar marcha atrás. Y él es grande. Siempre olvido cuán grande es mi padrastro, porque normalmente es como un tipo todo-cerebro —contuvo una respiración profunda—. Lo siento. Hablo demasiado. Solo es que estoy tan aliviada.

Así que la mujer era su madre y el hombre su padrastro. Pero esta chica no había sido consciente que Gabriel estaba preso. Su conmoción cuando lo vio había sido real, a pesar de que todavía no entendía cómo sabía su nombre.

Gabriel oyó más tráfico hacia el oeste, e instintivamente, tomó el giro que les llevaría hacia él. Él quería un lugar donde esconderse y velocidad. La autopista era su mejor opción.

—Sólo quédate tranquila y haz lo que digo —le ordenó a la chica. Shay, así es como ellos la habían llamado. Pero él no tenía necesidad de saber su nombre. Ella era una pieza de su plan de escape, nada más—. Si lo haces, no saldrás herida.

—¿No saldré *herida*? —repitió con incredulidad.

—No soy como tu gente. No hago daño simplemente porque puedo —escupió Gabriel—. Voy a dejarte ir cuando no te necesite más. Ilesa, si sigues mis órdenes.

—Soy la que te ayudó a escapar. Te desencadené y te detuve antes de que aterrizaras en tu culo cuando ni siquiera podías mantenerte en pie. ¿Y me estás amenazando? —exclamó la muchacha.

Gabriel no le hizo caso. Era cierto que le había liberado, pero no había tenido la oportunidad de averiguar lo que estaba pasando. Y no importaba. Era un ser humano. No podía confiar en ella.

El sonido de la ventana del pasajero deslizándose le sacó de sus pensamientos. Antes de que pudiera hacer que su cuerpo debilitado reaccionara, ella se asomó por la ventana y comenzó a gritar para pedir ayuda. Se movían demasiado rápido para que alguien la oyera, pero si alguien llegaba a ver su cara, sabría que estaba en problemas. Gabriel no podía dejar que eso sucediera. La agarró del brazo y tiró de ella hacia el interior, a continuación, utilizó los controles del conductor para subir la ventana.

—¿Qué te he dicho? —exigió.

—¡Vete al diablo! Acabo de salvarte la vida —chasqueó la chica, los ojos brillantes de furia— ¿Y ahora esperas que te tenga miedo?

No podía con esto. Necesitaba someterla. Ahora.

Gabriel movió la mano de su brazo a su cuello y apretó, no muy fuerte, pero sí lo suficiente como para garantizar que tenía su atención.

—Si supieras lo que soy, estarías asustada...

—Eres un vampiro —dijo ahogándose al final, interrumpiéndolo—. Y un idiota.

Gabriel presionó más fuerte su garganta, mayormente fuera de shock, pero callándola.

Sabía su nombre, sabía lo que era... y no estaba aterrorizada. Incluso el hombre, Martin, había tenido miedo de él hasta que tuvo las cadenas.

¿Quién era esta chica? ¿Cómo podía saber tanto acerca de él, pero sin haberse involucrado en su cautiverio?

Ella comenzó a retorcerse, tratando de liberarse de la presión de su brazo. Gabriel desvió el coche hacia un lado de la carretera, patinando a una parada brusca en el arcén oscuro. Lo tiró en parking y se volvió hacia la chica, liberando los dientes verdaderos, lo que les permitía extenderse más allá de los humanos que los mantenían ocultos.

Colmillos. Así era como los seres humanos los llamaban. Colmillos, como los dientes de los animales. Los carnívoros. Devoradores de hombres.

Ella ya no se movía. Se quedó quieta, su cuerpo temblaba mientras miraba sus dientes. Por fin, tenía miedo. Podía olerlo. Bien.

—Soy una sanguijuela, un malvado, un demonio —dijo, lanzando algunas de las palabras que había oído aquella terrible noche en la cueva de dormir de la familia, hace mucho tiempo. Las palabras que los seres humanos utilizaron a medida que desató un infierno mayor de lo que era capaz de hacer—. No dudaría en matarte si no me obedeces.

Ella no respondió. Sólo dio apartó sus ojos lejos de él.

—¿Entendido? —Aumentó la presión sobre su garganta sólo una fracción.

Ella asintió con la cabeza.

Gabriel esperó unos segundos, y luego devolvió su mano al volante, liberándola. Regresó a la carretera, y la chica se quedó en silencio en la oscuridad. Su miedo agudizó el olor embriagador tan familiar de su sangre. Llenando el coche, llenándolo y volviéndolo loco. Lo único que quería era alimentarse de ella, beber y beber, y beber hasta que estuviera finalmente satisfecho.

Sería lo mismo con cualquier ser humano, se dijo Gabriel. *Huele tan atrayente porque he estado muerto de hambre.* Se prometió que iba a tener su sangre una vez que fuera seguro para detenerse. Necesitaba su fuerza y poder, y esta chica le devolvería lo que le había sido robado.

Pero primero tenía que irse, lo más lejos posible de las personas que lo habían mantenido cautivo. Pisó el acelerador, acelerando cuando la rampa de la carretera apareció frente a los faros. Occidente. Sur. Cualquiera que fuera el camino que lo llevará en la dirección de Ernst y el resto de su familia.

Gabriel alcanzó la vía en su mano y la sacó de su vena. La sangre salía de la herida, pero no le importaba. Curaría tan pronto como recuperara sus fuerzas. Tan pronto como se alimentara.

Su hambre de la niña aumentaba mientras conducían. Dos horas más tarde, cuando el camino comenzó ondularse delante de sus ojos, se vio obligado a admitir que estaba demasiado débil para continuar. Había querido conducir hasta que el amanecer lo obligara a detenerse. Quería tantos kilómetros como fuera posible entre él y ese cuarto con cadenas. Pero tuvo que detenerse. Tenía que descansar. Por encima de todo, tenía que alimentarse.

Miró a la chica humana. Todavía se mantenía apartada de él, tan cerca de su lado del coche como podía. Cada músculo de su cuerpo estaba rígido, como si estuviera a punto de atacar. *O luchar por su vida*. La idea vino espontáneamente a la mente de Gabriel. Lo apartó. Él temió por su vida todos los días de su encarcelamiento. ¿Por qué no habría de sufrir lo mismo?

Gabriel tomó la siguiente salida que tenía el letrero de un motel. Era justo el tipo de lugar que había esperado. En ruinas. Con pocos invitados. Y el empleado viendo la televisión en la oficina. Aparcó en la parte posterior del lote, contra una valla metálica en la oscuridad de una bombilla fundida en una farola.

—Vamos —dijo a la muchacha—. En silencio —Ella no respondió. Ni siquiera se volvió hacia él— ¿Me has oído? —preguntó, su voz aguda por la amenaza.

La niña le hizo frente y le devolvió la mirada con una franqueza que lo asustó. Entonces se echó a reír.

—No lo entiendes. No importa lo que me hagas —anunció—. Todo el mundo muere.

¿No importa? ¿Qué se suponía que significaba eso?

—No, no todo el mundo —dijo, aunque la vida eterna no era una garantía incluso para él—. Y la muerte puede venir con o sin sufrimiento. —Ella palideció un poco, lo que hizo de los ángulos de su cara aún más sorprendentes—. ¿Ahora, vamos?

—Lo que quieras. Ese es el trato, ¿no? —dijo.

Como respuesta, él salió de la Range Rover y se dirigió a su puerta. Ella salió a toda prisa antes de que él la abriera, pero no intentó correr. Envolvió su brazo alrededor de su cintura y tiró con fuerza contra él mientras que la acompañó hasta la puerta más alejada de la oficina del motel. Escuchó durante un momento. La habitación estaba vacía.

Gabriel forzó la cerradura, la acción tomó mucha más fuerza de lo que había previsto. Se dio cuenta de que a pesar de que había estado manteniendo cerca de la niña para que no tratara de escapar, ella también le estaba ayudando a apoyarse.

Se las arregló para tirar de ella dentro de la habitación y cerró la puerta detrás de ellos. Pero ahora tenía que alimentarse. No sabía cuánto tiempo sería capaz de mantener la conciencia. Tomó a la muchacha por los hombros y la movió frente a él, y luego le apartó el pelo largo y grueso lejos de su cuello, su respiración entrecortada. No había querido a nadie así de mal desde la primera vez.

¿Sería capaz de parar?

—No voy a beber demasiado —prometió, tanto para su propio beneficio como para el de ella. Liberó sus colmillos, doblando la suave piel de su cuello.

Shay dio un gemido agudo de pánico. Su cuerpo comenzó a temblar, cuando los dientes penetraron su garganta, después se relajó en sus brazos.

El calor de su sangre golpeó su boca y gimió. Había pasado tanto tiempo. Sacó un buen trago. El calor se volvió hacia el fuego, al ácido, devorando la carne delicada dentro de su garganta. Sus venas repentinamente se sentían como si fragmentos de vidrio imposiblemente largos estuvieran disparando a través de ellas.

Vampiro. Sangre de vampiro.

Ya era demasiado tarde. Él había tomado la sangre, tragándola. Demasiada de ella.

La agonía aliviada cuando el entumecimiento invadió el cuerpo de Gabriel, pasando desde sus pies, sus piernas. Alejó su boca de la muchacha, pero la sensación era de adormecimiento continuó. Gabriel lanzó un grito de horror antes de que la parálisis se hiciera cargo de sus cuerdas vocales.

Se desplomó sobre la alfombra marrón manchada. A través de su visión borrosa, vio a la chica inclinarse en el suelo. Se agachó y tomó las llaves de su bolsillo. Gabriel no pudo hacer nada para detenerla cuando salió corriendo de la habitación, dejándolo morir.

Los dedos de Shay temblaban mientras deslizaba la llave. Tan pronto como oyó el zumbido del coche volviendo a la vida, golpeó su pie en el acelerador. Tenía que salir de aquí. El motor aceleró, pero el Rover no se movió.

En el aparcamiento. *Todavía* estaba en el aparcamiento, se dio cuenta. Hizo en una respiración profunda y trémula. *No voy a llegar muy lejos si no me tranquilizo.*

Esforzándose para concentrarse, puso el coche en marcha y poco a poco se alejó del motel. Se puso de nuevo en la carretera, por la primera entrada que

vio. No se preocupó sobre si iba hacia el norte, sur, este u oeste en este momento. Se preocupaba por alejarse.

Un claxon sonó, y Shay se dio cuenta de que no había movido el espejo retrovisor cuando se había puesto detrás del volante. Se había cortado por completo frente a alguien*. Intentando salvar mí vida, amigo*, pensó mientras pasaba, moviéndose de un tirón fuera de ella.

Levantó la mano para fijar el espejo, y el Range Rover empezó a deslizarse a través de la línea en el carril de al lado. No dominaba el conducir con una sola mano. No dominaba en absoluto. ¿Cuál era el punto de escapar si iba a morir en un choque en cadena… un choque en cadena causada por ella misma cinco minutos más tarde?

Shay tomó la siguiente salida y aparcó en el parking de una gasolinera cerca de una milla de distancia. Puso el Rover en el aparcamiento y lo apagó. Luego cruzó los brazos sobre el volante y apoyó la cabeza en ellos. Necesitaba un momento. Sólo necesitaba un momento. Y estaría bien. Estaba a salvo. Aunque Gabriel saliera de… lo que fuera que le había hecho perder el conocimiento… no sabría en qué dirección se había ido.

Sin levantar la cabeza, se acercó y giró la llave, entonces encendió la radio. Necesitaba música. O incluso sólo las voces de un anuncio o alguien despotricando acerca de la política. Cualquier cosa que le recordara que el mundo real todavía estaba allí, a pesar del giro a la locura que su vida había tomado esta noche.

Un anuncio de Pepto-Bismol se encendió. Shay ahogó una risa, aunque no había nada divertido acerca del estúpido estribillo de la diarrea y el malestar estomacal. Estaba a una fracción de distancia de la histeria. Debía ser toda la adrenalina bombeando a través de ella. Eso, y el hecho de que acababa de ser mordida por un maldito vampiro.

Shay escuchó el siguiente anuncio y la canción que vino tras él. Luego las dos siguientes. *No puedo quedarme aquí toda la noche*, pensó de mala gana. Levantó la cabeza, y se dio cuenta de que había captado la atención de un par de chicos babosos que parecían de treinta y tantos.

Ni siquiera pensé en venir hasta aquí, pensó. *Me he enfrentado a un vampiro esta noche.* Bueno, una especie de enfrentamiento. Más como correr cuando se había quedado inconsciente.

¿Por qué no le había dicho que se estaba muriendo tan pronto como se había dado cuenta de que la estaba tomando como rehén? Se preguntó mientras se aseguraba de que las puertas estaban cerradas. Si alguna vez había habido un momento para jugar la carta de la Chica Enferma, había sido esta noche. Pero de algún modo, incluso en la horrenda situación, Shay no había querido que Gabriel la viera de esa forma.

Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y golpeó la marcación rápida para CASA.

Su madre respondió casi instantáneamente.

—Shay, ¿dónde estás?

—Yo… —empezó Shay.

—¿Aún estás con ese hombre? Es extremadamente peligroso. Es un asesino —la cortó su madre—. Dime dónde estás e iré a por ti.

—Me alejé de él. Estoy bien, Mamá. Intenta calmarte —dijo Shay.

—Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios. Lo siento. Debería estar diciéndote que te calmaras. Shay, cariño, estaba frenética pensando en ti con él —la voz de su madre se sacudió, y Shay pudo decir que estaba llorando—. Pero tenía miedo de que pudiera matarte si no le dejaba llevarte. Lo siento tanto.

—No fue culpa tuya —dijo Shay—. No tuviste elección.

—¿Y estás a salvo? Sólo dime dónde estás.

Shay aún podía oír el pánico en la voz de su madre, pero estaba claramente tratando de tomarse un respiro.

—Iré allí y te traeré a casa.

Casa. Donde estaba Martin.

Una extraña y fría sensación se abrió camino por la columna vertebral de Shay. Había estado tan asustada por Gabriel (su ira, su violencia, su mera existencia) que había sacado el resto de la noche de su mente. Pero el nombre de Martin trajo todo corriendo de vuelta.

—¿Shay? —dijo su madre después de un momento—. Di algo. Me asusta que estés en estado de shock.

—Bueno… ¿por qué no lo estaría? Entré en la oficina de Martin y encontré a un hombre encadenado a una mesa. Encadenado. ¿Te contó Martin esa parte? —preguntó Shay—. ¿O sólo te contó que Gabriel era un asesino?

Su madre dejó salir un pequeño jadeo.

—¿Gabriel?

—Ese es su nombre —dijo Shay.

—Cariño, no escuches nada de lo que te diga ese hombre. Está loco. Martin lo ha tenido encadenado porque es muy peligroso. —Su madre se tropezó con las palabras en su prisa por explicarse—. Por favor. Hablaremos acerca de todo esto cuando te tenga a salvo en casa.

Shay sacudió la cabeza, incluso aunque su madre no pudiera verlo.

—Esto no tiene sentido. Si es un asesino loco, ¿por qué Martin no lo puso en un hospital mental? ¿O por qué no llamó a la policía? ¿Por qué tenía a Gabriel en absoluto?

—Shay…

—Había agujas en sus manos. Había equipamiento de transfusión por toda esa habitación donde Martin le tenía —Shay siguió adelante—. Y está débil. Él nunca había sido débil

—¿De qué estás hablando, Shay? ¿Qué te ha dicho?

—Nada. Solo sé que siempre está fuerte. Pero él ahora está débil, de yacer en la mesa de Martin con una vía intravenosa pegada a él. —La respuesta era tan clara que Shay se habría reído si no fuera tan horrible—. Martin estaba usando su sangre en mis transfusiones. Quitándosela a Gabriel y dándomela a mí.

Su madre sollozó en el otro extremo de la línea.

—Es por eso que estaba tan fuerte después.

Hubo un ruidoso zumbido en los oídos de Shay o tal vez estaba en su mente. Quizás se había perdido en el Río Negro, después de todo, y todo esto era un mal sueño.

—Martin estaba manteniendo a Gabriel cautivo… por su sangre.

—Shay…

—¿En qué demonios estaba pensando? Es decir, ¡eso es ilegal! Es *inmoral.* Es una locura —estalló Shay—. ¡Martin es un médico! Se supone que ayuda a la gente, no que roba su sangre en contra de su voluntad.

—Nosotros lo hacíamos por ti, Shay. —La voz de su madre se había vuelto baja y humilde.

¿Nosotros? *Nosotros.*

—¿Tú sabías, Mamá? —susurró Shay—. ¿Sabías que Gabriel estaba allí?

Había asumido que su madre había pensado que Gabriel era un drogadicto o alguien que había irrumpido en el laboratorio de Martin. Que Martin había pasado las últimas pocas horas hilando alguna historia para mantener a su madre en la oscuridad. Pero no. Mamá había sabido que Gabriel era un rehén, y no había hecho nada.

Nada. ¿Qué tipo de persona no haría nada? Su madre de repente se sentía como una extraña.

—Era la única forma de mantenerte viva. Estabas poniéndote peor, y su sangre era la única cosa que me ha dado algún tipo de esperanza en tanto tiempo —dijo su madre deprisa.

—Oh, Dios mío, estabas en esto —exclamó Shay—. ¡Tú no sólo sabías que estaba allí; sabías lo que Martin le estaba haciendo! ¿Ayudaste a secuestrarlo? Mamá, ¿qué hiciste?

—Lo que tuve que hacer. No lo entiendes, Shay. No es como nosotros. No es lo que piensas. No es...

—Es un vampiro —interrumpió Shay—. Lo sé. Así que tú también.

Su madre dejó salir un jadeo ahogado, y Shay pudo imaginársela con su mano libre presionada apretadamente en su boca.

—Así que lo entiendes —dijo su madre—. No era un humano lo que manteníamos en el laboratorio. Nunca haríamos eso, Shay. Nunca.

—¿Por qué no? —exigió Shay—. ¿Cuál es la diferencia? ¿No necesitaríais cadenas tan gruesas para un humano?

—Esa... cosa... es malvada. Peligrosa —dijo su madre—. No es como nosotros.

Shay apenas podía pensar con claridad, estaba tan horrorizada. Era verdad, Gabriel era peligroso. Ella lo había visto. Pero en sus visiones, también era amable, y leal, y más profundamente conectado al mundo a su alrededor que nadie que ella hubiera conocido. Más que eso, nunca lo había visto matar. En todas las veces que había estado dentro de él, nunca había sentido maldad.

Pero ahora sí, de su madre y Martin.

—Ni siquiera te reconozco —susurró.

Siempre había pensado que eran la versión más cercana de unos gemelos siameses de una madre y una hija. Pero la madre que ella conocía nunca haría tal cosa a otro ser viviente. La madre que ella conocía no habría mentido a Shay a la cara todos los días.

—Soy la misma de siempre —sollozó su madre—. Haría cualquier cosa para mantenerte viva. Y no me importa si eso significa coger sangre de un monstruo.

—Él tiene una familia. Tiene emociones. Siente dolor.

—No empieces a sentimentalizar. ¡No sabes nada sobre ellos-él! —dijo su madre.

—Sé mucho más que tú —replicó Shay—. Gabriel no es malvado. Lo que tú hiciste, eso fue malvado. Y tú lo sabías, no me habrías contado la verdad. Sabías que no habría querido mantenerme viva de esa forma.

—Puedes decir eso porque te has mantenido viva. Es fácil ser noble ahora. —Shay oyó a su madre respirar hondo y supo que estaba intentando calmarse—. Por favor, dime dónde estás. No quiero que conduzcas hasta casa. Estás en shock. Puedes vociferar y gritarme tanto como quieras cuando llegue allí.

—Esto no va a desaparecer si me dejas hacer un berrinche. Ya no soy una niña, Mamá. ¿Cuándo te vas a dar cuenta de una vez? —preguntó Shay.

—No voy a disculparme por hacer lo que tenía que hacer… —La voz de su madre se cortó, y Shay oyó el sonido del teléfono cambiando de manos.

—¿Dónde está, Shay? —preguntó Martin en su voz de comportamiento con un enfermo—. Tenemos que recuperarlo…

—¿Para que puedas encadenarlo de nuevo? —exigió.

—No quieres ser la responsable de que haga daño a alguien. Dime dónde está. Me ocuparé del resto —le dijo Martin, calmado y racional, todo doctor.

Ni siquiera preguntó cómo estoy, pensó. Normalmente la primera pregunta que salía de la boca de Martin era sobre la enfermedad de Shay. Pero no le importaba. Sólo quería a Gabriel de vuelta. Shay se hundió en el enorme asiento del coche, aovillándose. La voz de Martin no era tranquila. Era *fría*. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—Gabriel no le hará daño a nadie —murmuró.

—Dime dónde está —insistió Martin.

Shay no contestó. Se había quedado sin cosas que decir. Tal vez estaba en shock, como su madre pensaba. Se sentía abrumada e insensibilizada al mismo tiempo.

—Hay algo más que debes saber —dijo Martin, la frustración colándose en su tono de voz—. No puedes vivir sin esa sangre, Shay. No quiero decir que morirás en unos pocos años. Quiero decir que no sobrevivirás a la semana —Shay oyó a su madre llorando de fondo—. Tenemos que traerlo de vuelta. ¿Tiene el Range Rover?

—No. Lo tengo yo —respondió Shay.

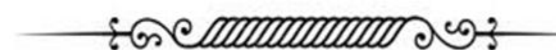
Se concentró en el sonido de los sollozos de su madre. Siempre había sabido que sería lo último que oiría de la voz de su madre. Solamente, no había esperado que fuera de esa manera.

—¿Hace cuánto que escapaste? ¿Cuándo lo viste por última vez? —exigió Martin.

Shay no estaba escuchando a ninguna de sus preguntas. Colgó, las lágrimas le escocían en los ojos. No podía ir a casa, no si Martin estaba allí. Y aunque el corazón de su madre se rompiera, Shay no estaba segura de poder perdonarla.

Así que iba por su cuenta, con una semana de vida. O menos.

Capítulo 8



Traducido por Mari NC, Otravaga, flochi (SOS) y Lalaemk

Corregido por Curitiba

Shay se dio cuenta de que había estado sentada en el estacionamiento, con la mirada perdida en la oscuridad, durante casi media hora. *Basta ya de esta auto-compasión*, limpiándose bruscamente las lágrimas que colgaban de sus pestañas inferiores. Ella no tenía tiempo para regodearse. Dejó caer la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas. *¿Ahora qué? ¿Llamo a la Fundación Make-A-Wish?*

Suspiró. ¿Qué les diría incluso que quería tener por su última semana en la tierra?

Primero, chocolate, decidió. Se inclinó hacia la guantera y rebuscó en su interior. Martin siempre mantenía efectivo en el auto para emergencias. Ella sacó un sobre y miró dentro. Doscientos dólares en una pila ordenada de veintes. Más que suficiente para un poco de comida chatarra.

Shay salió y entró en la estación de servicio mini-mart. Se abasteció de M&M's simples, de maní, almendra, e incluso este extraño sabor a fresa y mantequilla de maní que nunca había visto antes. Después de todo, ella estaba disfrutando la vida. Teniendo una aventura. Comiendo una especie de caramelo inexplorado.

Añadió algunas otras cosas que nunca había intentado: chicharrones fritos, cacahuetes con sabor a wasabi y una bebida de aspecto verdaderamente nocivo llamado Mountain Dew Code Red. La grasa, el colesterol y los colorantes artificiales no la matarían. Eran demasiado malditamente lentos.

Cuando Shay dejó caer sus selecciones en el mostrador, el hombre le dio una sonrisa de complicidad.

—Alguien tiene ganas de comer.

Shay lanzó su línea habitual.

—Estoy llena de vida, amigo.

—¿Viaje por carretera, entonces?



Viaje por carretera. ¿Por qué no? Ver el mundo. Ir en un fuego de gloria alimentado de azúcar.

—Lo tengo en dos —le dijo Shay mientras él vertió sus compras en una bolsa de plástico con una carita feliz sonriente en esta. Ella sonrió tan ampliamente como la bola amarilla mientras se dirigía de nuevo al Range Rover. Se sentía bien tener un plan.

¿Debería sacar el grande atlas que sabía que Martin había guardaba bajo el asiento del pasajero? No. Viajes por carretera eran para la espontaneidad. Iba de comando. Sin mapas, sin planes, y a menos que hiciera algunas compras en breve, sin ropa interior limpia.

Shay se alejó de la estación de gasolina, sus manos firmes. Estaba absolutamente, completamente en control de su vida durante el tiempo que durara. Esa es la manera que tenía que ser. No había nadie en quien podía confiar sino en sí misma. No en Martín, eso era seguro. Ni siquiera mamá. No en Gabriel. Él la había utilizado como escudo humano.

Se puso de nuevo en la carretera. Cuando encontrara un pueblo que tuviera un nombre exótico, se detendría. En su viaje por carretera, iba a detenerse sólo en lugares con nombres exóticos. Ella no iría a ninguna parte de la que alguna vez había oído hablar. A menos que le apeteciera. ¿Por qué quién estaba haciendo las reglas aquí? Era Shay.

Había pasado una sola salida antes de ver algo familiar. Una señal con una *H* blanca sobre un fondo azul. *Mi primera palabra fue seguramente "hospital"*, pensó.

Una ambulancia pasó a su lado, silenciosa. Shay odiaba esa vista. Había tenido algunos paseos en ambulancias por sí misma, y siempre se preguntaba quien estaba en las que ella veía. Se preguntaba si iban a hacerlo. En cierto modo, las silenciosas eran las peores. Shay siempre imaginó un cuerpo adentro. Alguien que no pudo ser salvado.

La imagen de Gabriel desplomado en el suelo del motel cruzó por su mente. ¿Estaba todavía desmayado? Si él no se despertaba antes de la mañana, alguien iba a abrir esa puerta, y la luz del sol entraría, y Gabriel moriría.

No es mi problema, se dijo. *Él me tomó como rehén. No le debo nada.*

Nada salvo correr, nadar, besar y vivir. Vivir su vida más de lo que nunca hizo antes. Y vivir la vida de él, también, en sus visiones.

—¿Qué diablos estoy haciendo? —murmuró mientras cortaba a través de dos carriles, consiguiendo bocinazos una vez más, y tomó la salida, siguiendo a la ambulancia.

Si no trato de salvarlo, soy como mi mamá y Martin, pensó Shay. *Exactamente como ellos.*

Ella siguió a la ambulancia por las pocas cuadras hasta el hospital, y luego encontró un lugar de estacionamiento en el lote completamente vacío. Entonces… ¿la sala de emergencias? Si esto era loco, el ER era un montón de veces más loco, ella podría probablemente deslizarse en una zona de sólo personal del hospital. Eso es lo que necesitaba. Ahí es donde encontraría la sangre.

Pero siempre hubo al menos una persona en la recepción del ER. Si cronometraba esto mal, conseguiría preguntas. Cirugía, decidió. Habría unos cuantos pasando, pero no muchos. Sólo las emergencias que no podían esperar hasta la mañana. Arrancó el Rover de nuevo y recorrió todo el recinto del hospital, hasta que vio el ala quirúrgica. Aparcó y entró.

La sala de espera era grande. También estaba casi vacía. Un par de niños pequeños veían la TV, mientras que su madre miraba el espacio. O rezaba. Shay no estaba segura de cuál. Tomó asiento tan cerca de la puerta que conduce a la unidad como pudo. La espera no fue larga. Un asistente salió, rumbo a la alcoba con las máquinas expendedoras. La puerta poco a poco se cerraba detrás de él. Shay había contado con esas puertas de hospital de movimiento lento. Ella atrapó la puerta antes de que se cerrara y bloqueara, y entró.

Ella estaba en el área de preparación. Había un enfermero detrás del largo mostrador, pero su cabeza estaba abajo mientras ingresaba información en una de las computadoras. Sin dudarlo, Shay se acercó a una de las secciones de cortinas cerradas y entró. Se sentó al lado de la cama, la cual resultó estar vacía. Incluso si no lo hubiera estado, ella probablemente habría estado bien. Por lo general la familia podía quedarse con el paciente quirúrgico hasta que fueran llevados a la sala de operaciones.

La cama estaba preparada, con dos batas de hospital cuidadosamente dobladas situadas a través de las mantas. La primera cosa que hacías en cualquier hospital era entrar en una de esas cosas horribles pero cómodas. Si alguien la atrapaba caminando en ropa de calle, la echarían de las zonas restringidas en un latido del corazón. Shay se puso una sobre su ropa con la apertura en la espalda, luego puso la segunda como una túnica, abierta en el frente. Esperanzadoramente nadie miraría muy de cerca, o notaría que todavía tenía los pantalones y las botas puestas debajo de su traje.

El próximo paso, más espera. Ella oyó a un paciente siendo llevado adentro. Afortunadamente, no le pusieron en su pequeño escondite. Le dieron un cubículo con cortinas cercano. Shay escuchó a la anestesista presentarse a sí misma y empezar a preguntar acerca de las alergias. El enfermero estaría tomando algunos apuntes básicos, presión arterial, para empezar y haciendo un montón de preguntas de las suyas.

Esta es probablemente mi mejor oportunidad, pensó Shay. Se agachó por debajo de la cortina y se dirigió por el pasillo, caminando de puntillas para que los tacones de sus botas no golpearan el piso y anunciaran su presencia. Sabía que no sería capaz de simplemente entrar como si nada y tomar algunas bolsas de sangre. Si este hospital era como los demás en los que había estado, y



parecía serlo, hasta por el olor de fluidos corporales no completamente cubiertos por el olor de limpiador industrial, todo parecía estar computarizado. Un enfermero tendría que escanear el brazalete codificado por computadora de un paciente antes de administrarle el tratamiento codificado por computadora. Y para conseguir el tratamiento o la sangre para una transfusión, el enfermero tendría que deslizar una tarjeta. No era como si Shay pudiera simplemente abrir una cerradura, incluso si supiera cómo abrir una cerradura, lo cual no sabía.

Sin embargo, los enfermeros eran seres humanos, no computadoras. Y a veces los seres humanos no eran tan cuidadosos como deberían ser. Shay se agachó detrás del mostrador. Podía escuchar al enfermero hablándole al paciente recién llegado. Ella tenía un minuto o dos. Permaneciendo abajo, se movió hacia la fila de computadoras. Había un sweater colgado sobre de una de ellas. Registró los bolsillos. Nada. Siguió adelante, luego regresó. Tanteó la parte frontal del sweater. ¡Bingo! Una tarjeta estaba sujeta a éste. Shay la agarró. Un pase por el lector de tarjetas, y estaba atravesando la puerta que conducía desde el área de preparación hacia el pasillo con las salas de operaciones.

Había un carrito a medio camino del pasillo desde donde ella estaba parada. Conocía esos carritos casi tan bien como conocía su propio rostro. Cada cosa en cada hospital era básicamente la misma, y en el transcurso de su vida había visto cientos de enfermeras sacar sangre de una caja refrigerada como la del estante inferior este carrito. Shay se apresuró y deslizó la tarjeta en la ranura de la caja. La abrió y vio cuatro bolsas de hermosa, hermosa sangre. Las tomó todas.

Antes de que pudiera dar un paso siquiera, escuchó el sonido de una puerta abriéndose. Shay metió las bolsas de sangre bajo su bata de hospital y cruzó los brazos sobre ellas para mantenerlas en su lugar. Entonces se volteó. Un hombre en uniforme médico estaba dirigiéndose hacia ella, examinando un gráfico.

—Lo sé. Lo sé. No se supone que esté aquí atrás —dijo Shay antes de que pudiera ser cuestionada—. Pero, ¿sabe lo aburrido que es un hospital en la noche? Nada bueno en la TV. Y no tengo una habitación privada, y la mujer en la cama contigua sigue llamando a la enfermera. "Enfermera, enfermera, enfermera", una y otra vez en esa horrible voz. Sigue pidiendo sus medicinas para el dolor, dice que su dolor es un diez en la escala del uno al diez, pero no es momento para que se los den, y la enfermera no puede conseguir al médico por teléfono para ver si se le puede dar más, por supuesto. Los gritos estaban haciendo que los vellos de mis brazos se erizaran.

Empujó uno de sus brazos de la bata, cuidadosa de no dejar escapar la sangre. Dejaría que el hombre viera las marcas de sus muchas transfusiones. Ahora estaba pensando que él era personal médico de la variedad de enfermero instrumentista, en vez de un cirujano o un anestesiólogo. Los médicos por lo general no se quedarían tranquilos para todo este montón de palabras. Ella había visto a su madre perseguir a los doctores por el pasillo sólo para conseguir la respuesta a una pregunta.

—Pensé que simplemente podría meterme en una de esas salas de observación y conseguir algo de paz. Sería algo como en *La Anatomía de Grey.*

—Voy conseguir a alguien que la escolte de regreso a su habitación —le dijo el hombre—. Este no es lugar para un paciente.

—A menos que estén siendo operados, ¿verdad? —dijo Shay alegremente—. He pasado algunas horas aquí. Una esplenectomía[4] hace casi un año.

El buscapersonas del hombre sonó.

—Escuche, regresaré yo misma al piso de arriba. Sé que el ala de cirugía es una locura. Lo siento. ¡El aburrimiento me obligó a hacerlo! —Se alejó a toda prisa, y él no la siguió.

Era más sencillo salir que entrar. El enfermero estaba detrás del mostrador de nuevo, pero ya que Shay estaba dirigiéndose hacia la puerta, él no le preguntó por qué estaba ahí. Se metió en el baño y se quitó las batas, dejándolas en un gancho en la parte de atrás de la puerta. Dejó caer al piso la tarjeta que había robado. Alguien la encontraría y la devolvería a donde pertenecía. No quería meter en problemas al enfermero o llamar la atención acerca de la sangre desaparecida en ningún momento próximo.

Le daré la sangre a Gabriel, luego me iré de ahí, se prometió a sí misma mientras dejaba el hospital. Repitió la promesa varias veces mientras cruzaba el estacionamiento, y unas cuantas veces más mientras manejaba de regreso al motel.

¿Estoy loca? se preguntó a sí misma a medida que caminaba hacia la puerta de la habitación que Gabriel había forzado. *Él es un vampiro. Un vampiro que amenazó con romperme el cuello.*

Un vampiro que fue mantenido como prisionero y usado contra su voluntad como mi banco de sangre personal.

En realidad no había discusión a eso. Shay empujó la puerta para abrirla. Gabriel yacía en el piso exactamente donde ella lo había dejado. ¿Estaba aún con vida?

Había sólo una manera de averiguarlo. Shay colocó una de las bolsas de sangre en la cama. Más tarde envolvería algo de hielo de la máquina en una toalla para mantener el resto fresco así Gabriel podría tenerlas si todavía necesitaba más. Si es que esto funcionaba. Si es que Gabriel no estaba muerto ya.

Lo inspeccionó por un minuto, luego cautelosamente se sentó en el piso al lado de él. Lo rodó sobre su espalda sin conseguir ni la más mínima reacción. Bueno, los vampiros estaban técnicamente muertos, ¿no? Por más que había visto en sus visiones, todavía no sabía mucho acerca de cómo funcionaba todo.

---

[4] **Esplenectomía**: procedimiento quirúrgico que elimina parcial o totalmente el bazo dañado o enfermo.

Algunas cosas parecían iguales a las que había leído en libros, como el sol siendo mortal. Algunas cosas parecían diferentes, como el hecho de que los vampiros no eran asesinos malvados. Gabriel no había sido violento en sus visiones, ni lo habían sido Sam, Ernst o Millie.

Así que tal vez estaba muerto, y tal vez eso era normal para él. Todo lo que ella podía hacer era intentarlo.

Shay hurgó en el cajón del escritorio y encontró el miserable lapicero que ellos siempre dejaban, como publicidad del motel. Lo usó para perforar un pequeño agujero en la bolsa de sangre que sostenía.

No quería volver a tocar a Gabriel. Pero tampoco quería que se ahogara. Se arrodilló hacia atrás y acunó su cabeza con un brazo, levantando su cabeza varios centímetros del suelo. Con su mano libre, dejó gotear un poco de sangre en sus labios.

Él no reaccionó.

—Sabes, me metí en un montón de problemas por esto —murmuró Shay. Se las arregló para sostener la bolsa mientras usaba dos de sus dedos para separar sus labios. Trató de dejar gotear la sangre de nuevo, y esta vez las gotas cayeron dentro de su boca.

¿La sangre incluso ayudaría? Él había estado bebiendo su sangre cuando se desplomó. Tal vez Martin había tomado demasiado de él. Tal vez Martin lo había debilitado al punto en que no podría recuperarse.

Martin y mamá. Shay tenía que seguir recordándose que su madre había sabido lo que Martin estaba haciendo. Aunque ella no haya sido quien le quitaba la sangre a Gabriel, aun así formó parte de ello. Ella había considerado a Gabriel como nada más que carne, medicina o una rata de laboratorio.

—Vamos, Gabriel —urgió Shay. Rasgó el agujero, haciéndolo más ancho, y dejó que la sangre fluyera.

Gabriel tosió. Sus párpados se movieron, pero no abrieron. Entonces su garganta empezó a trabajar a medida que bebía.

Shay suspiró de alivio.

—Te debo demasiado —le dijo, aunque estaba bastante segura de que él no podía escucharla—. Hiciste lo mismo por mí, hayas querido o no.

Está bien. Sólo durmiendo, se dijo Shay por duodécima vez desde el amanecer. *Es difícil para los vampiros permanecer despiertos durante el día. Sam tuvo que luchar para hacerlo el último día de Gabriel en el sol.*

Aun así, era desconcertante verlo, yaciendo allí bajo la colcha que ella había utilizado para cubrirlo. Su pecho subía y bajaba, pero muy lentamente. ¿Era normal? ¿Un vampiro normal?

Quería que hubiera algo más que pudiera hacer por él. Tenía miedo de darle más sangre ahora. Si él no despertaba, y no parecía que *pudiera*, él podría ahogarse.

Probablemente estaría más cómodo en la cama que sobre el suelo, pero no era lo bastante fuerte para siquiera moverlo. Entre el estrés de buscar a Gabriel, ser mordida por él, y toda la carrera en el hospital, había consumido casi toda la energía que le había dado la transfusión que mamá había interrumpido.

Debería registrarme, decidió. Se habían salido con la suya estando en la habitación hasta ese momento, pero eso no significaba que seguirían teniendo esa suerte. ¿Quién sabía cuánto tiempo estaría Gabriel inconsciente? Tal vez un día de sueño lo energizaría. O quizás se despertaría tan enfermo y débil como lo había estado anoche.

Shay abandonó la habitación, cuidadosa de no dejar que el sol entrara lo suficiente para tocar a Gabriel, luego se apresuró a la oficina principal.

—¿Puedo tener la habitación del fondo? —preguntó Shay al empleado del motel—. Menos ruido.

El empleado levantó una ceja, claramente pensando: *¿Qué ruido, niña loca?*

—Soy muy sensible al ruido. Si hay una televisión en una habitación dos puertas más abajo, no seré capaz de conciliar el sueño —explicó Shay.

—El registro no es hasta el mediodía —le dijo el sujeto.

—Por favor, ¿puede hacer una excepción? —preguntó Shay—. Estuve despierta toda la noche conduciendo, y estoy muerta. ¿No hay una habitación que esté lista?

El empleado resopló.

—Nunca estamos llenos, si quieres la verdad, pero el encargado es un idiota cuando se trata de reglas. —Se dio la vuelta y tomó la llave de la habitación en la que Shay y Gabriel ya estaban del gancho—. La cosa es, el encargado nunca viene el domingo.

—Gracias. Muchísimas gracias. —Shay pagó en efectivo, contenta de que Gabriel haya irrumpido en un lugar barato. Aunque el dinero era el menor de sus problemas. Bueno, quizás no el menor, pero no estaba en la cima de la lista. En la cima estaba: mantener a Gabriel con vida y evitar que mamá y Martin la buscaran.

No pensaba que ya la estuvieran buscando. Ahora mismo probablemente pensaban que Shay estaba camino a casa. A pesar de esa gran pelea, seguirían asumiendo que ella regresaría, ¿por qué a dónde más iría? En especial, luego de que Martin le dijera que estaría muerta en unos días.

Sabía que no pasaría mucho tiempo antes que asimilaran que ella no iba a llegar, pero no tenían idea de a cuál dirección ella y Gabriel se habían dirigido.

Podían llamar a la policía, decir que la Ranger Rover fue robada, pero Shay no pensaba que eso iba a suceder. Shay podía decirle a los policías que ellos habían estado manteniendo a alguien cautivo en la oficina de Martin, y eso empezaría toda clase de preguntas. Incluso si nadie la creía, habría rumores sobre ello. Martin era lo suficientemente conocido para acabar en los blogs de chismes, en especial por algo tan loco como experimentar en una persona real. Él no querría eso. Y con seguridad no se arriesgaría a que la policía descubriera la verdad sobre Gabriel.

Martin quería a Gabriel de vuelta; dejó eso claro. Estaba segura de que Martin estaba esperando que la sangre de vampiro lo llevara a uno de esos descubrimientos médicos recordados en la historia, del tipo que otorgaba premios Nobel a aquellos doctores que los hacían. Si la sangre podía ayudarla, quizás podía ayudar a personas con trastornos más comunes de sangre también. Quizás Martin nunca se había rendido de encontrar una cura para la leucemia después de todo.

No se arriesgaría así llamando a la policía.

Por ahora, necesitaba centrar su atención en Gabriel. No podía desperdiciar su tiempo preocupándose en mamá y Martin, intentando adivinar lo que podrían hacer. Necesitaba un plan.

Shay abrió la puerta del cuarto del motel y se deslizó en el interior. Gabriel no se había movido, al menos que ella notara. Puso el cartel de NO MOLESTAR en la puerta y esperó que nadie notara que la cerradura había sido rota. No parecía un lugar donde se comprobaran las habitaciones demasiado a menudo. Shay cruzó a la ventana y se aseguró de que las cortinas estuvieran completamente cerradas. Sam había dicho que los vampiros se volvían cenizas en la luz del sol.

¿Y ahora qué? Comprobó la hora. Pasadas las nueve. Temprano, en especial para un domingo a la mañana. Pero si Shay conocía a su madre, lo cual hacía, su mamá ya habría llamado a Olivia.

Shay sacó su celular del bolsillo y apretó el número dos en marcación rápida.

—¿Dónde estás? —exigió Olivia antes de que Shay pudiera soltar una palabra.

—Tenía que irme —contestó Shay, según el único plan que se le pudo ocurrir.

—Sí, no es broma. Tu madre me llamó a las cinco de la mañana, queriendo saber si tenía alguna idea de dónde estabas. Lo cual, como sabes, no sabía —le dijo Olivia.

—Mamá y Martin me estaban volviendo loca. Seguían tratándome como si todavía estuviera tan enferma como estaba antes, y no es verdad —dijo shay—. Tenía que alejarme de ellos por un tiempo. Y necesito tu ayuda. Sólo necesito unos días, y puedes hablarles…

—Todo esto es una idiotez —interrumpió Olivia—. *Primero de todo, sigues* enferma. Quizás te sientas mejor, pero todavía estás enferma necesitada

de que la cuiden. Y segundo, estás mintiendo. Te conozco desde siempre, y puedo escucharlo en tu voz. Así que, ¿qué estás haciendo realmente?

La boca de Shay se queda abierta. Su cerebro acelerado mientras trataba de decir algo. Nunca se le había ocurrido a ella que Olivia no le creería.

—Tienes dos segundos antes de que cuelgue —espetó Olivia.

—Tienes razón. Es una mierda —dijo de golpe Shay—. pero realmente necesito tu ayuda, Olivia. Esa parte es completamente verdad.

—Oh, Dios mío, ¡estás fuera de control! —Olivia respondió—. ¿Por qué llamarme? Todo lo que has estado diciendo últimamente es que no quieres mi ayuda. Es obvio que no me has querido a tu alrededor, punto.

—Tienes razón —dijo Shay.

—¿Trataste primero con Jacey o Lai-wan? —Siguió Olivia—. ¿Qué soy yo, la última que queda?

—¡No! —exclamó Shay— Ni siquiera pensé en llamar a alguien más, Liv. Lo siento. Lo estoy. Ha habido demasiadas cosas que me están pasando últimamente de las que no te he dicho.

—Se supone que debemos ser amigas —dijo Olivia con más tranquilidad—. Las mejores amigas.

—No debí haberte mentido, o mantenerte secretos a ti —replicó Shay desesperadamente—. Necesito estar lejos por un tiempo. Esa es la verdad real, Olivia, pero no porque mi mamá y Martin estén actuando como siempre —su voz comenzó a quebrarse. No quería hacerlo, pero debía hacerlo. Había llegado a su camino en su cabeza.

—Así que ¿qué es lo realmente está pasando? —Olivia sonaba un poco más comprensiva, pero sólo un poco.

—Martin… él no es quien pensé que era. Algo pasó con él, y no puedo estar a su alrededor, no hasta que decida que hacer —le dijo. No podía atreverse a decir que sentía básicamente lo mismo sobre su madre.

—¿Estás… él te tocó? —dijo Olivia—. Ese *cabrón.* Siempre supe que había algo extraño acerca de él. Shay, tienes que decirle a tu mamá. Y a la policía.

Shay no pensó que había escuchado a Olivia decir cabrón con anterioridad, y no, ella no podía creer cuanto lo apreciaba.

—No, eso no —dijo Shay rápidamente—. Pero me enteré… bueno… él hizo una cosa mala. Él lastimó realmente a alguien.

Excepto que lo hizo por mí, pensó Shay. *Bueno, por mí y el premio Nobel.*

Pero no su madre. Su mamá lo había hecho todo por Shay. Ella hubiera dejado que Martin le drenara su propia sangre de su cuerpo si esto le ayudaba a vivir

más tiempo a Shay. Su madre literalmente moriría por ella. Pero aun así, no hacía que fuera correcto lo que había hecho, o incluso bueno.

—Pues no vayas a casa. Ven aquí, Shay —suplicó Olivia—. Ven directo aquí. Averiguaremos que hacer.

—No puedo. No en este momento —dijo Shay—. Mi mamá me encontrará en tu casa, y no va a ser exactamente fácil convencerla. Ella piensa que Martin es prácticamente un dios. Piensa que es el único que puede mantenerme viva tanto tiempo. Y probablemente tenga razón. Pero eso no significa que sea una buena persona.

—Ella es tu madre, Shay. Ella va a creerte, lo que sea que hayas averiguado acerca de Martin —la voz de Olivia era fuerte, con convicción e ira.

—Por favor, sólo ayúdame, Olivia. Necesito un par de días sin Martin viniendo tras mí. Puedes sólo decirle a mi mamá… dile que voy a ir a Miami —rogó Shay—. Eso los enviará en dirección equivocada.

—Tu mamá nunca va a creer eso. No es una cosa por hacer de Shay —dijo Olivia. Shay estaba sorprendida de que Olivia pensara que sabía exactamente lo que Shay haría o dejara de hacer.

—Lo creerá —insistió Shay—. He estado actuando, tú sabes, no como Shay últimamente.

—¿En serio? —preguntó Olivia. Shay casi podía sentir el sarcasmo goteando del teléfono sobre su oreja.

—Así que ella creerá casi todo. Dile que sé que me estoy muriendo, y que quiero tener un poco de diversión antes de que lo haga. Por eso es que voy a Miami. Sentarme en el sol, mirar chicos lindos, nadar en el océano, sentir la arena entre mis dedos. Todas las cosas para disfrutar un día.

—¿Y a dónde vas a ir realmente? —preguntó Olivia.

—No lo sé. No aún —dijo Shay.

Olivia se quedó en silencio por un momento, y Shay supo que estaba tratando de decir si estaba mintiendo o no. Finalmente suspiró.

—Mira, le mentiré a Martin. No tengo problema con eso. También le mentiré a tu mamá, lo que no será fácil porque está perdiendo la mente completamente preocupándose por ti —dijo Olivia—. Pero no estoy completamente a bordo en esto, Shay. Si quieres mi ayuda, tienes que reportarte conmigo todos los días, teléfono, mensajes, lo que sea, y decirme si es que estas bien. Y tienes que decirme la verdad. Sabré si no lo haces. Y si mientes o te saltas un día, llamaré a todos los que pueda imaginar. Policía, tu mamá, reporteros. Todo el mundo.

No era lo ideal, pero Shay podía notar que era lo mejor que iba a tener.

—Gracias —dijo—. Eres una buena amiga, realmente lo eres. La mejor.

—Es mejor que creas que lo soy —respondió Olivia.

Y Shay sí lo creía. Pero eso no significaba que Olivia no llamaría a la mamá de Shay en el segundo en que colgara. Ella podía imaginar a Olivia repitiendo cada palabra de la conversación que acaban de tener. Por su bien, por supuesto, porque Olivia era tan buena amiga, porque realmente se preocupaba por Shay.

—Estaré en contacto mañana —prometió Shay. Entonces terminó la llamada.

Shay bostezó. Sus ojos se sentían arenosos, y su cuerpo dolía de cansancio. Ella tenía que dormir. No había más por hacer por Gabriel en ese momento. Ella había hecho lo mejor que pudo.

Se envolvió la manta que le quedaba alrededor de sus hombros y se acurrucó a los pies de la cama, mirando fijamente a Gabriel. Ahora que la locura de las últimas horas había terminado, finalmente podía tomar en serio que él era real. Él estaba aquí frente a ella.

—Supongo que no eras mi cerebro fallando después de todo —le dijo a él—. O una vida pasada.

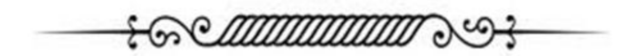
Ella lo conocía muy bien. O al menos ella se sentía de esa manera hasta que él la tomó como rehén. Nada de lo que había visto, no, no ver, nada de lo que ella había *experimentado* mientras ella era Gabriel la había preparado para eso.

Pero él había sido capturado y hecho prisionero por su sangre. Se recordó a sí misma. *Eso cambiaría a cualquiera*.

Ella estudió el rostro de Gabriel. ¿Quién era él realmente? ¿El hombre que había amenazado con matarla? ¿El hombre que había llorado y saboreado su última visión del sol? ¿El niño pequeño que había salvado a su amigo? ¿Podría ser él todo eso? ¿El mal y el bien?

—Vive —le dijo a Gabriel—. Eso es todo lo que importa en este momento. Sólo vive, ¿bien?

Capítulo 9



Traducido por Whiteshadow y Lorenaa y Merlie

Corregido por Curitiba

Gabriel recobró lentamente la conciencia, y supo que era la hora en la cual el sol caía. Era la única manera de marcar el paso del tiempo transcurrido desde su captura. A un nuevo día que irrumpía, se hundía en un sueño mortal. Al término del día, él despertaba.

Sus brazos y piernas pesaban como granito. Deseaba que las cadenas que lo ataban le permitieran cambiar de posición. Pero si estuvieran flojas ya se habría liberado. Y débil como estaba, no iba a escapar de ese hombre...

Martin.

Su mente se inundó de recuerdos de la noche anterior, había sido la noche anterior, ¿no? La chica, sus captores, el cuchillo, el escape, el dolor punzante en la garganta, las venas y el corazón. Los ojos de Gabriel se abrieron de golpe. Lo primero que vio fue a la chica humana, durmiendo en la cama por encima de él. Trató de incorporarse, pero se dio cuenta de que sus miembros estaban en su mayor parte paralizados. *Ese era el por qué pensé que estaba de regreso en esa habitación, rápidamente encadenado, se dio cuenta*.

Los ojos de la chica se abrieron, como si hubiera sentido su mirada, incluso en sus sueños. Se miraron el uno al otro en silencio, y luego la joven miró el reloj.

—Casi las siete. He estado durmiendo todo el día. Y tú, has estado fuera unas quince horas —dijo la muchacha—. ¿Cómo te sientes?

—Bien —respondió. Su nombre llegó a él de nuevo, Shay. No le importaba. Ella era un objeto que necesitaba, nada más. *Un objeto que me salvaría la vida*. Gabriel empujó lejos la idea.

La chica se levantó y fue al cuarto de baño. Ella volvió con una bolsa de sangre.

—¿Está bien si yo...? —Hizo un gesto hacia el lugar en el suelo junto a él.

Gabriel asintió, contento de sentir los músculos de su cuello se le estaba haciendo más fácil moverse. La joven se sentó con las piernas cruzadas junto a él.

—¿Tienes hambre otra vez? —Le tendió la bolsa de sangre. Tenía hambre. Su cuerpo clamaba por sangre, pero no por esa cosa fría y estéril en envase plástico. Él quería la de ella, cálida, dulce y salada. El olor de la misma era insoportable.

Ella debió de haber sentido su deseo en la intensidad de su mirada.

—¿No recuerdas lo que pasó la última vez? —preguntó—. Trataste de beber de mí, y caíste como una piedra. Estoy enferma. Mi sangre debe ser venenosa para ti. Y aunque no lo fuera, sólo tendría que lidiar con ello. Estoy aquí hasta que logre ponerte nuevamente sobre tus propios pies, pero eso no incluye que te alimentes de mí.

Venenosa. ¿Cómo podía eso ser posible, cuando ella olía tan atractiva? Pero mientras miraba a su garganta, suave y de color blanco cremoso, vio las marcas. Las heridas punzantes. El recuerdo era vivo. Su boca sobre su piel, sus dientes hundiéndose en la suave carne de su garganta. Y luego…

—Sangre de vampiro. Tú tienes sangre de vampiro. —Conocía su gusto, el tacto de la misma. Había experimentado los efectos antes, una vez, durante el ritual de sangre. Pero en ese momento, sólo había tenido que beber una pequeña cantidad. El dolor de su corazón había sido más emocional que físico.

Cuando había bebido de la chica, sin embargo, había bebido profundamente y con avidez. Bebiendo demasiado. Ella tenía razón, había sido como una inyección de veneno en su corazón.

—Pero eres humana. Puedo olerlo —dijo.

Ella frunció el ceño.

—¿Es mala la sangre de vampiro?

—Mortal. Para otro vampiro. —Gabriel forzó a sus ojos a apartarse de la garganta—. No entiendo.

—Tienes hambre. Bebe, y te lo explico. —Le acercó la bolsa de sangre, pero su brazo y mano temblaban demasiado para que la tomara. La muchacha se deslizó por detrás de él y colocó la cabeza de él en su regazo. Ella perforó la bolsa y el olor de la misma se intensificó, aunque todavía era nada comparado con el de la muchacha. Ella acunó su cabeza en un brazo y deslizó la sangre en sus labios con la otra.

Gabriel succionaba del pequeño orificio, extrayendo la sangre directamente a su boca. No podía beber sin el brazo de ella como apoyo, pero lo odiaba. Le hacía sentirse como un niño pequeño, indefenso y vulnerable.

¿Por qué estaba aquí, cuidando de él? Él la había tomado como rehén. Trató de alimentarse de ella. No había habido nada que la retuviera allí, una vez que había perdido la conciencia. Cualquier chica normal hubiera huido, habría llevado a la policía, lo habría destruido. Y esta chica, obviamente, había salido, había tenido que hacerlo, para obtener la sangre. Y entonces había vuelto para dársela a él ¿Por qué?

Dejó que las preguntas se resbalarán por el momento, entregándose a la alimentación. El olor de ella, tan cerca, lo rodeaba. Si cerraba los ojos, podía fingir que era su sangre deslizándose por su garganta, su presencia llenándolo. La sangre de una bolsa no acarreaba las emociones que generaba la sangre directamente de un Dador. Los sentimientos eran distantes, vagos. Él siempre se había preguntado si eso era debido a que parte de la experiencia de la alimentación había desaparecido. El olor, el calor, el latido del corazón.

Sintió el corazón de Shay golpeando contra su espalda. Palpitando, de verdad. Gabriel tenía la sensación de poseer dos corazones en su cuerpo. Mientras yacía acunado contra su pecho, los dos corazones poco a poco llegaran a latir en sintonía.

Tan pronto como bebió la última gota de sangre, Gabriel se apartó, de la intimidad del corazón de ella latiendo con el suyo. Se puso de pie sin hacer ningún comentario.

—Hay más si lo necesita —dijo, tirando la bolsa vacía en la basura.

Él todavía tenía hambre. Había sido mantenido medio muerto de hambre por tanto tiempo. Pero negó con la cabeza.

—Has dicho que me explicarías.

—Acerca de mi sangre.

—Sí.

Se sentó en la única silla de la habitación. Probablemente había unos siete pies de distancia entre ellos, pero ella no movió la silla más cerca. Estaba contento. El olor de la chica aguijoneaba su apetito. Tenía la sensación de que incluso si hubiera bebido una docena de bolsas de sangre, todavía la anhelaría.

—Es tu propia sangre. Mi sangre es tuya —dijo—. He estado recibiendo transfusiones de sangre las últimas dos semanas.

Así que eso era lo que su captor había estado haciendo con la sangre que tomaba.

—¿Por qué?

—Estoy enferma, como he dicho. Básicamente, muriendo. —Ella se retorcía las manos—. Pero no lo sabía, pensé que era sangre regular, sólo que trata con algo. Debería haber hecho más preguntas, pero me sentía tan bien que ni siquiera me importaba. Te lo juro, Gabriel, no sabía lo que te habían hecho

hasta ayer por la noche, hasta que te vi. Pensé que eras sólo un producto de mi imaginación.

—Mi sangre. —Su respuesta sólo creaba más preguntas. Su captor, Martin, le había hablado a veces, con esa voz fría suya. Siempre sobre la inmortalidad y la fuerza, sobre el aislamiento de la composición de proteínas único que hacía a la sangre de un vampiro muy poderosa. Acerca de cómo iba a cambiar el mundo, asegurándose su lugar en los libros de historia. Nunca sobre una chica enferma.

—¿Fue por ti?

—He tenido transfusiones de sangre durante prácticamente toda mi vida. Tengo un desorden en la sangre, una rara enfermedad, imposible de diagnosticar. Mi doctor, quien también es mi padrastro, él fue el que… —Ella trago fuerte, y sus ojos siguieron el gesto de su garganta.

—Él que me mantuvo encadenado a una mesa y tomó mi sangre por la fuerza —terminó Gabriel por ella, su ira ardiendo cuando lo recordaba.

—Sí. Él debió pensar que tu… tu tipo de sangre podría curarme. —Ella presionó la palma de su mano contra su frente—. Aunque no entiendo nada de eso. ¿Quién, incluso cree que los vampiros existen? Y Martin, es un científico, uno famoso. ¿Cómo habría llegado a eso como una posible cura? Es una locura.

—No *es tan* loco. —Gabriel sintió que se le torcían los labios, queriendo sonreír a sus palabras. Se paró a sí mismo.

—Bueno, no, obviamente… —Su voz se apagó cuando miró hacia él.

—De alguna manera él sabía de nuestra existencia, tu *médico* —dijo Gabriel—. Él iba en busca de uno de nosotros, él y tu madre.

—¿Buscando? ¿Cómo? —Sus cejas se unieron, sus ojos azules estaban nublados en confusión—. ¿Cuándo?

—No sé cuando empezaron. Ellos postearon en cada página de relatos de vampiros que pudieron encontrar. Vi una —contestó Gabriel—. Estaba curioseando sobre otros de mi especie, y los vi a veces, incluso aunque tanto como puedo decirte, todos esos sitios están creados por patéticos humanos que quieren ser algo más de lo que son.

Si ella escuchó la amargura en su voz, no lo comentó.

—Entonces, ¿por qué tomaste a Martin en serio? —preguntó—. ¿Y a mi madre?

—Primero, ellos no estaban fingiendo ser vampiros. Segundo, ellos sabían detalles sobre… alguien a quien amé. Un miembro de mi familia. No entendía cómo era posible eso, y tenía que saberlo. Así que acordé encontrarme con ellos —explicó Gabriel.

Había sido tan estúpido, tan arrogante. Él había visto de primera mano de lo que los humanos eran capaces, y aun así cayó en la trampa.

—Ellos estaban preparados —continuó él—. Ellos sabían cuáles eran mis debilidades. El hombre, el médico, me inyectó una infusión de espino. Sólo es una planta, pero nos paraliza, a los de mi especie. Me dejó despierto, consciente de lo que estaba pasando… Pero no podía moverme. No podía levantar un dedo para luchar. Vi todo lo que estaba haciendo; lo sentí todo… —Luchó por mantener su voz bajo control. No iba a mostrarle a esta humana lo que había sufrido—. Los efectos duraron los bastante para que me abdujeran. Una vez me ataron, él empezó a drenarme la sangre, y eso me mantenía débil.

—Pero, ¿cómo sabían ellos todo eso, sobre el espino, sobre tu familia? —preguntó.

—Dímelo tú —contestó Gabriel.

Ella retrocedió ante su tono acusador. Pero era la hija de sus captores. Incluso si volvía y lo salvaba, no podría creerse que ella no sabía nada.

—Tú estabas sorprendida de verme en la mesa —continuó—. Pero sabias mi nombre. Nunca se lo había dicho a un humano. Tus padres nunca se molestaron en preguntar. —Él había conseguido rodar de frente a ella, intentando mostrar su enfado, pero fue todo lo que pudo manejar. Odiaba lo impotente que se sentía.

—No tengo ni idea de cómo ellos sabían de ti, te lo juro —le dijo—. Estaba sorprendida de verte encadenado a la mesa, más de lo que he estado en mi vida. Pero eso es… por eso es que pensé que eras… imaginario.

Gabriel simplemente la miró. Esta chica lo confundía.

Ella abrió sus manos en un gesto de incapacidad.

—Vale, sé que esto es difícil de creer, pero con cada transfusión de tu sangre, lo que más tarde descubrí que era tu sangre, he tenido una visión de ti. Como un sueño, pero siempre sobre ti y tu vida. Así es como supe tu nombre. Escuché a Sam y Ernst y Millie decirlo.

Gabriel se sintió como si hubiese sido atacado otra vez, como si ella lo hubiese apuñalado con una inyección de espino igual como el tan llamado doctor había hecho. *¿Sam? ¿Ernst?*

—¡Lo sabes todo! —explotó, arrastrando su debilitado cuerpo, como podía, inclinado sobre la cama—. Igual como tu madre lo hacía, y eso…

—¡No! —Lo cortó—. ¡No! No sabía nada de ti, hasta que no vi a tu familia en mi visión. Así es como los descubrí. Pero nunca se lo dije a mi madre o a Martin. Pensé que simplemente era algún efecto raro de alguna droga que Martin puso en esa sangre.

—Si pudiera moverme, te mataría —gruñó—. Y tu *doctor* sería el siguiente.

Su mano voló hacia su garganta, y por un segundo ella parecía asustada. Entonces se rió, un sonido tan amargo como nada que él pudiera hacer.



—No te preocupes, estaré muerta bastante pronto, incluso sin tu ayuda.

Gabriel sintió su ira drenarse, ¿de qué servía, cuando él apenas podía moverse y ella no estaba asustada de sus amenazas?

—Puedes creerme o no; no me importa —dijo—. Pero he estado *dentro* de ti, viviendo partes de tu vida contigo. Eso es lo que eran mis visiones.

—Mentira. —Era la escusa fantástica para un niño.

—Te vi cuando te despediste del sol —insistió ella—. Intentaste memorizar cada color del cielo.

—Eso se podría aplicar a muchos de mi especie. —Se burló Gabriel—. E incluso nuestros mitos sobre nosotros dicen, ciertamente, que podemos morir por la luz del sol. —Sin embargo su pecho se oprimió. ¿Podría ella de alguna manera ser capaz de verdad invadir sus pensamientos, sus emociones más profundas?

Se inclinó hacia él en su silla. Él notó que su rostro estaba más pálido, y había unas pequeñas gotas de sudor a lo largo de la línea del cabello.

—Tú tenías diecinueve, casi veinte años.

Ella podía haber adivinado eso mirándome, pensó Gabriel.

—Tú no sabías si la sangre sería suficiente para tomar el lugar del sol.

Eso fue así. Exactamente así.

—Tú hablaste con Sam sobre si estabas preparado o no. Él pensó que quizás te estabas sintiendo presionado por Ernst.

Sam. Ernst. Él odiaba que esos nombres salieran de su boca. Ella conocía a los más cercanos a su corazón. ¿Qué más sabia? ¿Qué más había visto? Gabriel se sentía como si le hubiese arrancado la ropa y le hubiera hecho pararse delante de ella desnudo. Él giro su cara lejos de ella.

—Odiaría que alguien me conociese así —dijo ella, con su tono suave—. Pero estar contigo ha sido la experiencia más asombrosa que nunca he tenido. Llegué a correr. ¡Correr! Correr en tu cuerpo fue… —se detuvo, parecía buscar la palabra correcta—… estimulante. Y tu fuerza se quedó conmigo. Por un rato, al menos. Después de cada transfusión, podía hacer cosas que no había hecho antes. Correr en mi propio cuerpo, nadar hasta lugares que nadie lo había hecho, besar a un chico. Nunca había besado a nadie antes. Siempre era la Chica Enferma, no una chica *chica*. Tu sangre hizo más que mantenerme viva. Me dio una vida.

Ella presionó las manos sobre su cara.

—Sé que no te importa. Pero mereces saber que has cambiado mi vida.

—Y es por eso es que regresaste —dijo Gabriel.

—Por eso volví, incluso después de lo que me hiciste anoche —estuvo de acuerdo Shay—. Me has estado manteniendo con vida. Encadenados en esa habitación. No habría sido justo dejarte morir.

Honorable. Ella era honorable. Y él le había tratado como si fuera un peón*. Hice lo que hice para escapar,* se dijo Gabriel.

Eso no es todo, sin embargo, tuvo que admitir. Gabriel la había tomado como rehén porque quería venganza. Quería que sus captores sufrieran de la misma manera que él lo hacía. Quería que ellos sintieran su odio, su desprecio por ellos.

El doctor no se preocupaba por Shay, lo que era evidente. Pero la mujer, la madre de Shay... le importaba. Ella quería venir en pos de su hija, y Martin lo hacía en pos de su premio. Su vampiro. Así que Shay, como rehén, les atraía hacia él, cuando ya era fuerte, cuando estaba listo, cuando estaba rodeado por su familia. Era un buen plan. Él la utilizaba para extraer su venganza sobre ellos. No es como si se la tratara peor de lo que lo había hecho. Ni siquiera cerca. Y cuando él tuviera lo que quería, la dejaría ir.

Dejar que se vaya. Como si ella no pudiera salir de esta habitación ahora mismo. Había estado aquí por propia y libre voluntad, y aun así, todavía planeaba usarla. *Era necesario*, pensó. No podía permitir que él mismo se debilitara sentimentalmente. Ella era un ser humano. Los seres humanos no pensaban en matar a los de su clase.

Ella me salvó, una pequeña parte de Gabriel protestó. Él la ignoró. Ella era un ser humano y la trataba mejor de lo que se merecía.

—Me quedaré hasta que esté lo suficientemente fuerte para cuidar de mi misma —agregó Shay. Se puso de pie y se acercó a la cómoda—. Me gustaría tener mi medicina conmigo. La cabeza me está punzando.

Había sudor sobre su labio superior, y movió las manos. Gabriel estudió su forma delgada. Esto era más que un dolor de cabeza.

—¿Necesitas mi sangre? —preguntó. Ella había dicho que era lo que la había estado manteniendo con vida. ¿Podría ser verdad?

—No.

—Dijiste que morirías pronto. Que...

Ella se volvió hacia él.

—Probablemente —admitió—. Sin tu sangre, estaría ya muerta, supongo. Pero eso todavía no ha pasado.

Gabriel sacó sus colmillos, haciendo caso omiso de su afilada falta de aliento. Él mordió una vena de su muñeca y extendió el brazo hacía ella en una silenciosa invitación. Era lo más correcto de hacer, que se lo diera, incluso si se había equivocado sobre sus padres y lo que quería tomar de él.

Además, él necesitaba de su vida.

Ella se quedó inmóvil por un momento, mirando a la sangre con avidez. Entonces se acercó y se arrodilló junto a él. Poco a poco, bajó su boca a su muñeca.

La sensación era como nada que jamás había sentido antes. A medida que amamantó, podía sentir su sangre y la transferencia de su cuerpo al de ella. Era como si la sangre hiciera una corriente caliente, roja, conectándolos entre sí. Él se quedó sin aliento, sobrecogido por el poder de la experiencia. Había pasado tanto tiempo desde que había sentido algo tan intenso, por lo que desde hace mucho tiempo no se había permitido a sí mismo. Después de lo que le había pasado a Sam, no quería sentir nada nunca más.

Había sido el deseo de Gabriel sentir más, experimentar más, lo que le había llevado a esto. Sam, su hermano, había llegado con él, por supuesto. Sam todavía estaría aquí si no hubiera…

Gabriel cerró los ojos, permitiendo que la sensación de Shay alimentándose bloqueara todo pensamiento. No los abrió hasta que sintió que su boca se alejaba, rompiendo su relación. Sus labios estaban manchados de sangre, su sangre. Tenía un deseo salvaje de inclinarse y lamerla. Su propia sangre de vampiro era un veneno para él, pero casi valdría la pena.

—Tienes un poco de… —le hizo un gesto a la boca.

La muchacha parpadeó, lentamente, como si hubiera sido drogada.

—Oh. —Alcanzó sus labios y se limpió.

—¿Qué viste? —preguntó. Había una expresión residual de horror en su rostro. Ella no respondió—. Shay, ¿qué viste? —Había usado su nombre sin la intención de hacerlo. Se hizo más difícil verla sólo como un objeto de uso. Pero eso era imposible ahora, de todos modos. Lo que había experimentado cuando bebía de él, esos sentimientos no eran posibles con un objeto.

—Estabas cazando —dijo Shay. Su voz tenía un temblor en la misma—. Con Sam. Se sentían como animales, harapientos y sucios, con un hogar al que volver. Sam quería encontrar un lugar para esconderse del sol, pero dijiste que tenía que llegar primero a Ernst. Tú y Sam, ustedes… atacaron a una familia en una granja. Bebieran de la madre y su hijo hasta que quedaron inconscientes. Pero entonces fuiste donde Ernst, y él…

Su voz se quebró, como si el pensamiento le hubiera hecho daño.

—Él estaba en el establo de las cabras, y había bebido del padre hasta dejarlo seco. Había matado al hombre —finalizó Gabriel por ella.

Shay lo miró a los ojos, había lágrimas en ellos.

—Eso hizo que te enfermaras. Se levantó del piso, mientras que Sam separaba a Ernst del hombre.



Asco. Era exactamente lo que había sentido ese día.

—Ernst fue el que me enseñó a no matar. Nunca he matado a un Dador —dijo Gabriel en voz baja—. Pero él estaba loco de dolor y rabia. Los seres humanos tenían... —No podía ir en esa dirección, no podía volver a vivir esa noche—. Nos habían reducido a ese estado.

—No fue la familia campesina. Fueran otros seres humanos —susurró Shay—. Sentí un recuerdo terrorífico, humanos con antorchas.

—Sí. El típico ignorante con la antorcha —dijo Gabriel con enojo—. Ellos piensan que somos monstruos. Que sólo los seres humanos son merecedores de la vida.

Se apartó de él y se sentó en el borde de la cama.

—Tú también estás desecha por el dolor. Lo sentí bastante. Todavía lo siento. ¿Qué te pasó?

Gabriel la encaró. Él no iba a ceder a esto. Tal vez lo hizo ver visiones de su pasado, con la claridad con la que ella lo hizo. Pero eso no significaba que tenía que decirle más.

—Lo siento. —Ella se puso de pie—. No era mi intención empujarte a esto. Me acostumbré a ver pedazos de tu vida y tratar de encajarlos como en un rompecabezas.

—No soy un rompecabezas.

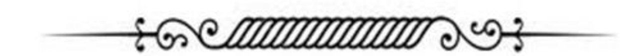
—Lo sé. —Shay llegó a él, pero no lo tocó—. Lo siento.

Él no respondió. Daría cualquier cosa por ser capaz de caminar en este momento, pero era débil. Impotente.

—Creo que voy a ir a tomar una ducha —dijo—. Nos vendría bien un tiempo a solas.

Gabriel asintió con la cabeza. A él definitivamente le gustaría algún tiempo sin su cercanía. No es que realmente cambiara algo. Ella estaba bajo su control, le gustara o no.

Capítulo 10



Traducción SOS por flochi, Akanet y Naty

Corregido por Micca.F

Para cuando apareció de nuevo, Gabriel había logrado levantarse hasta una posición sentada. Y había hecho sus planes. Por mucho que quería empujarlo, levantarse y moverse tan pronto como pudiera, eso sería una mala idea. Todavía estaba lejos del complejo de su familia en Tennessee, y en cualquier momento el padrastro de Shay podría venir tras ellos. Si eso sucediera, necesitaría la fuerza suficiente para luchar. Shay podría no darse cuenta de lo peligroso que era este hombre, pero Gabriel lo hacía. Había experimentado la intensidad de la ambición de Martin de primera mano. En estos días, la gente tiraba alrededor palabras como *sociópata* u *obsesión*. Hace un siglo, la palabra habría sido *monstruo*.

Se requería de uno para conocer a uno, pensó con ironía. Tal vez Martín no hubiera matado a nadie, pero era tan chupasangre como Gabriel lo era.

Toda la familia se ocuparía de él, juntos. Era su forma de hacerlo, compartir la venganza y la responsabilidad por el acto de venganza. A pesar de que ninguno de ellos podía sentir su furia, su rabia por ser mantenido encadenado, impotente, y ser utilizado como una rata de laboratorio, Ernst y los otros todavía estarían lo suficientemente enojados como para desear la venganza.

Por ahora, sin embargo, cedería a su debilidad y permitiría a Shay cuidarlo hasta que se recuperara. No trataría de moverse hasta que estuviera lo suficientemente fuerte. Empujaría su resentimiento y le seguiría la corriente. Esta chica no era la que lo había encarcelado. Se centraría en ella y no en los recuerdos de su padrastro.

Shay se había puesto su ropa de nuevo, pero su pelo negro estaba mojado y su piel brillaba. Se sentó a su lado y sonrió con cierta timidez.

—Así que.

—Así que —repitió Gabriel.

Pareció darse cuenta de qué tan cerca de él estaba sentada, y se alejó un poco.



—Así que eres un vampiro.

Se echó a reír. La forma en que lo dijo, con tanta indiferencia, a pesar de que podía oír una pequeña tensión bajo la informalidad, nunca pensó que oiría a un ser humano hacer esa declaración en ese tono.

—Sí, soy un vampiro —respondió él, canalizando a Ellen DeGeneres. Entonces se dio cuenta de que era demasiado joven para recordar la cubierta de la revista *Time* de Ellen con la frase "Sí, soy homosexual" en ella. Era demasiado joven para recordar lo impresionante que era Nirvana al principio, o qué tan escandaloso fue el juicio de OJ Simpson. Para él, toda su vida no era más que un abrir y cerrar de ojos. Shay ni siquiera había nacido durante el escándalo Watergate, la Guerra Fría o Vietnam.

Era muy joven, demasiado joven para saber mucho de nada, y sin embargo, había experimentado partes de su vida que habían sucedido hace cientos de años.

—Está bien, cruces: ¿verdadero o falso? —preguntó Shay.

—No estás tratando de descubrir cómo matarme, ¿verdad? —dijo.

—¡No! —exclamó—. Dios. Salvé tu vida dos veces. Y podría salir corriendo por la puerta ahora mismo, sin cruz. No estás exactamente en plena forma. Es sólo lo primero que me vino a la cabeza. Vampiros, cruces.

La había ofendido. No lo había pretendido. En realidad había estado bromeando, porque, como ella dijo, le había salvado la vida dos veces.

—Las cruces no hieren a mi familia. O el agua bendita. Pero he oído que hay algunos vampiros que pueden ser quemados por alguno de ellos.

—No lo entiendo —dijo.

Gabriel se encogió de hombros. —La mente es algo muy poderoso.

—¿Así que quema porque esperan que queme?

—Hasta donde yo sé, todos los vampiros son fisiológicamente de la misma manera, de modo que esa es mi teoría —respondió—. Si realmente crees que eres una criatura malvada, abandonada por Dios, entonces un artefacto religioso te quema.

—Y tú sabes que no eres una criatura malvada, abandonada por Dios, por lo que no te hace daño —dijo—. Entonces, ¿por qué funciona el espino blanco?

—Creo que es simplemente venenoso para nosotros —dijo Gabriel, todavía aturdido por su afirmación casual de que no era malvado. Prácticamente la había ahogado, secuestrado y utilizado como escudo humano, y sin embargo no pensaba en él como malvado.

—¿Puedo preguntar algo más? —dijo—. En realidad, ¿puedo hacer muchas, muchas preguntas?



Sonrió, a pesar de sí mismo. —Adelante.

—Está bien. ¿Qué pasa con Sam? —comenzó—. En una de las visiones que vi, fue tu último día en el sol, y Sam estuvo completamente increíble. Pero luego vi la noche en que te robó del orfanato, y eso fue aterrador. Quiero decir, él no tomó a Elena, porque sabía lo mucho que querías que se quedara oculta. Pero te tomó, y eras sólo un niño pequeño. Entonces, ¿qué pasa? ¿Es bueno o malo?

La miró boquiabierto. No había estado esperando algo tan personal. Se había imaginado que preguntaría acerca de asesinos de vampiros o si podía convertirse en niebla.

Shay se dio cuenta de su expresión.

—Lo siento. Supongo que es raro que incluso sepa de Elena —dijo—. Probablemente te estoy asustando.

Gabriel no había esperado que un humano tratara de ver las cosas desde su perspectiva. ¿Haber estado en su interior, como ella lo describía, en realidad la había hecho estar dispuesta a verlo como un ser con emociones iguales a las suyas?

—Es extraño. Pero no es como si intencionalmente te hubieras propuesto a espiar —dijo Gabriel. Pensó por un momento—. Estoy tan acostumbrado a la forma en que mi familia está formada, que ya no me parece horrible o incluso extraño. Han pasado casi 400 años desde que los vampiros fueron al orfanato.

Ahora era su turno de mirarlo boquiabierta.

—Soy más viejo de lo que parezco —señaló—. No he pensado en esa noche en mucho tiempo, literalmente. Supongo que fue aterrador. Mirando hacia atrás, sin embargo, lo veo como la noche en que encontré un hogar, un hogar de verdad.

Pensó que ella iba a empezar a discutir de inmediato, insistiendo en que no podía en realidad sentir de la forma en que sentía. En su lugar, esperó a que continuara.

—No tenía una familia antes de esa noche. Casi tenía una hermana, Elena, pero no recuerdo a mis padres. No sé si siquiera tengo, tuve, algunos hermanos y hermanas biológicas. Es difícil para mí imaginar cómo habría sido mi vida si esa noche no hubiera sido tomado. Solía desear que Elena también hubiera sido tomada. Pero Sam sabía que yo creía que estaba salvándola, y me dejó tener eso.

—¿Por qué te tomó? —preguntó Shay—. ¿Y a los otros?

—No podemos reproducirnos como los humanos. Para nosotros, tener hijos significa tomarlos —suspiró—. Eso suena mal. En mi familia, sólo tomamos a huérfanos. Ellos no tenían familia, por lo que les daríamos una. El niño es criado con nosotros, como si fuéramos sus padres, hermanos mayores, lo que te convenza. Cuando son mayores, sirven como nuestros ojos y oídos durante el



día. Y cuando son adultos, se unen a nosotros a través del ritual de sangre. Se convierten en vampiros.

—Es por eso que sólo querían a los niños más pequeños —murmuró Shay—. Para que no recordaran.

—Sí. Para niños aunque sea un poco mayores que yo, convertirse en parte de la familia es casi imposible. Los recuerdos de la vida humana son demasiado fuertes. Los míos casi se habían desvanecido antes de que tomara la decisión de renunciar al sol —respondió.

—¿Fue realmente una elección? Quiero decir, entiendo que el tiempo era una opción. ¿Pero podías haber mantenido tu humanidad, si hubieras querido? —Sus ojos estaban decididos.

El instinto de Gabriel era simplemente decir que sí, decir que no fue forzado para nada.

—Para ser honesto, no lo sé —admitió. Intentó imaginarse la reacción de Ernst si le hubiera dado la espalda a su familia. Era demasiado doloroso pensar en lastimar al hombre que se había convertido en su padre de esa manera—. Nunca pasó. Ningún humano es transformado hasta que él o ella alcanzan la madurez física. Para ese momento…

—Para ese momento no hay nada a lo que regresar. Como si no pudieras volver a Elena catorce años después de haber sido llevado —dijo—. Ella no te hubiera reconocido.

—Me gusta pensar que me recordaría. Yo nunca la olvidé. Pero Elena no habría sido capaz de darme todo lo que mi familia me dio. Los amaba y ellos me amaban. Esa es la razón por la que ninguno de nosotros nunca consideró rechazar la oportunidad de transformarse.

—Te vi una vez, a la espera de una niña huérfana para llevarla. Tú y Ernst pensaban que su madre estaba muriendo de gripe.

Gabriel negó con la cabeza. No recordaba esa noche.

—Su padre ya había muerto. Pero Ernst dijo que esperaba que no tuvieran que llevarla —explicó—. Estabas afuera, mirando la casa. Esperando.

El recuerdo le regresó como una marejada. Qué extraño que ella recordara semejante detalle sobre un momento que él había olvidado por completo.

—Millie —dijo con una sonrisa—. Tenía cuatro, lo bastante grande para entender que sus padres se habían ido. Pero con el tiempo el recuerdo desapareció. Luego de eso Ernst se volvió su padre. Es el padre de todos nosotros.

—Esa visión me hizo pensar en mi propio papá. Nunca lo conocí. Dejó a mi madre antes de que yo naciera —le dijo Shay—. Ernst te dijo que tus padres estaban en ti, parte de ti, a pesar de nunca haberlos conocido. —Gabriel la vio

pasar ligeramente sus dedos sobre su rostro, entonces bajó hacia el collar que colgaba debajo de su camisa—. No estoy segura de si eso sería algo bueno o algo malo.

—Yo escogí así que creo que es bueno —respondió él—. Aunque no sé nada más de mis padres de lo que tú sabes del tuyo.

Shay resopló.

—Sé que nos dejó.

Eso es peor, pensó. Podría ser preferible no saber nada, como él.

—Dijiste que tenías muchas, muchas preguntas —le recordó, esperando sacarla del lugar sombrío donde se había deslizado.

—Cierto. Bien. —Shay pensó por un momento—. Así que estudias a los murciélagos, ¿verdad? ¿Eso es como una broma interna o qué?

—Ernst siempre ha estado fascinado por la ciencia, ha estado desde su invención. —Sonrió—. Además, trabajando como investigadores en una ubicación remota nos da la privacidad que necesitamos. Lo hemos estado haciendo por doscientos años, en distintos lugares. Es una buena tapadera. ¿En cuánto a por qué los murciélagos? Supongo que hay una atractiva ironía. Pero principalmente es porque son nocturnos y nosotros también, y hemos sido capaces de conseguir una beca para estudiarlos.

—Vaya. Eso es mucho menos interesante que "Nos convertimos en murciélagos a voluntad, y así estamos rodeados de nuestros hermanos chupasangre" —le dijo Shay.

—Lo sé. Lo siento. —Gabriel rió—. Estamos muy cómodos en las cuevas, por lo que vale la pena. Vivimos en ellas cuando estábamos en Grecia.

Shay se encogió de hombros.

—Eso suena incómodo si no eres un murciélago.

No quiso pensar en su caverna en Grecia. Apartó el recuerdo, como siempre hacía cuando aparecía.

—Quizás cuando dejemos Tennesse, escojamos una nueva especialidad. Los hijos de la noche, posiblemente.

—¿Qué?

—No te fascinan los clásicos de tradición vampírica. Se supone que tenemos una afinidad por los lobos. Drácula los llama los hijos de la noche. —Usó su mejor mal acento de Transilvania, y ella rió.

El sonido lo sobresaltó. Esto estaba mal. Se estaba sintiendo muy cómodo con ella, quizás porque estaba actuando muy cómoda con él. ¿Realmente creía que

lo conocía luego de un puñado de visiones? ¿Pequeños pedazos de una vida que había durado siglos?

Si lo conociera, no se sentiría tan cómoda. Estaría disgustada por lo que él había hecho. Quizás incluso lo dejaría morir. Quizás se lo mereciera.

—Aunque, ¿de dónde vienen los vampiros en primer lugar? —preguntó Shay—. Si no pueden reproducirse, entonces necesitan a otro vampiro para hacerte.

—Más de uno. Es un ritual que implica a toda la familia.

—Pero, ¿cómo llegó a existir el primer vampiro? —presionó Shay.

Se sintió repentinamente cansado del juego pregunta y respuesta. Anhelaba la oscuridad y la inconsciencia del sueño durante el día. Pero todavía no era el momento, y no podía entrar en ese estado a voluntad. Además, él le había permitido que curioseara.

—¿De dónde vino el primer hombre? —contestó—. ¿Adán y Eva? ¿Evolución? En China hay una historia que dice que Pan-Gu, el primer ser, creció dentro de un gran huevo cósmico.

—Ajá —dijo Shay.

—Sí —respondió.

Shay bostezó.

—Debes estar cansada —dijo Gabriel—. Es tarde para ti. —Deseó que no se quedara dormida ya que él no podía.

—Dormí mucho durante el día mientras estabas inconsciente —le dijo—. No estaba segura de si ibas a despertar. Pero recordé que es difícil para ti permanecer despierto durante el día.

—Se llama el sueño de la muerte. Algunos de los vampiros más antiguos pueden luchar contra el impulso y permanecer despiertos durante las horas del día.

—Como Sam —murmuró ella. Era surrealista escuchar el nombre de Sam en sus labios.

—Todavía no he desarrollado esa capacidad, aunque he estado intentando. Entregarnos completamente al sueño de la muerte nos hace demasiado vulnerables —explicó.

—¿Entonces no debería preocuparme si te encuentras de esa manera el día de mañana?

—No deberías preocuparte. —¿Cómo había llegado a este lugar, donde le estaba diciendo a una humana que no se preocupara por él?

—He estado despierta a la mitad de la noche mucho tiempo. En los hospitales, te despiertan cada pocas horas, para medicamentos, hacer chequeos o algo así —dijo Shay—. A veces hay una buena película vieja. ¿Quieres ver? —Se levantó y tomó el control remoto de encima del televisor—. Aunque supongo que no hay películas antiguas para ti.

—En realidad no —respondió—. Vi una de las primeras películas. Me colé, aunque se supone que no tendría contacto con los humanos a menos que fuera absolutamente *necesario*.

—A menos que estuvieras bebiendo su sangre —comentó Shay.

Gabriel levantó una ceja.

—¿Qué parte de necesario no entiendes?

—A veces suenas tan moderno —dijo Shay.

—Soy moderno. He estado por aquí por mucho tiempo. Si no eres capaz de adaptarte, morirás. Es algo que les enseñamos a los niños de nuestra familia. Ahora, ¿quieres escuchar esta historia o no?

—Sí. Continúa. Por favor.

¿Ella se estaba burlando de él? ¿Qué tipo de humana era?

Retornó a su anécdota.

—De todos modos, fue un pedacito de película. Un pistolero de frente a la cámara, así, hacia la audiencia, y disparó. Las personas se tiraron al suelo, intentando cubrirse.

—¿Qué hiciste? —preguntó.

—No tuviste una visión de ese día, desde luego. —Una de las esquinas de la boca de Gabriel se curvó hacia arriba en una media sonrisa—. No hice nada, solo pensé que fue fantástico.

Shay estudió su rostro por unos cuantos segundos.

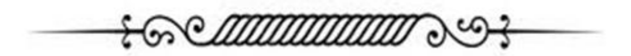
—No, gritaste como una niña de coletas —adivinó.

—Podría haber hecho algún sonido varonil de sorpresa —respondió.

Shay se rió. Nuevamente fue golpeado por lo surrealista de estar sentado con una humana. Hablando con ella como si realmente lo hubiera conocido por años.

Permanece concentrado, se dijo para sí. *Es verdad, ella es inocente. Y me aseguraré de que esté a salvo.*

Pero su madre y su padrastro eran otra historia. Merecían sufrir por lo que le habían hecho. Él los haría pagar por cada hora que lo habían mantenido cautivo. Después los mataría.



Shay se acercó y pasó un dedo bajando a lo largo del brazo de Gabriel, notando la sensación de suave piel caliente sobre músculo firme. Él no reaccionó. Dudó, luego alejó su cabello marrón oscuro de su frente, dejando que por un momento sus dedos se enredaran en los rizos. Había estado queriendo sentir la textura, y lo sintió de la manera que esperaba: suave y mullido al mismo tiempo.

Repentinamente, alejó su mano. ¿Qué estaba haciendo? Gabriel estaba dormido, muy dormido mientras ella lo había asaltado sexualmente. Más que eso. Todo su sistema se había ralentizado: su ritmo cardiaco, su respiración. Era casi como si estuviera en coma, vivo, pero sin estar consciente de su entorno.

¿O estaba consciente, en algún nivel profundo, de todo lo que experimentaba durante su estado de sueño durante el día? Se ruborizó ante el pensamiento de Gabriel sintiendo su suave toque, sabiéndolo sin poder reaccionar, para poder apartar su mano. Eso o capturar su mano y sostenerla cerca.

Se levantó de la cama de un salto, donde había estado sentada junto a Gabriel. *Este es el sujeto que me tomó de rehén*, se recordó para sí, consternada que lo imaginó tocándola y le gustó lo que estaba imaginando.

Bueno, también era el sujeto que la había mantenido viva con su sangre, quien le había cambiado completamente la vida, dejándola experimentar fuerza, poder y normalidad. Era el sujeto que había intentado proteger a su mejor amiga, incluso a los cinco años. Quien amaba a Ernst a pesar de que había matado a un hombre en un frenesí de furia. Era sensible. Poderosamente conectado a las personas de su familia.

Y era el sujeto con el que había permanecido toda la noche despierta, hablando y hablando. Había sido, a pesar de las circunstancias que lo provocaron, una de las mejores noches de su vida. ¿A quién estaba *engañando*? Fue la mejor. Nunca se había sentido tan cercana a alguien, salvo su mamá. Mamá, quien le había estado mintiendo, quien había encontrado a Gabriel y lo tomó cautivo. El pensamiento trajo una mezcla de emociones crudas. Se sintió traicionada, enojada, como si el mundo hubiera sido quitado de debajo de sus pies.

Pero aun así, este había sido el momento más largo que había estado sin hablar con su madre. Lo que era casi patético, ya que solo había pasado un día. No podía sacar los sollozos de mamá de su mente.

Los apartó y volvió su atención a Gabriel. No quería pensar en cualquiera de esas cosas en este momento. Lo que quería hacer era pasar su pulgar sobre sus labios. Eran perfectos. El de arriba perfectamente moldeado. El inferior un poco más lleno que el de arriba. Quiso besar ese tatuaje que tenía en el cuello, un estilizado fénix que vibraba tan ligeramente como su pulso.

Tengo que salir de aquí, decidió. No podía pasarse todo el día mirándolo. Bueno, quizás podía, pero no iba a hacerlo. Se apresuró a la puerta. La abrió solo un poquito, asegurándose de que nada de luz lo tocara, luego se deslizó en el exterior, en la luz del día. ¿Cómo se sentiría nunca más sentir esa calidez y ese brillo? Alzó la vista hacia la amistosa esfera amarilla por unos segundos. No podía imaginarse vivir sin el sol.

Puedo irme ahora, pensó. *Gabriel está vivo. No tengo que quedarme.*

El pensamiento pareció paralizarla, dejándola pegada en ese lugar bajo la luz del sol. ¿Por qué no se metía en el auto y se alejaba? Su mente le ofreció argumentos: Gabriel ni siquiera podía caminar; quizás no sea capaz de alcanzar la sangre. Si alguien entra a la habitación, él estaba demasiado débil para pelear. Pero eran solo excusas, no la verdad.

La verdad era que no quería irse.

Estoy muriendo, pensó, sabiendo que esa era la verdad a pesar de sentirse tan fuerte. La fuerza no era de ella; solo era tomada de Gabriel. No duraría. Pero mientras lo hiciera, quería hacer algo que valiera la pena. Vivir con Martin y mamá no lo haría. Volver a la escuela tampoco. Nada de eso *importaba* realmente. Pero estar cerca de un vampiro, de quien le había dado su fuerza, de quien se sentía atraída… bueno, eso importaba. Era una experiencia que ni siquiera las personas que vivían cien años podían tener.

Le dije a Gabriel que me quedaría hasta que estuviera fuerte, y lo haré, se dijo. *Entonces no tengo que pensar en irme.*

Exploró el área circundante fuera del motel de la interestatal y encontró un restaurante de comida japonesa. Todo lo que tendría que hacer sería cruzar un par de lugares de estacionamiento para llegar. En el camino, pasó una tienda Tres Dólares e impulsivamente se dirigió allí. Vagó por ahí, mirando la mescolanza de mercancía. Tomó una canasta y arrojó un par de cepillos de diente, algo de pasta dental, luego un juego de cartas de *High School Musical*. Era fácil adivinar por qué algunas cosas terminaban en la tienda de cosas baratas.

Es como la Isla de Juguetes Defectuosos, pensó. Hubo una estadía en el hospital donde había mirado *Rudolph* cada día, varias veces al día, a pesar de que era agosto. De alguna manera la hacía sentir segura, quizás porque sabía que todo iba a resultar bien para los renos, los juguetes y el elfo que quería ser dentista. O tal vez porque su madre había estado allí para sostener su mano cada vez que atacaba el abominable hombre de las nieves.

Agregó a su cesta un harapiento leopardo de juguete. No lo necesitaba. Obviamente, no lo necesitaba. Pero costaba un dólar. Y necesitaba un hogar. También lo necesitaban todos esos juguetes tristes al final del pasillo, pero no podía rescatar a todos.

Recogió unas cuantas revistas y algo de dulce que parecía realmente insalubre de una manera divertida, todos colores fluorescentes.



—¿Niñera? —le preguntó el cajero cuando fue a pagar.

—Sí —respondió. De una extraña manera ésa era la verdad. Era la niñera de un vampiro que era cientos de años más viejo que ella. El pensamiento la hizo sonreír, a pesar que no era nada para sonreír. En realidad, no había nada sobre lo que sonreír. Jesús. Su madre y Martin, ¿cómo podían haber hecho esto?

Apresuró un poco su paso, la ansiedad dándole nervios, mientras salía de la tienda y continuaba hacia el IHOP. Shay no había querido preocupar a Gabriel mencionando que había llamado a casa antes de volver con él. No lo quería pensando que Martin todavía venía en pos de ellos. Pero podría. Mamá y Martin por ahora sabrían que no regresaba a casa. ¿Qué harían?

Había una caja de periódicos fuera del lugar de panqueques. Excavó por algo de cambio en los bolsillos de sus vaqueros y compró una copia del periódico local. Estaba a sólo dos horas de casa. Si Martin y su mamá lo habían hecho público, habría algún tipo de artículo. Una chica terminalmente enferma que desapareció sería una gran noticia. Y si la chica de la enfermedad terminal tenía un padrastro muy conocido, eso la haría aún más grande.

La camarera la saludó cuando entró.

—Sólo uno —dijo.

—Sígueme. —La camarera agarró un menú y le mostró una cabina. Mientras se deslizaba en su asiento, fue golpeada por la comprensión de que ésta era la primera vez que había comido en un restaurante por sí misma. Otra primera vez, gracias a la sangre de Gabriel.

—Tu camarero estará justo encima —le dijo la camarera. Asintió, pensando en la manera que Gabriel sólo se había cortado una vena para ella. Había necesitado sangre, y ahí estaba, sin vacilación de él.

Alimentándose de él, tomando la sangre directamente de su cuerpo al de ella, había sido casi abrumadoramente íntimo. Y la visión, en la granja con Sam y Ernest, se había sentido más nítida que las otras. Más… texturizada. Todo el tiempo había experimentado su miedo, repulsión y furia, el sabor de su sangre, caliente y agridulce, habían estado en su lengua.

—¿Café? —Shay levantó la mirada hacia su camarero. La actitud del chico le sugería que ya le había hecho la pregunta más de una vez.

—Sí, por favor. —Agarró el menú—. Y panqueques con chispas de chocolate.

—¿Crema batida? —preguntó.

—Definitivamente. —Nunca antes había tenido café o chispas de chocolate. Nada con cafeína, por si acaso. Pero básicamente ya estaba muerta, sólo viviendo de la sangre de un vampiro hasta que borrara su deuda con Gabriel. Y si estaba muerta, nada podía matarla.



Así que trae la comida chatarra, pensó. *La sangre de Gabriel lo puede soportar.* Sonrió. Su cuerpo se sentía como si estuviera brillando desde adentro. Se había sentido así desde que se había alimentado de él anoche. Era incluso mejor que la fuerza que había tenido en la fiesta de Kaz y en la isla.

Imaginó a Gabriel encadenado a la mesa de examen, y su sonrisa desapareció. Ahí es donde había estado mientras ella estaba en la fiesta de Kaz. Y mientras había estado corriendo en la pista. Nadando en el río. Culpa brotaba a través de ella. Había rescatado a Gabriel tan pronto como había descubierto la verdad. Y él le había pagado tomándola de rehén por un tiempo. Así que quizás ya lo estaban.

Dos horas de estar sentados en un auto contra mi voluntad contra dos semanas de ser mantenido cautivo y drenado de sangre, pensó. *No estoy segura incluso si alguna vez será.*

Extendió el periódico delante de ella y comenzó a moverse a través de él, asegurándose de ver cada artículo. Para el momento que llegó su comida, había hecho todo el camino hasta la última página, y no había habido nada sobre ella huyendo o siendo secuestrada, nada sobre ella en absoluto.

Bien. Pero necesitaba más información. Tan pronto como pagó la cuenta y salió, sacó su celular para llamar a Olivia. Debería ser capaz de atrapar a su amiga entre el primer y segundo período.

—Le dije a tu mamá sobre Miami —dijo Olivia, sin molestarse con un "hola"—. Lo creyó. —*¿Por qué no lo haría... viniendo de ti, la devota amiga de su pobre hija enferma?* pensó. Olivia era como un ángel para su mamá. Alguien que le daba a su hija el regalo de la semi-normalidad simplemente por pasar el rato con ella.

—Eso es genial —exclamó—. Muchas gracias. Gracias, gracias. —A Olivia le gustaba la gratitud. Y Shay estaba sinceramente agradecida. Ella había vuelto a Olivia en momentos en que ella tenía todos los motivos para rechazarla, y Olivia había llegado—. ¿Qué te dijo?

—Que estaba comprando un pasaje en el próximo avión. Va a alquilar un auto y conducir alrededor de Miami hasta que te encuentre —respondió Olivia.

—¿Y Martin? —Estaba mucho más preocupada por él. Su padrastro normalmente se salía con la suya. Cualquiera que tuviera el dinero y la fama de Martin normalmente se salía con la suya.

—Se está quedando en casa, en caso que vuelvas o llames —dijo Olivia.

—Bien. Bien. Eso está bien. —Pensar sobre Martin le daba nervios. Podía imaginar cuánto quería él a Gabriel de vuelta. Su sangre probablemente era el mejor golpe que Martin alguna vez obtendría en su histórico adelanto médico.

Por supuesto, principalmente quería a Gabriel de vuelta así podía mantener a Shay viva. Lo que significaba que él estaría igual de decidido a encontrarla. Sabía cuán fácil sería para ella morir aquí sola.



—Tu mamá me dio un mensaje para ti, en caso que estés interesada —le dijo Olivia.

—Claro que estoy interesada. —Aunque tal vez no debería estarlo. ¿Cómo podía su madre haber mantenido tal gran secreto de ella? ¿Cómo podía su madre haber permitido que Gabriel sufriera tanto?

—Dijo que todo lo que ha hecho toda tu vida es porque te ama —dijo Olivia.

Sintió lágrimas brotando de sus ojos. Podía sentir el dolor de su madre tan claramente como si fuera el suyo. Pero justo ahora no podía preocuparse por ella. Tenía que proteger a Gabriel. Tenía que cuidarlo. De cierta forma, era responsable por lo que su madre y Martin le habían hecho.

—Mi turno para hacer preguntas —anunció Olivia—. ¿Estás bien? No mientas.

—Estoy bien —respondió.

—¿*Bien* bien? —presionó—. ¿No te estás sintiendo enferma en absoluto? ¿O débil? ¿O febril?

—Realmente, Olivia, estoy bien. Saludable, incluso. —*Gracias a Gabriel*. Le había dado a ella su sangre tan libremente, incluso después de lo que Martin y su madre le habían hecho.

—Llámame mañana —dijo Olivia.

—Lo haré —prometió, colgando. Había llegado de nuevo a la habitación del motel, y sentía un aleteo de mariposas en su estómago mientras abría la puerta y entraba.

Gabriel dormía. Shay se sentó a mirarlo de nuevo.

¿Cómo no hacerlo? Él era como una mezcla de contradicciones. La había tratado tan duramente, y luego con tanta generosidad. ¿Quién era realmente?

Capítulo 11

Traducido por Caami, Clau12345, Vanehz y Sweet Nemesis

Corregido por flochi

—¿Es extraño beberla fría? —preguntó Shay, entregándole a Gabriel una bolsa de sangre. Él estaba mejor esta noche. Tomó la bolsa, la abrió y bebió un largo trago, todo esto sin ayuda.

—Refrescante —dijo mientras Shay se sentaba en la cama junto a él—. Prefiero el estilo Frappuccino, pero… —Se encogió de hombros, y Shay vio fascinada la manera en que el movimiento hizo que los músculos de su espalda subieran y bajaran debajo de su camiseta.

Apartó la vista. ¿Los vampiros eran psíquicos? ¿No había leído algo así una vez? Si Gabriel podía decir lo que estaba pensando, sería algo más allá de lo humillante.

—Supongo que podría conseguir una licuadora —balbuceó ella, tratando de alejar sus pensamientos del cuerpo de Gabriel. Tenía realmente un muy buen cuerpo.

Gabriel se echó a reír.

—Estaba bromeando —le dijo.

—Así que los vampiros tienen sentido del humor —bromeó Shay—. ¿Qué hay de leer la mente? ¿Pueden… tu… puedes hacerlo?

—¿Por qué? —Gabriel levantó una ceja—. ¿Has estado pensando en cosas que no quieres que sepa?

—Todo el mundo piensa cosas que no quieren que otras personas sepan —dijo Shay, el calor inundando su cuello y rostro. Maldita sea. Se estaba sonrojando. No tendrías que ser adivino para saber lo que eso significaba.

Gabriel se apartó de ella y tomó otro largo trago. *Definitivamente es fuerte*, pensó Shay mientras lo observaba. *Será capaz de cuidar de sí mismo pronto, y podré ir a casa.*



Casa. Dios. Ya no tenía una casa, no realmente. Si, mamá estaría contentísima de verla. Martin, bueno, ¿Quién sabía lo que Martin sentía? Obviamente no creía que hubiera algo malo en encarcelar y torturar a un ser vivo con el fin de encontrar una cura para la enfermedad de Shay. Probablemente pensaba que el horror de Shay era una reacción exagerada, y definitivamente pensaba que ella estaba siendo estúpida. Él casi dijo eso cuando dijo que ella moriría sin la sangre. En el mundo de Martin, lo único sensato por hacer sería ir a casa y comenzar a robar la sangre de Gabriel de nuevo.

Shay lanzó un suspiro. No podía volver a su antigua vida con ellos, no ahora. Tal vez en realidad debería haber seguido con la mentira que le había pedido a Olivia contar. No despegar a Miami, pero sí irse a alguna parte, tan lejos como su tanque de gas la lleve, y luego vivir —vivir, vivir, vivir— hasta que no pudiera hacerlo más.

La idea la hacía sentirse mejor. Se había prometido que abrazaría la vida, y que todavía podía hacerlo.

Gabriel notó la bolsa de la tienda de Tres Dólares en el suelo junto a la cama.

—¿Saliste? —preguntó, y había un filo en su voz.

—Me aseguré de que el sol no te golpeara —le dijo Shay—. Pero no te preocupes, no te dejaré hasta que estés lo bastante fuerte como para manejarte por tu cuenta. Parece que te sientes mejor. ¿No es así?

Gabriel no respondió. En su lugar, recogió la bolsa. Bromeando, Shay se la arrebató.

—Nuh-uh. Sin mirar hasta que contestes mi pregunta.

—Recuérdame.

—¿Puedes leer mentes? —preguntó Shay.

—No. Aunque, cuando me alimento, consigo un torrente de emociones provenientes del Dador. No están conectados a los pensamientos, sólo pura emoción —dijo Gabriel.

—Sí. Lo recuerdo de una de las visiones. Era como estar inmersa en un océano de sentimientos. Y, por cierto, no sabría qué es estar en el océano si no fuera por ti. Nunca he hecho eso en mi propio cuerpo, pero estabas nadando en Grecia, y yo estaba allí. Sostenida por el agua salada. Nadando en un sendero de luz proveniente de la puesta de sol.

—Hace tanto tiempo —dijo Gabriel—. He nadado en el mar muchas veces, muchas, muchas veces desde entonces. Pero nunca con los colores de la puesta del sol entendiéndose frente a mí, deslumbrándome. —Frunció el ceño.

—Lo echas de menos, ¿no? ¿Al sol? —preguntó Shay.



—La mayor parte del tiempo no. Hay compensaciones —respondió Gabriel, pero no parecía convencido. Esa racha de tristeza que a veces había sentido en él parecía estar cerca de la superficie en estos momentos.

—¿Compensaciones como qué? Ni siquiera puedes leer la mente —dijo Shay burlándose de él—. Y no me digas que esa nariz tuya de perro compensa no ver el sol.

—Mi nariz no es fría y húmeda. —Gabriel se la tocó, como si lo comprobara.

—No de esa manera. Me refiero a tu sentido del olfato. Vi en algún programa de *Discovery Channel* que los perros pueden oler una gota de sangre en cinco litros de agua. Tienen más receptores olfativos que los seres humanos —dijo Shay.

—Miras mucha televisión —comentó.

—Paso mucho tiempo en la cama —dijo. Luego se llevó la mano a la boca—. ¡Durmiendo, quiero decir! Porque estoy enferma. Es una cosa de Chica Enferma.

Gabriel se dio vuelta, tratando de ocultar su sonrisa, pero ella la vio de todos modos. Dejó caer la cabeza entre las manos, ocultando su rostro y sus mejillas sonrosadas.

—Así que tienes una Súper Nariz, puedes ver en la oscuridad, y puedes escuchar como un loco —dijo a través de sus dedos—. Estuve en tu cueva una vez, y escuché los latidos del corazón de los murciélagos.

—Supongo —dijo Gabriel con un encogimiento de hombros—. No puedo decir que eso haya hecho una gran impresión en mí.

—Todo hace una impresión en ti —insistió Shay—. Lo sé. He estado en ti. —Pero esa visión en las cavernas, había sido diferente. Gabriel todavía había estado oliendo, escuchando, y viendo todo. Pero se sentía bloqueado de alguna manera, ahora se daba cuenta. Estaba experimentando cosas, pero en realidad no las había dejado entrar. *¿Qué pasó?* se preguntaba. *¿Por qué no apreciar la vida tanto como solías hacerlo?*

—Sam solía decir que tenía sed por la vida —dijo Gabriel—. Es irónico, ¿huh?

—Bueno, literalmente tienes sed de ella. —Shay asintió hacia la bolsa de sangre en su mano. Gabriel la miró, luego se la llevó a los labios y la drenó.

—No es lectura de mente, pero sí tengo vínculos con los otros miembros de mi familia. Sé cómo se siente cada uno de ellos. Sé si tienen dolor o si necesitan ayuda. Y puedo sentir dónde están —dijo Gabriel mientras lanzaba la bolsa de plástico—. Ahora ese vínculo se ha roto. Tan pronto como el espino golpeó mi sistema, desapareció. No sé si es permanente o no. Estoy suponiendo que mi familia tampoco puede sentirme, o hubieran venido por mí.

—Lo siento —dijo Shay. No sabía qué más decir. Gabriel amaba a su familia, lo sabía. Y ser separado de ellos, especialmente en un momento en que había sido



tratado tan mal, bueno, tenía que ser horrible. Debe sentirse insoportablemente solitario, sin esa conexión—. ¿Quieres… quieres hablar de ello?

—No, quiero la bolsa. —Él la alcanzó y arrancó con facilidad la bolsa de la tienda de Tres Dólares de sus dedos—. He ganado mirar. —Los labios de Gabriel se torcieron en una sonrisa cuando sacó el peluche de leopardo—. No puedo leer mentes, como ya sabes —le dijo—. Así que voy a necesitar una explicación.

—No tengo una. Sólo… en realidad, no hay explicación —dijo Shay.

—¿Simplemente apareció en la bolsa?

—Quería venir conmigo. ¿Qué puedo decir? —preguntó, sintiéndose un poco tonta, sobre todo cuando Gabriel estudió su rostro durante un buen rato—. ¿Qué? —preguntó finalmente.

—Nada. —Gabriel sacó el cepillo de dientes y la pasta dental.

—No estoy segura. ¿Aún te cepillas? —preguntó Shay.

Él rió.

—Sí. Gracias.

Añadió el juego de cartas a la pila.

—Pensé que podríamos querer hacer algo —explicó Shay. Gabriel volcó la bolsa, y un arco iris de dulces cayó al suelo.

—¿Estás pensando comer esto? —Gabriel levantó un anillo de plástico con una enorme piedra azul translucida hecha de caramelo duro.

Shay tomó el anillo, lo desenvolvió, se lo puso en un dedo, y lo lamió.

—Nunca he podido comer nada de esto —admitió.

—¿Por qué lo quieres? —Gabriel se vio débilmente repugnado.

—Porque nunca lo he tenido permitido. Es una cosa de Chica Enferma. Sólo alimentos saludables. Comida insípida, sin sabor, saludable. —Shay le dio otra lamida.

—Sigues diciendo eso, una cosa de Chica Enferma. ¿Es así como realmente te ves a ti misma, como nada más que una chica enferma? —preguntó Gabriel.

La pregunta fue como una bofetada en la nuca.

—Uh, sí, a veces, supongo —dijo Shay. Ella siempre estaba mentalmente acusando a Olivia y a todos los demás en su vida de verla sólo como la Chica Enferma. Nunca se había dado cuenta de que ella se hacía eso a sí misma de igual manera.

—Bueno, tómalo de mí, hay más de ti que una enfermedad. Eres única en tu especie —dijo Gabriel—. Para empezar, estás sentada en un hotel con un vampiro y estás actuando como si no fuera importante.

Shay soltó un bufido.

—Dijiste importante.

—No rompas mi burbuja —disparó Gabriel—. En serio, no eres simplemente la "Chica Enferma". Eres Shay. Eres única.

—*Especial* —musitó Shay, avergonzada por la forma en que la estaba mirando—. Esa es la palabra clave para "enferma", "dañada" o "rara".

—También significa "importante". "Poco común". —Gabriel se acercó más a ella—. "Rara".

Si no dejaba de mirarla en la forma en que lo hacía, como si fuera *especial*, no especial, no creía que podría soportarlo. Alargó la mano y cogió el paquete de algodón de azúcar de la cama.

—¿Comes? Quiero decir, ¿*puedes*? ¿O es sangre todo el tiempo?

—La sangre es todo lo que puedo digerir ahora —respondió Gabriel.

Shay rasgó la bolsa de algodón de azúcar y puso una de las piezas esponjosas de color rosa en su lengua. Se disolvió instantáneamente.

—Puedes comer esto, apuesto. En realidad no hay nada que digerir. Es como si se evaporara en la dulzura.

—Paso —dijo Gabriel.

—¿Por qué? ¿Dónde está mi Gabriel "abrazo-la-vida"? —¿Ella realmente acababa de llamar a Gabriel *suyo*?

—Te das cuenta de que me has conocido a un montón de diferentes edades. He cambiado con el tiempo. El que estás pensando, es una versión antigua —respondió Gabriel.

—Así que ahora eres el sujeto de la cueva. Con todos esos increíbles sentidos que tienes apagados. ¿Es eso? —exigió Shay.

—Después de estar vivo por cientos de años, dime si todavía tomarías tiempo para apreciar cada experiencia —espetó Gabriel.

—Me siento como… ni siquiera sé cómo describirlo. —Shay deslizó sus dedos en su cabello, ante una pérdida.

—¿Por qué te importa? —preguntó Gabriel.

—Porque cambió mi vida, ¿de acuerdo? —estalló Shay—. Tu sangre me dio fuerza y salud, pero *tú*, la forma en que vivías, me inspiró. Quería ser como tú. Quería sentirlo todo, hacer todo de la manera en que tú lo hiciste. Antes,

cuando eras joven —añadió, el disgusto raspaba su voz—. Las transfusiones me cambiaron de una manera profunda. Físicamente, me hacían sentir normal. Lo cual, para una chica enferma, o sea yo, era lo mismo que sentirme sobrehumana. Y ver tu vida me hizo pensar en el mundo y en mi propia vida de una manera diferente.

Shay extendió la mano y le tocó el brazo ligeramente.

—Ahora sé que esas transfusiones implicaban un costo. No las habría tomado si hubiera sabido que eras real y lo que estabas sufriendo. Pero todavía quiero darte las gracias. ¿Es malo eso? ¿Agradecerte por algo que el dar casi te destruyó?

Gabriel no respondió. En su lugar, le hizo una de sus preguntas.

—¿Qué hiciste después de la primera?

—¿La primera transfusión de sangre? —Shay sonrió recordando—. Me tomé una cerveza.

Se miraron el uno al otro durante un largo rato y luego Shay se echó a reír. No sonaba tan profundo o trascendente cuando describía esa parte de ella.

Gabriel soltó un bufido.

—Excelente —bromeó—. ¿Para qué más utilizaste mi sangre?

—Correr. Fui a educación física y corrí. Y bailar. Y nadé. Y me besuqueé con el novio de mi mejor amiga —confesó—. ¿Quieres jugar a las cartas?

—Recapitulando. ¿Saliste con el novio de tu mejor amiga?

—Completamente basura, ¿verdad? —preguntó Shay. Gabriel no dijo nada, sólo esperó a que ella siguiera adelante—. Yo nunca había besado a nadie, además de ya sabes, mi mamá. No tengo abuelos o... —Ella sacudió la cabeza—. Estaba desvariando. Nunca había besado a un chico. Y creía que nunca lo haría. No pensé que tendría... el tiempo. Pero entonces, después de una transfusión fui a una fiesta y Kaz, que es el novio de mi amiga, y yo bailamos. Y quería saber, realmente quería saber cómo se siente. No pensé en Olivia. No pensé en nada. Quería sentir y dejarme ir. Tal vez no lo habría hecho si no hubiese estado bebiendo, pero simplemente me dejé ir.

Gabriel siguió sin decir nada.

—La transfusión antes de la fiesta, me mostró una visión de ti en tu último día con el sol —explicó Shay—. Lo que Sam te dijo... eso realmente me llamó la atención. ¿Te acuerdas? Él te dijo que siempre habías sentido las cosas profundamente, que querías experimentar todo lo relacionado con tu humanidad antes de convertirte en un vampiro. Yo quería ser como tú, ese chico humano que quería tomar todo lo que el mundo tenía para ofrecer.

—Eso fue hace mucho tiempo. Tenía diecinueve años —dijo Gabriel.

—¿No lo echas de menos? ¿No lo quieres de vuelta? —preguntó Shay—. Ahora que he tenido la oportunidad de estar en el mundo y tratar de chupar la médula de la vida, no me acuerdo quien dijo eso…

—Thoreau —dijo Gabriel en voz baja.

—De acuerdo. Ahora que he tenido eso, no quiero renunciar a ello. Incluso si viviera mil años, no lo haría. Eso es de lo que me he dado cuenta. Antes sólo estaba tratando de sobrevivir, teniendo cuidado de que mi cuerpo siguiera un día más. Pero realmente *viva*… eso es diferente. Es el punto de todo. Sin ese sentimiento, ¿por qué molestarse siquiera en vivir?

—No sé —dijo Gabriel. No estaba contestándole a ella, estaba hablando de sí mismo. Shay no sabía qué había pasado que le robó la alegría de vivir, pero quería ayudarlo a encontrarlo de nuevo. De la misma forma en que él la había ayudado.

—Abre la boca —le dijo. Para su sorpresa, Gabriel lo hizo. Shay le metió un pedazo de algodón de azúcar en su interior—. ¡Ahora disfrútalo! —ordenó.

Gabriel cerró los ojos y frunció el ceño.

—No trates tan duro —lo entrenó Shay—. Dime qué probaste, oliste, todo.

—Tiene una superficie increíble. Muchos puntos de contacto con todos esos hilos. Va de esponjoso a pegajoso a pequeños pedazos que son casi crujientes. Hay un amargo sabor mineral, no muy fuerte, tal vez de colorante. Más que nada dulzura, dulzura abrumadora. No tiene un montón de ingredientes.

Gabriel abrió los ojos.

—Se ha ido.

—Así que, ¿te gusta? —preguntó Shay.

—Eh… no quiero decepcionarte. Agradezco el esfuerzo.

—No, no lo haces. Te molestaste en esforzarte —dijo Shay.

Gabriel se echó a reír.

—Bueno, que te ordenen tener una experiencia agradable, no es exactamente…

Shay ya estaba tan cerca de él. Todo lo que tenía que hacer era inclinarse un poco más. Y así lo hizo, lo interrumpió con un beso, ligero y rápido. Tan ligero y rápido que no podía creer que su cuerpo respondiera con tanta fuerza como lo hizo. Se sentía como si una flecha de fuego la había atravesado directo por la espalda. *Eso* no había sucedido con Chris Briglia. O con Kaz.

Ella se echó rápidamente hacia atrás.

—¿Qué fue eso? —Gabriel parecía atónito. Shay había recogido la palabra de un especialista de sangre británica que había visto una vez y que encajaba a la perfección con la reacción de Gabriel.

—Un beso —dijo Shay, pasando por casual, a pesar de que su corazón latía con fuerza—. Algo que tal vez no tendría que pedirte que encontraras agradable.

Gabriel negó con la cabeza, pasando un dedo sobre sus labios.

—Tú realmente eres única en tu especie.

—¿Fue placentero? —preguntó Shay.

—No estoy seguro de que sentí aparte de sorpresa —admitió Gabriel.

—¿Significa eso que debemos intentarlo de nuevo? —preguntó Shay. Esta vez buscó un tono de broma pero estaba absolutamente seria. Quería esto. Realmente quería esto. No se había dado cuenta de cuánto hasta ese beso rápido, impulsivo. Quería uno de verdad, largo, lento, y caliente.

—No creo que eso sea una…

Shay no le permitió terminar. Capturó su boca con la suya otra vez y enredó sus manos en su cabello rizado. No era una experta besando. Solo había habido dos, contándolos, besos en su vida. Pero besar a Gabriel se sintió tan natural. Su lengua encontró la suya y se deslizó por ella. Él puso sus manos en su cintura y la atrajo más cerca. Cálido, suave, un roce de sus dientes lisos y duros. Shay renunció a tratar de categorizar las sensaciones y solo dejó a su cuerpo y a sí misma en la carrera de calor.

Gabriel hizo un gemido bajo en su garganta, entonces se separó de golpe. La miró fijamente, sus bellos ojos marrones muy abiertos.

—Eso no fue… No debimos haber hecho eso.

—¿Por qué no?

Gabriel se movió al otro lado de la cama, poniendo distancia entre ellos. No respondió.

—Está bien, pero saboreaste el momento, ¿cierto? —presionó Shay—. Lo sentiste.

—A toda máquina — dijo. Pero su tono era cortante y duro de leer—. Vamos a jugar cartas. —Agarró el mazo y tiró el plástico de la envoltura.

Shay lo miró, un poco desconcertada. ¿Cómo puede estar hablando de cartas después de ese beso? ¿No lo había sentido también? No había forma de que la carrera de sentimientos fuera unilateral. La respiración de Shay estaba aún acelerada, su corazón aún seguía golpeando contra sus costillas. No quería jugar algún estúpido juego. Quería seguir besándolo, quería sus brazos alrededor de ella, quería más.

Más Gabriel. Nunca sería suficiente.

Me estoy enamorando de él, pensó Shay. ¿*Cuándo pasó esto?*

—¿Póker a dos manos? —preguntó Gabriel.

—¿Qué? —La mente de Shay estaba enredada. ¿Cómo podía ser esto? No era el beso. El beso no hubiera sido "El Beso" si él no hubiera estado involucrado. ¿Estaba loca? Sabía que tenía sentimientos por él, antes cuando era solo un sueño. Pero *eso* era diferente. Enamorarse de un chico de fantasía estaba bien; no significaba nada. Pero Gabriel ya no era un sueño. Era un vivo y extremadamente real vampiro. Enamorarse por eso no estaba bien.

—¿Sabes cómo jugar? —preguntó Gabriel, su tono irritado.

—Sí. Las *Chicas Enfermas* saben todo sobre juegos de cartas —respondió Shay, distraída. ¿Qué parte de estar… qué? ¿Enamorada? ¿Ilusionada? ¿… con Gabriel era peor?, ¿el hecho de que ella estaba muriendo o el hecho de que era él un vampiro?

—¿Pararás de decir eso? —espetó Gabriel—. No quiero oír las palabras Chica Enferma salir de ti otra vez.

—Está bien —susurró. Porque no era solo una Chica Enferma. Era rara. Gabriel lo había dicho. ¿Significaba eso que se sentía de la misma forma que ella? Ciertamente no estaba actuando así.

Gabriel empezó a repartir. Sus dedos eran largos y fuertes. Elegantes y competentes. Shay deseó no notar todos esos detalles de él.

—¿Qué apostamos? —preguntó, tratando de llevar esta noche de regreso a lo normal.

—Tu padrastro tomó mi billetera — dijo Gabriel.

—Tengo una idea. — Shay se levantó y se dirigió al baño. Estaba feliz de tener una excusa para alejarse de él por un minuto. Con manos temblorosas, se tomó un trago de agua, deseando que su mente parara todo el drama. Había querido sumergirse en una experiencia, y había querido que Gabriel hiciera lo mismo.

Y lo habían hecho. Fin de la historia.

Agarró el rollo sobrante de papel de higiénico, entonces regresó y se sentó nuevamente en la cama junto a él.

—Podemos usar esto como fichas de póker. —Shay arrancó una larga, larga sección de papel higiénico del rollo, entonces arrancó una segunda sección de igual longitud. Le alcanzó una a Gabriel y se quedó con una, rasgándola en cuadrados individuales.

Puso un cuadrado en medio y esperó que el rasgara su papel.



—Los humanos deben verse como bebés para ti. Todos nosotros — dijo. No había manera de que alguna vez quisiera estar con alguien como ella. Había estado por todo el mundo, visto tanto, vivido por mucho. Probablemente ella parecía apenas formada para él.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Gabriel, añadiendo un cuadrado de papel higiénico a la pila.

—Porque lo sabes todo. Has estado vivo por más tiempo que el que este país ha existido. Debe ser exasperante ver a todos nosotros los humanos actuando tan estúpidamente, una y otra vez. ¿Cómo podemos no parecer infantes? — Shay levantó su mano de cartas y la estudió. Horrible. Pero lanzó un segundo cuadrado de papel higiénico a la pila. Él no sabía de qué hablaba.

Gabriel estudió su mano, arrojó dos cuadrados de papel higiénico.

—Veo la tuya, y te levanto una —dijo—. La edad no importa tanto como piensas. Soy viejo, pero no me he vuelto más sabio cada año. Hay puntos de saturación, adivino que podrías llamarlos así. Y algunas cosas, no importa cuántas veces las experimentes, son tan poderosas, tan sobrecogedoras, como la primera vez.

Shay levantó un cuadrado.

—¿Cómo qué?

—Como el dolor. —Gabriel miró fijamente sus cartas, pero Shay no creía que realmente las viera—. No importa cuántas veces lo sientas, sigue siendo como un golpe en el estómago. Tan apremiante. Tan difícil de tratar, incluso si has tratado con él antes. Muchas veces antes. —Otra vez levantó las dos de ella—. Quizás el amor es así también.

—¿No lo sabes? —preguntó Shay. No era exactamente cómodo hablar con él acerca del amor. Pero quería saber. Ella coincidió con una de las suyas, entonces levantó un cuadrado. Ya había usado más de la mitad de su banco de papel.

—Amo a mi familia. No puedo imaginar nada que pueda cambiar eso. Creo que si me enamorara, sería tan poderoso como el dolor, o al menos eso espero — dijo Gabriel. Él levantó. Shay tenía la sensación de que ninguno de ellos estaba prestando atención alguna al juego.

—Pude realmente sentir cuánto amabas a Ernst, a Sam y a toda tu familia cuando estaba contigo —le dijo Shay. Era una clase de amor del que realmente podía hablarle—. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—¿Puedo detenerte?

—¿Qué pasó contigo y con Sam? ¿Él está bien? ¿Algo le pasó? Capté un sentimiento de tristeza, cuando piensas en él. Estaban en la cueva con los murciélagos, y Sam no parecía estar en los alrededores. Como si lo hubieras perdido de alguna forma.

Gabriel arrojó sus cartas sobre la cama entre ellos.

—Deberías dormir algo. Estuviste despierta todo el día, de compras y las otras cosas que hicieras. ¿Necesitas comida? ¿Has comido algo además del caramelo? —Se levantó de la cama y se dejó caer en la silla en frente al tambaleante escritorio.

Shay sacó el anillo de caramelo de su dedo. Ya no parecía divertido.

—Estoy bien — dijo. De hecho, podía tener una hamburguesa. Pero no iba a decírselo. Obviamente quería que se fuera a dormir y lo dejara solo—. Ni siquiera hemos terminado la mano.

—Tú ganas. —Ni siquiera les dio un vistazo a las cartas regadas sobre la cama.

Silenciosamente, ella las juntó en una pila. Entonces, se metió bajo las sabanas, y se volteó hacia su lado, con la espalda hacia Gabriel. No quería que él la viera herida.

—Buenas noches, supongo —le dijo.

Su única respuesta fue apagar las luces.

Cuando Shay despertó era más de las nueve. Gabriel debía haberse movido desde la silla hacia el piso en algún momento mientras dormía. Él yacía sobre la fea alfombra, alejado de la ventana, en su sueño diurno. El sueño de la muerte, lo llamó él.

Shay se quitó las sabanas de encima y se sentó en la cama, mirándolo. Era a él o a la mala pintura de flores salvajes. Yo *querría mirar a Gabriel aun si estuviera en el Louvre,* admitió para sí.

Mientras lo miraba, se hizo un auto-chequeo pero no de la forma usual. Se concentró en sus sentimientos en vez en su cuerpo, y luego dejó escapar un suspiro. Aún se sentía atraída hacia él. Aún lo quería. Lo de anoche no tenía nada que ver con alguna tormenta hormonal.

—Estoy un poco loca por ti —le dijo a su forma durmiente, sólo para dejar salir las palabras—. Y por cierto, eso apesta.

Esto no era una situación como la de Romeo o Julieta. Para comenzar, él obviamente no sentía lo mismo, la forma en que se había volteado luego de su beso lo probaba. Y además, los Capuletos no habían tomado a Romeo prisionero y drenado su sangre. *Quería experimentarlo todo*, pensó Shay renuentemente. Y si esto le rompía un poco el corazón, bueno eso era algo que todas las chicas sentían en algún punto.

¿Sabría él cómo se sentía? Tal vez fue por eso que se había molestado tan repentinamente, tanto que ni siquiera pudo terminar un estúpido juego de póker. ¿Qué sucedió? *¿Traje a colación algo tan malo cuando pregunté sobre Sam? ¿Es eso lo que lo hizo enojarse?*, se preguntó por centésima vez. Se había preguntado eso mientras intentaba conciliar el sueño la noche anterior. Le



había costado un montón. Había estado súper consiente de Gabriel en la habitación con ella…

Tal vez nunca sabría la respuesta. No más transfusiones, no más beber de Gabriel, así que no más visiones de su vida. Pronto, él volvería a su vida y ella a la suya.

Supéralo, se dijo Shay a sí misma. Revisó su reloj. El segundo período comenzaría pronto. Debería poder enganchar a Olivia entre las clases. Shay agarró las llaves del auto. El celular necesitaba carga si iba a estar llamando a Olivia todos los días. Y eso era necesario. Si no mantenía a Olivia tranquilla, ella y Gabriel, iban a tener más problemas que un pequeño disgusto.

Justo cuando el sol se puso esa noche, Gabriel despertó. Instantáneamente supo que estaba siendo observado. Se puso de pie antes de darse cuenta de que era Shay. ¿Por qué se había dormido tan profundamente? Odiaba ser tan vulnerable frente a un humano. Tal vez si hubiera tenido todas sus fuerzas, hubiera sido capaz de obligarse a mantener despierto, pero débil como estaba no pudo evitar que el sueño de la muerte lo superara.

—¿Pesadillas? —preguntó Shay.

Gabriel se pasó los dedos por el cabello.

—No —dijo. No estaba listo para hablar con ella. La noche anterior había sido… inquietante. Con ese beso. Besos, en realidad, excepto que él no había participado en el primero. El segundo sin embargo… ¿En que estaba pensado?

Sabía la respuesta. No había estado pensando en nada. Solo había se había dejado llevar por las sensaciones, de la forma en que solía hacerlo antes de aprender a mantenerlas bajo control. Antes de aprender las consecuencias de seguir a su corazón.

Shay había abierto un enorme hoyo en la pared que tan cuidadosamente él había construido. Con ese maldito algodón de azúcar, y los malditos besos. Y entonces había empezado a peguntar sobre Sam, cuando estaba con la guardia baja. La culpa y el odio a si mismo se estrellaron contra él con todas sus fuerzas.

Ponla en su lugar, se decía a sí mismo. *Vuelve a cuando ella no era nada más que solo una chica humana. Ella es sólo parte de mi plan. Una vez que termine con ella, la dejaré ir, y será como si nunca la hubiera conocido.*

Entró al baño, y agarró una bolsa de sangre del cubo de hielo. Al menos su pregunta sobre Sam demostraba que ella no sabía lo que le había pasado, lo que Gabriel había hecho. Si lo supiera, no estaría aun aquí. Si ella supiera, lo habría dejado morir esa noche que había sido envenenado. Gabriel rasgó la parte superior de la bolsa de plástico con los dientes, y luego vertió un chorro de fría sangre por su garganta. Reprimió un escalofrío. Le había mentido. La sangre fría sabía raro. Sabía mal. Muerta. Pero hacía el trabajo, la sangre empaquetada había mantenido a su familia viva por años. Tal vez es por eso



que su gozo de la vida se había atenuado, tal como Shay había señalado. Eso y Sam.

Pero la sangre era suficiente. Mientras la bebía, sintió a su cuerpo terminando de recuperarse.

—Cuando estás en un sueño de la muerte, ¿sueñas? —le preguntó cuándo a regañadientes volvió al cuarto principal.

Realmente lo veía como algo completamente diferente, y que no cambiaría, sin importar cuánto hablaran o si se besaran. Los humanos nunca podían entender a su especie, a aceptar lo similares que en realidad eran. Pensar en eso le ayudó. Le recordó su ira, su necesidad de venganza.

—Sí, sueño. No soy tan diferente a ti —le espetó Gabriel—. Quieres pensar en mi como una criatura antinatural y así… —Se obligó a detenerse. Suspiró—. Sueño de la misma manera en que siempre lo he hecho, igual que cuando era un niño pequeño.

—Oh —dijo Shay con voz pequeña. Gabriel se sentía como si acabara de patear a un cachorrito. Ella es una parte del plan. Pronto la dejaré ir, se recordó a sí mismo.

—He tenido suficiente sangre —anunció—. Estoy lo suficientemente fuerte como para irme.

De inmediato Shay se paró, retorciendo sus manos frente a ella.

—De acuerdo, eso es genial. —Comenzó a reunir sus pequeñas y extrañas compras, metiéndolas dentro de una bolsa de plástico con prisa nerviosa—. Bueno, espero que regreses a salvo con tu familia. Tengo que tomar el auto de Martin, lo siento.

El corazón de Gabriel se hundió. Ella creía que él la dejaría ir. Eso no era una posibilidad. Ella tenía que traer a sus captores hasta él, a él y a su familia. La necesitaba para poder conseguir la venganza por la que ardía, la venganza que se merecía.

—Shay.

Ella lo miró, con esperanza en sus ojos.

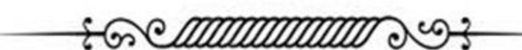
—¿Sí?

—Tú vienes conmigo. —Era la única forma de decirlo.

—¿Qué? —Palideció. Al menos era mejor que su sonrojo. La noche anterior cuando la sangre había llegado a su rostro, la había deseado terriblemente, aun sabiendo que ese sabor lo destruiría.

—Voy a tomar el coche, y voy a llevarte —dijo—. Así que puedes caminar hacia allí por tu cuenta. O puedo llevarte yo mismo.

Capítulo 12



Traducido por Mona

Corregido por Majo

Shay contempló la oscuridad de afuera pasando. Su cabeza descansando sobre el frío cristal de la ventana del Range Rover, su cuerpo encorvado tan cerca de la puerta lateral de pasajeros como ella podía conseguir, dentro de las restricciones de su cinturón de seguridad. Quería estar tan lejos de Gabriel como fuera posible. Había pensado que se preocupaba por él. Había pensado que realmente lo había conocido de alguna manera profunda. Ella había estado tan, tan mal. Un grupo de luces —estaciones de gasolina, sitios de comida rápida, probablemente un mini mercado— brillaban por delante. Los edificios eran los mismos que los que había visto poco después de que habían tomado la carretera, y unas cuantas salidas más abajo, vería otro conjunto que eran casi idénticos.

Las horas habían pasado desde que Shay había caminado hacia el Range Rover. De ninguna manera iba a dejarlo, a Gabriel, colocarla en el interior. Si la hubiera tocado, Shay pensó que su cuerpo probablemente se habría incendiado, esto es cuán furiosa ella había estado.

Tan furiosa como todavía estaba. ¿Por qué estaba acurrucada en una esquina como una niña triste? Shay se incorporó y giró su cabeza hacia Gabriel. Él no reaccionó.

—Solo quiero recordarte algunas cosas —exclamó ella—. Te dejé salir. Te puse en libertad. ¡Y tú, me usaste como un escudo humano! Te ocultaste detrás de mí como un cobarde.

Gabriel abrió su boca

—No. Todavía estoy hablando —chasqueó—. Me tomaste prisionera. Y salí y conseguí sangre para salvar tu vida. Yo no tenía que hacerlo. Yo podía haberme ido, solamente dejarte allí. Tú habrías muerto. Lo sabemos. Pero volví. Dios, te cuidé. Te alimenté cuando tú no podías hacerlo. ¿Eso no significa nada para ti?

—Omitiste algunas cosas —replicó Gabriel, sin mirarla—. Me dejaste libre, después de que tus padres me tomaron prisionero. Ellos me convirtieron en una

vaca, una vaca que produce sangre. Sólo me mantuvieron vivo porque necesitaban algo de mí. Ese fue el principio. No comencé esto.

Shay dio una estridente carcajada.

—¿Qué eres tú un niño de cinco años? Si usamos esa lógica, no lo comencé tampoco. ¡No he hecho otra cosa que tratar de ayudarte!

—Eres humana; eso es todo lo que importa —escupió Gabriel—. Mi familia tiene que vivir en la clandestinidad. Toda mi clase lo hace. Debido a ti. Si la gente creyera, realmente creyera que existimos, nosotros seríamos sacrificados. Todos nosotros. No creo que hubiera ningún juicio. No somos humanos. No tenemos ningún derecho. Ni siquiera el derecho de vivir.

—Todos los seres humanos no somos idénticos. No soy Martin. Y Martin no es toda la humanidad —dijo ella. No podía soportar traer a su madre a la conversación. No, que ella esperara que él escuchara.

Ella era humana, y él tenía una opinión formada sobre ella, no importa cuánta evidencia podía presentarle de que ella y Martin lo habían tratado de maneras exactamente opuestas.

—¡Tú suenas como Sam! —Él dio a su cabeza una sacudida salvaje—. No voy a dejar a otro humano alejarse impune.

Gabriel finalmente la miró en ese momento, sus ojos brillando con la emoción.

—Ellos vendrán por ti. Sabemos esto. Y cuando ellos lo hagan, estaré listo.

—¿Ellos? —Shay repitió—. Quieres decir…

—Tú madre. Tu famoso doctor. Ellos vendrán.

Era como si él hubiera extendido la mano y le pegara una bofetada.

—¿Soy una carnada? —jadeó.

—¿Qué pensabas tú? —dijo Gabriel.

Shay retorcía sus manos en el dobladillo de su sweater, tratando de contener el terror que repentinamente se había clavado en ella.

—¿Qué vas a hacerles? ¿Qué vas a hacerle a mi madre?

Gabriel no contestó. Esta era la peor respuesta que él podría haber dado.

—¿Qué vas a hacer con ella? —gritó Shay.

—Sabes lo que ella hizo —contestó Gabriel—. ¿Qué piensas que debería ocurrir? —Shay sintió que la mayor parte de su cólera se escurría. Fue substituida por una horrible y fría desesperación.

—¿No importa por qué? —exigió—. Mi madre hizo lo que hizo para mantenerme viva. Porque me ama. Ella me ama más que a nada en su vida, no

quería que yo muriera. Y Martin la ama, entonces él quería salvarme. Obviamente la manera en que él lo hizo estaba mal, pero…

—No te hagas ilusiones. A él no le importa si vives o mueres. Él quiere averiguar qué me hace trabajar y luego quiere sintetizarlo y venderlo por mil millones de dólares y ganar un premio Nobel por su descubrimiento científico.

La voz de Gabriel era tan fría como el hielo.

—Pasé mucho tiempo con Martin, como puedes recordar.

—Tú no lo conoces. No es como si pudieras leer su mente —estalló Shay—. Tú asumes que todos los humanos son malos.

—No tuve que leer su mente —dijo Gabriel—. Estás tan acostumbrada a ser especial que nunca se te ocurrió que él te usaba para sus propios fines.

Shay jadeó. Nadie alguna vez había sido tan desagradable con ella antes. ¿O tal vez nadie alguna vez había sido tan honesto? Sabía que Martin anhelaba su descubrimiento. Pero él también quería curarla. Definitivamente tenía una especie de complejo de Dios caprichoso, pero el hecho era que había tratado de curar a Shay y en el camino obtener su premio Nobel. Cualquier otra cosa mala que Martin manejara no cambiaría la verdad fundamental. Gabriel estaba equivocado. Su vista del mundo estaba sesgada por el odio.

—¿Dios, realmente has ido lejos, verdad? —dijo ella—. Odias tanto a la humanidad que ni siquiera puedes creer en el amor…

—El amor no justifica tomar mi libertad y la cosecha de mi sangre vital —la cortó—. El amor es la excusa que las personas usan para hacer cosas estúpidas y peligrosas. Cosas egoístas.

Él estaba enfadado ahora, tan enfadado como ella lo estaba. Probablemente pensaba que ella debía estar aterrorizada, encerrada en un auto con un vampiro furioso. Pero a Shay no le preocupaba.

—Nunca tuviste tiempo para ser humano, fuiste tomado cuando eras muy joven. Es evidente que no puedas entender lo que es el amor humano —dijo Shay. Una imagen pasó como un rayo por su mente, como en respuesta. Gabriel ocultando a aquella niña, renunciando a su vida humana para salvar la suya—. ¿Qué le pasó al chico que salvó a Elena? Él sabía lo que era amar a alguien más que a sí mismo.

—Sigue hablando, y te amordazaré —dijo Gabriel, su voz entrecortada. Él lo haría. Shay sabía que lo haría. Iba a usarla como carnada. Iba a matar a su madre. Amordazarla no era nada comparado a eso. La conversación no serviría de todos modos. Nada de lo que ella podría decirle cambiaría su odio.

Escapar. Era su única esperanza. La suya y la de su madre. Shay giró y miró por la ventana otra vez. Escapar. Salvarse. Salvar a su familia. ¿Pero cómo? Gabriel había recuperado la mayoría, si no toda, su fuerza. Ella había estado en él. Sabía cuan poderoso era él.



Tenía que intentarlo de todos modos. Algo. ¿Y qué si la mataba? Ella preferiría morir antes que ser la causa de la muerte de su mamá. No, que fuera toda nobleza. Ella era una chica muerta viviente. ¿Qué importaba si moría un poco antes? Al menos sería por una razón, por el amor, en lugar de porque su cuerpo finalmente se dio por vencido.

Lo primero es lo primero. Y primero tenía que salir de la Rover, lo que significaba que tenía que conseguir que Gabriel se detuviera. No podía lanzarse fuera del coche a toda velocidad incluso si ella hubiera querido. Gabriel tenía el control de las cerraduras de las puertas.

Él estaba determinado por la venganza. Pero él no mataría inocentes para conseguirlo. En sus entrañas, en su alma, sabía eso. Podría terminar muerta, pero Gabriel no mataría a alguien que no lo había dañado.

Sí, y mis entrañas y mi alma han sido realmente el objetivo hasta ahora, ella pensó sarcásticamente.

Shay miró por la ventana durante casi una hora. No quería intentar nada demasiado pronto después de la pelea, después de la amenaza. Estaba segura de que Gabriel sospecharía de cualquier momento que le pidiera parar, pero él habría estado en alerta máxima debido a eso.

Finalmente ella se retorció en su asiento.

—Necesito un baño —masculló. Él no contestó. Dios, ella odió esto. Estaba aquí en el coche con él. Al menos podría reconocer que ella existía.

—Dije, necesito ir al baño —dijo Shay, mucho más fuerte.

—Cuando vea un lugar —contestó Gabriel. La siguiente salida tenía anuncios de un par de gasolineras, un Wendy, un Taco Bell y un Subway. Él pasó volando delante de ellas.

—No los viste —Shay comenzó.

—Cuando vea un lugar seguro —dijo Gabriel.

—Tú podrías haber vigilado la puerta —dijo Shay. *Mientras yo gritaba, gritaba y gritaba*, silenciosamente añadió.

Gabriel no hizo ningún comentario. Sorpresa.

Ellos pasaron tres salidas más. Todas ellas con carteles que anunciaban al menos un lugar que tendría un baño. Shay resopló a Gabriel. Ella no hizo ningún comentario. No iba a gritar. O mendigar. Iba a esperar y ver lo que él hacía. Aunque, ahora tenía un poco de ganas de orinar.

Él pasó fácilmente por otra probable salida. Shay apretó los dientes. Ella no iba a dejarle ganar el juego de no hablar.

Finalmente, dos salidas más abajo, Gabriel salió de la carretera, en una parada de descanso casi desierta. Un baño para caballeros. Baño para Damas. Un par



de estropeadas máquinas expendedoras. Y mucha hierba mala. Mierda. ¿Ahora qué?

Gabriel se detuvo en el estacionamiento directamente enfrente del baño de mujeres.

—Vigilaré la puerta —dijo él mientras accionaba la cerradura de la puerta principal. *Al menos no va a entrar conmigo,* pensó. Entró en el baño, esperando que él no pudiera advertir que sus rodillas estaban un poco tambaleantes. Él la había asustado, pero eso no significaba que lo supiera.

Excepto que podía oler el miedo. Y se daba cuenta de todo. Al menos lo hacía antes. Shay entró en la cabina más alejada de la puerta. También podría hacer pis, ya que estaba allí. Cuando terminó, estiró el brazo por el papel higiénico. Había un trozo más o menos tan grande como una cutícula, perfecto.

En el esquema de cosas, no era algo tan importante. Se las arregló con una de las cubiertas de papel para el asiento del inodoro, luego lavó sus manos e hizo un estudio rápido de la habitación. Había una pequeña ventana en la pared trasera. Se acercó a ella. ¿Cuál era el punto de tratar de salir corriendo? No había nadie alrededor para ayudarla y necesitaba ayuda. Se levantó de puntillas para conseguir una mejor vista y su corazón comenzó a revolotear con una danza feliz. O un baile muy asustado. O alguna combinación de los dos. A través de los matojos de hierba, detrás de algunos árboles achaparrados, Shay vislumbró lo que ella estaba casi segura era un camión. Había otro estacionamiento allí atrás. Probablemente más camiones. Al menos un par de tipos deberían dormir la siesta en la parte trasera de sus camiones.

Buena cosa que las Chicas Enfermas son delgadas, pensó mientras lentamente comenzó a deslizarse por la pequeña ventana. Gabriel le decía que dejara de pensar en sí misma como una Chica Enferma. Parecía como que realmente le importaba anoche…

Shay apartó el pensamiento, cuando la ventana dio un crujido suave de protesta. Todo lo que Shay podía hacer era rezar para que Gabriel no lo hubiera escuchado. Lo que era estúpido. Desde luego él lo había oído. Ella solamente tenía que rezar para que él no supiera lo que había provocado el sonido.

Tenía que intentarlo al menos. Shay se arrastró por la ventana, sus brazos temblando. Cayó al suelo, luego se empujó sobre sus rodillas y se puso de pie. Ella cerró sus ojos con el débil brillo del lado del camión y corrió.

El cabello de Shay se sacudió de repente detrás de ella mientras alargaba su paso lo más que podía. Esto no era nada como ese día sobre la pista. No había ningún sentimiento de libertad, poder y alegría. Corría como un animal de presa, su corazón corriendo, tomado por el instinto y la adrenalina. Ella aún no había alcanzado el punto medio de la amplia extensión de césped antes de que oyera a Gabriel detrás de ella, acercándose rápido, rápido, rápido. Estaba desesperada. Pero Shay no iba a rendirse. Estaba acostumbrada al dolor. Cada día durante años había tenido que luchar contra el dolor y el cansancio de su

cuerpo. Se inclinó adelante y forzó sus piernas a bombear más fuerte, ignorando las sacudidas de fuego en sus pantorrillas.

Cerca. Él estaba tan cerca. Podía oír su respiración, jadeante. Él estaba detrás de ella. Shay cayó al suelo y rodó. Gabriel pasó por delante de ella, pero sólo unos pasos. Entonces él hizo un giro y un segundo más tarde, estaba encima de ella, usando su cuerpo para fijar el suyo a la tierra húmeda. Gabriel presionó una mano sobre su boca mientras la fulminaba con la mirada. Shay se encontró con su mirada. Él la había atrapado, pero eso no significaba que ella fuera suya. Ella aún tenía su propia voluntad.

—Vas a levantarte ahora —le dijo, con la voz apretada.

—Vas a caminar al auto conmigo. ¿Cierto? —Cuando Shay no respondió, Gabriel hizo una mueca.

—¿Cierto? —Shay tenía su propia voluntad. Pero no tenía alternativa. Él era más grande, más rápido, más fuerte. Shay se sintió como si no tuviera fuerzas. Cuando Gabriel se alejó de ella, tirando de ella con una mano, no se opuso.

Él la giró entonces estaba delante de él. Tenía un brazo envuelto alrededor de su cintura, el otro todavía sobre su boca. Juntos caminaron de regreso hacia el estacionamiento. Cuando casi estaban allí, las rodillas de Shay se doblaron. Sólo el brazo de Gabriel le impidió caerse al suelo.

Esto no era solamente el miedo, se dio cuenta. El esfuerzo de su tentativa de fuga había consumido todo el poder que la sangre de Gabriel le había dado. Ella necesitaba otra transfusión. No estaba segura que ella sería capaz de dar un solo paso sin ella, ni siquiera con Gabriel soportando la mayor parte de su peso.

—Deja de fingir —ordenó Gabriel—. No te dejaré escapar otra vez.

Ella se rió, un sonido amargo. Imaginó que él sería el único en la historia de su vida en acusarla de fingir. Nadie más soñaría con decir tal cosa a la Chica Enferma.

La Chica Enferma. La chica muerta.

Gabriel la giró en sus brazos, mirando fijamente su rostro. El conjunto de su mandíbula se relajó, su expresión convirtiéndose en apacible a medida que él parecía entenderlo, viendo realmente a Shay, por un momento. La bajó al suelo, entonces levantó su muñeca a sus labios y cortó a través de su piel, abriendo una vena para ella. Él se arrodilló al lado de Shay y sostuvo su muñeca sangrando hacia ella.

No. No iba a tomar su sangre. No lo quería dentro de ella. La única razón por la que él quería que se alimentara era porque una carnada muerta era inútil. *Déjame morir aquí*, pensó, girando su cara lejos de Gabriel, aun cuando el olor de su sangre la atrajo. Era como si casi pudiera sentir el calor de ella en su cuerpo, nutriéndola, reanimándola.

—Tienes que beber. Estás a punto de perder el conocimiento —dijo Gabriel.

—No.

Gabriel no se molestó en discutir. Él usó una mano para encarcelar su cabeza, entonces trajo su muñeca a sus labios hasta que su boca estaba mojada con su sangre. El sabor de la misma, el pequeño torrente de *vida*, era demasiado para ella. Su cuerpo lo quería. Y su cuerpo lo tomó.

Una descarga eléctrica la atravesó, entonces Shay estaba con Gabriel. *Era* Gabriel.

Sus ojos estaban cerrados. Él estaba en las profundidades, sus piernas y brazos pesados. *No restringidos*. *Dormidos*. Los propios pensamientos de Shay se sintieron distantes, del modo que siempre lo hacía cuando recibía su sangre.

Se dio cuenta que alguien estaba temblando, Gabriel. Tal vez había sido por un momento. Él trató de abrir sus ojos, pero sus párpados se sentían sobrecargados.

—¡Gabriel, levántate! —La voz era baja y urgente. Familiar. Shay quería obedecerlo, Gabriel quería. Pero el sueño de muerte ya lo había reclamado.

—Gabriel. —La misma voz gruñó. Entonces sintió y escuchó la palmada aguda en su mejilla. Luchó por abrir sus ojos, sus párpados se agrietaron lo suficiente para ver a Ernst agachado sobre él. Él arrastró a Gabriel hasta sus pies, manteniendo un brazo envuelto alrededor de él para apoyarlo.

No débil, el propio pensamiento de Shay le susurró. *Cansado. Tan cansado*.

Un grito sonó afuera en la cueva principal para dormir de la familia, y el olor a sangre lo abrumó cuando llegó a estar totalmente despierto. Ernst estaba llorando.

—No mires. No hay nada que podamos hacer. Ven, hijo mío.

Ernst impulsó a Gabriel hacia uno de los túneles que conducen a lo más profundo en el laberinto de cavernas. *Las cuevas en Grecia*. Shay alcanzó a pensar. *No esas donde ellos estudian a los murciélagos.*

—Algunos han despertado de nuevo —gritó un hombre—. ¡Ellos se escapan!

—Déjalos que se vayan —contestó otro hombre—. Acaben con los otros.

Ernst le dio un empuje brutal a Gabriel. Vio a Sam parcialmente bajo el túnel, saludándolo. Pero la sangre. El olor. Esta era la sangre de su familia. Lysander, Philo, Lizette, Alejandra. Él podía oler cada uno de sus olores. Él podría oler su terror. Y podía oler la muerte.

Gabriel giró su cabeza, sus ojos totalmente abiertos, su mente finalmente despejada. La sangre empapaba el suelo de la cueva para dormir. Estaba todavía caliente, exhalando vapor en el aire frío de las cavernas. De mala gana, Gabriel trasladó su mirada un poco más alto y un gemido gutural entrecortó el aire. Le tomó un momento darse cuenta que este había venido de su propia boca.



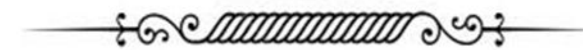
La garganta de Lizette había sido cortada, más de una vez. La sangre se derramada sobre el tatuaje de fénix que la marcaba como uno de ellos. Sus hermosos labios estaban torcidos en un grito silencioso.

Y Lysander. Sander estaba…

—¡Gabriel! —gritó Sam—. ¡Corre! ¡No mires! ¡Corre!

Ernst le dio otro empujón, entonces Gabriel corrió. Huyendo de su familia, de los cuerpos de su familia asesinada.

Capítulo 13



Traducido por Sweet Nemesis, flochi (SOS) y Clau12345

Corregido por amiarivega

Gabriel echó su cabeza hacia atrás, mientras Shay se alimentaba de él. Sintió una línea caliente moviéndose desde su muñeca, por su brazo, cruzando su pecho y dentro de su corazón. Ese era el camino de su sangre, saliendo de su cuerpo hacia el de ella. Dulce dolor.

Las náuseas lo atravesaron. Su cabeza se sentía como un globo demasiado inflado sobre su cuerpo. *Estaba tomando demasiado. La estoy dejando tomar demasiado.* Gabriel alejó su muñeca. Shay dejó escapar un pequeño gemido de protesta y usó sus dos manos para tirar de su muñeca de regreso a ella.

—No —le dijo. Envolvió gentilmente su mano libre en su cabello y alejó sus labios, rompiendo nuevamente la conexión entre ellos. Su piel se sentía fría en el lugar donde su boca había estado.

Pasó sus dedos sobre la herida en su muñeca. Ya estaba sanando, pero su piel estaba húmeda, no con restos de sangre, sino con lágrimas. Ella estaba llorando. ¿Por cuánto tiempo había estado llorando? Sus hombros se hundían en sollozos.

—¿Qué? —preguntó. *¿Qué?* Como si no la hubiera perseguido por el campo, derribado y arrastrado de regreso aquí. Como si no la hubiera hecho su prisionera—. ¿Estás herida? ¿Te lastimé?

Ella levantó su mirada hacia la de él.

—Vi, en la cueva de descanso… —No podía continuar, no hasta que lo dejó salir en una profunda y temblorosa exhalación—. Vi lo que le sucedió a tu familia en Grecia. Los vi morir.

Gabriel la observó. Esa noche casi lo había destruido. Recordándolo, sintió las lágrimas quemando sus propios ojos y la bilis subir por su garganta.

—¿Alguno más logró salir? —susurró—. ¿Quién sea?

Él sacudió su cabeza.



—Ernst y Sam eran lo suficientemente viejos como para resistirse al sueño de los muertos. No pude resistirme al mío, pero pude salir de él. Los otros… —Reprimió un sollozo—. Sander y nuestras hermanas, y aquellos en la cámara junto a ellos… estaban todos durmiendo. Nada pudo despertarlos.

Ella tuvo arcadas, las lágrimas corrían por sus mejillas como si los hubiera conocido, a cualquiera de ellos.

—Ahora ves de lo que son capaces los humanos. Lo mismo sucederá si alguien descubre nuestra existencia. La única razón por la que me salvé fue para mantenerte a ti con vida —escupió Gabriel.

La furia se sentía bien. Le recordaba la verdad. Después de lo que los humanos le habían hecho a su familia, ellos eran su enemigo, todos ellos, por el resto de la eternidad. Su capacidad para ser crueles era asombrosa.

—Párate —le dijo Shay. La llevaría de regreso hacia su familia, entonces cuando vinieran por ella serían destruidos por lo que le hicieron, por lo que habían estado haciendo desde esa noche en Grecia.

Gabriel se puso de pie. La mirada que le dio a Shay era una orden. Lentamente ella se paró. Vio que tenía un rastro de sangre corriendo desde su boca a su barbilla.

—Límpiate —le dijo.

Se llevó lo dedos hacia la esquina de su boca y entonces los puso frente a sus ojos, y vio la sangre. Su boca se torció en una mueca.

Perra hipócrita. Gabriel quería aferrarse a su ira. Necesitaba hacer eso, para hacer lo que tenía que ser hecho.

—No te podías saciar hace unos segundos. Me hubieras drenado si no te hubiera empujado.

Shay se limpió el rostro con su manga, removiendo la sangre y las lágrimas que había derramado mientras veía el asesinato en masa de su familia.

—Tú eres el que me hizo alimentarme. Ni siquiera una carnada muerta hubiera sido tan efectiva.

Tenía razón. Él la había forzado a tomar su sangre y una vez que había comenzado, se había apoderado de ella. Entendía eso. Le había sucedido muchas veces cuando era joven. Si Ernst no hubiera estado con él cada vez que Gabriel se hubiera alimentado hasta que aprendió a controlar el flujo de sangre, Gabriel podría haber… Alejó el pensamiento.

—¿Quieres intentar escapar de nuevo? ¿O te vas a meter en el auto? —preguntó Gabriel.

Sin decir una palabra, Shay regresó al Range Rover. Gabriel se deslizó detrás del volante y puso los seguros de las puertas, no que estuviera realmente preocupado de que intentara escapar de nuevo esta noche. Se veía derrotada

ahora. Tal vez había aceptado que él era más fuerte de lo que ella era y había renunciado a luchar.

—Tú no eres mejor de lo que ellos eran —dijo Shay mientras encendía el auto. Agarraba el tablero con ambas manos, amasándolo con sus dedos—. Yo amo a mi madre tanto como tú amas a cualquiera de tu familia.

—Tú no sabes eso. —Gabriel salió del estacionamiento, acelerando de golpe, con los neumáticos levantando la grava.

—Cuando tengo estas visiones, no sólo veo lo que tú ves. Soy tú. Siento tus emociones. ¿Por qué crees que estaba llorando de esa forma? —Su voz estaba al borde de la histeria. Se tragó un nudo en la garganta—. Sé exactamente lo mucho que los amabas. Y cuando mates a mi madre, me voy a sentir de la misma manera en que tú te sentiste. Me voy a sentir como si alguien metiera su fría mano en mi interior y me sacara todo de adentro.

Así era como se había sentido. Después del horro puro de la masacre, Gabriel había quedado muerto y vacío. Pasaron años antes de que realmente sintiera algo, aunque fuera dolor. Finalmente llegó, y después de eso aún más, había comenzado a sentir felicidad de nuevo. Cuando había llegado a América, cuando él y Sam habían…

Gabriel no iba a pensar en Sam ahora. Si podía, arrancaría cada recuerdo de su amigo de su mente. Lo que le había sucedido a Sam le había comprobado que las emociones eran una carga. Las emociones te hacían débil. Y aun así, sospechaba que aún si pudiera ser capaz de raspar cada pedacito de emociones de él, aún sentiría el dolor de la culpa.

Hice lo correcto, se dijo a sí mismo, *lo correcto para mi familia. Nunca perderé otra familia, sin importar cuánto me cueste mantenerlos.*

—¿No tienes nada que decir a eso? —preguntó Shay—. No te importa que me vayas a lastimar de la misma forma en que te lastimaron.

—Mi familia era inocente. —Gabriel regresó a la carretera—. No puedes decir lo mismo ¿cierto?

No respondió por un rato.

—Beben de nosotros —finalmente dijo.

—No lo suficiente como para matar. No lo suficiente ni siquiera para causar dolor. Tú has bebido de mí —dijo Gabriel.

Le volteó el rostro, presionando su frente contra la ventana, mirando a la oscuridad, la forma en que había comenzado este viaje.

Lo cual era la mejor cosa que podía hacer. Él no quería escuchar su voz. Quería pretender que ella no existía. Pero no podía bloquear el suave sonido de su respiración o el intoxicante perfume de su sangre. Ella le llegaba. Él había

logrado mantener sus sensaciones sobre todo endebles. Era parte de mantener sus emociones vigiladas. Pero ella lo podía.

Gabriel se concentró en la ruta tanto como pudo. Más o menos una hora antes del amanecer comenzó a buscar lo que necesitaba. Otro pequeño motel sin nombre, donde los empleados no cobraran lo suficiente como para que les importara.

Por la I-81, un motel como ese no era difícil de encontrar. Estacionó en la desierta calle, sólo en caso de que la recepcionista nocturna fuera lo suficientemente ambiciosa como para preguntarse por qué había un vehículo en un estacionamiento donde nadie se había registrado.

—¿Tendré que amordazarte o vas a comenzar a actuar como si tuvieras sentido común esta vez? —preguntó Gabriel.

—No voy a intentar hacer nada. Sé que no me puedo escapar —respondió Shay.

—Si comienzas a gritar, no vas a estar muy feliz —advirtió, aunque dudaba de que hubiera alguien que pudiera oírla si gritaba por ayuda.

Gabriel salió de la Range Rover y caminó hacia el lado de Shay. Le quedaban menos de 40 minutos de oscuridad. No creía que intentaría nada justo ahora. Pero cuando la luz del día debilitara sus energías, y cayera en su sueño de los muertos, podría hacer lo que quisiera. Gabriel nunca había adquirido la habilidad de Sam y Ernst para controlar ese sueño a voluntad propia, y después de tanto tiempo, sin sangre fresca, después de haber estado encadenado a una mesa por tanto rato, se sentía demasiado débil como para siquiera intentarlo.

Le abrió la puerta a Shay, el cortés gesto consiguió una sonrisa burlona por parte de ella. Podría haber sido derrotada, pero no se había rendido. Gabriel la tomó por el brazo y abrió el maletero de la SUV.

Estaba bien equipado. No era para sorprenderse, ya que el auto era de alguien como Martin. Un kit de primeros auxilios. Una manta térmica. Cables para hacer puente. Un gato. Algunas herramientas básicas. Y sí, lo que Gabriel necesitaba, un trozo de cuerda. La recogió.

Vio los ojos de Shay ampliarse y su pulso comenzó a latir más rápido. Él estaba súper consciente de su sangre ahora corriendo a través de ella a alta velocidad. Estaba asustada, pero no dijo nada. Lo entendía. Admitir su miedo, incluso hacer una pregunta, la hacía más vulnerable ante él. Durante sus semanas en ese cuarto, nunca había hablado con sus captores, ni siquiera cuando Martin intentó forzarlo. Gabriel se había esforzado en que ni siquiera el temblor de sus párpados mostraran sus emociones.

Gabriel guió a Shay a través del estacionamiento del motel y hacia el cuarto más alejado de la oficina. Abrió la puerta rompiéndola con un fuerte tirón del picaporte y guió a Shay dentro.

—Si tienes que usar el baño o algo así, hazlo ahora —le dijo—. Te voy a atar mientras duermo.

Shay asintió. Cruzó la pequeña distancia hasta el baño, se metió dentro y cerró la puerta detrás de ella.

Gabriel se pasó las manos por el cabello mientras caminaba de aquí para allá en el pequeño cuarto. No podía esperar a estar en casa. Y mañana lo estaría. Ernst estaría encantado de verlo. Para ahora, debía creer que Gabriel estaba muerto. ¿Se desvanecerían alguna vez el efecto del espino?

La idea de vivir sin su lazo psíquico a su familia le hacía sentirse frío.

Pronto estaré con ellos en persona, se recordó a sí mismo. Y después de que la euforia despareciera, Ernst estaría indignado por lo que le habían hecho a Gabriel. Lo único que lo tranquilizaría sería saber que Gabriel ya comenzó con su plan para vengarse. Ernst y Gabriel arreglarían los detalles juntos. Shay era el elemento importante. Encontrarían la mejor manera de usarla para hacer que sus captores pagaran.

Gabriel caminó hasta la ventana. Las cortinas estaban cerradas, pero las juntó aún más.

—Puerta —murmuró. Se movió por el cuarto y sujetó la cadena. Dejó un cartel de NO MOLESTAR donde estaba, colgado sobre la perilla interior. Eso sólo serviría para advertir de su presencia. Nadie intentaría entrar a limpiar. El cuarto ya estaba preparado. En este lugar, una quemadura de cigarrillo sobre el cubrecama y una mancha de agua en el techo enfrentada a una mancha de humedad en la alfombra debajo, aún contaba como preparado para recibir invitados.

Midió el largo de la cuerda, Shay salió del baño.

—Acuéstate —ordenó Gabriel. Cabeceó hacia la cama doble en el centro del cuarto.

—¿Ahí? —preguntó Shay.

—O ambos nos acostamos en el suelo —le dijo—. Te voy a atar conmigo. No vas a escapar de nuevo.

Shay dudó, entonces se puso de espaldas en la cama, tan cerca del borde como pudo. Gabriel midió el largo de la cuerda, liberó sus colmillos y los deslizó a través de la cuerda. La cabeza de Shay se echó bruscamente hacia atrás un poco. No debería sorprenderse. Había visto la facilidad con la que él podía abrirse su propia piel.

No fue debido a la sorpresa; fue porque estaba asustada. El pensamiento fue inoportuno. Ella era un rehén, nada más.

—No hagas nada tonto y no saldrás lastimada. —Pasó sus ojos sobre ella, pensando—. ¿Los zapatos puestos o no? —preguntó él.

—Supongo que fuera. —Shay se sentó para quitarse las botas. Gabriel fue más rápido. Rápidamente se los deslizó fuera. Empezó a unir sus pies, luego vaciló. La soga era áspera y los calcetines de ella eran más como soquetes. No quería que su piel se lastimara debido al roce.

Con grandes zancadas entró al baño, agarró una de las patéticamente delgadas toallas, y luego regresó a ella. Cortó la toalla en tres tiras y dos de ellas las usó para envolver sus tobillos antes de atarlos con la cuerda.

Luego se sentó en la cama junto a ella. Usó la última tira de toalla para envolver la muñeca más cercana de él, y luego ató la muñeca de Shay a la de él. Ella mantuvo sus ojos cerrados todo el tiempo. Era como si fuera una niña que pensaba que si no veía nada, significaba que no estaba pasando realmente.

Gabriel se estiró, manteniéndose en su lado del colchón. Extendió su mano libre y apagó la luz. No faltaba mucho para el amanecer. El sueño pronto lo sorprendería. Le daría la bienvenida. No quería ser consciente de Shay durmiendo a su lado tan cerca de él, tan cálida, su aroma tan intoxicante. Su mano estaba atada tan fuertemente a ella que podía sentir su pulso revoloteando. Sabía que beber su sangre lo envenenaría, pero su cuerpo lo anhelaba de todas formas.

—No te molestes en intentar desatar las cuerdas mientras duermo —le dijo Gabriel—. Los nudos aguantarán. Y aunque escaparas, tan pronto como la oscuridad caiga, iría tras de ti. Tu olor me llevaría directamente hacia ti.

El mismo olor que lo estaba llevando cerca de la locura ahora mismo. Cerró los ojos y esperó el alivio.

La espalda de Shay dolía. No podía ponerse en una posición cómoda. Se sentía híper consciente de cada diminuta sensación mientras yacía junto a Gabriel. Y eso incluía el calor proveniente de su cuerpo. Su calidez le estaba empapando la piel y era casi como si estuviera tocándola.

Él había hablado de rastrearla por su olor. Si ella tuviera sus poderes, sabía que sería capaz de rastrearlo también. El olor de él, salado y almizclado, con una pizca de jabón de hotel, estaba impreso en su memoria. No, más que eso. Estaba codificado en su sangre. Quizás era más que su olor. Quizás beber de él lo había convertido de alguna manera en parte de ella, para siempre y por la eternidad.

Deseó poder beber ahora mismo de él, sentir el poder fluyendo por ella, escapar a una vida de visiones. Shay se sintió repugnada por el pensamiento. Verdad, la sangre le había salvado la vida, pero no quería nada de él dentro de ella. La odiaba. Y, ahora, lo odiaba a él. El niño en sus visiones, el adolescente que había sido tan buen amigo de Sam, el hombre que había apreciado cada veta de color en su último atardecer, ese no era Gabriel. Ya no más. No podía ser. Shay no creía que esa persona, la persona que ella *había* visto tantas veces, pudiera usarla de la manera que este Gabriel lo hacía. Él nunca podría matar por venganza de la manera en que Gabriel estaba planeando hacer.

Quiso ver su reloj, pero estaba en la mano atada a la de Gabriel. Debían ser las ocho o las nueve. Shay deseaba poder quedarse tan profundamente dormida como Gabriel. Incluso una ligera, media dormida y media despierta siesta sería un alivio, pero no se molestó en cerrar los ojos. El sueño no iba a llegar.

Shay rodó hacia su lado, lo cual la llevó más a la derecha junto a Gabriel. Inmediatamente regresó a ponerse de espaldas. Arrojó la cabeza hacia atrás y adelante sobre la almohada, necesitaba moverse. El pensamiento se apoderó de ella. Empezó a sentir pánico, frenética. Su corazón estaba latiendo con rapidez y la piel alrededor de su boca estaba empezando a sentirse adormecida.

Se mordió el labio superior ligeramente, luego con un poco más de fuerza. Adormecido. Eso era malo. Nunca se había sentido así de entumecida durante sus un millón y dos autochequeos. ¿Qué era? ¿Se estaba muriendo? Sudor apareció entre sus dedos.

Máscara de estrés. La frase surgió en su cabeza. Una vez su madre había estado loca debido a que el conteo de glóbulos blancos de Shay salió extremadamente bajo. Martin había sentado a mamá, tomado su pulso y le preguntó si estaba sintiendo algún entumecimiento facial. Cuando ella preguntó qué era, él dijo que había sido lo que se llama máscara de estrés.

Bien, ves, estás muy tensa, se dijo Shay. No muriendo. Al menos, no todavía. Sólo tensa.

Respiró profundamente, luego otra vez. Le estaba tomando un tiempo a su cuerpo entender el mensaje de que no era necesario colapsar. Respiró otra vez, tan profundamente como pudo, luego lo sostuvo hasta la cuenta de cinco y lo liberó lentamente. Era una técnica de relajación que había aprendido en una de sus estadías en el hospital.

Mejor pensó. *Está mejor.* Aunque todavía faltaban horas hasta que Gabriel se despertara y la desatara. Si pudiera beber, la sangre la llevaría a otro lugar donde podría escapar y…

No. Dios, es como si fuera adicta. Su cerebro seguía diciendo. *No, no quiero beber su sangre. Es malvado.* Pero su cuerpo, a su cuerpo no le importaba el bien o el mal. Lo correcto o lo equivocado. Seguía cantando. *Dame, dame, dame.* Podía rodar, hundir los dientes en su cuello…

Necesitaba una distracción. Se estaba volviendo completamente loca. ¿Por qué Gabriel no había encendido la TV o la radio? Su teléfono sonó, alejando su atención de sus pensamientos. Había terminado en la cómoda en el otro extremo de la habitación. De ninguna manera podría alcanzarlo. Gabriel sería bastante estúpido para atarla y luego dejar su teléfono al alcance de su mano. Y estúpido no era.

El celular sonó y sonó. *Tiene que ser Olivia,* pensó Shay. *Está bien, Liv. ¿Quieres hacer lo mejor? Preocúpate por mí. Llama a la Policía. Llama a mis padres. Llama a la caballería. Por favor, por favor, por favor, sólo consigue algo de ayuda.*

Martin y su madre habían capturado una vez a Gabriel. Ellos conocían su debilidad. Si Olivia los traía hasta acá, tendrían una oportunidad contra Gabriel. Mucho más que la posibilidad de si eran atraídos hacia una trampa en el complejo de Gabriel con toda su familia respaldándolo.

El celular comenzó a sonar otra vez. Shay lanzó un pequeño gemido de frustración. Olivia no sería capaz de enviar ayuda. No tenía idea de dónde se encontraba. Si Shay pudiera hablarle por un segundo… Pero su celular bien podría estar en el otro extremo del país como en el otro extremo de la habitación.

Distracción. Necesitaba una distracción. Si estuviera en casa, escribiría en su diario luego de una transfusión. Luego de una visión.

Podía hacerlo ahora. Podía hacer un diario mental. Shay cerró los ojos e intentó no sentirse estúpida mientras se imaginaba de regreso en su habitación, sentada en su escritorio, su diario abierto frente a ella, su lapicera favorita de color verde en su mano.

Bien, aquí va. He bebido de Gabriel dos veces más desde la última vez que escribí. No sé bien si se debe a que necesito la sangre para funcionar, o si sólo la deseo. Una vez leí este artículo sobre la adicción de una celebridad a las píldoras del dolor y él dijo que luego de un tiempo su cuerpo seguía diciéndole que sentía dolor, porque necesitaba pensar que bien podía tener una justificación para tomar las píldoras. El dolor estaba principalmente en su mente para ese momento. Cuando dejó las píldoras, y permaneció sin ellas por un tiempo, se dio cuenta.

¿Realmente me estoy debilitando cada vez más rápido? ¿Necesito la sangre tan a menudo? ¿O sólo soy dependiente y así me convenzo de que estoy más débil para poder conseguir un toque? Dios, incluso sabiendo lo que Gabriel ha planeado, todavía quiero su sangre.

La sangre es un completo torbellino. Es como si pudiera sentir cada vena dentro de mí brillando cuando la sangre de Gabriel es bombeada a través de mi cuerpo. Tal vez eso no suene bien, pero se siente maravilloso. A veces incluso puedo sentir cada glóbulo individual rebotando en las paredes de las venas. Supongo que no sólo venas. Arterias y capilares también. Es algo así como esa canción. La de "hace cosquillas en mi nariz".

Pero las visiones… No todas eran felices y agradables. Cuando Gabriel vio a Ernst matar a un humano fue horrible. Gabriel incluso así lo pensó. Y luego, la visión de la cueva esa noche, ni siquiera sé si puedo describirlo en palabras. Aniquilación. Genocidio. Exterminación. Erradicación. Todas se aplican, pero no le dan la emoción que sentí cuando yo… quiero decir, Gabriel, presenció cómo casi toda su familia fue aniquilada.

¿Cómo no puede entender que sentiré todo lo mismo que sintió él si mata a mi madre y a Martin? Quizás no todo. Gabriel vio tanta masacre. Pero no de uno de sus padres. El pensamiento de perder a mamá… apenas puedo soportarlo. Es como si mi cerebro se alejara de ello.



Supongo que no puedes comparar un tipo de duelo con otro. O al menos no tiene sentido si lo haces. Pero esperaba que Gabriel se diera cuenta de lo que me estaría haciendo. Estoy segura de que hay personas por las que haría todo por mantener con vida. Sam y Enrst. ¿No puede entender la razón por la que mi madre y Martin hicieron lo que hicieron?

O tal vez no Martin. Gabriel dice que Martin está usándome. Pero, ¿cómo puedo confiar en algo de lo que Gabriel dice? Fingía que todo estaba bien entre nosotros. Incluso me devolvió el beso, y todo el tiempo estaba planeando utilizarme como cebo.

Lo que sí sé es que Martin siempre ha sido amable conmigo. Sin importar lo que le hizo a Gabriel, me trató bien.

Y mi madre… sé con absoluta certeza que lo que sea que haya hecho, lo hizo para mantenerme con vida. Toda su vida ha tratado sobre mí durante diecisiete años. Y ahora su muerte también se deberá a mí.

Mamá me dijo que Gabriel era un asesino. Quizás debería haberla tomado más en serio.

El celular de Shay sonó otra vez. Décima sexta vez. Pero esta vez fue diferente. Esta vez Gabriel lo escuchó. No dijo nada, pero pudo sentir su cuerpo tensarse mientras yacía acostado junto a ella.

Rodó hacia su lado, así que estaba frente a ella, y rápidamente desató el nudo que mantenía sus muñecas juntas. Tuvo sus pies libres un momento después.

—Tengo que devolver la llamada —dijo Shay, con su voz áspera debido a que su garganta estaba tan seca tras el día interminable.

Gabriel levantó una ceja. Shay tradujo el movimiento de la ceja como un "¿quién eres tú para exigir nada?"

Shay cambió su enfoque. —Gabriel, le pedí a mi mejor amiga que le diera información falsa a mi mamá. Ella le dijo que estaba camino a Miami a pasar un buen rato antes de morir.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué? ¿Cuándo pude hablar con ella? —preguntó Shay. Gabriel hizo una breve inclinación de cabeza—. Eso sería durante el día, cuando estabas muerto durmiendo y podría haber tomado algún momento si hubiese querido. Pero no lo hice.

—¿Por qué volviste? —Parecía casi como si deseara que no lo hubiese hecho.

—Ya te lo dije. Quería asegurarme de que estabas a salvo —dijo Shay—. Pensé que te debía algo, dado que todo esto fue por darme sangre.

Sintió la ira hincharse dentro de ella otra vez.

—Oye, no me importa si quieres tirar mi teléfono a la basura. Sólo pensé que debías saber que la única manera de que Olivia me ayudara era si le prometía

chequearla todos los días. Yo soy la chica enferma ¿Recuerdas? Mis amigos quieren saber que estoy bien. No estoy segura de lo que haría si no le devuelvo la llamada. Quizás alertar a la Policía… No lo sé.

Gabriel tomó el celular y se lo entregó. —Ponlo en altavoz y reproduce los mensajes.

Las tres primeras llamadas eran de Olivia, tal como Shay pensaba que sería. Todas eran variaciones de: "Llámame."

¿Qué podría decir si Gabriel me deja llamarla? Definitivamente tendrá toda la llamada en altavoz, pero tal vez pueda encontrar alguna manera de dejarle un mensaje codificado, pensó Shay. Olivia sabía mucho sobre ella. Al menos, Shay debía ser capaz de señalar que no todo estaba bien, incluso si no podía decirle que estaba en el motel del Skyview en Shawsville, Virginia, siendo mantenida en cautiverio por un vampiro.

El siguiente mensaje sacó de un tirón a Shay de sus pensamientos. Las lágrimas brotaron en sus ojos tan pronto como oyó la voz familiar.

—¿Shay? Es mamá —dijo en el mensaje—. Me estoy quedando en el Royal Palm. No me iré de Miami sin ti. Llámame, mi amor. Tenemos que hablar. Tengo que hacerte entender. Estoy aquí, Shay. Estoy aquí para ti. Llámame al celular o aquí. —Su madre recitó el número de teléfono del hotel—. Te amo, bebé —añadió antes de que el correo de voz se cortara.

—Supongo que tu amiga siguió tu plan —comentó Gabriel. Estaba frotando su dedo alrededor de un anillo de agua en el armario, como si la cosa le fascinara.

—Por supuesto que lo hizo —respondió Shay, sin mencionar que había tenido sus propias dudas acerca de si Olivia estaría demasiado preocupada porque Shay hiciera lo que había dicho.

Gabriel hizo un gesto para que continuara reproduciendo los mensajes, todavía sin mirarla del todo. Mensaje tras mensaje eran de Olivia. Sin embargo, eran básicamente mensajes de "Llámame", algunos enojados, algunos preocupados, algunos mortales, algunos suplicantes.

Luego vino algo distinto. Era otro mensaje de Olivia, pero su voz era urgente y hablaba tan rápido que era un poco difícil entenderla.

—Shay, oh mi Dios. Martin acaba de venir otra vez. Casi me interrogó. Él piensa que sé algo y seguía diciéndome que morirías si no recibías atención médica —dijo Olivia en una ráfaga—. ¿Qué está pasando, Shay? ¿Estás bien? Estoy imaginando que moriste en algún lugar sin mí para recogerte. La Policía encontró el auto de Martin en algún lugar de Virginia. Él lo reportó robado. Debí haberte dicho eso primero, lo siento. Él dijo que tú tomaste su carro, pero lo reportó ayer porque estaba desesperado. Dijo que si morías, sería mi culpa porque no le dije dónde estabas. Shay, llámame. ¿Estás en Virginia? Creo que Martin podría ir por ti.

¡Virginia! ¡Martin sabía que estaba en Virginia! *Por favor, que esté en camino,* pensó Shay, *con el espino que golpeará a Gabriel.* Ella no quería a Gabriel encadenado de nuevo en el laboratorio de Martin, pero lo necesitaba desactivado durante un tiempo, el tiempo suficiente para explicarle a su madre y a Martin que Gabriel quería matarlos. Tenía que salvar la vida de su madre.

Gabriel se acercó a la ventana. Shay lo siguió, escuchando el final del mensaje de Olivia. —Espero que estés a salvo. Llámame. Me tienes que llamar.

—La Range Rover se ha ido —anunció Gabriel—. Nos vamos. Ahora.

¿Martin había tomado el auto? ¿O es que la Policía lo acaba de remolcar? *Mantén la calma,* se dijo Shay. *Mantente enfocada. Esta puede ser tu oportunidad de escapar.* Si Gabriel tenía que elegir entre ser capturado de nuevo y dejarla ir, tendría que dejarla ir.

Gabriel la agarró de la mano, abrió la puerta y salió corriendo hacia el oscuro estacionamiento. En el mismo momento, la puerta de la oficina del motel se abrió. Y Martin salió.

—Martin —gritó Shay. Quería llamar la atención de Martin y quería una audiencia. Quería que Gabriel corriera. Y quería subirse al auto de Martin y volver a casa. ¡A casa!

El empleado salió de la oficina detrás de Martin. Bien. Shay trató de torcer su mano para zafarse de las manos de hierro de Gabriel.

—¡Déjame ir! —chilló—. ¡Se acabó! Vuelve a tu familia y déjame volver con la mía.

—¿Necesitas que llamé a la Policía? —Le preguntó el empleado a Martin.

—Ya lo tengo cubierto. Vuelve a entrar —ordenó. Se dirigió hacia ellos y Shay vio el destello de una jeringa en su mano.

—Tiene el espino. Sólo vete —rogó Shay a Gabriel—. Por favor.

Gabriel bruscamente le soltó la mano y durante un milagroso segundo Shay pensó que haría lo que le había pedido y se iría. Que esto podría terminar sin que Martin resultara muerto o Gabriel recapturado.

Luego, con un silbido, los colmillos de Gabriel se extendieron y comenzó a moverse hacia Martin.

No. Shay no iba a permitir que esto sucediera. Se arrojó a su padrastro, apoyando ambas manos sobre su pecho. Él se tambaleó hacia atrás un paso.

—Te va a matar. Tenemos que salir de aquí. ¡Ahora! Ese es tu auto rentado, ¿verdad? —Se dirigió hacia el Sedán elegante estacionado frente a la oficina.

Martin no la siguió. Siguió caminando hacia Gabriel, como si ni siquiera la hubiese visto u oído hablar. Shay no pensó. Sólo reaccionó, poniéndose entre



Gabriel y Martin justo antes de que se alcanzaran. Una vez más puso las manos sobre el pecho de Martin.

—Martin, lo sé todo. Lo siento si arruiné tu oportunidad de hacer un gran avance, pero no quiero esto. Incluso si consigues regresar a Gabriel al laboratorio, no voy a tomar su sangre. Sé que quieres salvarme y que ésta es la única manera de hacerlo, pero no lo haré. Vámonos. Hay gente observando. —Era cierto, había visto abrirse una cortina en una de las habitaciones—. No hay forma de que esto termine bien.

—¡Fuera del camino! —Le dijo Martin.

—¡Fuera del camino, Shay! —hizo eco Gabriel.

—No. —Shay apretó los dedos en las solapas de Martin y trató de empujarlo hacia el auto. Era como empujar una pared de ladrillo. Martin era del tamaño de un jugador de fútbol americano y Shay era pequeña y delgada—. Martin —rogó.

Él la miró por un breve segundo, sus ojos encontrándose con los de ella. Luego le dio con el dorso de la mano en toda la cara.

Shay cayó de rodillas, golpeando su cabeza contra un auto destartalado estacionado junto a ella. Parpadeó, aturdida. ¿Cómo pudo Martin hacerle algo así, Martin, quien siempre había sido tan amable con cada procedimiento que ella necesitara?

—Quédate ahí. Esto no es acerca de ti —ordenó Martin. Levantó la jeringa y tanto él como Gabriel comenzaron a darse vueltas entre sí.

Shay se puso de pie y se tambaleó entre Martin y Gabriel una vez más, con el mundo girando locamente a su alrededor.

—Deténganse. Esto es una locura.

—¡Muévete! —gritó Martín—. No te lo voy a decir otra vez.

Las rodillas de Shay se doblaron y tuvo que luchar para mantenerse de pie. No sabía si era por el dolor en su cabeza, podía sentir la sangre circulando desde su frente hasta la mejilla y el mentón, o del choque. Gabriel le había dicho que Martin no se preocupaba por ella. Él había dicho que Martin estaba obsesionado con su premio científico. Con su vampiro. Shay no quería creerlo, a pesar de que su propio cerebro e instinto habían comenzado a susurrarle eso mismo.

Ella también era parte de la investigación de Martin. Eso es lo que era para él, otra rata de laboratorio. Tal vez incluso por eso se había casado con su madre, para poder tener a Shay a su disposición. Pero ella era prescindible. Había otras personas con otros trastornos de sangre que podría usar en sus experimentos. Sería mucho más difícil de conseguir otro vampiro.

Martin se lanzó a su alrededor, con la aguja hipodérmica en alto. Shay se arrojó a él y le agarró la muñeca con ambas manos, tratando de mantener la aguja inmovilizada.

—¡Gabriel, vete! ¡Ve con tu familia. Por favor!

Como si rogarle serviría de algo. Estaba tan obsesionado como Martin. Todo lo que Gabriel quería era venganza. Todo lo que Martin quería era gloria.

—Maldita seas, Shay. ¡Vamos! —Martin tomó una de sus manos, doblándole los dedos hasta que Shay gritó de dolor. Escuchó a Gabriel silbar de furia. Martin mantuvo su control sobre la mano y la utilizó para lanzarla lejos de él. Shay se preparó para chocar de nuevo contra el cemento, pero no fue así.

En cambio, fue levantada. Gabriel la había tomado en sus brazos. Dio media vuelta y corrió hacia el extremo opuesto del terreno del estacionamiento. Martin estaba detrás de ellos, pero no era tan rápido.

Gabriel usó su puño para romper la ventana de un viejo Plymouth Barracuda. Puso a Shay dentro, con la herida en su mano ya curándose, y se metió en el asiento del conductor a su lado. Martin casi los alcanzaba cuando Gabriel haló un panel debajo del volante y sacó dos cables rojos.

Martin llegó a través de la ventana rota con la aguja. Gabriel se torció alejándose, empujando con el codo el brazo de Martin. La jeringa salió volando y Martin se revolvió tras ella. Gabriel retiró los extremos de los cables, los retorció juntos y los tocó con el extremo de un cable marrón. El motor arrancó. Gabriel apretó de golpe el acelerador. Martin salió a trompicones de la vía mientras el auto salió rápido del estacionamiento.

—¿Estás bien, Shay? ¿Estás bien? —exigió Gabriel. Shay se rozó la frente. Todavía estaba sangrando, pero se suponía que eso pasaba mucho con las heridas en el cuero cabelludo, ¿no?

—Yo creo que sí. —Shay todavía estaba tratando de procesar lo que había sucedido con Martin. Se suponía que vendría a salvarla.

Pero en su lugar, había sido Gabriel quien la salvó.

Capítulo 14

Traducido por Vanehz, Sweet Nemesis y alexiia☮♪

Corregido por CrisChocoLover

—Mira si hay un mapa en la guantera —le instruyó Gabriel mientras iban por la carretera a exactamente 65 millas[5] por hora. Había reducido la velocidad a la reglamentaria tan pronto como estuvieron fuera de la línea de visión de Martin. Shay se dio cuenta de que era porque no quería ninguna oportunidad de que nos detuvieran, con el coche robado y ella, secuestrada.

Shay se alegraba de tener una tarea tan sencilla.

—Sí, hay uno —respondió Shay.

El que tuviera ese coche estaba hasta el culo. La guantera no tenía ni una pieza perdida de pelusa o una barra de chicle. Estaba vacía excepto por el mapa, los papeles del coche, un cuadernillo que tenía escrito MANTENIMIENTO DEL COCHES al frente, y un pequeño paquete de pañuelos desechables. Shay presionó una bola de pañuelos contra su frente y sacó el mapa.

—Ambos necesitamos volver a la carretera. Rápido —dijo Gabriel.

Ambos. Por un momento fueron un *ambos*; antes, cuando había estado haciéndole de enfermera. ¿Pero ahora? Estaba tan confundida. Gabriel había estado planeando usarla como rehén. Quizás esa aún fuera la estrategia. Quería atraer a Martin y a su madre al recinto de su familia.

Pero ella conocía las habilidades de su cuerpo, sabía cuán fuerte era, cuán rápido. Sin el elemento sorpresa, Martin nunca habría sido capaz de doblegar a Gabriel. Podría haber obtenido su venganza justo entonces. Shay sabía cuán profunda corría su furia. Estaba segura de que estaba deseando cortar a Martin en trocitos. Pero aun así, Gabriel había elegido proteger a Shay.

Había estado equivocada. Había pensado que Gabriel y Martin estaban igualmente obsesionados, pero Gabriel al menos había puesto su obsesión momentáneamente de lado; por ella.

---

[5] 104'607 Km./h



—¡Shay! ¡El mapa! —dijo Gabriel.

—Aquí está —respondió Shay. Encendió la luz del techo y estudió el mapa—. Toma la salida 72. Está unas diez millas[6] más adelante. Entonces, giras a la derecha.

—Bien.

Shay se dio cuenta de que los ojos de Gabriel seguían volviéndose al espejo retrovisor. Miró sobre su hombro. No divisó a Martin en su coche alquilado.

—¿Ves algo? —preguntó Gabriel.

—No. Ni Martin, ni policías —le dijo Shay.

—No va a llamar a los policías —dijo Gabriel.

—Sí, tienes razón —acordó Shay—. Si la policía te lleva, la verdad saldría en algún momento.

—Y Martin no tendría su suplemento de sangre —replicó Gabriel— Alguien más debe haber llamado, sin embargo. El recepcionista. —Echó otra mirada detrás de ellos. Aún bien.

—Estabas en lo cierto con respecto a Martin —dijo Shay, aún sorprendida—. Nunca lo había visto así. Tan frío. Era como un monstruo.

—Es lo que siempre fue conmigo —replicó Gabriel—. Ni siquiera se molestó en poner una cara amable para mi beneficio.

—Así que nunca fue por mí —dijo Shay lentamente—. Estaba estudiándonos a ambos; tu sangre y sus efectos en la mía. Nunca fue sobre hacerme sentir mejor. Bueno, excepto por la parte donde hacerme sentir mejor significaría un logro para él.

Gabriel no respondió.

—Pero mi madre no haría eso —dijo Shay—. Mi madre nunca me dejaría ser usada como rata de laboratorio.

—Dejó que yo fuera… —empezó Gabriel.

—Porque no te ama —lo cortó Shay—. Ni siquiera piensa en ti como un humano.

—No bromees. Me odia —dijo Gabriel.

—¿Qué? —chilló Shay.

—Cada vez que me miraba, era con odio —dijo Gabriel—. Con Martin no era tan personal como eso. El me trataba como si fuera un elemento de un experimento. Una cosa, no una persona.

[6] 16'0934 Km.

—Quizás estaba asustada —dijo Shay—. El miedo puede parecer rabia u odio.

—Era odio. Podía olerlo. Es una esencia completamente diferente del miedo. —La voz de Gabriel era helada, pero Shay sabía que estaba diciendo la verdad. Le dijo la verdad sobre Martin también, solo que no había querido creerla.

—¿La… la viste mucho? —preguntó Shay, envolviendo sus brazos alrededor de sí misma. Realmente no quería saberlo, pero tenía que hacerlo. ¿Cuánto le había hecho su madre a Gabriel? ¿Y por qué?

El amor era la única razón que Shay podía entender. Nunca tendría una hija propia. Pero aun así sabía, que si lo hiciera, nunca pondría la vida de un extraño, un extraño que era algo sacado de una película de terror, por encima de la vida de su niña.

Pero odiar no tenía sentido. Estaría más en el carácter de mamá intentar trabar amistad con él, para llegar a conocerlo y preguntarle por su sangre.

—Gabriel, por favor solo dímelo —dijo. Necesitaba asegurarse de que su madre era aún su madre. Que a pesar de que su madre le había mentido y hecho una cosa horrible, que no era como Martin, que no era malvada.

Gabriel suspiró.

—Tu madre estaba ahí cuando fui capturado. Fue la que intentó conocerme, para hablar en persona. Martin se acercó desde atrás. A parte de eso, estuvo en el cuarto conmigo quizás unas cuantas veces.

Mamá era un rehén, en cierto modo, pensó Shay mientras Gabriel tomaba la salida de la carretera. *Justo como lo soy yo ahora.*

¿Es eso lo que aún era? ¿Gabriel simplemente había pospuesto el momento de su venganza? Había pensado que eran un equipo antes y había estado tan equivocada. ¿Estaba ayudándole a usarla justo ahora por darle instrucciones sobre cómo escapar?

Al menos estaban yendo en una dirección lejana a Martin.

Shay comprobó el mapa.

—Baja por la calle Highland. —Hizo un rápido conteo—. Está siete calles más abajo. Una vez ahí sigue por un par de millas, parece que puedes tomar un camino posterior que básicamente es paralelo a la carretera.

—No me preocupa donde vaya —le dijo Gabriel—. Tenemos que salir de la carretera totalmente por un tiempo. Martin vio el coche que nos llevamos. No podría llamar a los policías, pero no significa que no esté usando otros recursos. Tiene mucho dinero, ¿verdad?

—Sí. ¿Estás pensando en algo como investigadores privados? —preguntó Shay.

—Con la suma de dinero correcta, puedes conseguir un buen equipo de búsqueda montada —dijo Gabriel—. Vamos a deshacernos de este coche y

buscar un lugar para ocultarse al menos hasta que la gente piense que nos fuimos hace mucho de aquí.

Shay asintió. Tenía el loco impulso de estirarse, y encender la radio, buscar una de sus canciones favoritas, y solo dejarse ir. No pensar. No, nada de radio, se dijo a sí misma. No iba a dejarse caer en la pasividad. Tenía que permanecer alerta y enterarse de cuál era ahora el plan de Gabriel y trazar uno por su cuenta.

—Highland debe ser la calle después de esta —le dijo a Gabriel—. Gira a la derecha.

Shay se aseguraba de grabar cada movimiento que hacían en su cabeza. Ella podría necesitar encontrar el camino de vuelta a un área donde hubiera un montón de gente o darle a Olivia indicaciones sobre como encontrarla. Shay le confiaría esa información a Olivia. Recordó que podía confiar en Olivia para cualquier cosa. Olivia la había cubierto por completo, mintiéndole a mamá, avisándola cuando Martin estaba en camino. No había carteles que Shay pudiera ver en esta carretera. A la izquierda, se encontraba una pequeña tienda de comestibles y una de carne. Shay sintió brotar una risa histérica. Carnada[7]. Tal vez simplemente debía decirle a Gabriel que se detuviera ahí y consiguiera algo más para usar en vez de a ella.

Alrededor de media milla más adelante, las luces del coche rozaron una estación de servicio cerrada. Había algo acerca de las bombas de gas abandonadas. Era una de las cosas más solitarias para ver. Mientras conducían, la carretera se volvió más dispareja y comenzó a correr viento.

—Creo que hay algo más adelante —dijo Gabriel.

Shay se inclinó hacia delante.

—No veo nada.

—Yo tampoco. Aún —respondió Gabriel—. Pero hay olor como a vacas y gente, manzanas, granero. Olores de granjas. Pero viejo, ya nada vive ahí. Tal vez encontremos una especie de refugio. —Bajó la velocidad, y como a cinco metros más adelante, se encontraron con un camino de tierra hacia la izquierda. Gabriel giró por este, aun conduciendo lentamente.

—Ahí —dijo después de unos minutos, y en la oscuridad Shay pudo distinguir la forma de un par de construcciones. Supuso que se trataba de la casa y el granero aunque no había luz por ninguna parte que se lo confirmara.

Gabriel dio una vuelta en U y comenzó a volver por el camino que habían venido.

—¿No te gusta como huele?

---

[7] **Hostage**: en español significa rehén o carnada, un trozo de carne. De ahí el ataque de histeria de Shay.

—Quiero librarme de este coche y entonces volveremos —respondió.

Cuando llegaron hasta la ruta principal (la cual no era muy principal), tomó la dirección opuesta a la que llevaba a la ciudad. Después de que anduvieron cerca de dos millas, Gabriel guió el coche marcha atrás, después maniobró con cuidado entre dos árboles, aparcó y apagó el motor, dejó la llave en el contacto. Se bajó del coche y lo rodeó hasta la puerta de Shay antes de que ella tuviera oportunidad de hacerlo por si misma.

Tan pronto como salió, Gabriel la levantó en sus brazos de nuevo.

—Esto será rápido. Nos quiero lejos del coche lo más pronto posible.

Usó su pie para cerrar la puerta del coche y entonces corrió. Aunque correr no parecía ser la palabra correcta. La palabra para describir lo que Gabriel estaba haciendo aún no había sido inventada. Gabriel se disparó por entre los árboles realmente rápido. Y suave, aun cuando la tierra estaba llena de rocas y baches. Y silencioso. Shay no podía escuchar ni siquiera un indicio de las pisadas.

Apenas tuvo tiempo para registrar sus pensamientos antes de que Gabriel estuviera poniéndola de nuevo sobre sus pies frente al desierto granero. Ella se estremeció.

—Déjame ver tu cabeza. —Gabriel se inclinó más cerca, tan cerca que ella podía sentir su aliento en su mejilla, y estudió el punto donde su cabeza se había golpeado con el coche.



—Te está creciendo un chichón, y se está poniendo negro y azul, pero no creo que necesites puntos —metió su pelo detrás de la oreja, echándole un último vistazo—. Ni siquiera debería quedarte marca.

—Siento como si toda mi cabeza fuera a convertirse en una enorme marca —Shay apretó los ojos tocando su herida.

—No lo hará, confía en mí. Soy doctor. —Gabriel sonrió—. Lo he sido unas diez veces.

—Sí, un doctor murciélago —dijo Shay sarcásticamente, comprobando que no estaba seriamente herida.

Él se giró hacia el granero.

Una cerradura oxidada mantenía las enormes puertas dobles juntas. La rompió fácilmente y condujo a Shay a su interior.

—¿Por qué no pudiste romper tus cadenas en el laboratorio y escapar? —preguntó Shay.

—Martin me mantuvo bastante muerto de hambre —respondió Gabriel mientras abría una de las puertas—. Me daba suficiente sangre como para mantenerme con vida pero eso era todo. Viste lo débil que estaba la noche que me encontraste.



Se subió encima del henar y arrojó un par de fardos de heno que permanecían ahí. Estos aterrizaron en el suelo con un golpe sólido, levantando una nube de polvo. Gabriel aterrizó junto a ellos.

Este es el verdadero Gabriel, pensó Shay. La carrera, el salto. La forma en que rompió esa cerradura como si fuera tergopol[8] Así es como era habitualmente. Ella lo había conocido cuando estaba débil Ahora había recuperado sus fuerza, y su poder era asombroso.

Ella había podido saborear un poco de ese poder en sus visiones, pero ¿cómo sería tener toda esa fuerza disponible todo el tiempo?

Tenía que ser mucho más emocionante que cuando ella corría por las pistas o hacía su épica natación.

Gabriel levantó una harapienta manta de caballo que colgaba de una de las puertas del establo. Caminó hacia Shay, la estudió, entonces envolvió la manta en sus hombros, aun sosteniendo ambos lados de la ropa.

—Tienes frío —le dijo—. Si necesitas algo, me lo tienes que decir.

—Necesito a mi madre… viva —respondió Shay.

—¿Algo más? —Él apretó más la manta a su alrededor, sin dejarla ir.

¿Por qué no la dejaba ir? ¿Y si retrocedía? Ella era muy consciente de la vena corriendo por su cuello, justo debajo de su piel, a través del centro de su tatuaje del ave fénix. Sabía que era imposible, pero sentía como si pudiera oír la sangre, cálida y llena de vida bombeando por esta.

Se tambaleó hacia la vena, hacia Gabriel, entonces mortificada se tiró hacia atrás. Retrocedió un par de pasos, sacando la manta de su agarre.

—Necesito saber qué es lo que está sucediendo —explotó—. ¿Aún soy tu rehén? Aún planeas usarme para matar a Martin y a mi madre? Yo solo… ¿qué soy exactamente para ti?

Gabriel se sentó pesadamente en una de los fardos de heno. Presionó su cabeza en sus manos.

—No lo sé —admitió.

Shay se sentó en el fardo frente a él.

—Me salvaste. Probablemente podrías haber matado a Martin ahí, aun cuando él tenía esa jeringa. Pero no lo hiciste. Me salvaste. ¿Por qué?

—No lo sé —dijo Gabriel con su cabeza aún en sus manos—. Tienes razón. Podría haberlo matado. Cuando él y tu madre me capturaron, me pillaron por

[8] El nombre varía según el país. Es también conocido como: poliexpan, poliespan, forespan, porexpan, corchopán o corcho blanco, plastoformo, isopor, icopor, estereofón, styrofoam, aislapol, plumavit, poliespuma, espuma-flex, durapax, duropor, duroport, thermopor, hielo seco, nieve seca, unicel, poroplá, foam, tecnopor, esferovite, fon, espuma plast, anime, pluma vi…

sorpresa. —Levantó la cabeza y la miró. Parecía tan abrumado y confundido como ella se sentía—. No pensé en los porqués. No pensé en absoluto. Él te lanzó… y no podía dejarte caer de nuevo.

—Es irónico. Martin es uno de los que pasó años intentando mantenerme a salvo, aunque supongo que no se trataba de mí en realidad. Pero él fue quien me hizo daño, no tú —dijo Shay. Un estremecimiento la recorrió.

—¿Necesitas otra manta? —preguntó Gabriel.

—No. No es eso. Creo que sólo me está afectando todo esto. Pensé que me había afectado antes, pero al parecer no —respondió Shay—. Me siento débil.

—Tal vez necesitas alimentarte —sugirió Gabriel.

Eso era todo lo que Shay quería. Ella sufría por su sangre. Pero no podía alimentarse, no hasta que ella supiera qué pasó.

—Gabriel, cuando te estaba cuidando antes, pensé que las cosas estaban bien entre nosotros. Pensé que las cosas habían cambiado. No tenía ni idea de que me considerabas tu rehén. Pero cuando volviste a ser fuerte…

—Seh.

—¿Eso es todo? ¿*Seh*?

—No podía haberlo hecho si no te hubiera convertido en la chica humana —admitió Gabriel.

—Siempre fui una chica humana —dijo Shay.

—No, por un tiempo eras *Shay*. La que estúpidamente dejaba de pensar en sí misma como "La Chica Enferma". La que iba a comenzar con una desagradable y dulce adicción. La que sentía pena por un animal de peluche. La que… me besó. No podía tener a Shay como rehén.

Shay abrió sus manos delante de ella. Temblaban un poco. Realmente tendría un gran dolor de cabeza todo lo que había sucedido.

—Y sin embargo…

—Sin embargo… viste lo que le pasó a mi familia. Fueron asesinados por los seres humanos. Desde ese día, empezamos a vivir con miedo. Nuestra vida cambió por completo —explicó Gabriel—. En esta época, la mayoría no creen en nosotros. Eso nos da más seguridad. Martin y tu madre son un peligro, porque saben la verdad. Si no mueren serán un peligro, no sólo para mí, sino para toda mi familia. No voy a permitir que nadie ponga en peligro a mi familia, no, nunca más. —Gabriel vaciló, y luego continuó—: Pensé que al tenerte, atraería a Martin y a tu madre hasta mí. Fuiste vital para mantener a mi familia a salvo…

—Y para vengarte.

Gabriel asintió.

—De acuerdo. Sí, me hicieron sufrir, y yo quería que se sintieran de la misma manera —Se acercó y le agarró la mano—. Así que tuve que intentar alejarte. Dejar de pensar en ti como Shay. Pero no podía. Y supongo que es por eso que te salvé de nuevo, porque, por mucho que lo intentara, no podía olvidarte. Me has salvado la vida. Dos veces. No podía darme cuenta que no todos los humanos son iguales, a pesar de que quería.

Shay se apartó el pelo de la cara.

—Tal vez estamos poniéndonos al día el uno al otro. Te conocía muy bien, incluso antes de que te viera ese día en la oficina de Martin. De hecho, había sido tú. Había experimentado tus pensamientos y sentimientos —ella negó con la cabeza—. Si la primera y única cosa que hubiera sabido de ti fuera que eras un vampiro, probablemente nunca te habría dejado en libertad.

—Me gustaría poder hablar con Ernst —dijo Gabriel.

—Me gustaría poder hablar con mi madre.

Gabriel se puso de pie y caminó de un lado a otro delante de ella.

—No sé lo que voy a hacer con Martin. O con tu madre. Pero estoy seguro de que no vas a estar involucrada de ninguna manera. No puedo utilizarte como un peón. Ya no. Mañana voy a llevarte a un autobús o un tren. Y tendremos que hacer un plan para conseguir tu sangre.

—¿Vas a seguir dándome tu sangre?

—No voy a dejar que mueras —Gabriel se detuvo y la miró—. La necesitas ahora. Lo puedo ver. Tienes algunas gotas de sudor sobre tu labio.

—Que atractivo —dijo Shay, tratando de sonar casual. Pero por dentro estaba volviéndose loca. Iba a salvarla de nuevo. ¡Iba a dejarla ir! Él era maravilloso, y ahora estaba enamorándose de él otra vez. Lo que era inútil y sin sentido, y probablemente un montón de otras cosas. Tenía que superarlo. Ahora.

Pero Gabriel no había sido capaz de no darse cuenta que era una persona real. Shay tenía miedo de que no se diera cuenta de que a ella le gustase fuera tan imposible.

Gabriel utilizó una de sus uñas para abrirse una vena en el cuello. *La necesito*, pensó Shay. *No sé si se trata de mi cuerpo o mi mente lo que me hace necesitarla, tengo que tenerla*. Se levantó, se acercó a él, le echó los brazos al cuello, bajó su boca a su garganta y bebió.

La oscuridad se hizo brillante. Ella levantó la vista. Era una de esas noches en que la luna está llena y derrama luz plateada sobre todo. La superficie del río brillaba como diamantes. A pesar de la belleza, ella —Gabriel— estaba tensa. Hombros encogidos, estómago revuelto.

Ella agarró una piedra con la mano de Gabriel y la arrojó al río.



—Espero que no estuvieras intentando hacerla saltar, porque si así fuera, es un intento patético.

Gabriel se volvió hacia la voz y vio a Sam venir hacia él, la sonrisa en su rostro tan amplia que casi parecía doloroso.

La llegada de Sam no disminuyó la ansiedad de Gabriel. La aumentó.

¿Qué está pasando? El pensamiento de Shay susurró en algún lugar en el fondo de su conciencia. Gabriel estaba molesto, pero Sam parecía demasiado feliz para que algo estuviera mal.

—¿Decidiste qué vas a hacer? —preguntó Gabriel.

—¡Me voy a casar con ella! —exclamó Sam—. Va a tener a mi bebé, y lo único que quiero es estar a su lado. Incluso quiero cambiar pañales. Te lo juro. No hace daño que tengan esos desechables ahora. —Se rió, el sonido lleno de alegría.

Gabriel se sintió mal. ¿Cómo podía Sam actuar como un niño por una humana? Era cualquier cosa menos una tragedia.

—Olvídalo. Sabes que un bebé no va a vivir…

—No —interrumpió Sam—. La medicina moderna ha cambiado todo. Eres un científico, sabes que tengo razón.

Gabriel suspiró. Era evidente que Sam quería negar la verdad. Él cambió de táctica: agarró a su hermano por los hombros y lo apretó, deseando que escuchara.

—No es por el bebé. Estar con una humana está prohibido…

—No me importa. Desde la primera vez que la vi, me enamoré. Ella es todo lo que quiero —contestó Sam.

—¿Qué pasa con la familia? —exigió Gabriel. Shay sintió cómo subía la ira caliente dentro de ella, pero en el fondo había un frío océano de miedo.

—La familia ha sido mi mundo desde el día en que fui acogido. Y estoy agradecido por lo que me dio Ernst ese día… un lugar al que pertenecer. Pero Emma me da todo eso también.

Emma, Shay alcanzó a pensar. *El nombre de mi madre.*

Sam puso sus manos sobre los hombros de Gabriel.

—Yo la amo. El amor no debe ser prohibido. Es lo más puro, lo que más siento que me llena.

Gabriel dejó caer sus manos y se apartó.

—El amor no está prohibido. Puedes amar…

—A cualquiera de los nuestros —interrumpió Sam—. Lo sé. Pero el amor no es así. Tú simplemente no puedes elegir.

—¿Sabes lo que pasa con los que violan las leyes de la familia? —advirtió Gabriel. Ella sentía como si una mano hubiera perforado a través de su caja torácica y le apretara el corazón.

—Pero voy a dejar a la familia —dijo Sam—. Y tienes que ser feliz por mí, hermanito. Te voy a bloquear[9] hasta que lo estés, lo juro.

—Quiero que seas feliz, Sam —dijo Gabriel—. Pero…

—¡Bien! Porque lo soy —dijo Sam rápidamente, antes de que Gabriel pudiera continuar—. Y también lo es Emma. Y el bebé será feliz también. Presta atención a lo que le voy a dar a Em. Fue un regalo de Gret, el amor propio de Ernst, antes de que ella buscara el sol. Ella era una madre para mí. Creía en el amor.

Sacó una pequeña caja envuelta en un pañuelo de su bolsillo y luego, cuidadosamente, la desenvolvió. La cajita contenía un guardapelo… un guardapelo con dos pájaros volando por un cielo que contenía un sol y una luna en los extremos.

Shay se quedó sin aliento y se alejó, la sangre de Gabriel goteando de sus labios.

Su mente daba vueltas. Se sentía casi borracha por el efecto de la sangre de vampiro, de su inmersión profunda en la visión. Le dolía el cuerpo por más. Pero la sorpresa de ver el guardapelo fue aún mayor que el deseo por la sangre de Gabriel.

—¿Qué? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿Tú… tú viste algo?

En respuesta, Shay sacó el guardapelo de su camisa y se lo enseñó. Era el mismo guardapelo que Sam le había mostrado en la visión a Gabriel. Es lo que él había estado planeando darle a Emma, la madre de su bebé.

—¿De dónde sacaste eso? —La voz de Gabriel se volvió aguda.

—Mi madre —respondió Shay, con voz temblorosa—. Ella dijo que mi padre se lo dio. —Tragó saliva—. ¿Cuándo fue? ¿Cuándo te mostró Sam este guardapelo?

Gabriel no se detuvo a pensarlo.

—La primavera de 1993.

—Yo nací 17 de octubre de 1993 —dijo Shay—. El nombre de mi madre es Emma. Tengo un guardapelo que ella dijo que era de mi padre, y no es de los que encuentras en cualquier tienda —Shay apretó el guardapelo en su puño—. ¿Crees que… Sam… Sam es mi padre?

[9] Del inglés headlock, expresión utilizada en rugby o fútbol americano que quiere decir hacer un placaje, plaquear o placar.

Gabriel se sentó en una de las pacas de heno, pareciendo viejo por primera vez desde que lo había conocido.

—¿Recuerdas que te dije de que Martin y tu madre conocían a alguien de mi familia? Esa persona era Sam. No podía entender cómo sabían sobre él… o de por ejemplo el efecto del espino en nuestra especie, pero, por supuesto, Emma lo sabía. Estoy seguro de que Sam le contó todo. Estaba completamente enamorado.

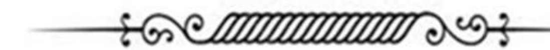
La mente de Shay daba vueltas. Las imágenes que había visto de Sam corrieron en su cabeza. Sam dejando a la niña en el orfanato para ocultarla. Sam reconfortando a Gabriel en la noche de su última puesta de sol. La alegría de Sam, tan enamorado de su madre. Sam extasiado ante la idea de su bebé. Él la había querido.

—Sabes lo que esto significa, ¿no? —Gabriel levantó la cabeza y miró a Shay.

—Mi padre me amaba —dijo—. Me quería. —Estaba mareada con toda la información.

—Sí. Él te amaba. Puedes estar segura de eso —contestó Gabriel—. Pero eso no es todo. Shay, eres mitad vampiro.

Capítulo 15



Traducido por Xhessii y Elenp

Corregido por Majo

Gabriel había lanzado una mirada a shay. Ella no había hablado desde que él le dijo que ella era mitad vampiro. ¿Qué pensaba? Él había tenido años para prepararse con la idea de que un día sería un vampiro. Él había escogido el momento en el que pasaría. ¿Qué se sentiría descubrir esa clase de verdad sobre ti mismo a su edad?

No es lo mismo para Shay, se recordó. *Ella no tuvo que olvidarse del sol. Ella no tenía que vivir con sangre.*

Dios. Eso no era verdad. Ella tenía que vivir con sangre. Con su sangre. O al menos con sangre de vampiro

—Ese es por qué estoy enferma, ¿verdad? Por qué siempre he estado enferma —dijo de repente Shay—. Y porqué tu sangre es lo único que realmente me ha ayudado.

Sus pensamientos seguían un camino similar a los de él.

—Eso creo. Tiene que ser, ¿no? —preguntó Gabriel.

—¿No lo sabes? —Ella usó ambas manos para alejar su cabello oscuro y largo de su rostro. El movimiento hizo que la sábana se deslizara de sus hombros. Gabriel quería alcanzarla y subirla, pero tenía miedo de que si la tocaba, no sería capaz de detenerse. Dejarla que se alimentara de su garganta (un impulso que lo había tomado) que había sido la experiencia más íntima de su vida. Él no quería que ella se detuviera jamás. Él no quería que ella quitara sus brazos de su cuello.

—¿Cómo no puedes saber? —preguntó ella de nuevo.

Gabriel sacudió su cabeza. —Está prohibido para nosotros tener contacto con los humanos, al menos en mi familia, y tiene que ser la manera de todos, o nuestra existencia no sería un secreto. He escuchado rumores de que niños han nacido de la unión de uno de nosotros y uno de los suyos. Pero ha sido hace cientos de años, y se supone que el niño muere después de unos cuantos días.



Ella hizo una mueca.

—¿Cómo ha sido para ti? ¿Siempre has estado enferma? —Él no podía creer que él no le hubiera preguntado eso antes.

—Sí. Desde que era una bebé en la incubadora. Mi madre no me tuvo en brazos hasta que casi tuve tres meses de edad —respondió Shay—. Y desde entonces ha habido días buenos, días malos, días buenos, días malos. Creo que los días buenos son como los días normales de las otras personas. Días en los que podía ir a la escuela. Días en los que tenía tiempo para mi misma, sin doctores, sin mi madre. Ella siempre me cuidaba.

Shay atragantó un sollozo. —Esta no soy yo. No soy la Chica Enferma que siente lástima de sí misma. Es sólo pensar en mi madre… Ella tenía que estar loca por la preocupación. Ella… ¿hay un nivel de locura más allá de ser un demente? So lo hay, entonces ella está loca con preocupación casi todos los días. Pero que ella no sepa dónde estoy… Ella puede pensar que ahora estoy muerta.

Gabriel la alcanzó y agarró una de las manos de Shay entre las suyas, incapaz de resistirse.

—Te asegurarás de que ella sepa la verdad. Mañana, podrás ir a casa.

—Ella está en Miami. Al menos es lo que creo —dijo Shay.

—Entonces, puedes ir ahí. Eso sería mejor. No te quiero en ningún lugar cercano a Martin —contestó Gabriel.

—Martin. No creo que mi mamá alguna vez lo haya amado, no realmente. Me refiero, creo que lo amaba porque él haría cualquier cosa con tal de mantenerme con vida. Él actuaba como si le importara. Y se miraba como un tipo realmente tranquilo, un tipo quién siempre estaría ahí. A diferencia de mi…

Shay se detuvo a media oración.

—¿Gabriel, qué está pasando? Sam estaba tan emocionado y feliz en mi visión. Él claramente le dio el guardapelo a mi mamá. Y él no estaba loco por la idea del bebé. Él estaba hablando de pañales y todo. ¿Por qué la abandonó?

Gabriel se congeló. Esa pregunta se sentía como un cuchillo en su corazón. Él no podía contestarla; él nunca la contestaría. Él podía imaginar que el odio aparecería en su rostro, en su hermoso rostro.

—No lo sé —dijo Gabriel—. Sam dejó la familia. Todo lo que él quería era estar con ella. Nunca más lo vi, y no esperaba hacerlo. Él no podía estar con un humano y ser parte de la familia —explicó Gabriel. Su corazón se sentía convertirse en granito; era muy pesado.

—Tú no querías que él estuviera con ella —dijo Shay, deslizando su mano de la de él—. Puedo sentir cuánto lo querías detener. Debiste hacer casi todo.

—Es cierto. —No tenía sentido negarlo. Ella miraba tan profundo en su interior. Gabriel pensó que si ella seguía bebiendo de su sangre, ella lo conocería mejor

que nadie, incluso mejor que Sam, o Ernst—. No quería que él dejara la familia. No quería perderlo. Y hubiera hecho cualquier cosa para hacerlo cambiar de opinión. —Si sólo hubiera sido capaz de hacerlo.

—Pero él la amaba demasiado. Sé que viste eso. Yo estaba contigo cuando él te mostró esto. —Shay levantó la cadena del guardapelo, así que el guardapelo se mecía desde sus dedos. Gabriel deseaba que jamás lo hubiera visto. Si Sam no se lo hubiera mostrado, quizás todo sería diferente. Shay quizás sería capaz de crecer con su padre. Si Sam hubiera averiguado que su sangre era su cura, ella tendría su vida, no la media vida que ella tenía que vivir por causa de su enfermedad. *No hay enfermedad*, se recordó. *Todos sus síntomas son por ser medio-vampiro.*

Gabriel se dio cuenta que Shay estaba esperando una mejor explicación.

—Para nosotros es un tabú —dijo él—. Es casi impensable, como canibalismo, como dormir con un muerto.

—¿Así es como se sienten por amar a un humano? ¿Lo que esperan por estar con uno? —ella sonaba espantada.

Él luchó por lo que iba a decir. —No quería decir eso… lo que trato de decir es que es repulsivo o aberrante.

—¿Canibalismo? ¿Necrofilia? Repulsivo y aberrante. —Su voz era como un látigo. Él la había lastimado. De nuevo.

—Sólo estaba tratando de expresar cuán profunda la ley está arraigada. *Ley* no es una palabra lo suficientemente fuerte. Lo que Sam hizo está *verboten*[10] . —Él estudio su rostro. ¿La había hecho entender?

—Estoy segura que mis abuelos no hubieran estado muy contentos de que su hija lo estuviera haciendo con un chupasangre no-muerto —le disparó Shay.

Gabriel sabía que ella quería herirlo, y lo había hecho. Pero él también la había herido, con sus palabras dichas sin cuidado. Así que no dijo comentario alguno.

—Simplemente con tenerme ya tenía suficiente mal —continuó Shay—. Ellos no la merecían. Ni siquiera los he conocido.

Había mucho dolor. Sería un millón de veces mejor si Sam y Emma no se hubieran atraído. Pero Sam siempre tuvo un corazón abierto. Parecía que lo mismo sucedía con la mamá de Shay. Con padres como esos, no había duda de que Shay saldría de la prisión de Martin. Sin duda ella regresaría con una enfermera para curar el envenenamiento, incluso aunque la había tomado como rehén. Sin duda ella sería capaz de verlo y ver una persona, no un monstruo.

—Sam estaría orgulloso de ti —dijo Gabriel. Las palabras simplemente se salieron. Y eran verdad. Ella era tan como él. Rescataría a un juguete deshecho

[10] **Verboten:** Del alemán, significa prohibido.

de la tienda del dólar, así era Sam. Excepto de Sam rescataba personas. Él amaba ser parte de la familia, ser capaz de hacer un hogar con niños sin amor.

—Y él nunca hubiera dejado a tu madre por voluntad propia —continuó Gabriel—. Él nunca te hubiera abandonado. Créelo, Shay. Recuerda lo que viste. Era verdad. Sam no podía esperar para empezar una vida con tu madre.

—Mi mamá. ¿Qué vas a hacer sobre mi madre? —preguntó Shay—. Sé que no tiene que ver conmigo, pero todo lo que tiene que ver con ella, tiene que ver conmigo.

—Nunca podría herir a alguien que Sam amó, te lo prometo —dijo Gabriel—. Ni siquiera estoy seguro de lo que ella vio, cuando me miró. Había un intenso odio en ella, pero quizás era menos sobre verme como una criatura malvada. Tal vez ella me miraba y recordaba al hombre al que le había creído y la había abandonado.

—Ella lo odia —admitió Shay—. Ella apenas y puede hablar sobre él, porque se vuelve loca. Todavía titubeo. Toda mi vida he pensado que mi padre no tuvo interés en siquiera verme. ¿Estás seguro que no se fue a otra familia o algo así?

—Conocí a Sam por cientos de años. Si él estuviera vivo, él hubiera regresado hacia ti y tu madre —juró Gabriel. Él sabía que era verdad.

Shay se puso en el suelo, contra la paca de heno.

—Él la amó incluso cuando no se suponía que debía hacerlo —murmuró ella—. Incluso después de la masacre de tu familia, Sam fue capaz de enamorarse de un humano.

—Sam era una persona extraña. Tu madre también lo debe ser —dijo Gabriel.

—¿No te hizo pensar que las cosas pueden cambiar entre nosotros, entre los vampiros y los humanos? —preguntó Shay.

Gabriel trató de pensar en lo que Ernst diría. Ernst sabría cómo explicarle. Ahora, Gabriel no estaba seguro de poder hacerlo.

Shay suspiró, luego cambió de tema.

—¿Hay alguna manera de que pueda curarme… ahora que sé lo que soy? Todo lo que me mantiene con vida es tu sangre.

—Y tendrás tanta como necesites. Hasta que podamos averiguarlo —prometió Gabriel.

—Lo que significa, que hasta lo que sabes, no hay cura —dijo Shay.

—No. Pero hay científicos en mi familia. Todos somos científicos —dijo él.

—Científicos murciélago —señaló Shay.

—Quiero traerte a casa conmigo. –Algo se había aflojado en el interior de Gabriel, sabiendo que no podía dejarla ir tan pronto—. Lo averiguaremos. No ha habido una razón anteriormente para buscar una cura, pero…

Shay lo cortó.

—Porque no se suponía que yo existiera. Soy producto de lo impensable. Y probablemente tengas razón sobre los humanos. No todos, pero la mayoría. Estoy segura que hay millones a quienes les gustaría mantenerme en un laboratorio y examinarme. Martin lo haría. Martin lo hizo, supongo. Toda nuestra casa, toda nuestra vida, como nuestra llamada familia, es sólo un gran experimento para él. —Shay sacudió su cabeza—. Aunque él tuviera que escoger entre ambos, tú habrías ganado.

—Ese es por qué Martin es un peligro, para ambos.

—No sólo él. Nunca seré capaz de dejar que alguien sepa la verdad sobre mi —Shay lo miró constantemente—. Dijiste que no herirías a mi madre. No dijiste nada sobre Martin.

Gabriel, dejó que su silencio le contestara. Ella asintió.

—¿Estás seguro sobre llevarme a casa? Tu familia no…

Gabriel alejó sus dudas.

—Eres la hija de Sam. Eso te hace uno de nosotros.

Shay sonrió, una de las sonrisas que cubría años de dolor. —Siempre he pensado que soy una chica fenómeno. Ahora al menos seré una fenómeno del tipo más interesante. ¡Acérquense! ¡Venga a ver a la medio-humana, medio-vampiro!

—¿Detienes eso? No eres una Chica Enferma. No eres un fenómeno —dijo filosamente Gabriel—. No eres como los demás, pero no eres un fenómeno. Eres asombrosa. Eres… rara.

—No soy ni uno ni lo otro, creo. Es como si de repente no tuviera lugar. Ni siquiera soy la vieja Chica Enferma… con el lugar de la mascota. O al de mi nuevo lugar de desastrosa, que-besó-al-novio-de-su-mejor-amiga —dijo Shay—. Dices que los humanos odian a los vampiros. Y que los vampiros creen que el contacto con los humanos es un tabú. ¿Eso dónde me deja? —Ella respondió rápidamente su pregunta—. Sola.

—No estarás sola. No te dejaré sola.

—Cierto, me mantendrás viva con tu sangre. Yo salvé tu vida; así que tu salvas la mía —respondió Shay.

—Sí. No. Tu salvando mi vida es parte de ella. Te mostraré algo sobre ti. Me…

Me mostró que eres increíble, pensó Gabriel, darse cuenta de eso lo sorprendió como un rayo, brillante y aterrador. *Me mostró que te importo tanto, como a mí me importas tú.*

Gabriel sacudió su cabeza.

—Me mostró tu compasión. Me mostró tu corazón. —Él tenía que salir de aquí. No podía estar tan cerca de ella. No ahora, cuando una atemorizante verdad estaba haciendo su camino a su mente—. Yo… yo voy a salir a buscar leña. —Él se apuró antes de que ella se ofreciera a ir con él. Necesitaba al menos un poco de tiempo a solas, para controlarse, controlar sus emociones. Su deseo de Shay. Una humana.

Él debería haber regresado, pensó Shay. No es que ella necesitara preocuparse más por Gabriel. Él tenía su fuerza y energía de regreso, y no había nada en la noche que lo pudiera herir.

Pero era más sencillo preocuparse por Gabriel, que pensar en el resto de su vida. Ella es una medio-vampiro. Y su madre sabía eso. Su madre había estado enamorada de un vampiro. Su madre había tenido una vida secreta de la que Shay no sabía nada.

Shay estaba sobrecargada con información. Ahora sentía mareada con ella. Ella sacó su celular de su bolsillo. El deseo de escuchar la voz de su madre de repente fue abrumador. Ella golpeó el número de marcación rápida.

Su madre contestó, sonando sin aliento. —¡Shay! Oh, Dios, Shay… ¿Estás bien?

—Estoy bien —respondió Shat—. Realmente estoy bien, Mamá. —Sus ojos picaban con las lágrimas—. Y lo siento. Te dije cosas terribles.

—Lo que viste en el laboratorio… sé que te sobresaltó. Estoy segura que no podías entender —dijo su madre.

—Sí. —Shay intentó decirlo de alguna manera, pero falló—. Sí, lo fue.

—No es realmente lo que pensaste —empezó su Mamá.

Shay no quería oír sus razonamientos. Lo que su mamá le había hecho a Gabriel era inasequible para ella.

—No puedo hablar ahora. —Shay entendía mucho mejor de lo que ella había hecho, y que su corazón dolía por su madre. Pero no estaba lista para dejar salir los secretos, todas las mentiras que su madre le había dicho.

—¿Dónde estás, bebé? No tenemos que hablar. Dime dónde estás, e iré a buscarte, y te prometo que no diré ni una sola palabra, hasta que quieras… sobre todo.

Shay cerró sus ojos, las lágrimas caían por sus ojos. Sin importar cuánto extrañaba a su Mamá, Shay no podía darle ni la más mínima idea de dónde estaba, o qué estaba haciendo. Si lo hacía, su madre vendría por ella. Gabriel no

heriría a su madre ahora que él sabía la verdad, ¿pero qué hay de su familia? Todos ellos odiaban a los humanos demasiado… por una buena razón.

—No puedo decirte, Mamá —dijo ella. Mamá sollozó un poco, y Shay sintió que su corazón caía—. Pero te prometo que estoy bien. Y te amo. Te amo demasiado. Sé que todo lo que hiciste, lo hiciste por mí.

Shay colgó antes de que su madre pudiera contestar. Ella sabía que si se quedaba al teléfono mucho tiempo, todo lo diría, incluso el plan de ir con Gabriel a ver a su familia.

Su celular sonó, y Shay estaba segura de que su madre llamaría, llamaría y llamaría. Ella no dejaría de marcar hasta que Shay contestara. Shay apagó el teléfono.

—Te amo, Mamá —susurró.

¿Por qué no había regresado Gabriel? ¿Cuánto tiempo le llevaba a un vampiro súper veloz, súper fuerte buscar leña?

Todo será diferente entre nosotros mañana, se encontró pensando. *Nunca será de la misma manera con Gabriel de nuevo. Sólo él y yo, en nuestro mundo… no el humano, no el de los vampiros*.

¿Qué pasaría si ella le contaba la verdad? ¿Si ella salía y le contaba sus sentimientos? Ella sentía a su corazón latir más fuerte mientras trataba de imaginarlo.

No, ella no iba ahí. Ella había necesitado la sangre de Gabriel más y más seguido. No funcionaría para siempre. Si ella estaba muriendo, y no todos los científicos del mundo podían salvarla a tiempo. Quizás la gente mitad-humano, mitad-vampiro, no se suponía que vivieran. ¿Así que porqué contarle sus sentimientos si no tenían futuro? Decirle sólo los lastimaría a ambos.

Pero quizás ella podría tener algo. Una noche. Una noche cuando estuvieran entre mundos. Si sólo él hubiese regresado.

Gabriel tomó una respiración profunda y regresó al granero. Él había agarrado un poco de leña y encontrado un viejo contenedor metálico de aceite para quemar. Él sólo había dado vueltas alrededor, no estaba listo para regresar. Como si pudiera detener el deseo por Shay, sólo caminó más y más.

—Hola —dijo ella. Él amaba su voz. Él amaba sus ojos azules. Él amaba la manera en que lo miraba. Caminar, no había cambiado nada.

—Hola —dijo de regreso. Él dejó el contenedor vacío junto a las pacas de heno que usaban como asientos, y metió la leña. Le metió un poco de heno seco como leña ligera.

—¿Encontraste algún cerillo afuera? —le preguntó Shay. Había un ligero temblor en su voz. ¿Por qué no lo habría? Ella había tenido demasiado shock en

los días pasados. Y probablemente ella estaba nerviosa por ver mañana a su familia.

—No los necesito —respondió Gabriel. Él sacó dos pequeñas ramas del contenedor de aceite y las frotó. Con su fuerza y rapidez, erra rápido tenerlas ardiendo. El heno se convirtió en flamas tan pronto metió las ramas al contenedor.

—Lindo —dijo Shay.

Gabriel se sentó en una de las pacas. Él no sabía que hacer consigo mismo. ¿Cómo podía tener una pequeña charla con ella, cuando todo lo que quería hacer era agarrarla y jamás dejarla ir? Pero nunca podría suceder. Sería una locura. Estaba *verboten*.

Shay caminó hacia la paca de heno donde él se sentaba y se paró en frente de él.

—¿Qué? —preguntó Gabriel. ¿Tenía que pararse tan cerca? Su esencia le hacía tener hambre y deseo.

—Esto. —En respuesta, ella llevó las manos a su cabello, y dejó su cabeza hacia atrás. Ella se agachó y acercó sus labios a los de él, hasta que estaban a una respiración de distancia.

—Esto —repitió Gabriel. Él no se alejó, pero no cerró la distancia entre ellos. Si él la besaba, estaría acabado. Él tenía que controlar sus sentimientos, y si la besaba, no sería capaz de pensar.

—Me inspiraste, ¿recuerdas? Me hiciste querer sentir todo. Quiero sentir esto... contigo —dijo Shay.

Levántate. Sal. O dile que no la quieres, se ordenó a sí mismo Gabriel. Pero su cuerpo (sus emociones) no tomaba las instrucciones de su cerebro.

—Mientras que no estemos con los humanos. Mientras no estemos con los vampiros. Por un rato más, sólo somos Shay y Gabriel —continuó ella.

Gabriel cerró la pequeña distancia entre sus labios. Quizás fuera la cosa más estúpida que hubiese hecho, pero no podía detenerse. El resto de la pared que había construido para tener sus sentimientos a raya se había derrumbado. Él quería sentir todo esto, cada detalle: su olor, la suavidad de su boca, el tacto de sus manos mientras se movían para acunar su rostro.

Él quería más, más cercanía, más de ella. Él pasó su lengua por sus labios, y ellos se abrieron. Un gemido salió de su garganta mientras su lengua se encontraba con la de ella. Su sabor era intoxicante. Mientras más tenía, más quería. Shay se puso en su regazo, poniéndose a horcajadas sobre él.

Gabriel deslizó sus manos por la cintura de ella debajo de su blusa. Sus dedos tenían hambre de su piel. Dios, ella era perfecta, su piel era como seda, pero



cálida. Shay gimió mientras sus manos subían, deslizándose sobre las copas de encaje de su brasier.

Lento, lento, tómala lento, se dijo a sí mismo.

Esto era una experiencia para *saborear*, no para tragar.

Pero Shay estaba impaciente. Ella deslizó sus manos bajo su propia camisa, empujó la de él y se desabrochó el cierre frontal del sujetador. Ella empujó la tela a un lado, dándole acceso completo. A medida que él aprendía la forma de ella, Shay comenzó a desabotonarse la camisa. Pasó las manos sobre el pecho desnudo de él, sus dedos estaban tan hambrientos como los de él. Cuando ella le mordió el pezón suavemente, él sintió que perdía su autocontrol. La próxima vez podría ser lento. La necesitaba ahora.

Gabriel se levantó, balanceando a Shay de su regazo, y poniéndola en pie. Desgarró el fardo de heno en el que habían estado sentados, extendiéndolo en una pila gruesa. Encontró otra manta de caballo y la extendió luego se volvió hacia Shay, y le tendió la mano.

Ella le sonrió mientras ponía su mano en la suya. Se sentó en la manta, suavemente tirando de él hacia abajo con ella.

Siente todo. Recuerda todo, Gabriel se dijo. Esta noche tenía que durar para siempre.

Shay no estaba atada a Gabriel mientras él dormía. Ella no tenía que estarlo. Aquí es donde quería estar, con la cabeza apoyada en su pecho.

Tengo que llamar a Olivia, pensó. *Tienen que ser más de las diez. Ella va a estar preocupada*. Shay se permitió un momento más, se acurrucó junto a Gabriel, luego se levantó y se acercó a la paca de heno donde había dejado sus pantalones vaqueros. Sacó su celular y miró la hora. Casi las 10:20. Perfecto. En pocos minutos, ella debe ser capaz de atrapar Olivia entre las clases.

A las 10:31, Shay marcó el número de Olivia en marcación rápida y ella contestó al primer timbrazo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te encontró Martin? Fui a su casa antes de la escuela y él no estaba. Llamé allí anoche y no obtuve respuesta —dijo rápidamente.

—Él no nos encontró —dijo Shay.

—Nos. Espera. ¿Quiénes somos nosotros? —exigió Olivia.

Las palabras solo salieron. Shay se había sentido tan cerca de Gabriel.

—Así que sigues mintiéndome. —La voz de Olivia era plana y enojada—. ¿Por qué estoy siquiera hablando contigo? Nosotras no somos amigas. Obviamente.

—¡No cuelgues! —exclamó Shay—. Lo siento. Lo siento mucho. Has sido una amiga increíble para mí. La mayor parte de esas cosas que te dije ¿acerca de

que no me conoces? Esa fue mi culpa. No dejé que me conocieras, no realmente.

Olivia se quedó en silencio.

—Liv —preguntó Shay.

—La última oportunidad. ¿Qué está pasando? Sin mentiras —le dijo Olivia.

Sin mentiras. Ese era un gran pedido, cuando no había manera de que Olivia nunca creyera la verdad.

—Empieza a hablar —dijo Olivia.

—Estoy con un chico. Su nombre es Gabriel. He estado con él desde el principio, desde que me fui de la ciudad —comenzó a explicar Shay—. Sé que esto va a sonar totalmente loco, como algo salido de una mala película, pero, Liv, Martin mantenía cautivo a Gabriel. Estaba experimentando con él. Gabriel…

—¿Cautivo? Como encerrados en cautiverio.

—Sí, él había equipado una de las habitaciones de su oficina. Mantuvo a Gabriel encadenado.

—Tienes razón, esto suena como una mala película —dijo Olivia—. ¿Vas a decirme que Martin es un asesino en serie?

—No. —Shay se mordió el labio. Si la parte del cautiverio era demasiado difícil de creer, no había sentido ni siquiera en continuar

—Extrañamente, lo compro —dijo Olivia, pensativa—. Me doy cuenta cuando estás mintiendo, y tú no lo estás. Supongo que podrías estar loca. Has estado actuando lo suficientemente loca últimamente.

—Es la verdad.

Olivia se rió entre dientes, y Shay se unió. Se sentía bien. Se sentía normal, a pesar de las circunstancias extrañas.

—Está bien. ¿Por qué Martin lo hizo? —preguntó Olivia.

Pero Shay no podía contarle el resto. Ella simplemente no podía.

—Él tiene esta mutación genética, y Martin está obsesionado con ella. Él cree que puede desbloquear la cura a la leucemia y tal vez incluso lo que hay de malo en mí.

—¿Martin no podía haberle ofrecido un montón de dinero a él? —preguntó Olivia.

—Gabriel no estaba interesado. Y Martín no aceptaba un no por respuesta. Nunca había visto a nadie con una mutación como Gabriel. Supongo que no sabía si alguna vez volvería a hacerlo —dijo Shay.

—Espera, voy al baño. Necesito un lugar para esconderme unos minutos —Olivia le dijo—. No voy a esperar hasta después de Cálculo para escuchar el resto, y la campana está a punto de sonar.

Shay esperó, escuchando los sonidos de su jornada escolar a través del teléfono. Su vida normal, continuaba sin ella. Shay sintió una extraña sensación de desconexión. Nunca había encajado en Black River High de todos modos. ¿Regresaría alguna vez? Parecía imposible.

—Bueno, estoy de vuelta —dijo Olivia sin aliento—. Así que esta es mi gran pregunta. ¿Qué edad tiene este Gabriel? ¿Y qué aspecto tiene?

Shay se echó a reír. Se dio cuenta de que Olivia siempre había sido bastante buena en hacerla reír, cuando ella no estaba en completo modo de niñera. Si Shay la hubiera dejado más, podría haber sido buena en un montón de otras cosas de mejor amiga.

—Está cerca de los diecinueve años. —Lo bastante cerca, Shay pensaba. Aparentaba unos diecinueve—. Y él es bello.

—Oh Dios mío —exclamó Olivia—. Shay, te acostaste con él.

—Espero que el baño esté vacío —dijo Shay.

—Así es. Por lo tanto, estoy en lo cierto, ¿no? ¿Te acostaste con él?

—Sí. —No había nada más que decir. Las palabras no pueden describir lo que había sentido con Gabriel.

—Si vas a enloquecer, supongo que hacerlo con un hombre hermoso es el camino a seguir —dijo Olivia—. Y voy a necesitar más detalles. En primer lugar, una copia de seguridad. ¿Cómo lo conociste? Quiero decir, ¿cómo sabes acerca la situación de Martin? No lo sabías, ¿verdad?

—Fui a la oficina de Martin. Estaba furiosa, y quería alejarme de la casa, y no tenía a donde ir, así que fui allí —explicó Shay.

—Podrías haber venido a mi casa —dijo Olivia mordazmente.

—Estábamos enojadas, ¿recuerdas? De todos modos, cuando llegué, lo encontré. Estaba encadenado. No podía creer lo que estaba viendo. Lo desencadené, y nos fuimos juntos. —Había montones y montones de huecos en esa versión, pero era casi todo cierto.

—¿Así que eso es lo que encontraste acerca de Martin?

—Sí. Estoy segura de que iba a tratar de convencerte de que la única razón por la que mantenía a Gabriel era por mi culpa, porque quería salvar mi vida, pero no es por eso. Él quiere encontrar una cura para que todo el mundo piense que él es el hombre más brillante del mundo. Él quiere que todos lo recuerden cien años a partir de ahora. Sinceramente, no creo que le importaba si vivía o moría, una vez que se hubiera demostrado que tenía una cura.

Olivia no dijo nada por un momento.

—Entonces, ¿qué van a hacer tú y Gabriel?

—Básicamente estamos escondiéndonos en estos momentos. Martin casi nos pilló, pero escapamos —respondió Shay—. En un momento, vamos a ir con algunos de los amigos de Gabriel. Están fuera del radar. Estaremos a salvo allí.

Shay oyó una voz en el fondo.

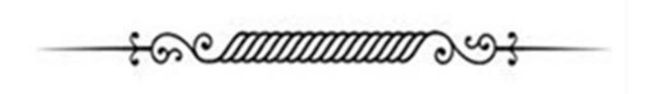
—Me están ordenando ir a clase —dijo Olivia—. Y probablemente a detención. Ten cuidado, ¿de acuerdo? Y me sigues llamando.

—Lo haré —prometió Shay—. Eres mi mejor amiga, ¿verdad?

—Así es. Y tengo que decirte, una gran parte del tiempo eres un dolor en el culo —dijo Olivia.

—Trata con eso. —Shay colgó, riendo otra vez.

Todavía quedaban horas antes de la noche cuando Gabriel se despertaría. Shay volvió a la cama de paja y se deslizó contra él. No le importaba si ella dormía o no. Este era el lugar donde quería estar.



Anticipación creció en Gabriel mientras él y Shay conducían a través de la frontera del estado en Tennessee. Casa. Estaban casi en casa. Luchó por mantener el Escalade por debajo del límite de velocidad. Había liberado el vehículo de un estacionamiento de Costco, una corta carrera para él desde el granero.

—Está bien, así que dime todo sobre Millie —dijo Shay.

Gabriel le decía que ella no tenía que memorizar a todos los miembros de su familia antes de que ella se encontrara con ellos, pero era increíblemente curiosa.

—Millie. Ella ama a los animales, pero realmente no estaba hecha para ser un científico. Odia tener que vivir una vida tan aislada. Ella está siempre en busca de diversión. Vuelve loco a Richard, él es muy serio.

—Me gusta la diversión —dijo Shay—. Oh, espera. No puedo creer que nos saltáramos a Ernst. Aparte de mi padre todavía se siente tan extraño decirlo. Bien raro. Aparte de mi padre, Ernst es el que está más cerca de ti. Era fácil sentirlo cuando estaba conectada a ti.



La anticipación de Shay sobre llegar al conjunto estaba en marcha también, él lo podía decir por su hablar rápido. Ella estaba nerviosa. Lo podía oler.

—Ernst. ¿Cómo lo describiría? Él es mi padre. El único padre que he conocido.

—¿Te acuerdas de tus padres, me refiero a tus verdaderos padres, humanos? —preguntó.

—Creo que pudiera tener un recuerdo de mi madre. Ella estaba cortando el pan en la forma de un pato. Tal vez me gustaban patos en ese entonces.

—Eso es dulce.

Dulce, Gabriel casi nunca pensaba en ello. La memoria siempre viene con una barra de dolor.

—No tengo ningún recuerdo de mi padre. No sé si él estaba con nosotros. Así que cuando pienso en mi padre, pienso en Ernst. He estado con él desde que tenía cinco años. Toda la familia me crio, criaron a todos los que fueron llevados ese día al orfanato. Pero viví con Ernst.

—¿Qué clase de padre era? —preguntó.

—Estricto. Había muchas reglas. No sólo para mí, para todos en la familia. La mayoría para mantenernos a salvo —contestó Gabriel—. Pero también era un maestro increíble. Increíblemente paciente. Y divertido. Tiene un sentido del humor que es tan seco que ni siquiera sabes que te está tomando el pelo a menos que lo conozcas bien.

—Voy a tener eso en mente —dijo Shay—. ¿Estás seguro de que va a estar de acuerdo en que vaya? Soy humana.

—Tú eres la hija de Sam. Sam era uno de nosotros. Eso te convierte en uno de nosotros.

Independientemente de lo que le había pasado a Sam, Gabriel sabía que toda la familia lo había amado. Ernst lo había amado. Era tanto el padre de Sam como lo había sido para Gabriel. Ernst daría la bienvenida a la hija de Sam. Él tenía que hacerlo. E incluso si Shay no hubiera estado relacionada con un miembro de la familia, ella había salvado la vida de Gabriel. Por lo que sabía, era el único humano que había elegido alguna vez uno de su especie por sobre uno de uno de los suyos. Ernst se sorprenderá del valor de Shay, su compasión.

—¿Cuánto falta? —preguntó Shay.

—Una milla menos que la última vez que me preguntaste.

—No esperaba que Tennessee fuera tan escarpado —bromeó Shay. Habían estado conduciendo por una carretera de montaña durante media hora.

—Sólo la parte de las cuevas, y los murciélagos y vampiros. —Gabriel se permitió excederse en el límite de velocidad, por primera vez desde que habían

dejado el granero. Son sólo diez millas. No hay mucho riesgo de ser detenido. Estaban casi en casa.

Shay bajó el espejo de vanidad y se pasó los dedos por el pelo oscuro y grueso.

—No te pongas nerviosa, —le dijo. Lo cual era una locura. Estaba a punto de entrar en un recinto lleno de vampiros, y hasta hace unos días que ni siquiera había sabido que existían.

—¿Cuándo vas a decirles acerca de Martin? De inmediato, o... —Shay fue bajando la voz.

—Creo que voy a empezar con el hecho de que eres mitad vampiro, que eres hija de Sam —Gabriel le dijo—. El resto puede esperar hasta mañana por la noche. Todos vamos a hacer un plan.

—¿Y mi madre? —La voz de Shay tembló. Parte de la chispa había desaparecido de sus ojos.

—Te prometo, que estará a salvo —dijo Gabriel—. Mi familia sabía que Sam estaba enamorado de una mujer humana. Creo que eso es todo lo que necesitan saber.

Shay asintió. Se agarró al tablero. Gabriel puso una mano sobre las suyas, antes de que ella empezara a sobarlo nerviosamente. Su corazón latía fuerte mientras subía el camino privado que llevaba al conjunto. Pronto vio las luces del laboratorio en la distancia. Shay probablemente no podría, pero no pasaría mucho tiempo para que lo hiciera. Gabriel sonrió. Él estaba realmente aquí. Había empezado a pensar que nunca volvería a ver este lugar de nuevo, nunca ver a su familia. En realidad había empezado a desear morir en su cautiverio. Era mejor eso que ser encadenado. Pero él era libre. Y se sentía como si el mundo hubiera sido limpiado, o incluso reinventado sólo dejando las mejores partes.

Incluso tenía a Sam de vuelta, en cierto modo.

Su única preocupación era que Martin estaba todavía ahí fuera, en busca de él. O por cualquier vampiro. Él era un peligro para cada uno de los de su clase. Pero no por mucho tiempo. La familia averiguaría cómo manejar la situación.

—¿Es eso? —Shay se inclinó hacia delante y miró a través del parabrisas—. Creo que veo las luces.

—Eso es. —Él rodó por la ventana, para que pudiera respirar los olores familiares. Su familia sería capaz de captar su olor también. A estas alturas ya sabrían que estaba en camino.

Tenía razón. Cuando se detuvo en frente del centro de investigación, su familia ya estaba corriendo hacia fuera. Gabriel apenas había abierto la puerta cuando Ernst lo sacó y le dio un abrazo aplastador de costillas. Gabriel sintió las lágrimas de su padre en el cuello.

—Estoy de vuelta —dijo en el oído de Ernst—. Estoy de vuelta y estoy bien.

—¿Qué pasó? ¿Dónde estabas? —preguntó Ernst, no dejando que se alejara.

—Voy a explicar todo —le dijo Gabriel, tirando suavemente—. En primer lugar, quiero que conozcas a alguien. —Él se fue hacia el lado del pasajero del Escalade y abrió la puerta de Shay. Le tendió la mano y la ayudó a salir—. Esta es Shay.

Los ojos de Millie se agrandaron. Richard se acercó, los músculos tensos preparándose para atacar.

—¿Trajiste un humano aquí? —exigió Luis.

Gabriel apretó con más fuerza la mano de Shay.

—Escúchame. —Miró alrededor a su familia, mirándolos a los ojos—. Sé que todos lo van a encontrar difícil de creer. Pero ella es un miembro de esta familia. Ella es parte de nuestra familia de sangre.

—¿Convertiste un ser humano? —Horror cubrió la voz de Richard. Gabriel entendió. Era tabú transformar un humano adulto. Sólo los niños criados en la familia se les permitían convertirse en uno de ellos.

—No —dijo Gabriel rápidamente—. Ella es la hija de Sam.

—¿Su hija con la humana? —preguntó Ernst, su voz temblando de emoción.

—Sí. Sé que es difícil de creer, pero esta es la hija de Sam. —Gabriel sonrió a Shay, tratando de tranquilizarla. Haría falta un poco de tiempo para Ernst acostumbrarse a la idea de ella. Ahora mismo, su familia estaba en shock. Pero muy pronto, verían cómo Shay era increíble. Se darían cuenta de que tenían una pequeña pieza de Sam de nuevo en sus vidas. Llegarían a sentirse tan unidos a ella como él lo hacía. Bueno, quizás no tan unido.

Gabriel se volvió hacia Ernst, poniendo el pensamiento del cuerpo de Shay y sus labios fuera de su mente.

Ernst lo miró, horrorizado.

—Ella es humana. Eso es todo lo que necesito saber.

—Sólo la mitad —dijo Gabriel, mirando alrededor, a los rostros furiosos, aterrorizados. Sus ojos volvieron a Ernst, y el rostro de su padre se había convertido en el de un extraño. El aliento de Gabriel se le quedó atrapado. Él debió haber esperado que los sentimientos de Ernst afloraran. Tendría que haber visto las señales, haberlas olido. Pero había estado tan concentrado en Shay.

—¡Has arriesgado todas nuestras vidas por traerla aquí! —rugió Ernst. Rápido como una serpiente atacó, agarró la muñeca de Shay y tiró de ella lejos de Gabriel—. Llévenla al sótano —ordenó a Richard y Luis—. Y enciérrenla allí. Asegúrense de que no haya ninguna posibilidad de que ella pueda escapar.

—¡No! —gritó Gabriel mientras sus amigos, sus hermanos obedecían, tomando cada uno de los brazos de Shay. Se abalanzó sobre ella. Ernst lo bloqueó.

—Ernst, ella me salvó —exclamó Gabriel—. Dos veces, me salvó la vida. Sé cómo te sientes acerca de los seres humanos, pero es la hija de Sam. Shay se esforzaba, gritando su nombre mientras la arrastraban dentro. Gabriel empujó a Ernst a un lado, corriendo por Shay. Ernst saltó en su camino con un elegante salto. Millie siguió, cerrando la mano sobre el brazo de Gabriel.

—¡Gabriel! —la voz de Shay cortó mientras las pesadas puertas se cerraban entre ellos. La ira inundó a Gabriel. Había sido tan estúpido. Él había estado engañándose a sí mismo de que al ser Shay mitad vampiro mitad-Sam-sería suficiente para la familia. Todavía era mitad humana. Y los humanos eran despreciados y temidos profundamente.

Gabriel se obligó a hablar con calma. Este no era el momento para una confrontación.

—Ella no es como el resto de ellos. Ernst —miró a los ojos a su padre— ella me salvó la vida. Todavía estaría encadenado en un…

—¿Quién lo hizo? —preguntó Ernst.

—Estamos hablando de Shay —dijo Gabriel, alzando la voz a pesar de sus esfuerzos por mantener sus emociones bajo control—. Ella fue en contra de todo lo que conocía y a rescatarme. E incluso después de que la tomé como rehén, me salvó la vida por segunda vez.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ernst—. ¿Por qué tomaste un humano de rehén?

—Pensé en que la usaríamos como cebo. No sabía que ella era de Sam —dijo Gabriel—. Eso cambió todo.

—¿Cebo? —Cortó Millie —. Cebo, ¿para qué?

—Su padrastro fue el que me capturó —admitió Gabriel—. Pensé que si me la llevaba, él vendría por ella. —Ernst asintió.

—Es un buen plan. La vamos a mantener hasta que él venga. Vamos a hacerle verla morir, se merece eso. A continuación, vamos a matarlo. Serás vengado, Gabriel.

—Le prometí su seguridad —gritó Gabriel.

—¿Has olvidado como viste a tu familia morir? ¿Has olvidado sus gritos de muerte? —exigió Ernst, los ojos llameantes de furia.

—No. Pero Shay es diferente. Te lo juro. —La garganta de Gabriel se sentía como si estuviera hecha de papel de lija. Su corazón se sentía como si estuviera a punto de explotar.

Ernst volvió la cabeza y escupió en el suelo.

—Ella es una abominación.

—Entonces voy a llevármela. Me aseguraré de que nunca regrese —dijo Gabriel desesperadamente. No volver a ver a Shay rasgaría su corazón por la mitad. Pero tenía que hacerlo. Haría cualquier cosa por llevársela de allí.

—Ella es antinatural. Tendría que haber muerto el día en que nació. —Ernst se volvió a Millie—. Te prometo que la abominación será sacrificada tan pronto como atraiga a nuestros enemigos hacia nosotros.

Gabriel cerró los ojos. A lo lejos oyó a Shay gritando su nombre. ¿Qué había hecho?

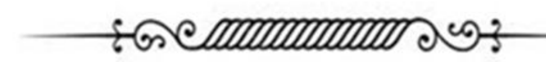
La respuesta se estrelló contra su cabeza. Se había enamorado de ella. Eso había nublado su juicio.

La amaba, su corazón, su alma y su cuerpo. Y la había condenado a muerte.





Prólogo



Traducido por flochi

Corregido por majo

Emma

Érase una vez…

Esa es la forma en que mi historia debe empezar, porque la mía es una historia extraña y mágica. Érase una vez, me enamoré. Sí, empieza ahí, con amor, pero no un amor simple y ordinario, porque érase una vez, mi amado me reveló un secreto. Me reveló que era un vampiro.

Y eso solo hizo que lo amara más. Lo amé por la compasión y el conocimiento que cientos de años caminando en la Tierra le habían dado. Y me amó por ser exactamente quién era yo, aunque había visto muchas mujeres más hermosas, más dotadas, más *todo* en todos aquellos años.

Pronto tuve un secreto que contarle: estaba llevando a su hijo. Una vez más, un secreto hizo que nuestro amor se hiciera más profundo. Decidimos empezar nuestro vivieron felices por siempre. Nos casaríamos, y nuestro hijo reuniría nuestros dos mundos. Nuestro hijo no sería humano. Nuestro hijo no sería vampiro. Ella, por alguna razón, ambos sentimos que nuestra bebé era una niña, sería algo Nuevo, algo especial. A lo largo de la historia, una vez cada mucho tiempo, tales niños habían nacido, pero ninguno había sobrevivido. Estábamos seguros de que el nuestro sería diferente, porque nuestro amor era muy fuerte.

Tuvimos muchos sueños para nuestra niñita, mi amado Sam y yo. Tomamos la decisión de llamarla Shay, porque significa "un regalo" y eso sería ella para nosotros. Esperábamos que ella sea un regalo para todos los seres humanos y todos los vampiros, un regalo que los uniría, que los llevaría a dar el primer paso para vivir en paz.

Sam me dio un hermoso collar gravado con dos pájaros volando a través de un cielo que sostenía un sol y una luna. Dijo que había pertenecido a la mujer que fue su madre en todo menos de nacimiento. Dijo que un día nos daría el collar



como un regalo a nuestro regalo, a nuestra Shay, y que simbolizaría los dos mundos que se habían reunido en ella. Día y noche. Humanos y vampiros.

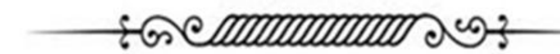
En ese momento, pensé que nada podía ser más perfecto que nuestro amor.

Y entonces me abandonó. Nunca volví a ver a Sam.

Cuando creíamos en los cuentos de hadas, pensamos en el vivieron felices por siempre, olvidando la oscuridad que tan a menudo contienen las historias que empiezan con "érase una vez".

Traté de proteger a Shay de esa oscuridad. Pero no había forma de protegerla de la verdad: la vida no es un cuento de hadas.

Extracto Capítulo 1



Traducido por Flochi

Corregido por Majo

—¡Gabriel! —gritó Shay McGuire—. ¡Gabriel, ayúdame!

Todavía puede escucharme. Con sus sentidos de vampiro, probablemente podría escucharme desde una milla de distancia, pensó frenéticamente. Pero habían cerrado las gruesas puertas de vidrio del centro de investigación entre ellos.

—¿Por qué hacen esto? —gritó Shay—. ¿A dónde vamos?

El sujeto a su izquierda no respondió, su boca fija en una línea sombría mientras la arrastraba por el vestíbulo. La mente de Shay dio vueltas, incapaz de equiparar la habitación ultra común —el alto y largo mostrador de recepción, la sala de espera con revistas como en cada otra sala de espera del mundo— con el horror de las manos Fuertes sobre sus hombres, los ojos fríos sobre ella como si fuera alguna especie de parásito. ¿Dos hombres para sujetarla? Era pequeña. Era humana. Estaba débil. No les tomaría mucho a dos vampiros someter a una chica enferma.

—¡Déjenme ir! —gritó. Shay clavó los talones de sus botas en la alfombra gris pálida y retorció su cuerpo, intentando soltarse. Todavía tenía la fuerza que la sangre vampírica de Gabriel le había dado, y quizás ellos no esperarían que luchara. Funcionó con el sujeto de la derecha, pegó un brinco sorprendido ante su estruendo grito, y su agarre se aflojó. El de la izquierda apretó sus dedos con más fuerza alrededor de su muñeca como el tornillo de un banco.

—Silencio —dijo él, y entonces la sacudió con tanta fuerza que se habría caído si el otro sujeto no la agarraba para estabilizarla.

—¿Dónde vamos a ponerla? —preguntó el Segundo sujeto—. Ernst dijo la bodega, pero solo está el almacén, y esa cerradura es poco firme.

—Ataré sus manos, entonces. —El primer sujeto, el peor de los dos, siguió tirando de ella hacia delante mientras hablaba. Como si no pudiera esperar a deshacerse de ella.



Tienen miedo de los humanos, se recordó Shay. Tuvo la breve impresión de un laboratorio: mesas de acero inoxidable, vitrinas llenas de frascos y vasos, una nevera de tamaño industrial, una centrífuga; entonces fue tirada a través de otra puerta y bajó por una larga serie de escalones de metal. La temperatura y el aire adquirieron un penetrante olor metálico.

Shay respiró profundamente, tratando desesperadamente de conseguir mantener sus pensamientos bajo control. Gabriel la había traído aquí, a su familia. Le había contado todo sobre este lugar y sobre las personas que encontraría aquí. No esperaba que la arrastraran como un saco de basura, pero quizás si se mantenía calmada y simplemente les hablaba, verían que no era una amenaza.

La estaba llevando hacia abajo a través de un largo corredor ahora. A través de una puerta entreabierta, vio un armario de escobas. Parecía tan… normal. Y normal era raro, en este caso. A pesar de que había sabido que no vivían en algún Castillo gótico, de alguna manera no lo había imaginado siendo tan trivial. La familia de Gabriel dirigía este centro de investigación completo. Eran científicos, todos ellos, incluyendo a estos dos hombres. Científicos y vampiros.

—Eres Richard, ¿verdad? —dijo al que la estaba arrastrando. El malo.

Él no respondió, pero sus ojos grises se entrecerraron.

—Y tú eres Luis. —Contempló la piel oscura del otro sujeto, su espesa cabellera negra, sus rasgos latinos. Había solamente otros dos hombres en la familia además de Gabriel y Ernst, su líder. Y Ernst había permanecido afuera con Gabriel. Shay supo que Richard era serio, así es cómo Gabriel lo había descripto. El sujeto con el agarre mortal sobre su brazo era definitivamente serio. Por lo tanto, Richard.

—No le hables —dijo él.

Pero ahora Luis estaba mirando fijamente a Shay, y parecía un poco asustado.

—Luis, sé todo sobre ti —dijo ella apresurada—. Sé que viniste de Texas y Sam y Gabriel te encontraron cuando tus padres fueron asesinados. Sé que te gusta *Iron Chef* a pesar de que no puedes comer…

—Cierra. La. Maldita. Boca. —Richard jaló con fuerza su brazo detrás de su espalda, y Shay gritó de dolor.

—¡Richard! ¿Qué está sucediendo? —Una mujer pálida y rubia había llegado por las escaleras detrás de ellos y ahora estaba de pie mirándolos con la boca abierta—. Pensé que había olido a Gabriel. Corrí desde las cuevas tan rápido como pude.

Tamara, pensó Shay. La única de la familia que no había conocido todavía. Si podías considerar ser tomada cautiva como una "reunión". Shay intentó recordar lo que Gabriel le había dicho. Tamara estaba con Richard. Ella era la única que no había sido traída a la familia como una niña.



—Gabriel apareció con esta humana —dijo Richard, un aire despectivo en su voz—. Ernst la quiere encerrada.

—Soy la hija de Sam —gritó Shay, sus ojos rogándole a la mujer. Gabriel no le había contado muchos detalles sobre Tamara, pero Shay no se iba a meter en ninguna parte con los otros dos—. Soy parte de tu familia. Gabriel dijo que estaría a salvo en este lugar.

Tamara jadeó, sus ojos agrandándose.

—¿La hija de Sam? ¿El bebé con la mujer humana?

—Sí. —La voz de Richard fue como un cuchillo.

—Es una abominación —dijo sin aliento, retrocediendo como si Shay fuera contagiosa.

—Soy de tu familia —repitió Shay desesperadamente—. Gabriel dijo que sería bienvenida, dijo…

Pero Tamara ya se había ido, corriendo por la escalera de metal.

—Ve por la cinta —dijo Richard, empujando una puerta. Empujó a Shay al interior, sus ojos observando la habitación. *Buscando una ruta de escape*, se dio cuenta Shay. *Asegurándose de que no haya una*.

Luis apareció en el resquicio de la puerta con un rollo de cinta. Richard empujó a Shay sobre una silla de madera, el único mueble en el cuartito, el cual en su mayor parte estaba lleno de estanterías, y tiró los brazos de Shay detrás de su espalda. Luis envolvió la cinta alrededor de sus muñecas, sujetándolas juntas.

—Eso duele —dijo Shay, su voz saliendo apenas más fuerte que un susurro. Su pulso estaba latiendo en sus oídos, y su respiración saliendo rápidamente. El shock le estaba quitando a su cuerpo las fuerzas que había conseguido al beber la sangre de Gabriel. Hace cinco minutos ella había estado sentada en un coche con Gabriel, hablando sobre estas personas: Richard, Luis y Ernst, como si fueran amigos. Familia. Seguridad. Había estado esperando conocerlos.

Luis tocó la cinta para aflojarla, pero Richard le apartó la mano.

—Vamos con Ernst.

—Pero soy una de ustedes —dijo Shay, luchando por calmar su miedo—. Soy como ustedes. Soy mitad vampiro. No soy una humana ordinaria.

—Eres una cosa que nunca debería haber nacido —le dijo Richard—. Y eso es peor que un humano.

—Gabriel dijo que me aceptarían —tartamudeó Shay—. Dijo… porque soy la hija de Sam, y Sam era su hermano…

—Sam fue un traidor —la cortó Richard—. Nos traicionó.

Se dio la vuelta y salió de la habitación. Luis lo siguió, sin mirar a Shay. La puerta se cerró con un golpe, cerrada con llave, Y Shay se quedó sola en la oscuridad.

—Gabriel —susurró ella—. Ayúdame.

Tengo que ir por Shay. Tengo que ir por Shay. El pensamiento giraba a través de la mente de Gabriel como un rulo frenético. ¿Dónde estaba? ¿La habían herido, sus hermanos? Miró con fijeza las puertas de cristal que daban al centro de investigación como si pudieran abrirse y devolverle a Shay.

Ella necesitaba su protección. ¿No lo entendían? El mundo humano no aceptaría a un medio vampiro más que a uno completo. Los humanos serían un peligro tanto para Shay como lo eran para su familia.

—Deberíamos entrar —dijo Millie suavemente. Pero ella no estaba hablándole, estaba hablando con Ernst.

—¿De quién es ese coche? —preguntó Ernst, su voz seca y chirriante. Le tomó un momento darse cuenta a Gabriel que la pregunta estaba dirigida a él. Su mirada se desvió al Escalade a treinta metros, pero en realidad no pudo comprender lo que había dicho Ernst. Su mente estaba llena con una niebla de miedo.

—Nosotros... yo lo robé —dijo Gabriel lentamente. *Tengo que ir por Shay. Tengo que ir*—. Teníamos el coche de su padrastro al principio, pero él lo rastreó y vino tras nosotros. Cuando escapamos, tuvimos que robar este. No tuvimos otra opción.

—¿Cuántos problemas has traído a nuestra puerta? —espetó Ernst.

Gabriel se lo quedó mirando, las palabras no teniendo sentido más que el tono de voz. Ernst era su padre, quien le enseñó todo sobre la vida que llevaban, todo sobre ser un vampiro y la importancia de la familia. Pero su voz era la de un extraño.

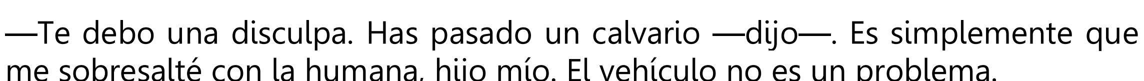
—Ernst. —La voz de Millie fue dura—. Gabriel está en casa, eso es lo que importa.

Tengo que ir por Shay.

—Lo siento —dijo Gabriel en voz alta—. Ha sido un momento difícil. Yo... hice lo que pensé que tenía que hacer. —¿Era eso lo que Ernst quería escuchar? Gabriel diría lo que tuviera que decir si eso lo ayudaba a ir por Shay.

Ernst pasó una mano por su cabello plateado, él había sido el único de ellos lo bastante viejo para tener canas antes de renunciar al sol.

—Te debo una disculpa. Has pasado un calvario —dijo—. Es simplemente que me sobresalté con la humana, hijo mío. El vehículo no es un problema.





—¡Gabriel! —Tamara atravesó las puertas frontales del centro de investigación y se detuvo, mirando a Gabriel sospechosamente—. Pude olerte incluso desde las cuevas.

—Hermana —murmuró Gabriel, forzando una sonrisa—. ¿Cómo están los murciélagos?

—Sobreviviendo. El síndrome de nariz blanca ha aparecido en la colonia desde que te fuiste —le dijo—. ¿Dónde estabas? ¿Qué pasó?

—Ya habrá tiempo para explicaciones más tarde —interrumpió Ernst—. Tamara, lleva esta SUV al acantilado y suéltalo. No puede ser encontrado.

Sus ojos se movieron rápidamente hacia el Escalade.

—No tendré tiempo de deshacerme de él y volver antes del amanecer.

—Tendrás que ir a las cuevas —le dijo Ernst—. Encuentra una de las entradas por los acantilados para el sueño de la muerte. No podemos arriesgarnos a que alguien siga un coche robado hasta aquí mientras somos vulnerables.

—Claro. —Tamara se dirigió directamente a la SUV y retrocedió por el diminuto estacionamiento —no tenían muchos visitantes en el remoto centro, por lo que no necesitaban más de unos cuantos espacios. Gabriel sintió una punzada de preocupación cuando ella se alejó. Nunca se había sentido cercano a Tamara —se había unido a la familia como un vampiro, en vez de haber sido criada con ellos desde la niñez de la manera que Millie, Richard y Luis lo habían sido. No parecía justo pedirle a Tamara que tomara un riesgo para cubrirlo, pero Gabriel no pudo ofrecerse en su lugar. *Tengo que ir por Shay.*



SACRIFICE

EMBRACE THE DARKNESS.

LAURA J. BURNS & MELINDA METZ

Abraza la oscuridad.

Gabriel y Shay están convencidos que pueden hacer que su relación funcione. Sabiendo que Shay es mitad vampiro, Gabriel piensa que su clan la aceptará como una de los suyos. Pero en vez de eso ellos la ven como una abominación, una cosa que no pertenece a ningún mundo. Y la quieren muerta. Ahora Gabriel debe tomar la decisión final: ver a su clan matar a su amada, o desafiar a las personas más cercanas a él para salvarla.

Sobre la autora



Melinda Metz es autora de más de sesenta libros para adolescentes y lectores de enseñanza media, incluyendo la serie YA Roswell y Echoes (originalmente publicada como Fingerprints). Estuvo en el equipo de guionistas, junto a su compañera Laura J. Burns, de las series de televisión Roswell (basado en su serie) y Missing. Melinda vive en Concord, Carolina del Norte con su perro, Scully.



Agradecimientos

Staff de traducción

Moderadora:

Flochi

Traductoras:

AariS
Akanet
alexiia☮ ♪
areli97
Caami
clau12345
Corazón de Tinta

flochi
lalaemk
Liseth Johanna
Lorenaa
Mari NC
Merlie
mona
Naty

otravaga
Sweet Nemesis
vanehz
whiteshadow
Xhessii
Zulex
Zeth
Shadowy

Staff de corrección

Naty
Flochi
Majo
amiarivega

Micca.F
Curitiba
crischocolover

Revisón y recopilación

Majo

Diseño

Elena Vladescu




¡PASA A VISITARME QUE NO MUERDO!


Bookzinga Foro